

Stephen R. Donaldson

LOS MUROS DE ORISON

El segundo volumen de la nueva tetralogía que apasiona
a todos los lectores de ciencia ficción y fantasía



Lectulandia

El castillo de Orison alza sus muros en medio del fascinante paisaje invernal de Mordant: una gran fortaleza cuadrangular, caótica, preparada para resistir todo tipo de ataques. Pero no la indiferencia de su propio Rey, la traición, y los feroces ataques de los monstruos de la Imagería.

En este escenario es en donde se halla de pronto inmersa dama Terisa de Morgan, la mujer que cruzó un espejo mivoda por las súplicas de un joven y la necesidad de afirmar su propia existencia. Agitada ahora entre intrigas, sin comprender exactamente lo que ocurre a su alrededor pero viéndose arrastrada por ello pese a todo; objeto de la desconfianza, el anhelo, el odio y las esperanzas de todos los que la rodean; enfrentada a las lealtades y a la traición; sabiéndose impotente por hacer nada, pero sabiendo también, en lo más profundo de sí misma, que ella tiene que ser el campeón que libere Mordant de su necesidad. Y mientras tanto, los ejércitos de Alend se preparan a poner sitio a Orison...

Lectulandia

Stephen R. Donaldson

Los muros de Orison

La necesidad de Mordant - 2

Ciencia Ficción - Grandes Éxitos (Ultramar) - 86

ePub r1.0

R 22.03.14

Título original: *The mirror of her dreams*

Stephen R. Donaldson, 1986

Traducción: Domingo Santos

Ilustraciones: Antoni Garcés

Diseño de portada: Antoni Garcés

Editor digital: R

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Fuera de los escombros

El Castellano Lebbick sospechaba lo que estaba ocurriendo ahí dentro. Por supuesto, la vida en Orison estaba yendo de mal en peor desde hacía cierto tiempo; pero, de pronto, la finalidad de su vida había empezado a mostrar vías de agua en todas direcciones.

Debido a las arriesgadas apuestas de la Cofradía, se veía enfrentado ahora a varias crisis a la vez. Pero sólo eran síntomas; no eran cosas fundamentales. Mientras se dirigía a enfrentarse a ellas sonreía como un halcón; y sólo su esposa —y quizás el Rey Joyse— llegaron a conocerle alguna vez lo bastante bien como para darse cuenta de que aquella sonrisa era una mala señal. Para otras personas, probablemente parecía como si se hallara en su elemento, ansioso por enfrentarse a los conflictos o desastres que podían proporcionar una salida y una justificación a su ira. Sólo su esposa y su más viejo amigo podrían haber comprendido la particular ferocidad de su sonrisa.

Desgraciadamente, su esposa estaba muerta..., miserablemente muerta, vencida por una larga y devoradora enfermedad que había cortado su vida tan lenta y efectivamente como un afilado cuchillo clavado en sus pulmones. Había transcurrido casi un año de ello, y aún la echaba tan agudamente de menos que cada vez que pensaba en ella le temblaban las entrañas.

Y el Rey Joyse lo había echado a un lado.

Se ha negado a escuchar al Fayle. De una u otra forma, había bloqueado cada acto vital, había interferido con cada esperanza.

El Castellano crispó apretadamente los dientes, su sonrisa se volvió más apretada, y se negó a pensar en ello. El Rey Joyse era su razón para vivir. Las pasiones que lo habían conducido a fundar Mordant, los ideales que habían inspirado la creación de la Cofradía..., todas esas cosas eran la sangre en sus venas, el aire en sus pulmones. Él era las manos del Rey. El Rey lo había rescatado...

Pero ahora el Rey *se había negado a escuchar al Fayle*. Lo había abandonado todo para que muriera, Mordant y pasión y propósito, lo había abandonado para que muriera miserablemente, acuchillando su vida mientras el Castellano Lebbick la aferraba entre sus brazos y no la dejaba marchar.

No, definitivamente, no iba a pensar en ello. Tenía demasiados otros problemas frente a él.

Esa mujer.

Masticó para sí mismo una larga y acerba maldición. Ella, de algún modo, estaba

en todas partes. Las conexiones estaban allí, si podía encontrarlas; ella era la que le estaba haciendo todo aquello a Orison y a Mordant. De algún modo.

Y ella era la que hacía que algo le doliera en lo más profundo de su garganta, con un deseo que no había experimentado desde los días del máximo esplendor de la belleza de su esposa.

No iba a pensar en eso tampoco. Iba a hacer su trabajo, *aferrarse* a él hasta que recuperara lo que significaba.

Para empezar, iba a averiguar las consecuencias de la última catástrofe perpetrada por aquellos Imageros con cerebro de cerdo.

Su tarea tenía la ventaja de ser a la vez espectacular y sutil. Todas las crisis estaban ligadas de algún modo entre sí.

Lo primero en el tiempo, si no en urgencia, era el asunto de los guardaespaldas muertos del Príncipe Kragen.

Evidentemente, habían sido muertos por *alguna* razón. Y no podían haber derramado, ellos solos, toda aquella sangre. Además, parecía improbable que fueran responsables de arrastrar su propia sangre tan lejos de los lugares donde yacían muertos.

Y aquella mujer había vuelto a sus aposentos empapada en sangre.

Había una pandilla de soldados renegados —o algo peor— suelta por Orison. Eran hábiles y lo bastante numerosos —o algo peor— como para matar a entrenados guardaespaldas y llevarse a sus propios muertos o heridos. Tenían amigos que les ocultaban. Tenían algo que ver con aquella mujer. Y su propósito era instigar la guerra entre Mordant y Alend. O algo peor.

Eso trajo a su mente otros asuntos. ¿Qué le había ocurrido al hombre de negro que había intentado matarla la noche después de su llegada? Había escapado con bastante facilidad. ¿Por qué no había hecho otro intento?

¿Qué vendría a continuación? ¿Un ataque contra el propio Rey?

Y el Rey Joyse *se había negado a escuchar al Fayle*. El viejo señor había intentado advertir al Rey de las intenciones de la Cofradía, y el Rey se había negado a escucharle. El Fayle había hablado directamente con el Castellano porque no tenía otro recurso.

Lo cual planteaba la cuestión de cómo el Fayle había llegado a saber lo que pretendían hacer los Imageros. Se había negado llanamente a contestar cuando Lebbick le exigió una respuesta.

En cuanto al loco desafío de la Cofradía a la prohibición del Rey Joyse de efectuar traslaciones forzadas, el Castellano Lebbick sabía quién era el

responsable..., o, más exactamente, sabía a quién podía culpar. Había forzado al Fayle a mencionar uno o dos nombres. Pero eso tendría que aguardar. Los resultados de esa traslación planteaban problemas más inmediatos.

Al parecer para defenderles contra Alend o Cadwal, los Imageros habían elegido a algún guerrero alienígena al que habían descubierto en sus espejos..., un soldado de imperioso poder, armamento y ferocidad. ¿Qué esperaban conseguir después de arrancar a un luchador así de su propia vida? ¿Un arco dócil? ¿Una humilde oferta de servicios? Tenían suerte de que simplemente hubiera hecho desmoronarse el techo de su sala de reuniones, en vez de asesinarlos individualmente como se merecían.

A juzgar por la forma como había escapado fuera del laborium y a través del grueso muro noroeste de Orison al aire libre, era evidentemente lo bastante poderoso como para haber matado a cualquier número de personas. De hecho, al principio, Lebbick había temido que lanzara su intento a arrasar el propio castillo. Si hubiera ocurrido eso, el Castellano no hubiera tenido más elección que llamar a todos los Imageros que hubiera podido encontrar para organizar la defensa. Completamente desprevenidas, sus propias fuerzas y las máquinas de asedio no estaban en posición para emprender una guerra.

Afortunadamente, el campeón se había marchado..., lejos de Orison, abriéndose camino en la nieve como un animal vagabundo. Algo en sus movimientos sugería a la experimentada observación del Castellano Lebbick que estaba herido.

Eso planteaba dos exigentes dilemas, ninguno de los cuales era el enorme boquete abierto en el muro. Por supuesto, el boquete era un enorme problema, y pronto iba a convertirse en algo urgente..., pero todavía no. Primero había que perseguir al campeón. Eso era evidente. Tenía que ser localizado, a fin de efectuar todos los esfuerzos posibles por controlarlo, por detenerlo. Su actual comportamiento violento podía llevarlo a través de la región más densamente poblada del Demesne, directamente hacia Batten y el corazón del Care de Armigite.

Por otra parte, el Maestro Quillón no dejaba de pisarle los talones al Castellano como un hurón, asomando su rostro lleno de polvo cada vez que Lebbick se detenía y gritándole que la mujer y Geraden estaban enterrados bajo el derrumbe del techo.

El Castellano Lebbick exhibió sus dientes.

—¿Quieres decir que crees que aún están con vida?

—¡No lo sé! —exclamó Quillón—. ¡Pero no lo estarán si no los sacas de allí pronto!

Lebbick debatió consigo mismo la cuestión. No disponía de los hombres suficientes para perseguir al campeón y rebuscar adecuadamente en los escombros a la vez. Se necesitaría algún tiempo para llamar a los refuerzos de los campamentos

instalados a lo largo de las colinas que rodeaban Orison.

Uno de esos campamentos, sin embargo, se hallaba razonablemente cerca del camino que al parecer había tomado el campeón.

Sin vacilar, el Castellano hizo su trabajo. Envió a un ayudante a convocar a todos los guardias del castillo a la cámara de reuniones en ruinas de la Cofradía. Otro corrió hacia el patio para conseguir un caballo, al tiempo que daba instrucciones explícitas a varios destacamentos de las fuerzas del Rey. Luego Lebbick se volvió de nuevo al Maestro Quillón.

—Esto será lento. No podemos mover todas esas piedras en unas pocas horas. —Calculando las posiciones relativas de la cámara y la abertura en el muro, comentó—: Tendrán que ser retiradas hacia arriba. Si esa mujer y Geraden ya no están muertos, se asfixiarán pronto. —Casi sin malicia, añadió—: A menos que, para variar, tú y el resto de la Cofradía podáis pensar en alguna forma de ayudar.

Sin darse cuenta de que estaba sonriendo, se alejó.

Quillón fue en busca del Maestro Barsonage.

Localizó al mediador fuera de una de las puertas de acceso a la cámara. Aquellas puertas habían salvado a la Cofradía. No sabiendo lo que podían esperar del campeón, los Maestros habían retrocedido hacia las paredes, y así habían podido alcanzar las puertas casi al instante. Como resultado de ello, sólo dos Maestros habían muerto: uno alcanzado por el primer disparo del campeón, el otro bajo un bloque de piedra. El resto estaban a salvo..., incluidos el Maestro Gilbur y el Maestro Eremis, aunque nadie sabía cómo habían conseguido alejarse a tiempo.

Pero el Maestro Barsonage no parecía haber escapado particularmente intacto. Estaba cubierto de polvo, fragmentos de piedra y trozos de antiguo mortero —como el propio Quillón—, lo cual le daba el aspecto de que acababa de salir de entre las piedras. Sus ojos estaban orlados de rojo entre el pegado polvo; tenía la boca abierta; permanecía sentado con las manos colgando entre sus rodillas. Tal vez estuviera en estado de shock a causa de alguna herida que no podía verse porque quedaba oculta por el polvo.

—¡Barsonage! —restalló el Maestro Quillón—. ¡Levántate! Tenemos que apresurarnos.

Por un momento el Maestro Barsonage no respondió. Miraba sin ver más allá de Quillón, como si la ruina de la cámara lo hubiera vuelto sordo. Pero cuando el Maestro Quillón empezó a humear de rabia, el mediador alzó la cabeza y parpadeó.

—Quillón —croó al reconocerle, con voz ronca por el polvo y el desánimo—. Sabía que sería un error. Desde un principio. Nunca hubiéramos debido mezclarnos con alguien tan poderoso. Pero no había alternativa. ¿La había? El augurio... Y todo

el mundo estaba contra nosotros. Los señores, Cadwal y Alend, el Rey Joyse...

Bajó de nuevo la cabeza.

—Fue un error.

—Ahora ya no importa —cortó impaciente Quillón—. Todos cometemos errores.
Ven.

El Maestro Barsonage dirigió al Maestro Quillón una mirada de vacía incompreensión.

—¡Geraden y dama Terisa! —Quillón saltaba prácticamente de uno a otro pie—.
¡Están enterrados bajo todas esas piedras!

La expresión del mediador no cambió.

—También lo está el espejo de Gilbur. Ya no es más que polvo. No tenemos forma alguna de deshacer lo que hemos hecho. Quedó demostrado que el espejo de Geraden no traslada adecuadamente. Y cualquier otro cristal será una sentencia de muerte, ya sea para nuestro «campeón» o para la Imagen que lo reciba.

—¡Los espejos nos protejan! ¡*Despierta*, Maestro Barsonage! Olvida al campeón.
¡Tenemos que rescatar a Geraden y a la dama! Los hombres del Castellano Lebbick van a intentarlo, pero tardarán demasiado. Todas esas piedras deben ser retiradas.
Será demasiado lento.

Poco a poco, el Maestro Barsonage empezó a comprender.

—No pueden estar vivos —murmuró—. ¿Bajo todo eso? Es imposible.

—¡Tienen que estarlo! —gritó el Maestro Quillón, tan fuerte que su voz se convirtió en un chillido—. ¡No tenemos otra esperanza! ¡*Vamos!*

Tendió la mano con urgencia e intentó poner en pie al Imagero, mucho más voluminoso que él.

Por un momento, el mediador pareció incapaz de reunir la resolución suficiente para sostenerse sobre sus piernas. Pero luego murmuró:

—Supongo que debemos hacerlo. Aunque no sirva de nada. Después de este desastre, ¿de qué otro modo podemos demostrar nuestra buena voluntad?

Dispersando polvo por todas partes, consiguió ponerse en pie.

Tan rápido como le fue posible, Quillón llevó al Maestro Barsonage hacia la madriguera de celdas reconvertidas donde se hallaban exhibidos y protegidos los espejos de la Cofradía. Tras una cierta vacilación, el mediador eligió el espejo que el Maestro Quillón había tenido en mente desde un principio..., el alto espejo que reflejaba un insondable paisaje marino, nada excepto agua en todas direcciones. Con la fuerza de sus dimensiones, el Maestro Barsonage cogió el espejo sin ninguna ayuda y lo llevó hasta la cámara de reuniones.

Estaba empezando a moverse más aprisa. Su paso se hacía más firme. Cuando él y el Maestro Quillón encontraron a los demás Imageros —retirándose del desastre, vagando por las estancias—, se puso a dar órdenes con creciente autoridad, llamando al resto de la Cofradía en su ayuda.

Los dos Maestros alcanzaron pronto la cámara.

La puerta más cercana estaba abierta, dejando que el invierno soplara polvo y frío y nieve dentro del corredor.

El montón de cascotes era enorme: llegaba hasta la mitad de donde había estado antes el techo. A las piedras de ese techo se le había añadido una amplia porción del nivel de encima suyo, así como todo el daño que el campeón había dejado tras él en su camino hacia arriba y a través del muro exterior. Gran parte del montón estaba compuesto por granito cortado —enormes losas de los cimientos, masivos monolitos del interior de las paredes y columnas, piezas más pequeñas que los constructores de Orison habían utilizado como ladrillos—, pero el rifle del campeón había reducido enormes cantidades de roca a polvo y guijarros.

Ahora comprendió mejor el Maestro Quillón el punto de vista del Castellano. La única forma en que los guardias podían limpiar el espacio era transportando de algún modo los cascotes hacia arriba y sacarlos por el agujero. Incluso con la ayuda de cualquier espejo adecuado de Orison, el trabajo podía tomar el día entero.

Todo el lugar estaba medio a oscuras, bloqueado de la luz por la masa de Orison y la creciente nevada. Sin embargo, pudo ver el cielo matutino cubierto de nubes, la cortina de polvo en el aire, los guardias y otros servidores del castillo que habían llegado ya y estaban empezando a luchar con el montón con palas, picos y palancas.

Pudo ver a Artagel en la cúspide del montón, luchando como un loco para retirar bloques y trozos de piedra casi tan grandes como él mismo. Sus maldiciones sonaban como gritos.

Inmediatamente, el Maestro Quillón trepó por el lado de la pila hacia el hermano de Geraden. Cargado con el espejo, el mediador le siguió más lentamente.

Cuando llegó al lado de Artagel, Quillón sujetó el brazo del espadachín. Artagel apartó al Maestro a un lado sin siquiera mirarle. El concentrado salvajismo en sus ojos le hacía parecer peligroso.

—¡Haz sitio, Artagel! —ladró el Maestro Quillón—. Podemos hacer esto mejor. No serás de ninguna ayuda a Geraden si te deslomas. Podemos alcanzarle, pero necesitamos cooperación, no terquedad estúpida.

—Es mi hermano —jadeó Artagel, sin dejar de trabajar.

El Maestro escupió una obscenidad que sonó estúpida, procedente de él.

—No me importa si es tu madre, tu padre y la descendencia bastarda de cada acto

de fornicación de toda la historia de Mordant. Ayúdanos o apártate.

Los puños de Artagel se crisparon asesinos; se forzó a relajarse.

—Muéstrame, Imagero —jadeó entre dientes—. Muéstrame cómo puedes hacerlo mejor.

Por aquel entonces el Maestro Barsonage había alcanzado ya la parte superior del montón de piedras.

—Entonces hazte a un lado —gruñó el Maestro Quillón, mientras el mediador situaba su espejo al lado del bloque que Artagel había estado intentando mover.

Quillón ayudó a sujetar el espejo. Mientras el mediador murmuraba las invocaciones implicadas en el modelado de aquel espejo, los dos Imageros inclinaron el cristal hacia el bloque...

... y el bloque fue trasladado al rodante mar.

Artagel se quedó unos instantes boquiabierto. Luego empezó a sonreír.

Estaban llegando más Imageros y muchos más guardias. Varios de los Maestros llevaban espejos, entre ellos Eremis. El Maestro Quillón observó la ausencia de Gilbur; pero no tenía tiempo de preocuparse acerca de eso. Mientras él y el Maestro Barsonage movían su cristal, gritó instrucciones a los guardias. Rápidamente, se organizaron en equipos en torno a cada espejo. Alguien arrojó una pala a Artagel. A un gesto de la cabeza de Maestro Quillón, éste empezó a palear cascotes al espejo, para dejar paso libre a la próxima gran losa de granito.

Polvo y cascotes y trozos de roca lo bastante grandes como para destrozar cualquier cristal pasaron a la Imagen y fueron tragados por el mar. Si el Maestro Quillón se hubiera preocupado por observarlo, hubiera podido ver el chapoteo que producía cada palada de cascotes al golpear el agua.

Observó a su alrededor, reconoció los otros espejos a medida que eran puestos a trabajar. Sólo dos de ellos eran tan grandes como el que sujetaban él y el Maestro Barsonage, pero todos habían sido escogidos inteligentemente: ninguno era plano; ninguno mostraba escenas donde la repentina aparición de enormes trozos de roca pudiera provocar algún daño. La única posible excepción era el cristal que el Maestro Eremis empleaba con la enrojecida ayuda de un joven Apr. Reflejaba una gigantesca y furiosa bestia parecida a una babosa, con colmillos de aspecto venenoso y malignos ojos. Los guardias en torno a Eremis paleaban los cascotes directamente al rostro de la criatura.

Ésta parecía estar rugiendo furiosa.

—¡Quillón! —gritó el Maestro Barsonage—. ¡Presta atención!

Apresuradamente, el Maestro Quillón ayudó al mediador a ajustar su espejo para

trasladar otra enorme losa de piedra.

—¿Hay alguna posibilidad? —preguntó Artagel—. ¿Pueden estar realmente vivos ahí abajo?

—Tienen que estarlo —murmuró Quillón. Esa convicción, sin embargo, resultaba cada vez más y más difícil de sostener.

Terisa sabía que estaba viva.

El escaso aire que era *capaz* de introducir en sus pulmones era puro polvo: estaban llenos de él, y cada vez que el seco sofoco la forzaba a toser la presión contra los bordes y los filos de piedra que encajonaban su pecho amenazaba con quebrar sus costillas. Cada aliento alzaba polvo y suciedad contra su rostro, haciendo que le escocieran los ojos, cegándola a la oscuridad. Y podía sentir el peso de los cascos gravitar sobre ella, comprimiéndola lentamente hasta que su débil piel y sus huesos estallarían y se romperían. Además, las rocas ardían, carbonizadas por el rifle del campeón. El aire era tan caliente que dolía.

Sabía que estaba viva. Pero no tenía la menor idea de por qué.

El campeón la había apretado boca abajo encima de Geraden: no había estado en posición de observar la manera en que su forma revestida de metal y su fuego destructivo la escudaban de lo peor de la caída de piedras. Bloques de piedra caían sobre él y rebotaban a un lado, formando una bolsa en torno a ella; losas de roca eran cortadas en pedazos y reducidas a polvo, que formaba una especie de cojín sobre su cuerpo y el de Geraden. En consecuencia, cuando se alejó para quemar un camino para sí mismo y salir de Orison, los cascos que cayeron inmediatamente sobre ella y Geraden lo hicieron no del techo y el nivel superior, sino de los lados de la bolsa protectora. Y trozos más pequeños hicieron de cuña, reteniendo en su lugar los otros cascos que la ascensión del campeón iba añadiendo a la pila.

Todavía respiraba. Contra toda posibilidad, aún había aire atrapado en el montón de piedras.

No iba a durar mucho.

Con un palpable movimiento, un duro filo de piedra situado en mitad de su espalda apretó hacia abajo otra fracción de centímetro. Se agitó frenéticamente, pero sólo podía mover los dedos. El calor y el polvo le hacían sentir arcadas a cada leve inspiración que efectuaba entre las rocas. El dolor, como la caricia de una llama, se incrementaba en sus pulmones, sus ojos, sus extendidos miembros. Morir así, lentamente, notando momento a momento cómo ocurría, sintiendo el dolor hacerse peor con cada minúsculo cambio en la posición de los cascos...

Algo como aquello le había ocurrido antes. A veces, cuando su madre y su padre

se habían enfadado con ella, la habían encerrado en el interior de un armario. Nadie había respondido a sus gritos, sus tímidas o histéricas llamadas, hasta que había permanecido callada el tiempo suficiente para apaciguar a sus padres. Y en una ocasión —por algo que había hecho que podía ser odioso o trivial—, había sido arrojada al fondo del armario y habían echado sobre ella puñados de ropa antes de cerrar la puerta, a fin de que la casa quedara aislada de cualquier protesta que ella pudiera efectuar.

Allá en la oscuridad, había sufrido su primera experiencia de desvanecimiento.

Las ropas la asfixiaban, y la oscuridad era absoluta por todos lados; y de pronto había comprendido que su aflicción y su pánico no significaban nada, que las sensaciones como el miedo y la asfixia no significaban nada..., que la puerta cerrada y las ropas amontonadas y la oscuridad la hacían a ella irreal. Por primera había sentido que perdía realidad, había sentido que su existencia se deslizaba fuera de ella en la oscuridad que la envolvía.

No se había dado cuenta de ello en aquellos momentos —quizá nunca se había dado cuenta—, pero esta respuesta a la crisis la había protegido. Había impedido que la oscuridad y el desamor de sus padres se arrastrara *dentro de ella*.

Esta vez, desgraciadamente, eso no representaba ninguna protección. Su mente iba a saltar. Podía sentir que un loco deseo de gritar trepaba insidiosamente desde el fondo de su estómago. Entonces debería inhalar tanto polvo que el esfuerzo por respirar desgarraría su corazón.

—Geraden. —Su voz era un susurro, tan desesperado como el polvo que ardía en sus pulmones—. Geraden. ¿Puedes oírme?

Pero, por supuesto, él no podía oírla. Ella había estado tendida encima de él, pero no en una posición que le proporcionara protección alguna. Y él estaba boca arriba, cara a la caída de piedras. Su cabeza debía haber sido aplastada inmediatamente. Todavía debía estar debajo de ella, en alguna parte, pero nada allí parecía lo bastante blando como para ser un cuerpo.

—Geraden. —Su mente, definitivamente, iba a saltar—. Geraden.

Había una salida, sin embargo. Le vino a la cabeza sin ninguna espectacularidad, casi sin ninguna sorpresa. Podía, simplemente, desvanecerse. Podía soltar todos sus hilos, olvidar su intensa lucha contra la irrealidad, y dejar que la oscuridad la arrastrara lejos. Entonces estaría a salvo. Viviera o muriera, estaría a salvo porque se habría ido.

Tan pronto como se le ocurrió la idea supo que iba a ser fácil. Ese tipo de fracaso siempre era fácil. La había estado llamando durante toda su vida, ofreciéndose para protegerla..., ofreciéndole la paz.

—¿Terisa?

La palabra fue un agitar de seco dolor, tan lejana que no pudo creer en ella.

—¿Terisa? —Imposiblemente débil, dolida, aplastada..., y terca, decidida a alcanzarla—. ¿Estás bien?

Un repentino sollozo cerró su garganta. Ahora no podía escapar. La seguridad era imposible. Él estaba allí con ella. Se sintió demasiado aliviada al oír su voz. Tenía que quedarse.

—¿Terisa? —Luchó por controlar su alarma—. ¿Estás bien? —Tosió—. ¿Puedes oírme?

—Geraden. —Un áspero nudo apretaba su garganta—. No puedo respirar. No puedo soportarlo.

—No lo intentes tan intensamente. —Su susurro llegó hasta ella desde algún lugar fuera de su alcance—. Respira pausada y superficialmente. Relájate. Estoy recibiendo aire de alguna parte.

Pese a la horrible distancia entre ellos, Terisa pudo captar su aflicción. Él también estaba de alguna forma aplastado.

—Seremos rescatados. Nos sacarán de aquí. Todo lo que tenemos que hacer es aguardar.

—No puedo. No puedo. —La presión de rechazar su única posibilidad de escapar la conducía hacia la histeria—. No puedo moverme. Me está rompiendo la espalda. ¡Geraden!

—No pienses en ello. —Su voz se deslizaba como polvo entre las piedras—. Arrójalo fuera de tu mente.

—No puedo. —Apretó los dientes para no gritar.

—Sí puedes. —De alguna forma, consiguió hablar con más fuerza—. No pienses en ello. Piensa en alguna otra cosa. Cuéntame lo que ocurrió. No recuerdo nada..., después de que el Maestro Gilbur me golpeará. ¿Trasladó al campeón? ¿Lo detuvo el Castellano?

Sólo por un momento, aquellas palabras consiguieron alejarla del pánico. ¿Geraden no recordaba...? ¿Había vuelto a la consciencia sin saber nada de dónde estaba o por qué...?

—Terisa.

Hasta que no oyó el filo de necesidad en su llamada no comprendió cuánto dependía él de ella. Si la perdía ahora, él también podía empezar a gritar.

Muy dentro de sí misma, gimió: No puedo estoy siendo aplastada *¡no puedo resistirlo!* ¡Déjame ir! Pero luchó por hacer lo que él estaba haciendo, luchó por

pensar en él en vez de en ella misma. Él ni siquiera sabía cómo había resultado enterrado vivo.

—Lo intentaré.

Con rápidas y entrecortadas frases, fragmentos de explicación tan agitados como su respiración, le describió el resultado de la traslación del Maestro Gilbur.

Cuando hubo terminado él gruñó, luego guardó silencio. Antes de que el pánico volviera a apoderarse de ella, sin embargo, dijo:

—Eso prueba una cosa. Tú eres definitivamente la que necesitamos. La que salvará Mordant. Nuestro campeón.

—¿Qué? —jadeó Terisa—. ¿Qué estás diciendo?

—Siempre fue posible —las palabras brotaron como si las estuviera vomitando— que no fueras más que un accidente. Que de algún modo yo me hubiera equivocado. Pero eso significaría que el Maestro Gilbur tenía razón. Ahora sabemos que no es así. Su campeón no va a rescatarnos.

»Tú tienes que ser el auténtico campeón.

—Esto es una locura. —Podía sentir los huesos de su espina dorsal a punto de astillarse. El aire era cada vez peor. *Puedes hacerlo. Piensa en alguna otra cosa*—. Nada ha cambiado. No soy una Imagera. No comprendo nada. El Maestro Eremis es el único que puede salvar Mordant.

Las palabras murieron en su boca. Si aún estaba con vida... Se hallaba inmediatamente detrás de ella cuando emergió el campeón, ¿no era así? ¿Y si el derrumbe del techo lo había atrapado? ¿Y si estaba muerto? Una punzada de dolor la hizo agitarse bajo la presión de la piedra. El filo que cruzaba su espalda se asentó más cerca de ella.

—El Maestro Eremis. —De alguna forma, Geraden consiguió lanzar un bufido—. ¿Crees que él puede salvar Mordant? Si puedes hacerme creer eso, no necesitas la Imagería. Ya serás lo bastante poderosa sin ella.

Terisa se mordió los labios para no gritar. ¡No puedo resistirlo!

Cuando ella no respondió, él cambió su enfoque.

—Quizá debieras contarme todo eso acerca de que se suponía que podían matarme. Quiero comprender —pareció rechinar los dientes— por qué crees al Maestro Eremis.

—De acuerdo. —¡No puedo! *Sí puedes*. Su voz era lo único que impedía que la roca la partiera en dos.

Con un esfuerzo de voluntad, luchó por apartar de su mente el dolor y el polvo, el calor infernal, el peso de piedra que la emparedaba. Para ocupar su lugar, enfocó su

atención en imágenes de Geraden: la línea de su mentón, la forma en que se rizaba su pelo encima de su frente (*la sangre que goteaba de su sien, la forma como el Maestro Gilbur le golpeó, aquel atractivo rostro aplastado bajo los cascos...* ¡No! No eso, no debía pensar en cosas así), el rápido potencial para la felicidad y la desdicha en sus ojos. Él era la razón por la que ella no podía fallar, no podía desvanecerse. Imaginarlo la ayudó a recordar las cosas que él deseaba saber.

Su relato fue errático, filtrado y alterado por la presión de las rocas. Sin embargo, se lo contó todo, de la mejor manera que pudo. Le relató lo que él ya había adivinado acerca de la decisión de la Cofradía de trasladar su campeón, así como de enviar al Maestro Eremis y al Maestro Gilbur a un encuentro con los señores de los Cares. El Maestro Eremis había arreglado aquel encuentro, pero se había opuesto a la traslación del campeón. Era el Maestro Quillón quien la había advertido de que no hablara con Geraden. *Sí puedes*. El encuentro y su resultado. Lo que podía recordar del Príncipe Kragen. El ataque del hombre de negro.

Cuando hubo terminado, contuvo por unos instantes el aliento, con la esperanza de que aquello aliviara la presión en su pecho. Pero no lo hizo.

La reacción de Geraden la sorprendió. Con una voz que sonó aún más distante y solitaria, murmuró:

—Así pues, Quillón es un traidor.

—¿Qué quieres decir?

—El te advirtió que no hablaras conmigo porque sabía que yo le contaría al Rey Joyse lo de ese encuentro. Y lo del campeón.

—No. —El polvo se estaba volviendo piedra en sus pulmones. No podía mantener su equilibrio, no podía—. Si lo planteas de esta forma, entonces todos los Maestros son unos traidores. Ellos votaron a favor del campeón y el encuentro. El Maestro Quillón es simplemente más leal a ellos que al Rey Joyse. Y ha intentado mantenerte con vida.

Geraden, ayúdame.

Él meditó aquello por unos instantes.

—Tiene que haber un traidor en la Cofradía. —El dolor en su voz se estaba haciendo más fuerte—. El hombre que te atacó tenía que saber dónde estarías tú. Eso deja fuera a los señores y al Príncipe Kragen.

»¡Ay! —gruñó secamente.

Un momento más tarde, sin embargo, prosiguió, con un tono más agudo:

—Aunque Eremis les hubiera dicho que iba a traerte, ninguno de ellos sabía que tú existías cuando fuiste atacada la primera vez. Sólo la Cofradía. Y, para que ese

hombre simplemente desapareciera..., se necesita Imagería. Algún Maestro te quiere muerta. Sabe que eres la única que puede salvar Mordant.

»Si no es Quillón, tiene que ser Eremis.

—No —dijo ella de nuevo. No es eso lo que quiero decir. No lo comprendes. Lo necesito. Los escombros se movieron de nuevo. Creyó sentir que sus costillas empezaban a ceder. Lo necesito para que me enseñe quién soy.

Por otra parte, el aire parecía estarse enfriando. Eso, en cualquier caso, era una bendición.

—Él está intentando *salvar* Mordant. ¿Acaso no puedes verlo? Está intentando conseguir alianzas. Hallar formas de luchar. Porque el Rey Joyse no va a hacerlo.

—No, no veo eso —replicó Geraden, distante—. ¿No crees que resulta extraño por su parte el que te llevara a ese encuentro? Tú no sabías que fuera a hacerlo. ¿Cómo pudo saberlo el hombre que te atacó? ¿Y por qué huyó y te dejó? Quizá fue a usar los espejos para que ese hombre pudiera aparecer y desaparecer.

—No. No. —No puedes comprender. Presión. Polvo. Me puse las ropas más incitadoras que pude encontrar y fui a sus aposentos por voluntad propia. Vamos..., *piensa* en ello—. No estás siendo justo. Tú estuviste con él esta mañana. Cuando vino a buscarme. Viste la forma como se comportó. No sabía que fui atacada.

»Hubiera debido prepararlo todo por anticipado. ¿Cómo podía saber cómo iba a terminar el encuentro? Él deseaba que tuviera éxito. Seguro que no lo saboté.

—El Fayle estaba allí —murmuró Geraden—. Él nunca querrá tener nada que ver con la ilícita Imagería. Todo el mundo sabe eso.

Ella no escuchaba. Su concentración estaba enfocada en lo que ella misma intentaba decir. Era importante..., sabía que era importante. *Sí puedes*. Si sobrevivía a aquello —y el Maestro Eremis había sobrevivido también—, tenía que hablar inmediatamente con él. El Maestro Eremis necesitaba saber que había un traidor en la Cofradía.

—¿Y cómo podía él saber a qué aposentos me llevaría el Rey Joyse? El primer ataque tuvo que ser planeado también por anticipado. Pero ninguno de los Maestros sabía que tú ibas a encontrarme a mí en vez de al campeón.

Geraden tosió quedamente. Luego le oyó jadear, como presa de irresistibles arcadas.

Al instante, todo lo demás se borró de su mente. ¡Geraden estaba siendo aplastado!

—¡Geraden! ¿Estás bien? ¿Qué ocurre?

Durante un tiempo no respondió. Ella lo vio mentalmente, colgando de la presa

del Maestro Gilbur, cayendo, siempre cayendo, la cabeza una informe masa de sangre y astillas de hueso. Se agitó de nuevo locamente, incapaz de moverse en lo más mínimo.

—*Geraden*.

—Lo siento. —Ante su sorprendido alivio, sonaba mejor—. No pretendía asustarte. Las rocas siguen moviéndose. Por un momento sentí una opresión más fuerte en mi garganta. ¿Puedes respirar mejor?

Al principio ella no tuvo idea de lo que él quería decir. Si acaso, el polvo era más denso que nunca. Pero entonces se dio cuenta de que el aire era mucho más frío..., notablemente más frío que los cascotes acumulados a su alrededor. Era casi helado.

—Están acercándose —dijo él—. Van a rescatarnos. Van a sacarnos de aquí.

Incapaz de controlarse, Terisa estalló en sollozos.

Pareció tomar una eternidad. Luego, todo ocurrió simultáneamente. El aire se hizo más y más frío, enfriando las rocas, enfriando la desesperada presión sobre sus pulmones; pero no hubo ningún cambio excepto un incremento en el movimiento de las rocas. Eso casi la sumió en el pánico: cada sutil movimiento amenazaba con romper los huesos de su espalda. No podía retener los sollozos. Afortunadamente, la proximidad de Geraden la ayudaba. Y sabía cómo aferrarse a la realidad cuando cada parte de ella parecía estar desvaneciéndose.

Y, de pronto, el peso sobre ella simplemente desapareció, como si ya no fuera real. Oyó voces; más piedras se desvanecieron. Unas manos hurgaron entre los escombros para sujetar sus brazos con alarmada brusquedad y alzarla.

Todavía estaba llorando, pero las lágrimas eliminaron la suciedad de sus ojos. Recuperó la visión a tiempo para ver a Artagel extraer a Geraden de debajo del lugar donde ella había permanecido tendida.

El Maestro Quillón la sujetó.

—¿Te encuentras bien, mi dama? —Él también parecía estar llorando—. ¿Te encuentras bien? —Su preocupación sonaba tan maravillosa como la presa de sus brazos, y el frío aire lleno de nieve, y la libertad de movimientos.

Geraden se aferró a su hermano y tosió como si sus pulmones estuvieran desgarrados. Pero respiraba. Nada en él parecía aplastado. El polvo ocultaba las huellas de la sangre en su sien.

La nieve que caía hacía que el aire pareciera tan oscuro como en el crepúsculo, pero pudo ver lo que quedaba de la cámara de reuniones de la Cofradía. Más allá de los destrozados muñones de las columnas, las puertas estaban abiertas. Enormes cantidades de piedras rotas cubrían aún el suelo. Al menos una docena de Maestros

—y muchos guardias con palas, picos y palancas— sujetaban espejos entre los escombros.

Captó un atisbo del Maestro Eremis; luego, el hombre se alejó como si tuviera prisa.

Bruscamente, Artagel exclamó:

—¡Lo conseguimos! —y los guardias dejaron caer sus herramientas y lanzaron vítores.

—Fue un terrible error —murmuró el Maestro Barsonage. Tras el polvo que formaba como una máscara sobre su rostro, sus ojos estaban rojos de debilidad. Aferró un alto espejo que Terisa reconoció inmediatamente..., el cristal que reflejaba el paisaje marino. Los hombros del mediador se agitaron, agotados—. Nunca hubiéramos debido correr el riesgo de llamar a ese campeón. Fuimos todos unos locos. El Castellano Lebbick tiene a cincuenta hombres persiguiéndolo, pero dudo que sean suficientes. De todos modos, hemos tenido más suerte de la que merecíamos. Sólo hemos perdido dos Maestros. —Dijo dos nombres que ella no conocía—. Y vosotros estáis vivos.

—Te ruego que me disculpes, mi dama —terminó, con voz incierta—. Fuimos estúpidos..., pero no pretendíamos haceros ningún daño.

Geraden se pasó una mano por el pelo, alzando una nube de polvo.

—Cuéntale eso al Maestro Gilbur. —Estaba sonriendo—. Si me llega a golpear un poco más fuerte, me rompe el cuello. —Pero parecía incapaz de mantener sus ojos enfocados—. Con tu permiso, mi dama —le dijo a Terisa—, creo que voy a echarme por unos momentos.

Suavemente, como si fuera la cosa más graciosamente elegante que hubiera hecho en su vida, se desvaneció en brazos de Artagel.

Había una enorme brecha en el techo de la cámara, y una sección del nivel de arriba se había hundido también; pero los peores daños estaban a un lado, donde el campeón había quemado su camino hacia arriba y a través del muro. La nieve entraba en torbellinos, empujada por un constante viento. Caía lo bastante intensa como para acumularse en el pelo del Maestro Gilbur y formar dos montones sobre los amplios hombros del mediador.

Geraden creía que ella iba a salvar Mordant.

Cuando alzó la vista hacia la nieve, Terisa creyó oír el distante vibrar de cuernos.

Ideas románticas

Estaba temblando. La temperatura del aire parecía descender rápidamente..., aunque sabía que sólo era una reacción, sólo su cuerpo y su mente sufriendo las consecuencias de lo que habían pasado. Sus ropas grises, que antes le habían parecido tan cálidas y discretas, ahora no le ofrecían ninguna protección. El polvo de granito cubría hasta la última fibra de la tela, cubría hasta el último centímetro cuadrado de su piel, hacía que su pelo tuviera el aspecto de lana sucia.

Por otra parte, era capaz de comprender por qué Geraden se había desvanecido.

Pero alguien metió un tosco vaso de soldado ante su rostro. Lo tomó y lo apuró de un trago, porque pensó que contenía vino.

El líquido resultó ser coñac barato. Un espasmo anudó su pecho. Cuando dejó de toser y jadear, sin embargo, se sintió mejor. Sus ojos se habían liberado de más polvo y sus pulmones se estaban despejando. Se sintió un poco más caliente.

Geraden seguía inconsciente. Artagel lo había depositado tendido sobre los cascos, y un hombre con un chaleco gris y unos pantalones sueltos de algodón lo estaba examinando. Tras escuchar su pecho y controlar su pulso, el hombre limpió el polvo de su rostro, observó y desinfectó la herida en su sien, luego tomó un frasquito de un maletín de piel y derramó algo de un líquido entre sus labios.

Tras todas estas operaciones, el hombre se puso en pie y anunció con voz tranquila:

—Duerme. —Al parecer, era médico—. No parece seriamente herido. Llévalo a su cama. Dejadle descansar una o dos horas. Luego despertadlo para que tome un baño y coma algo. Si se queja de algo, o si resulta difícil despertarle..., avisadme; acudiré de inmediato.

Artagel asintió, y el hombre se volvió hacia Terisa.

—¿Estás herida, mi dama?

Ella comprobó sus brazos y piernas. Parecían innaturalmente rígidos y no podía dejar de temblar, pero no parecía haber nada dañado.

El médico la escrutó analíticamente.

—Cabe esperar hematomas y dolores de cabeza. Pero si descubres algún dolor profundo o hinchazón más grande de lo normal, si sufres mareos o desvanecimientos prolongados..., haz que me llamen.

Recogió su maletín y abandonó la cámara.

Artagel cogió a Geraden en brazos.

—Cuida de él —murmuró Terisa. Artagel le devolvió una sonrisa y se alejó, cargando a su hermano como si fuera una pluma.

—Ven, mi dama —el Maestro Quillón seguía sosteniéndola—. Regresaremos a tus aposentos. Tú también necesitas un poco de descanso, un baño y algo que comer.

—Sí —suspiró el Maestro Barsonage—. Todos debemos descansar. Y pensar. Debemos hallar alguna forma de combatir a este campeón. Ahora que su espejo está roto, no tenemos ningún arma utilizable contra él.

Reclinándose en el Maestro Quillón porque sus piernas parecían haber desarrollado ideas propias, Terisa dejó que el hombre la ayudara a salir de la cámara de reuniones.

Tan pronto como alcanzaron la relativa intimidad —y el aire cálido— de los corredores que conducían fuera del laborium, Terisa hizo la pregunta que obcecaba su mente:

—¿Está a salvo ahora Geraden? ¿Todavía tienen sus enemigos alguna razón para matarle?

El Maestro vaciló unos momentos.

—Mi dama, primero déjame explicarte que desconozco lo que esperan ganar los enemigos de Mordant con la presencia de este campeón. Por eso —añadió—, ignoro lo que *nosotros* esperamos ganar. Acepto las decisiones de la Cofradía porque soy un Imagero..., pero no comprendo esa decisión. Parece ser un peligro sin meta, alianza o propósito. Como tal, sus acciones serán aleatorias en sus efectos. Quizás ayuden a nuestros enemigos, quizás a nosotros.

»Sin embargo —prosiguió—, resulta claro que el peligro inmediato para Geraden es ahora menor. Si le contaras todo lo que sabes, ¿qué acción podría tomar él que amenazara a aquéllos que no le quieren bien?

»Y, sin embargo, mi dama —dijo significativamente—, la *razón* de su peligro..., nunca he conseguido averiguar cuál es. No sé lo que lo convierte en una amenaza para sus enemigos, así que no puedo afirmar que su malicia contra él haya disminuido. Las razones para este peligro aún subsisten».

Las palabras del Maestro Quillón hicieron que Terisa se estremeciera; pero las aceptó. Necesitaba mantener su mente funcionando. Puesto que el hombre parecía dispuesto a hablar, preguntó:

—¿Por qué no los detuvo el Rey Joyse? ¿Por qué aguardó tanto antes de enviar al Castellano Lebbick?

El Maestro carraspeó, incómodo.

—Mi dama, el Fayle intentó advertir al Rey Joyse, pero no fue escuchado. El Rey se negó a oírle. El Castellano Lebbick no recibió ninguna orden de intervenir. Actuó por iniciativa propia, después de que el Fayle hablara con él.

—Pero ¿por qué? —insistió ella—. Creía que el Rey Joyse se oponía a ese tipo de traslación. Pensé que ésa era precisamente una de las razones por las que había creado la Cofradía..., para tener a todos los Imageros en un solo lugar y asegurarse de que no efectuaran más traslaciones involuntarias.

El Maestro Quillón bufó exasperado.

—Si yo me hallara en situación de explicar las acciones e inacciones de nuestro Rey, la necesidad de Mordant sería muy diferente de la que es ahora.

Ésa fue la mejor respuesta que pudo extraerle.

La llevó a través de asustadas, tensas y curiosas multitudes en dirección a su torre. Cuando alcanzaron su suite, hallaron las puertas sin guardias.

—¡Maravilloso! —murmuró con furia el Maestro—. Por las estrellas, esto es perfecto.

La confusión había empezado a infiltrarse como niebla entre las rendijas y grietas del cerebro de Terisa. Su reacción a lo que había ocurrido se iba haciendo más y más fuerte. Como una mujer con la cabeza llena de algodón, preguntó:

—¿Qué es perfecto?

—Los guardias. —El Maestro Quillón se detuvo y clavó los puños en sus caderas; su cabeza efectuó retorcidos movimientos mientras su mirada alanceaba en todas direcciones—. Fueron llamados a cavar entre los escombros. Estás desprotegida. Si ese carnicero que desea tu vida elige este momento para atacar de nuevo, estás perdida.

Evidentemente, lo que estaba diciendo era importante para él. Sin embargo, de alguna forma, había fallado en algo. Cuidadosamente, Terisa preguntó:

—¿Cómo sabes acerca de esto?

Él la miró agudamente, sin dejar de fruncir la nariz.

—Mi dama, necesitas descansar. Y sugiero una cierta cantidad de vino. Pero estás desprotegida.

—Repito. —Era difícil hablar en voz alta. No se lo dije a nadie. Ni Artagel tampoco. Estoy segura de que el Príncipe Kragen y el Perdon tampoco lo han hecho—. ¿Cómo sabes que fui atacada esta última noche?

—¿Esta última noche? —La sorpresa hizo que su voz se convirtiera en un chillido—. ¿Fuiste atacada esta última noche? ¿Por el mismo hombre?

Ella asintió, entumecidamente.

—¡Ruina y condenación! Por la más pura arena de los sueños, ¿por qué se molesta Lebbick en entrenar a esa carne muerta que utiliza como guardias? —Quillón logró controlarse con un esfuerzo. Se enfrentó directamente a ella y preguntó—: Mi dama, ¿cómo sobreviviste?

—Artagel me salvó. Geraden le había pedido que cuidara de mí.

—¡Gracias a las estrellas —jadeó fervientemente el Maestro Quillón— por las interminables interferencias de ese impetuoso cachorrillo! —Casi inmediatamente, preguntó—: ¿Por qué no se lo dijo a nadie?

Ella le miró y parpadeó, incapaz de sondear su inquietud. Aquello se estaba prolongando demasiado. Deseaba echarse y descansar. Para detenerle, preguntó:

—¿En quién esperas que confíe?

Sólo por un momento, el Maestro pareció tan miserable y desamparado como un conejo empapado por la lluvia. Luego agitó la cabeza y frunció el ceño.

—Te comprendo, mi dama. No estás en una posición fácil. Algún día mejorará..., si sobrevives hasta entonces.

»Entra en tus aposentos —siguió bruscamente—. Cierra bien la puerta por dentro. Yo montaré guardia hasta que los hombres de Lebbick regresen a sus puestos.

»Tan pronto como sea posible, haré que tu doncella te traiga comida y vino.

La niebla se estaba haciendo más densa. Ella le miró inexpresivamente.

La expresión de él se suavizó.

—Ve, mi dama. —Tomó su brazo para empujarla hacia la puerta—. Necesitas descansar. Y, si sigues de pie aquí, tu desconfianza se convertirá en algo insoportable para mí.

De alguna forma, su extraña mezcla de preocupación y pesar fue suficiente para hacer que se moviera. Entró en sus aposentos y cerró la puerta a sus espaldas.

Tras lo cual, sin embargo, la capacidad para actuar la abandonó. Olvidó correr por dentro el cerrojo. De pie en el centro de la estancia, contempló las ventanas. Estaban cegadas por la tormenta. La nieve se acumulaba en el repecho fuera de los cristales; la nieve atrapaba la luz de la habitación y la reflejaba de vuelta. Los copos giraban y giraban como destellos de luz, pero detrás de ellos todo estaba oscuro, tan impenetrable como la piedra.

Al cabo de un momento, se dio cuenta de que estaba tendida sobre la alfombra.

Se sentía débil y aturdida, pero con la cabeza más despejada, menos envuelta por la bruma.

Se puso cuidadosamente en pie y localizó la jarra de vino. Había sido llenada de

nuevo, un hecho que le proporcionó una sensación de desprendida sorpresa hasta que se dio cuenta también de que su cama estaba hecha, los fuegos encendidos de nuevo, el depósito de leña vuelto a llenar..., hasta que recordó que había transcurrido mucho tiempo desde que había abandonado sus aposentos aquella mañana. El tiempo suficiente como para que Saddith hubiera cumplido con aquella parte de su trabajo.

Puesto que el Maestro Quillón le había dicho que lo hiciera, se sirvió un vaso de vino, lo bebió, se sirvió otro.

El vino pareció incrementar su desprendimiento, al tiempo que la hacía sentirse más segura. Ahora no se sorprendió cuando oyó voces al otro lado de su puerta.

—¿Cómo está? —preguntó una mujer.

—Tranquila, mi dama —respondió el Maestro Quillón.

—No me gusta que esté sola. —La mujer pareció dudar—. Pero, si está descansando, una llamada la molestará.

—Prueba la puerta —sugirió el Maestro. Terisa no pudo evaluar su tono a través de la madera—. Creo que no la cerró por dentro.

—Gracias, Maestro Quillón.

El picaporte giró, y dama Myste entró en la habitación.

Cerró la puerta por dentro antes de volverse y ver a Terisa.

Iba envuelta en una abultada capa del color de la nieve sucia, demasiado pesada y cálida para ser llevada dentro de Orison. Firmemente apretada por sus brazos en torno a su cuerpo, la cubría desde el cuello hasta el suelo, y le hacía parecer como si estuviera intentado ocultar el azoramiento de haber ganado de pronto quince o veinte kilos. La rojez de sus mejillas y la transpiración de su frente mostraban que de hecho iba vestida de una forma demasiado cálida. Pero sonrió, y sus ojos parecieron destellar atentos, como si por primera vez en años estuviera viendo las cosas bien enfocadas.

—Terisa —dijo, estudiándola rápidamente—, estás bien. Necesitas un baño —hizo una mueca divertida—, pero estás bien. Me encanta. —Su placer era inconfundible—. Todo Orison sabe lo que has sufrido hoy. Tomando eso en consideración, te hallas imposiblemente bien. ¿Te he dicho alguna vez que eres más especial de lo que tú misma te das cuenta?

Aquella reacción dejó a Terisa desconcertada. Estaba segura de no ser especial. Por otra parte, le alegraba ver a Myste. Aunque habían transcurrido varios días desde su última conversación, recordaba que la hija del Rey deseaba ser su amiga.

Torpemente, preguntó:

—¿Quieres un poco de vino?

La sonrisa de la dama se convirtió en risa, luego se desvaneció y volvió a mostrarse seria.

—Me encantaría un poco de vino. Pero primero —dudó, como si un soplo de miedo la hiciera vacilar—, tienes que prometerme que me ocultarás.

El desconcierto de Terisa fue superior a todo lo imaginable.

—¿Ocultarte?

—Sólo hasta esta noche —dijo rápidamente Myste—. Hasta que se haya hecho oscuro. Luego me iré, y nadie sabrá que me has ayudado.

»Si no accedes —siguió—, no tengo tiempo para tomar tu vino. Debo marcharme de inmediato, con la esperanza de poder ocultarme en algún otro lugar.

—Espera un momento. —Terisa empezaba a sentirse débil de nuevo—. Espera un momento. —Hizo un gesto de atención con ambas manos—. ¿Qué quieres decir con que nadie lo sabrá? El Maestro Quillón ya lo sabe. Sabe que estás aquí.

—Sí, pero ¿a quién se lo dirá? ¿A los guardias? ¿A tu doncella? Los Maestros de la Cofradía no se sienten inclinados a decirle nada a esa gente. Y, si arreglamos adecuadamente las cosas, no se dará cuenta del significado de lo que sabe hasta que yo me haya ido sana y salva.

»Entonces —la expresión de la dama era apenada, pero sostuvo la mirada de Terisa—, te pediré que mientas por mí. Cuando el Maestro Quillón diga lo que sabe, y te pregunten qué ha sido de mí..., diles que volví a marcharme poco después de mi llegada, y que los guardias no se dieron cuenta de ello. O di simplemente que no sabes dónde me he ido.

»Terisa, no te pediría esto si tuviera alguna otra solución.

—No, espera un momento —dijo de nuevo Terisa—. No lo entiendo. ¿Adónde vas?

Myste fue a responder, luego hizo un brusco gesto reclamando silencio.

Terisa oyó la voz de Saddith.

—¿Está bien mi dama? Vine tan pronto como supe que había sido rescatada.

—Está bien —respondió el Maestro Quillón—. Antes de que la veas, ve a llamar a los guardias que se supone que deberían estar aquí. Tengo otras cosas más importantes que hacer que estar de pie delante de esta puerta todo el resto de la tarde. Y trae comida y vino.

—Sí, Maestro.

Mientras Saddith se alejaba, Myste alzó los hombros en un gesto de ya-te-lo-dije.

—Volverá —siseó urgentemente Terisa—. ¿Adónde vas?

La hija del Rey parecía inquieta, un poco triste..., y sin embargo excitada, como ardiendo por dentro con una fiebre personal.

—Si te lo digo, querrás detenerme. Debes prometerme que mantendrás mi secreto y no interferirás.

Terisa dudó. Su mente se había despejado lo suficiente como para captar que se le estaba pidiendo que hiciera algo que no podía evaluar, algo que tendría consecuencias que no podía predecir. Dudó porque no sabía qué decir.

Su silencio profundizó el dolor en el rostro de Myste.

—Perdóname —dijo en voz baja—. No debería pedirte tanto. Tus propias cargas ya son bastante pesadas. Me marcharé ahora mismo.

—¡No! —respondió Terisa, arrancada bruscamente de su incertidumbre—. No lo hagas. No le diré a nadie a dónde vas. Te ocultaré. Sólo deseo una explicación.

»Los Maestros trasladaron a su campeón, y se volvió loco furioso. Geraden y yo fuimos enterrados vivos. Están matando a gente. Aparecen y desaparecen. Todo el mundo traiciona a todo el mundo. —Geraden piensa que yo voy a salvar Mordant—. Tengo la sensación de que me estoy haciendo pedazos. Me gustaría comprender *algo*.

Para su alivio, Myste le dirigió de inmediato una sonrisa y un asentimiento de cabeza.

—Te explicaré de buen grado todo lo que pueda. Tranquilizaré mi corazón. Si tú fueras Elegia —su sonrisa se convirtió en una irónica mueca—, pensarías que me he vuelto loca. Indudablemente, ésta es otra de lo que ella llama mis «ideas románticas»..., la peor de un mal lote. Pero espero que tú lo comprendas.

»¿Puedo tomar un poco de vino?

—Por supuesto.

Medio enrojecida y medio complacida, Terisa llenó un segundo vaso y se lo tendió a la dama. Al mismo tiempo, Myste abrió su capa, la hizo caer con un movimiento de sus hombros y la apartó con un pie.

Debajo de la capa llevaba una pesada chaquetilla de piel de corte masculino, unos pantalones cosidos del mismo material, y botas claramente hechas para viajar. La voluminosidad que cubría la capa estaba causada por un cierto número de bolsas — aparentemente llenas de provisiones— que colgaban de su hombro, sujetas a una correa en bandolera. Llevaba armas al cinto..., una larga daga de esgrima y un puñal corto.

Pidió permiso para sentarse. Terisa asintió de inmediato y ocupó aliviada otra silla: sus rodillas parecían volverse cada vez más débiles en vez de más fuertes.

—Terisa —empezó Myste tras un largo sorbo de vino—. Desde un principio creí

que estarías dispuesta a ayudarme. Creo que me comprenderás. Pero no quiero imponer a nadie lo que pienso hacer. Aunque realmente no tengo otra elección.

»¿Te das cuenta —preguntó lentamente— de que Orison está cribado de pasadizos secretos?

Tomada por sorpresa, Terisa dijo, antes de tener la oportunidad de pensar:

—Sí. Hay uno en mi dormitorio.

Myste sonrió para sí misma, y el enfoque de sus ojos derivó hacia la distancia.

—Apenas llevas diez días entre nosotros, y ya has aprendido tanto. Yo no lo hubiera hecho tan bien. Siempre he sido una mujer que podría vivir años sin aprender nada de tales cosas. Pero Elega tiene otro espíritu. Cuando tenía doce años, explorar los pasadizos secretos de Orison se había convertido en su pasatiempo favorito.

»No pudo interesar a Torrent en ello, así que a menudo me animaba a mí a que fuera con ella.

»Si tuvieras que caracterizarnos cuando éramos niñas —comentó—, hubieras podido decir que Elega era atrevida; Torrent, tímida; Myste, soñadora. En cierto sentido, yo hallaba los pasadizos secretos más excitantes que Elega. Ella hubiera dicho que yo los encontraba “románticos”. Pero, en otro sentido, yo no los necesitaba. Los exploraba con ella simplemente para complacer mi imaginación. Luego me quedaba satisfecha. Finalmente, empecé a ignorar sus peticiones de que la acompañara.

»Pero había aprendido ya lo suficiente para lo que pretendo hacer ahora.

»Terisa, puede que no sepas que todos los pasadizos no se conectan entre sí. Fueron construidos en épocas distintas, para propósitos diferentes. La mayoría dan acceso a sólo unos cuantos puntos de Orison.

»Mi conocimiento de los pasadizos no es extenso. La única entrada que conozco al que necesito, el pasadizo que conduce a donde debo ir, se halla en el armario de tu dormitorio. Por eso no tuve otra elección más que acudir a ti.

Terisa estuvo a punto de preguntar: ¿Quieres decir que desear ir a donde vive el Adepto Havelock? Pero recordó que el pasadizo tenía varios ramales y mantuvo la boca cerrada.

—Si no he olvidado lo que Elega y yo aprendimos juntas —dijo cuidadosamente Myste—, si no confundo imaginación y memoria, un ramal de este pasadizo conduce hasta el laborium, cerca de la cámara de reuniones de los Maestros.

Terisa no pudo impedir el preguntar:

—¿Por qué deseas ir *allí*?

Firmemente, la dama respondió:

—Desde allí puedo abandonar Orison sin ser vista a través de la brecha en el muro. No conozco ninguna salida privada, y el Castellano Lebbick vigila todas las públicas mucho mejor de lo que la gente cree. Si no consigo salir sin ser vista, seré llevada de vuelta en contra de mi voluntad, y lo que debo hacer se quedará en nada.

»Por supuesto, la brecha estará vigilada. Pero esa vigilancia será nueva para los guardias. Su misión será la de impedir que entren los enemigos, no que salgan los amigos. Y, si esta nevada continúa, me ocultará. Quizá pueda conseguirlo.

La sensación de niebla empezó a llenar de nuevo la cabeza de Terisa. Necesitaba dormir..., un baño, una comida y sueño, por este orden. Lentamente, como si se estuviera volviendo estúpida, preguntó:

—¿Qué es lo que deseas hacer? ¿Qué es tan importante que debes escabullirte fuera con este tiempo?

Articulando con precisión cada palabra, como una mujer controlando el impulso de hablar atropelladamente, Myste dijo:

—Deseo hallar a este pobre y perdido hombre que los Maestros llaman su campeón. Necesita desesperadamente ayuda.

—¿Ayuda? —Terisa casi se atragantó—. ¿Dices que necesita *ayuda*?

Myste hizo un gesto de advertencia, indicando a Terisa que bajara la voz.

—Hubiera podido quemar todo este lugar hasta sus cimientos —susurró intensamente Terisa: Casi me mató—. ¿Y tú crees que necesita *ayuda*?

»Casi me mató. Pese a que dijo: *No disparo contra las mujeres*.

—Hubiera podido —admitió rápidamente la dama—. Hubiera podido matarnos a todos. Pero no lo hizo. ¿Acaso eso no dice algo importante sobre él..., algo crucial para comprenderle, a él y su tremenda dificultad?

—¡Sí! —siseó en respuesta Terisa—. Dice que no desea malgastar su poder hasta saber en qué tipo de lío está metido..., a cuánta gente deberá matar para seguir con vida.

De pronto, Myste se puso furiosa. Se alzó en pie.

—Quizá tengas razón —respondió—. Quizá sólo busque racionalizar su capacidad de matar. Pero ¿crees que los soldados del Castellano Lebbick le enseñarán contención? No. Lo empujarán de asesinato en asesinato, buscando la oportunidad de matarlo a su vez. Si debe ser detenido, debe serlo sólo por alguien que no pueda causarle ningún daño.

La dama hubiera seguido hablando: evidentemente, aún tenía más que decir. Pero se detuvo ante el sonido de voces.

—El Castellano envía sus disculpas, Maestro —el tono de Saddith era animado e

insincero: al parecer, no aspiraba al lecho del Maestro Quillón—. Lamenta que hayas sido retenido tanto tiempo de guardia aquí. Serás relevado dentro de muy poco.

Llamó alegremente a la puerta.

—¿Me ocultarás? —jadeó Myste.

—Dije que lo haría —respondió en voz baja Terisa. Luego admitió—: Aunque no sé cómo.

La dama recogió su capa.

—Déjala entrar. Me ocultaré en uno de los armarios. —No olvidó su vaso—. Intenta retenerla aquí por un tiempo..., el suficiente para que los guardias releven al Maestro Quillón. Ellos no sabrán que yo estoy aquí, así que no esperarán verme marchar. —Su excitación había vuelto—. Pero no dejes que te busque ropa nueva del armario. Si me encuentra aquí, seguro que hablará de ello.

Sin un sonido, Myste abandonó la salita.

Saddith llamó de nuevo.

Por un momento Terisa tuvo la sensación como si un carámbano se aposentara en su estómago. Fue incapaz de moverse. Aquello era peor que simplemente decir mentiras: aquello era un activo subterfugio. Tenía que engañar a Saddith. Y se sentía demasiado débil y torpe para resistirlo. El frío la paralizó.

Pero al instante siguiente un salto de su imaginación le dijo lo que le iba a ocurrir si no actuaba. Saddith llamaría de nuevo. Si no había respuesta, se volvería al Maestro Quillón para preguntarle qué debía hacer. Y el Maestro Quillón se preocuparía. Diría algo así como:

—Puede que dama Terisa esté dormida. Pero dama Myste está con ella. Debería responder. —Y entonces Myste estaría perdida.

Aguijoneada por el pánico, Terisa halló la fuerza suficiente en sus piernas para dirigirse apresuradamente hacia la puerta.

Cuando la abrió, Saddith entró en la habitación como un yate de exposición, los botones inferiores de su blusa tensos en su intento de contener sus pechos. Su actitud dejaba muy claro que no tenía en muy buen concepto al Maestro Quillón.

Colocó una cargada bandeja sobre una mesa mientras Terisa cerraba la puerta.

—Ese hombre —dijo, con toda intención de ser oída desde el otro lado— debería ser más educado. Puedo realizar perfectamente mis deberes sin necesidad del beneficio de sus instrucciones.

Tras dejar la bandeja, examinó a Terisa.

Su reacción inmediata fue una mirada divertida y un acceso de risa.

—¡Mi dama, tu aspecto es espantoso! —Inmediatamente, sin embargo, hizo un

esfuerzo por disimular su regocijo—. Mi pobre dama, qué terrible tiene que haber sido. Verte sepultada de esta forma. Y ser rescatada en este estado, con todos esos hombres a tu alrededor... —Frunció el ceño—. Qué lástima que este poco agraciado traje no hubiera sufrido más daños. Unos cuantos desgarrones estratégicos hubieran hecho mucho para hacer tu apariencia más atractiva.

La doncella siguió charlando, al parecer controlando su deseo de echarse a reír al tiempo que decía lo que acudía a su cabeza. Hasta aquel momento, Terisa no había tenido la menor idea de qué hacer. Pero la sensación de debilidad que la hizo desear simplemente doblar las rodillas y olvidarlo todo acudió a su rescate con un ramalazo de inspiración.

—Necesito ayuda —murmuró—. Quiero tomar un baño, pero me desvanezco cada vez que intento desvestirme. —Había dejado suficiente polvo en la alfombra como para hacer creíble aquella afirmación—. Parece que no consigo calentarme.

A través de la niebla en su *cabeza*, se sentía notablemente aguda. Nadie podría decir en realidad que estaba mintiendo. Y ganaría un tiempo precioso mientras Saddith arreglaba las cosas para que trajeran agua caliente a sus aposentos.

Pero su imitación de fragilidad fue quizás un poco demasiado convincente. Con creciente simpatía, Saddith fue hacia ella y tomó su brazo.

—Mi pobre dama, apóyate en mí. Deberías sentarte. —Suavemente, empujó a Terisa hacia una silla—. Sólo necesitaré un momento para calentar un poco de agua. Luego te quitaré estas horribles ropas y te bañaré.

Incapaz de plantear ninguna objeción razonable, Terisa se sentó.

Saddith fue al cuarto de baño. Terisa oyó el ruido del agua al correr; luego la doncella salió con el cubo de estaño, que colocó en la chimenea, tan cerca de la parrilla como le fue posible. Mientras añadía leña al fuego, anunció:

—El cuarto de baño está demasiado frío. Te bañaré aquí.

Apartó la alfombra e hizo sitio delante del fuego. Luego trajo la bañera del cuarto de baño y la situó cerca de la chimenea. Después de eso, empezó a desvestir a Terisa.

Por primera vez desde su infancia, Terisa tuvo la experiencia de ser desvestida y bañada como un inválido. Aquello la hizo sentirse agudamente cohibida.

El resultado, sin embargo, fue innegablemente agradable..., sentada en la bañera delante de un cálido fuego mientras Saddith echaba agua caliente encima de su recién restregado pelo. El alivio de sentirse limpia y cálida compensó el azaramiento de los comentarios de Saddith sobre su cuerpo. Cuando oyó los inconfundibles sonidos que indicaban que los guardias volvían a ocupar sus puestos al otro lado de su puerta — inconfundibles porque el Maestro Quillón se quejó amargamente del retraso mientras se marchaba—, creyó llegado el momento de iniciar su siguiente truco para librarse

de Saddith sin permitir a la doncella que le trajera ninguna ropa.

—Se está maravillosamente aquí —murmuró—. Creo que simplemente me quedaré así un rato —hasta que tú te hayas ido—, y luego me meteré en la cama.

Saddith asintió aprobadoramente.

—Te traeré una bata.

—No, gracias —Terisa apenas consiguió no traicionar su sobresalto—. No necesito ninguna. El fuego es cálido, y hay muchas toallas. —Esperando que aquello ayudara, añadió, con voz ligeramente avergonzada—: Nunca llevo nada en la cama.

—Tonterías, mi dama —respondió la doncella—. ¿Y si cambias de opinión y decides comer algo antes de meterte en la cama? No debes correr el riesgo de enfriarte.

Antes de que Terisa pudiera detenerla, Saddith entró en el dormitorio.

Terisa estuvo a punto de saltar fuera de la bañera. El agua chapoteó y chisporroteó en la chimenea mientras se ponía bruscamente en pie.

Pero Saddith regresó inmediatamente con la bata de terciopelo color borgoña al brazo y una expresión de desconcierto en el rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Terisa, sintiendo que su corazón martilleaba.

—Nada, mi dama. —Saddith apartó su perplejidad con un enérgico movimiento de cabeza—. No puedo recordar el haber dejado tu bata sobre la silla cuando limpié la habitación esta mañana.

Terisa se sintió tan aturdida por el alivio que casi se derrumbó. Myste era mucho más rápida y previsoras de lo que hubiera creído posible.

—La saqué yo —tuvo la impresión de oír su propia voz procedente de muy lejos— cuando pensé que podría desvestirme yo misma.

—Mi dama —dijo Saddith reprobadoramente—, no deberías permanecer así de pie toda mojada.

Tan calmadamente como si estuviera levitando, Terisa alargó una mano hacia una toalla.

Saddith envolvió una segunda toalla en torno a su pelo mientras Terisa se secaba. Cuando hubo terminado, salió de la bañera y dejó que Saddith deslizara la bata sobre sus hombros.

—Gracias —dijo de nuevo—. Ya puedes irte. —Había perdido su capacidad de ser sutil—. Estoy bien.

La doncella la estudió por unos instantes. Luego le guiñó un ojo.

—Creo —dijo, medio en broma, medio en serio— haber reconocido la voz de uno

de tus guardias. Tiene buena reputación en esos asuntos. Puede que halles relajante, y recompensador, si le pides que te caliente un poco tu cama. Si yo hubiera estado tan cerca de la muerte, me sentiría *ansiosa por recordarme* —se pasó sugerentemente las manos por las caderas— que la vida es algo que vale la pena vivir.

»Es el alto de ojos verdes —añadió, riendo alegremente mientras salía de la habitación.

Inmediatamente, Terisa se abalanzó hacia la puerta y corrió por dentro el cerrojo.

Cuando se volvió, halló a Myste de pie en el umbral del dormitorio. El rostro de la dama mostraba una expresión distraída y pensativa.

—Eso estuvo cerca —jadeó Terisa—. No sé cómo pudiste pensar tan rápido.

—¿Hum? —murmuró Myste. Su mente estaba a todas luces en otra parte—. Oh, la bata. —Desechó el tema con un encogimiento de hombros—. Terisa, creo que no es una buena idea dejar esa silla dentro de tu armario.

—¿Por qué no? —La sorpresa y la reacción dieron al tono de Terisa una nota de aspereza—. *No sé* dónde conducen esos pasadizos. Tengo que hacer algo para mantener a la gente fuera de aquí.

Una sonrisa hizo temblar ligeramente los labios de Myste.

—Entiendo tu punto de vista. La precaución es tentadora. La dificultad es que la posición de la silla anuncia a cualquiera que la vea que conoces la existencia del pasadizo. Me gustaría preguntarte cómo llegaste a descubrir...

Terisa contuvo el aliento.

—... pero no me debes ninguna explicación. Esperemos simplemente que tu doncella no transmita lo que sabe a oídos equivocados. Lo que sí puedo asegurarte es que tu vida va a volverse mucho más difícil si el Castellano Lebbick ve esa silla en tu armario.

—Oh. —Terisa dejó escapar el aire de sus pulmones en un suspiro de disgusto consigo misma—. Tienes razón. —¿Por qué no era *capaz* de pensar por sí misma en cosas como aquélla?

Inmediatamente, el tono de Myste se hizo tranquilizador.

—De todos modos, dudo que tengas ningún motivo para preocuparte. Tu doncella ya debe haberle dicho a todo el mundo todo lo que es capaz de decir. Y el Castellano Lebbick no tiene ninguna razón para registrar tus aposentos.

—Espero que no. —Terisa hizo un esfuerzo por relajarse. Por supuesto, el Castellano no tenía ninguna razón para registrar sus aposentos. Probablemente estaba a salvo. Y la amable negativa de Myste a seguir preguntando acerca de cómo había descubierto el pasadizo fue otro alivio.

Poco a poco, empezó a darse cuenta de que el baño le había hecho un gran bien. Y la aguardaba una bandeja llena de comida. Cuando la olió, descubrió que tenía hambre. Invitó a Myste a unirse a ella y se sentó.

Myste había dejado su capa en el dormitorio. Retiró su bandolera y aceptó la invitación de Terisa.

Mientras comían, Terisa volvió al tema de las intenciones de Myste.

—Me estabas diciendo por qué crees que el campeón necesita tu ayuda. Era eso, ¿no? Al menos, eso era lo que yo no entendía. Tú ni siquiera lo conoces. ¿Qué significa todo eso para ti?

La dama carraspeó y dio un sorbo a su vino.

—Haces varias preguntas a la vez. Probablemente la verdad no es más profunda que el hecho de que, cuando supe de su situación, sentí que se me encogía el corazón..., y, cuando pensé que podía ayudarle, el dolor se convirtió en *alegría*. Pero intentaré darte mis razones.

»El hecho de que necesita ayuda es evidente. Piensa. —Su mirada estaba fija en *algo más allá de la pared de la habitación*—. Es un hombre de guerra, acostumbrado a la hostilidad por todas partes. Su vida es la subyugación y la destrucción. Y ahora, de pronto, sin ninguna explicación, se encuentra solo en un mundo seguramente más poco familiar para él que cualquiera que haya conquistado nunca.

»Tú eres consciente del gran debate de la Imagería. La gente, los lugares y las criaturas que vemos en los espejos, ¿poseen existencia independiente, o son simplemente como reflejos en un charco de agua, irreales más allá del cristal al que han sido arrojados? ¿Es el campeón un hombre, merecedor de todos los derechos y respeto de un hombre? ¿O en realidad no es más que un animal..., un ser como un caballo que puede ser decentemente, incluso honorablemente, privado de su voluntad?

»Terisa: en cualquiera de los dos casos, debe ser ayudado.

La excitación de Myste la impulsó a ponerse en pie. Empezó a caminar por la alfombra, arriba y abajo.

—Si es un hombre, como mi padre insistirá seguramente que lo es, entonces lo que han hecho los Maestros es abominable. No podemos juzgar si es o no un buen hombre: Quizá sea un horrible esclavista... Eso es algo que está más allá de nuestro conocimiento. Pero cualquier hombre merece algo mejor que ser arrancado de su vida, de su mundo, de su hogar, familia, propósito y explicación, para servir a lo que son, en esencia, los caprichos de los Imageros. ¡Piensa en él! No conoce a nadie aquí, no comprende nada. No fue invitado a aliarse a nosotros. Para él, nosotros debemos ser simplemente otro enemigo. Luchará contra nosotros hasta que se le agoten armas,

comida y esperanza. Entonces morirá.

»Si es un hombre, su muerte será un asesinato...

»Si es menos que un hombre —continuó tras una larga pausa—, un ser comparable a un caballo o un perro de caza, entonces tiene derecho a recibir ayuda. Es una responsabilidad que acompaña al servicio que imponemos a los animales. A cambio de lo que les exigimos, les proporcionamos comida, refugio, cuidados, quizás incluso afecto. Si no lo hacemos así, pocos nos llamarán admirables. ¿Acaso un campeón con la mente y las necesidades y los deseos de un hombre no merece al menos tanta consideración como un animal? Aunque en realidad no existiera hasta el momento mismo de su traslación, *es real ahora*, y no debería ser conducido a la muerte simplemente porque, como un animal, no comprende lo que queremos de él.

Quizá la reacción a los acontecimientos del día había dejado a Terisa algo aturdida; quizá sus emociones estaban saltando fuera de control. Fuera cual fuese la causa, su corazón se elevó mientras escuchaba a la dama. Se alegraba de haber decidido ayudar a Myste, se alegraba mucho. Aquello valía la pena hacerlo. Simplemente porque deseaba confirmación, dijo: —Quizá todo eso sea cierto. Pero ¿qué tiene que ver contigo? ¿Por qué crees que debes salir subrepticamente de Orison y perseguirlo a pie con este tiempo?

Myste frunció el ceño por un instante, luego sonrió humildemente.

—Acabas de tocar mi punto más flaco. Soy un puñado de ideas románticas que desafían el sentido común. —Mientras hablaba, no obstante, pareció hacerse más fuerte—. Sin embargo, siempre he creído que los problemas deben ser resueltos por aquéllos que los ven..., que, cuando se presenta una dificultad, la persona que es consciente de ella debe enfrentarla en vez de pasarla a alguien. —Su voz lanzó asomos de pasión como destellos de oro a la luz del fuego—. Y esto es más cierto aún para la hija de un rey. ¿Qué es un rey, sino un hombre que acepta la responsabilidad de los problemas cuando los ve? ¿Y no debe hacer su hija lo mismo?

Sus ojos llamearon como los de Elegia cuando miró fijamente a Terisa.

—Pero la verdad —dijo, tan intensamente como si gritara— es que *desea* ir. Estoy cansada de aguardar a que mi vida tenga algún propósito.

Inmediatamente, sin embargo, hizo un esfuerzo para frenar su entusiasmo.

—Romántica, como he dicho. —Rió torpemente—. Pero no puedo afirmar que me haya sentido feliz desde lo del salón de audiencias, desde que mi padre —se agitó incómoda al mencionarlo— te obligó a jugar al brinco contra el Príncipe Kragen. Cuando mi madre y Torrent se fueron, yo me quedé en Orison porque creía tener un propósito. Deseaba que hubiera al menos una persona al lado del Rey que creyera en él si decidía explicarse. Quizá no pudiera ayudarle a resolver los problemas de

Mordant, pero sí podría ofrecerle la compañía y el apoyo de mi voluntad.

»Pero cuando, por un capricho, insultó a un embajador de Alend hasta el punto de desencadenar una guerra, ¡por un *capricho*, Terisa!, yo fui tras él, y se negó a escucharme. —No podía retener su emoción—. “Mi hija y ese Kragen pretenden traicionarme”, me dijo. “Ya han empezado a hacerlo. Vete. Estoy cansado de hijas”. Luego cerró de un portazo.

De nuevo Myste guardó silencio por un rato. Pero luego se encogió de hombros, y aquel pequeño gesto pareció restablecer su equilibrio, su excitación.

—Sigo siendo lo suficiente su hija como para desear emprender una acción cuando veo su necesidad. Y *no* deseo que él continúe como lo está haciendo.

Terisa hizo todo lo posible por ayudar. Lentamente, dijo:

—Cuando el campeón apareció, estuvo a punto de matarme. Pero se detuvo. Dijo: «No disparo contra las mujeres».

Myste sonrió como si un rayo de sol atravesara la tormenta que estaba amontonando nieve sobre Orison.

La nevada empezó a menguar poco después del atardecer. Puesto que no quería correr el riesgo de partir de Orison bajo un cielo claro y una luminosa luna, a través de una extensión de nieve virgen donde dejaría claras huellas, Myste abandonó pronto los aposentos de Terisa. Con las provisiones al hombro, bajo su capa, y una pequeña lámpara de aceite en una mano, abrió la puerta oculta y cruzó el armario hacia el pasadizo.

—Ve con cuidado —susurró Terisa tras ella—. Si te pierdes y el Castellano Lebbick tiene que enviar un grupo de búsqueda para encontrarte, las dos vamos a quedar como un par de tontas.

—No dejes que Lebbick te preocupe —respondió la dama casi alegremente—. Hace todo esto sólo porque quiere a mi padre. Te doy las gracias con todo mi corazón. Creo que no he sido tan feliz desde hace años.

Como si se le ocurriera en aquellos momentos, Terisa preguntó:

—¿Qué debo decirle a Elega?

Con la lámpara frente a ella, Myste parecía estar de pie al borde de un pozo de oscuridad.

—No le digas nada. —Su voz tenía un sonido hueco, como un eco—. Obsérvala. Si tiene realmente intención de traicionar al Rey, detenía.

¿Y cómo esperas que lo haga?, preguntó Terisa. Pero no lo dijo en voz alta. Myste ya había desaparecido.

Oh, bueno. Terisa cerró el acceso al pasadizo y salió del armario. Mañana

buscaría al Maestro Eremis. Necesitaba saber cómo había sido traicionado. Por alguna razón, la perspectiva de hablar con él no la sedujo. Prefería pensar en Myste.

Deseaba creer que algún día tendría tanto valor como la hija del Rey.

Tan pronto como se metió en la cama se quedó profundamente dormida, y no se despertó en toda la noche.

Fue despertada temprano a la mañana siguiente por el sonido de cuernos.

La arrancó de la cama como si fuera la llamada de sus sueños, el distante y doloroso embrujo de la música o la caza. Con demasiada prisa para darse cuenta de que los fuegos estaban casi apagados y el aire helado, salió desnuda del dormitorio, buscando la fuente de lo que acababa de oír.

Lo oyó de nuevo.

No era la llamada que recordaba. Era el sonido de una trompeta, la misma solitaria fanfarria que había dado la bienvenida a la llegada de los señores de los Cares a Orison.

Ahora se recuperó lo suficiente como para notar el frío. Pese a todo, fue a la ventana y miró al lodoso patio.

La trompeta sonó de nuevo. Al parecer, cada uno de los señores que se marchaban recibía un saludo personal. Vio al Fayle y su séquito emerger por la puerta con el Perdon tras él, mientras el Termigan hacía que su caballo se alejara cabrioleando de los guardias formalmente alineados tras el Castellano Lebbick. Luego llegó el Armigite, acompañado por sus guardias y cortesanos..., y por dos o tres mujeres. Quizá fueran sus amantes o cortesanías.

El último era el Príncipe Kragen.

Así que también se iba. Al parecer, él —como los señores— había decidido permanecer sólo el tiempo suficiente como para evaluar las consecuencias de lo que había hecho la Cofradía. ¿Abandonaban Orison ahora porque ya no era seguro, ya no era una fortaleza a prueba de sitios..., o incluso del tiempo? ¿Tenía intención el Príncipe Kragen de traer la guerra que los señores de los Cares temían?

¿Cuánto iba a costarle a Mordant, al final, la traslación del campeón?

El frío de la piedra contra sus brazos y pechos la hizo estremecer. El ritmo de los acontecimientos se estaba acelerando. Creyó oír una salvaje nota de advertencia en la forma en que el nombre que hacía sonar la trompeta lanzaba su saludo cuando el Príncipe Kragen recibió su brusca despedida de Lebbick y se volvió hacia la puerta, rodeado por sus guardaespaldas.

Estremeciéndose violentamente, abandonó la ventana.

Primero cogió su bata y se envolvió apretadamente en ella; luego trabajó en sus fuegos, agitándolos y añadiéndoles nuevos troncos hasta que las llamas volvieron a brotar altas. Al cabo de un momento empezó a sentir de nuevo un poco más de calor.

Había ido acumulando un hambre sorprendente durante la noche. Pero Saddith no solía traerle su desayuno tan temprano. Cuando dejó de temblar, decidió que primero se vestiría, luego le pediría a uno de sus guardias que avisara a su doncella para que le trajera algo de comer.

Deseaba ponerse sus propias ropas: ya estaba harta de los vestidos de aquel lugar. Ante su sorpresa, sin embargo, no pudo hallar sus mocasines. Aquello era extraño. ¿Cuándo se los había puesto por última vez? Anteayer por la noche, para la reunión con los señores de los Cares. ¿Dónde estaban ahora?

¿Se los había llevado Saddith por alguna razón?

Con el ceño fruncido, terminó de vestirse, se puso de nuevo los delicados borceguíes, luego se dirigió a la puerta y descorrió el cerrojo.

Los guardias al otro lado parecían vagamente familiares: debían haber efectuado aquella misma guardia hacía poco. La saludaron, y uno de ellos le preguntó si necesitaba algo.

—¿Puedes avisar a mi doncella? —preguntó—. Desearía el desayuno.

—Por supuesto, mi dama. —Al cabo de un momento, el hombre añadió—: El Apr Geraden estuvo aquí antes, preguntando si te encontrabas bien. No me sorprendería si le viera de nuevo pronto. —Sonrió—. ¿Debo decirle que recibes visitas?

—Sí, gracias.

Sonriendo porque Geraden debía estar bien si su hermano y el médico le dejaban que se preocupara por los demás, cerró la puerta y regresó a sus ventanas para observar a la gente: guardias de servicio, servidores transportando provisiones, hombres y mujeres que se dirigían hacia las pocas tiendas ya abiertas en el extremo noroeste..., los observó mientras se dirigían a través del frío y el lodo del patio y ella aguardaba a Saddith o el Apr.

Pronto hubo una llamada a la puerta. Antes de que pudiera responder, el Castellano Lebbick entró a largas zancadas en la habitación y cerró fuertemente la puerta tras él.

Se detuvo en el centro de la alfombra para contemplarla fijamente. Tenía un brazo a la espalda, el otro apoyado en su cadera. Sus mandíbulas se agitaban furiosas; sus hombros estaban rígidos.

Sin embargo, sonreía.

—Mi dama —su tono era prácticamente alegre—, me has estado mintiendo.

Ante su propia sorpresa y alivio, Terisa no se encogió sobre sí misma. Ya se había enfrentado a él en una ocasión. Podía hacerlo de nuevo.

—Hubiera venido antes —comentó el Castellano con tono conversacional—, pero he estado ocupado. Estoy seguro de que no querrás saberlo, pero te lo contaré de todos modos.

»Iba ayer en tu busca cuando el Fayle me encontró y me dijo lo que esos mierda de cerdo de Imageros estaban haciendo. Después de todo aquel lío, por supuesto, tuve que organizar a mis hombres para que ayudaran a sacaros a ti y a Geraden de los escombros. Tuve que proporcionar protección a los señores de los Cares y —su boca se crispó en una sonrisa lobuna— al Príncipe Kragen, así como al Rey Joyse, en caso de que ese *campeón* decidiera atacarnos. Tuve que arreglar las cosas para perseguirlo y atraparlo, a fin de que no causara más daños. Puesto que sabía dónde estaba Eremis, no tuve que preocuparme por él. Pero tuve que pasar horas y emplear buenos hombres buscando a Gilbur.

»Sospecho que ya sabes lo demás. Pero te lo diré igualmente.

»Gilbur ha desaparecido. Desvanecido, tan completamente como si estuviera loco y pudiera utilizar cualquier cristal plano que deseara. Los señores se han ido. Puesto que piensan que los Maestros se han vuelto locos, no están dispuestos a quedarse y apoyar al Rey. Tuve que dejar marcharse también al Príncipe Kragen. Es un *embajador*. —Sonrió como si considerara la perspectiva de hincar los dientes en ella—. Además, el campeón está libre.

—¿Libre? —El Castellano no había hecho ninguna mención de Myste. No estaba diciendo las cosas que esperaba Terisa. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido. ¿Por qué deseaba «enfrentarse» a ella? ¿Cómo podía haberse desvanecido el Maestro Gilbur?—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir, mi dama —respondió el hombre, con la voz como el filo de un hacha— que mis hombres fracasaron. Por supuesto, sólo envié cincuenta..., pero doscientos no lo hubieran hecho mejor.

»Oh, lo encontraron fácilmente. Esa extraña armadura suya no incluye alas. En cualquier caso, creo que además está herido. Así que hubieran debido ser capaces de retenerle. No les dije que lucharan. No deseaba provocarlo. Lo único que deseaba era mantenerlo quieto en alguna parte hasta que tuviéramos la oportunidad de decidir qué hacíamos con él.

»Pero su traslación había sido bien planeada. Gilbur y Eremis debieron trabajar mucho tiempo en ello. —Ahora la furia en su sonrisa era inconfundible—. Mis hombres tuvieron éxito.

Consiguieron detenerlo. Pero, antes de que pudieran hacer algo más que enviar un

jinete a comunicármelo, fueron atacados. El aire frente a ellos se abrió, y un felino del tamaño de una *casa* pequeña saltó de la nada.

De alguna extraña forma, la ira sostenía al Castellano, como si fuera el alimento del que vivía.

—Un animal tan grande que hubiera sido formidable bajo cualquier circunstancia. Pero éste, mi dama..., *éste* incendiaba todo lo que tocaba. Carne y hierro eran yesca para él, y acabó con mis hombres como si fueran ganado. Sólo dos escaparon. Lo dejaron alimentándose de las carcasas carbonizadas. Tuve suerte de no haber enviado doscientos hombres. No puedo permitirme perder doscientos hombres.

»Desde entonces —siguió, algo más tranquilizado— he estado ahí fuera. La nieve hace fácil ver que el campeón y ese felino de fuego partieron en diferentes direcciones. Evidentemente, no tuvieron la cortesía de destruirse el uno al otro. Ahora tenemos dos abominaciones en nuestras manos, en vez de sólo una.

Terisa se estremeció involuntariamente. ¡Cincuenta hombres! Y hacia ahí era hacia donde había ido Myste... Casi gimió en voz alta: *¡Hacia ahí es hacia donde ha ido Myste!*.

Pero todo esto había ocurrido ayer, y Myste no había abandonado Orison hasta esta última noche. Había grandes posibilidades de que tanto el campeón como el felino de fuego se hubieran ido hacía tanto tiempo que nunca pudiera alcanzarlos.

Inspiró profundamente para afirmarse y dijo:

—Eso es terrible. Pero no comprendo qué tiene que ver conmigo.

—Mi dama —respondió Lebbick como una afilada hoja—, en cierta forma, tú eres la responsable.

Ella empezó a protestar, pero él la cortó secamente:

—Ayer por la mañana, inmediatamente después de que te fueras de aquí con Eremis y Geraden, seguí tu consejo. «Trabajé» un poco. Registré tu habitación.

Por alguna razón, Terisa se dio cuenta de que tenía que apoyarse contra la pared para evitar que las rodillas se le doblaran.

—Descubrí una silla en tu armario. —Su satisfacción era tan intensa como su furia—. Y encontré eso.

Adelantó la mano que hasta entonces había mantenido a su espalda y mostró sus mocasines.

Mientras ella los contemplaba fijamente, dijo:

—Conseguiste limpiar toda la sangre de tus ropas. Pero esos mocasines son de piel. No pudiste hacer nada con las manchas de sangre de las suelas.

En aquel momento lo interrumpió una llamada a la puerta.

—¡Adelante! —restalló secamente.

La puerta se abrió, y Geraden entró en la habitación.

La atención de Terisa saltó hacia él como un vuelco de su corazón. Por un instante vio su fácil sonrisa y la luz del placer en sus ojos, y tuvo la sensación de que había sido rescatada, que su mera presencia allí sería suficiente para salvarla. Era leal al Rey Joyse..., y en consecuencia, lógicamente, debería situarse al lado del Castellano contra ella. Pero estaba convencida de que permanecería al lado de ella, ocurriera lo que ocurriese.

Al instante siguiente, sin embargo, su placer se transformó en alarma cuando Geraden se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Cautelosamente, inquirió:

—¿Castellano Lebbick? ¿Mi dama?

Lebbick hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza.

—Geraden. ¿Es esto un accidente, o has entrado a propósito? ¿Estás con ella en esto?

—¿En qué? —preguntó Geraden.

El Castellano lo estudió por un momento. Luego, hoscamente, casi amargamente, como si estuviera decepcionado, dijo:

—No, no lo creo. Eres capaz de casi cualquier cosa, cegado o mal guiado. Pero nunca traicionarías a tu Rey. El Domne te haría pedazos si lo intentaras.

—¿Estás acusando a dama Terisa de traición? —Geraden sonó algo asustado por su propia temeridad, pero decidido pese a todo—. ¿No es eso extraño? Quiero decir, ella ni siquiera es uno de sus súbditos. Él no tiene ninguna fuerza sobre ella. ¿Cómo puede cometer traición?

El Castellano Lebbick volvió su mirada hacia Terisa. Ésta la sostuvo a fin de no tener que mirar a Geraden, de no permitir que su necesidad de él se reflejara en su rostro.

En voz baja, su acusador gruñó:

—¿Por qué estás aquí, muchacho?

—Esta mañana —respondió rápidamente Geraden—, la Cofradía celebrará un funeral por los dos Maestros que murieron ayer. Se solicita a dama Terisa que asista a la ceremonia.

—En otras palabras —el tono de Lebbick se afiló hasta convertirse en un látigo—, los Maestros necesitan decidir qué hacer respecto a Eremis y Gilbur, y no desean que nadie más lo sepa. —No le concedió a Geraden la oportunidad de responder—. Puedes decirles que dama Terisa no asistirá. Está bajo arresto. Puedes visitarla en su mazmorra cuando haya terminado de interrogarla.

Incapaz de contenerse, Terisa lanzó una muda súplica hacia Geraden. Vio que éste modulaba en silencio las palabras «bajo arresto», como si se sintiera abrumado. Durante el espacio entre dos latidos de su corazón, creyó que iba a protestar a su favor, hacer algo..., que incluso iba a saltar sobre Lebbick e intentar defenderla físicamente.

Pero no hizo nada de eso. Dijo:

—Se lo diré. —Dio media vuelta, salió de la habitación y cerró la puerta a sus espaldas.

¡Geraden! La había abandonado a la furia del Castellano Lebbick. ¡Geraden! Cuando más lo necesitaba, se daba la vuelta y se marchaba.

Sus rodillas amenazaron con fallarle. Pudo sentir el valor fluir fuera de ella como el agua de un frasco roto. Había estado tan *segura* de que él era su amigo...

—Veo que finalmente he conseguido tu atención —comentó maliciosamente el Castellano—. Sí, estás bajo arresto. A falta de nada mejor, eres acusada de participar en el asesinato de los guardaespaldas del Príncipe Kragen.

Realmente, hubiera sido mucho mejor si nunca hubiera ido allí, si no hubiera permitido que la sonrisa y el ansia de Geraden (y su breve, inexplicable autoridad) la persuadieran de ignorar su sentido común. No servía de nada fingir que tenía algo que hacer en aquel lugar, que su presencia allí podía cambiar algo.

—Voy a encerrarte en la celda más profunda y oscura, la que tiene las ratas más grandes..., y dejaré que te pudras allí hasta que me digas la verdad.

Todo el mundo estaba traicionando a todo el mundo; ella no era más que una pequeña anotación en todas las listas. No podía defenderse porque no podía imaginar absolutamente nada de lo que ocurría a su alrededor. Y no tenía a nadie a quien traicionar porque no había nadie de su lado.

—Si te sientes sola, podrás hablar con tu amante. Eremis estará en la celda contigua a la tuya. Si las cosas van como las tengo previstas, lo oirás gritar.

Aquello detuvo la espiral descendente de su desánimo. ¿Eremis? ¿Eremis arrestado? Aquello era malo..., peor que lo que le estaba ocurriendo a ella. El Maestro necesitaba su libertad. Mordant necesitaba que estuviera libre. Especialmente ahora, con la esperanza del campeón convertida en un desastre y los señores de regreso a sus Cares.

—Me gustaría que vieras lo estúpido que suena esto —dijo, como si se dirigiera a un total desconocido—. No he hecho nada. Nunca hago nada.

—¿Es eso un hecho? —el sarcasmo de Lebbick era tan denso como la sangre.

—Estás haciendo realmente un buen trabajo —siguió ella para no detenerse, para

no darse cuenta de lo peligroso de su comportamiento—. Probablemente soy la única persona en Orison que es inocente de todo. Y el Maestro Eremis es probablemente la única persona que no merece estar encerrada.

—¡Por las tripas de una oveja! —bufó el Castellano—. Estás agotando mi paciencia, mi dama.

—Cosa que nunca fue el mejor de tus rasgos —respondió ella.

Por un momento el hombre la miró en silencio, quizá sorprendido; y durante ese momento ella fracasó en darse cuenta de que le estaba proporcionando exactamente lo que él deseaba. Entonces su sonrisa la advirtió. Pero, por supuesto, la advertencia llegó demasiado tarde. Su impremeditada incitación había proporcionado a su furia el objeto que deseaba.

—No —dijo, casi suavemente—, nunca fue el mejor de mis rasgos. —Sonreía como una barracuda.

La audacia de Terisa se convirtió en temor. Intentó retirarse instintivamente; pero la pared la retuvo allá donde estaba.

—Por supuesto, como señalaste antes, no tengo muchas pruebas. Ayer estuve demasiado ocupado para interrogar al Fayle o a ese mequetrefe del Armigite. Y hoy insistieron en marcharse. No pude negárselo.

»Pero no soy estúpido.

»Anteayer por la noche, la misma noche que mis guardias encontraron a los hombres del Príncipe Kragen, después de ser avisados por el Armigite..., el Fayle acudió a mí con la noticia de que Eremis y Gilbur intentaban trasladar a su campeón. Aquella misma noche, tú te marchaste de aquí con Eremis..., y volviste sola, cubierta de *sangre*. —Arrojó la palabra contra ella—. Por supuesto, eres inocente. Tu inocencia lavó la sangre de tus ropas, intentando librarse de cualquier cosa que pudiera conectarte con esos guardaespaldas muertos. Tu inocencia me mintió. Pero tu inocencia *olvidó* —blandió sus mocasines— que tu calzado te delataría.

»Por alguna sorprendente coincidencia, todos los señores excepto el Domne estaban aquí al mismo tiempo. El Príncipe Kragen, el embajador de Alend, estaba también aquí. Al día siguiente la Cofradía realizó precipitadamente su traslación, apresurándose a efectuarla antes de que yo pudiera interferir. Cuando mis hombres intentaron detener a ese campeón, fue rescatado por otro ejercicio de Imagería.

»¿Qué esperas que haga yo de todo esto, mi dama? ¿Esperas que me muestre impresionado por la pureza de tu inocencia, mi dama, o por la sinceridad de los motivos de tu amante, mi dama?

La maldijo con intenso regocijo.

—Te diré lo que saco en claro de todo eso. —Sus maldiciones no le resultaban

familiares, pero su pasión la hizo estremecer—. En primer lugar, es evidente que esta traslación estaba planeada desde hacía mucho tiempo. Los espejos no nacen a la existencia de la noche a la mañana. Aunque desconozco cómo lo hicieron —murmuró, medio para sí mismo—. ¿Dónde está el cristal que efectuó la traslación? —Luego prosiguió el ataque—. Puesto que fueron Eremis y Gilbur los que hablaron con el Fayle, y puesto que Gilbur ha desaparecido ahora, es evidente que ellos son los responsables.

»Pero ¿qué ocurrió para producir dos hombres muertos y bastante sangre como para cinco o seis más?

»Una de dos cosas, mi dama, ambas de ellas traición. O bien Eremis y Gilbur se reunieron con los señores para planear la traición a Mordant por medio de su campeón, y el Príncipe Kragen fue descubierto espiándoles, y sus hombres murieron salvando su vida, o Eremis y Gilbur se reunieron con el Príncipe Kragen, y los señores los descubrieron planeando la traición a Mordant, y sus hombres murieron salvando su vida. En cualquiera de los dos casos, el Fayle me habló porque lo que Eremis y Gilbur pretendían hacer lo abrumó.

»¿Cómo puedo explicar la cantidad de sangre..., o la insuficiencia de cuerpos? La silla en tu armario responde a eso. Los hombres que lucharon por ti y murieron fueron retirados a uno de los pasadizos secretos.

»De hecho, esa silla explica mucho. Me cuenta cómo conseguiste sobrevivir cuando fuiste atacada la primera noche que estuviste aquí. Tus aliados, quiero decir los aliados de Eremis, salieron del pasadizo el tiempo suficiente para salvarte. Luego volvieron a su escondite.

Una sensación de horror trepó por la garganta de Terisa, ahogándola. ¡Estaba tan cerca!

—Además —prosiguió el Castellano—, normalmente, yo hubiera dicho que no llevabas aquí el tiempo suficiente como para implicarte de una forma tan profunda en cualquier traición. Eremis puede ser el más grande fornicador de todo Mordant, pero incluso las mujeres necesitan tiempo para degradarse tanto. Pero tú has tenido más tiempo del que yo había pensado..., has tenido todo el tiempo que yo creí que estabas encerrada segura en tu habitación.

»¿Qué piensas de todo esto, mi dama? ¿Qué mal compartes? ¿O acaso hay una tercera explicación, un crimen peor?

Se acercó más a ella, apuntó su rabia directamente a su rostro. Ella se encogió, pero fue incapaz de mirar hacia otro lado. La pasión del hombre la dominaba.

—¿Qué es lo que ganas con esto? ¿Es la forma en que Eremis abusa de sus amantes suficiente recompensa para ti? ¿O tienes algún otro propósito? ¿Te envió el

archi-Imagero para destruirnos?

Arrojando a un lado los mocasines, la sujetó por los brazos y clavó fuertemente sus dedos en los tríceps de la muchacha.

—¿Quién luchó por el Rey, mi dama? ¿Es *todo el mundo* un traidor?

¡No déjame sola no es culpa mía no sé de qué estás hablando!

La sacudió como si deseara clavar los dientes en su garganta.

—¿*Por qué no usaste tu pasadizo secreto para volver a tus aposentos?* De esa forma, hubieras estado a salvo. Nadie hubiera sabido que habías tenido nada que ver con esos guardaespaldas muertos.

—¡Porque no fueron así las cosas! —exclamó.

Entonces se detuvo y le miró fijamente, mientras la sangre se helaba en su corazón y una expresión de triunfo llenaba el rostro del hombre.

—Eso es un principio, mi dama —murmuró entre encajadas mandíbulas—. ¿Cómo *fueron* las cosas?

No podía contárselo. Si lo hacía, descubriría al Maestro Quillón y al Adepto Havelock, lo mismo que a Myste. Ya había dicho demasiado.

Esta vez desafió deliberadamente al Castellano. Era la propia Terisa, no alguna audaz desconocida, la que dijo:

—No merezco ser tratada así. Si tu esposa estuviera aquí, se sentiría avergonzada de ti.

Tras eso, el pánico hizo que le diera vueltas la cabeza. Vio que los ojos del hombre se abrían enormemente hasta que la locura afloró por ellos, pero no lo supo comprender. Le oyó decir, como si estuviera hablando en algún idioma extranjero:

—Gracias, mi dama. No me había divertido tanto desde que el Rey Joyse me dejó castigar al comandante de aquella guarnición. —A través de un velo de temor, ella observó cómo el hombre soltaba sus brazos, retrocedía ligeramente, y lanzaba el revés de su mano contra su rostro.

Instintivamente, Terisa agachó la cabeza y alzó los brazos.

Pese a ser desviado, el golpe fue aún lo suficientemente duro como para arrojarla al suelo. El dolor empezó a rugir en sus oídos. Tuvo la impresión de que se había quedado ciega: lo único que podía ver era al Castellano contemplando su mano como si perteneciera a alguna otra persona.

El dolor tenía una voz. Dijo, claramente:

—¿Qué estoy haciendo?

Luego oyó a alguien golpear la puerta.

—¡Fuera! —rugió Lebbick.

—Perdon, Castellano. —Era la voz de un guardia—. Son órdenes del Rey.

—¿Del Rey? —el Castellano Lebbick estaba al borde de la apoplejía.

—Desea hablar con dama Terisa. He recibido instrucciones de llevarla a su presencia. —El tono del hombre provocó una contorsión en el furioso rostro del Castellano—. Desea hablar con ella ahora.

—Está bajo arresto. En estos momentos debería estar en las mazmorras.

—Castellano, se me dijo específicamente que asegurara a la dama que no está bajo arresto.

El Castellano emitió un sonido ronco y estrangulado.

Bruscamente, unas manos la sujetaron y la alzaron en pie. Al cabo de un momento, vio que eran las de Lebbick.

—Algún día, mi dama —dijo el Castellano suavemente—, llegará mi oportunidad. Cuando eso ocurra, no escaparás de mí.

La dejó en manos del guardia.

3

Quiénes son tus amigos

En conjunto, reflexionó Terisa con socarrona claridad, mientras el dolor resonaba de un lado para otro dentro de su cabeza y el guardia la sostenía, le gustaba ser rescatada. Era mejor que no ser rescatada. Definitivamente.

Pero ¿qué había inspirado al Rey Joyse a enviar a buscarla en aquellos momentos? ¿Cómo sabía que necesitaba ser rescatada?

¿Y cómo sabía que había sido arrestada?

Considerando la poca información que poseía ella, era realmente sorprendente lo que todos los demás parecían saber.

—¿Te encuentras bien, mi dama? —preguntó el guardia.

Oyó alivio y preocupación en su tono. Por otra parte, nadie había mencionado a Myste. ¿Todavía no había sido echada en falta? Especuló en aquello hasta olvidar la pregunta del guardia.

Éste la sacudió suavemente y repitió:

—¿Te encuentras bien?

Su visión parecía normal. Sin embargo, tenía la extraña impresión de que todo estaba distorsionado. Los ángulos donde las paredes se unían al suelo parecían falsos. La puerta estaba insidiosamente recta, no parecía que pudiera confiar en ella. Estaba loca, por supuesto. Sin embargo, no puso ninguna objeción. Aquel tipo de locura la ayudaba a soportar la forma en que le dolía el corazón.

—¿Mi dama? —La preocupación del guardia se iba haciendo más intensa que su alivio.

—¿Sabes...? —empezó a decir ella, pero ningún sonido brotó de su boca. Hizo un esfuerzo por liberar su garganta, mantuvo la cabeza un poco más erguida—. ¿Sabes por qué me golpeó?

—No, mi dama. —El guardia estaba de pie a su lado, con un brazo rodeando su espalda y la otra mano sobre su hombro. Ella aún no tenía idea de cuál era su aspecto—. Yo no estaba aquí.

—Me golpeó —dijo ella con voz clara— porque yo le insulté. —Repentinamente, sintió deseos de echarse a reír. O a llorar: era difícil señalar la diferencia. Ella le había insultado, ella, Terisa Morgan. Se merecía el golpe. Quizá—. Oh, me duele la cabeza.

—Por aquí, mi dama.

Cuidadosamente, el guardia la guió hasta una silla, luego colocó un vaso de vino

entre sus manos. Terisa bebió profundamente; por un momento sintió que toda una sucesión de púas martilleaban contra su cráneo. Después de eso, sin embargo, empezó a sentirse mejor.

—Gracias —dijo con un esfuerzo. Ahora lo que deseaba era dormir un poco. Pero había alguna razón por la que no debía dormirse. ¿Cuál era? Oh, sí—. ¿Dijiste que el Rey desea verme?

—Sí, mi dama. Cuando estés lo suficientemente recobrada como para caminar.

Ella giró la cabeza para mirarle y sonrió. No recordaba haberle visto nunca antes. Era un hombre relativamente joven, con un rostro delgado y unos ojos ansiosos..., quizá no el candidato más prometedor para llevar un mensaje que podía enfurecer al Castellano Lebbick. Pero había cumplido con sus órdenes. Y ella se sentía agradecida por esta cortesía.

—Podemos intentarlo —dijo—. Quizá andar un poco me haga bien.

El hombre asintió animosamente y la ayudó a ponerse en pie. Luego le ofreció su brazo para que se apoyara. Terisa dio unos cuantos pasos experimentales y descubrió que la condición de su cabeza seguía mejorando. Increíble. A juzgar por las apariencias, era realmente posible sobrevivir teniendo delante a un hombre tan furioso como el Castellano. Un hombre como su padre. Apenas podía creerlo.

Avanzando cautelosamente, dejó que su escolta la guiara hasta la torre donde el Rey Joyse y sus hijas tenían sus suites. Cuando llegaron junto a la alta puerta tallada del apartamento del Rey, se sentía ya razonablemente estable..., equilibrada entre el ligero mareo y los efectos residuales de la vehemencia de Lebbick.

Los guardias del Rey abrieron su puerta sin ninguna pregunta: evidentemente, la esperaban. Uno de ellos la anunció mientras el otro le hacía una inclinación con la cabeza para que pasara. Al cabo de un momento se encontró de pie por segunda vez en la ricamente amueblada estancia donde el Rey jugaba al brinco.

La habitación estaba iluminada por velas distribuidas en candelabros y brazos sujetos a la pared, y la gruesa alfombra azul y roja contrastaba cálidamente con los paneles de madera clara decorada de las paredes, haciendo resaltar los grabados y el delicado trabajo de taraceado negro. Una repisa ornamentada enmarcaba la chimenea. Sobre el tablero de brinco había una partida a medio desarrollo. Sin embargo, nadie estaba jugando.

—Mi señor Rey —pronunció firmemente el guardia—, aquí está dama Terisa de Morgan. —Luego se retiró, llevándose consigo a su compañero y escolta de Terisa y cerrando la puerta tras él. Pero el Rey Joyse no reaccionó. Estaba recostado en un sillón de dorados brazos, con las piernas extendidas sobre un grueso almohadón y la cabeza apoyada contra el respaldo. Su manto de terciopelo púrpura lo cubría como un

sudario: empezaba a parecer tan viejo y raído como el sobretodo del Adepto Havelock. Una larga hoja de pergamino —un rollo abierto— estaba echado sobre su rostro; sus brazos colgaban a los lados, con los hinchados nudillos rozando casi la alfombra. El suelo en torno a su sillón estaba sembrado con más pergaminos, algunos de ellos abiertos, otros enrollados y atados con cordeles.

Estaba roncando decorosamente. El rígido pergamino se agitaba cada vez que dejaba escapar el aliento.

El Esbirro del Rey no estaba presente. En su lugar, el Rey Joyse estaba acompañado por Geraden y el Tor.

Involuntariamente, Terisa los miró boquiabierta.

—Mi dama —retumbó el Tor—. Es un placer saludarte de nuevo. —Su grasa rebasaba los límites de su silla, y sus gordezuelas manos aferraban un frasco de vino como si no pudiera funcionar sin él. Su delgado pelo blanco caía desconsoladamente en mechones de su pálido cuero cabelludo. Pero su voluminoso manto negro estaba limpio; sus mejillas decentemente afeitadas. Aunque sus pequeños ojos estaban nublados, parecían marginalmente menos turbios de lo que los recordaba.

Geraden recibió su sorpresa con una sonrisa. Casi inmediatamente, sin embargo, su expresión cambió a aflicción. Saltó de su silla y se acercó a ella. Acarició con suavidad la ardiente piel de su mejilla.

—Ese inescrupuloso bastardo —murmuró—. Te golpeó. —Entonces el pesar lo abrumó—. Lo siento tanto. Es culpa mía. No creí que llegara tan lejos. Pensé ser lo bastante rápido. Corrí todo el camino..., todo el camino...

—Ya basta, joven Geraden —interpuso el Tor, contemplando melancólicamente su frasco—. Eres hijo del Domne. Ten más dignidad.

—No comprendo. —Terisa tuvo la sensación de que se había vuelto repentinamente estúpida—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tan poco como puedo —respondió el Tor, como si pensara que ella se había dirigido a él—. El Rey Joyse tiene un buen vino y un excelente fuego. No tengo otras necesidades.

»Fue extraño, lo admito —murmuró, frunciendo el ceño para sí mismo—. Se negó a verme. Después de aquella celda, me sentí tan frío como mi hijo. Deseé calentarme de nuevo. Y pensé que podía compartir un último frasco de vino con mi viejo amigo el Rey de Mordant. ¿He dicho alguna vez que jamás lo abandonaré? Si no, pensaba hacerlo. Pero él se negó de nuevo a verme. Muy extraño.

Inesperadamente, sonrió. Bajo otras circunstancias hubiera sido una sonrisa feliz; pero no eliminó la tristeza de sus ojos.

—Él me subestimó. Me senté fuera de su puerta y me puse a aullar. No un aullido

educado y deferente, os lo aseguro, sino un aullido *capaz de* alarmar a los muertos.

—¿Eso hiciste? —Geraden sonrió pese a sí mismo, sorprendido más allá de su contrición.

El Tor asintió.

—Fue una suerte que mi familia no me viera. Claro que no hubieran pensado mejor de mí por ello. Pero tuve éxito. —Miró hacia el Rey Joyse y comentó—: Desde que me admitió, ha descubierto que le resulta imposible hacerme marchar.

Aquello no tenía mucho sentido para Terisa. Agitó la cabeza para aclararla, pero el movimiento tuvo el efecto opuesto. Necesitaba sentarse. O echarse.

—Pero ¿por qué? —No podía olvidar el aspecto del Tor de pie en medio del lodo del patio, con su hijo muerto en brazos, o lo que Geraden le había dicho acerca de la reacción del Rey Joyse a la muerte del hijo del Tor—. Todos los demás señores se han ido. ¿Por qué tú quieres quedarte?

El Tor hizo una mueca.

—Venganza.

Geraden se sobresaltó.

—¿Venganza?

—Durante la mayor parte de mi vida —explicó el señor con voz ronca— me he visto atormentado por el conocimiento de que no le había dado al Rey Joyse todo mi apoyo cuando lo necesitaba. Esto hubiera podido ser una política juiciosa..., si hubiera fracasado. Pero tuvo éxito, y eso me convirtió en un ingrato maquinador a los ojos de todo Mordant. Quiero decir que quiero vengarme de eso.

—No comprendo —repitió débilmente Terisa. Quizás el Tor estaba bromeando. Pero ¿qué tipo de broma era aquélla?

—El Rey necesita un canciller. —El señor no alzó la cabeza—. Alguien que pueda juntar dos órdenes coherentes mejor que ese Imagero loco. Mientras yo me siente aquí —golpeó con una mano el brazo de su silla— y hable como si tuviera autoridad, seré obedecido. Lo quiera él o no, Joyse ya no será un gobernante pasivo. O bien emprenderé acciones en su nombre, o bien él deberá emprender acciones para detenerme.

Los ojos de Geraden brillaron apreciativamente; pero Terisa dijo:

—Espera un momento. —Era demasiado lenta; tenía que resituarse. Había creído que el Apr la había abandonado cuando la dejó en manos de Lebbick—. Estás dando órdenes en nombre del Rey. —Se volvió hacia Geraden—. Viniste aquí..., corriste hasta aquí, para conseguir que el Rey Joyse detuviera al Castellano Lebbick. —Geraden asintió. Ella miró al Rey—. ¿Desea realmente verme?

Con el exagerado cuidado de demasiado vino, el Tor escrutó la estancia como si buscara oídos indiscretos. Luego dijo:

—No. —Inmediatamente, un gordezuelo dedo saltó a sus labios para acallarlos. En un ronco susurro añadió—: Pero lo hubiera hecho de tener algún sentido. Estaba dormido, así que me tomé la libertad de hablar por él.

»El joven Geraden tiene razón —prosiguió sentenciosamente—. No debería permitirse al buen Castellano tomar decisiones en lo que a mujeres se refiere.

Terisa tuvo la sensación de que dejaba de mirarle con la boca abierta. Deseaba decir varias cosas a la vez. ¿Qué esperáis conseguir? ¡Oh, Geraden, lo siento tanto! ¿Creéis realmente que podréis seguir adelante con esto? Pero ése no era el asunto, por supuesto. El asunto era conseguir que el Rey Joyse hiciera alguna declaración por sí mismo..., hacer que el soberano de Mordant adoptara una postura que revelara sus auténticas intenciones. Así que no hizo ninguna de sus preguntas. En vez de ello, dijo sinceramente:

—Me alegro que lo hicierais. Necesitaba ser rescatada.

El Tor le guiñó lúgubrementemente un ojo. A Geraden, comentó:

—¿Lo ves? Mi venganza empieza ya a dar sus frutos.

—Mi padre cuenta un montón de historias sobre ti, mi señor —dijo Geraden—. No creo que te hagan justicia.

Pero Terisa no había terminado. Se volvió hacia Geraden. Puesto que había sido lo bastante valiente como para decir mentiras —incluso pronunciar insultos—, ahora fue lo bastante valiente como para decir:

—Lo siento, Geraden. Cuando te fuiste, pensé que huías de mí. Hubiera debido conocerte mejor.

Él clavó firmemente su vista en la de ella, y sus hombros se enderezaron.

—Es cierto —dijo. Su tono era ansioso—. Hubieras debido conocerme mejor. Antes me hubiera cortado las manos que huir de ti.

Casi inmediatamente, sin embargo, se hundió de nuevo en la timidez.

—Me alegro de haber hecho algo correcto. —Su sonrisa era azarada y feliz—. Por favor, no cuentes con ello. No suele ocurrir tan a menudo.

—Ya basta, joven Geraden —interrumpió el Tor—. Echas tierra sobre ti mismo. —Apuró su frasco y lo agitó hasta que el Apr encontró una garrafita y llenó más vino para él—. Tu dificultad es completamente simple. No has encontrado tus auténticas habilidades. Como canciller del Rey, dispenso libremente consejo a todo el mundo. Los hombres que han nacido para espadachines son unos torpes granjeros, como estoy seguro que estará de acuerdo tu hermano Artagel. Olvida la Imagería. Un hijo

del Domne no debería pasar su vida proporcionando chistes a los Imageros.

El rostro de Geraden se ensombreció, no con furia, sino con dolor.

—Lo haría si pudiera. —La rápida aflicción de su voz penetró directamente hasta el corazón de Terisa—. Soy una decepción para toda mi familia. Lo sé. Pero no puedo..., me es imposible abandonarlo.

El Tor estudió su vino con el aspecto de un hombre que no deseaba cruzar su mirada con la de Geraden.

—Al menos eres hijo de tu padre. Consuélate con esto. Él también es testarudo. He oído decir al Rey Joyse que antes se rompería la cabeza contra una pared de piedra que discutir con el Domne.

Para sí misma, Terisa pensó que, si Artagel estuviera presente, hubiera negado sentirse en absoluto decepcionado por su hermano.

Bruscamente, el Rey lanzó una mezcla de bufido y ronquido. Un movimiento de su cabeza hizo caer el pergamino, que se deslizó hacia un lado, enrollándose sobre sí mismo mientras caía antes de ir a reunirse con los demás sobre la alfombra. Parpadeó, alzó las manos hasta su pecho y las flexionó como si se le hubieran entumecido.

—El Domne —murmuró al techo—. Un hombre testarudo. Antes me rompería la cabeza contra una pared de piedra.

Tanteó en busca de los brazos de su sillón, en un esfuerzo por erguirse, pero parecía demasiado atontado por sus sueños —o demasiado débil— para conseguirlo.

—Mi señor Rey —Geraden avanzó hacia él y le ayudó.

El Rey Joyse intentó borrar el sueño de su rostro con torpes manos. Visto de aquella manera, su vieja piel y sus acuosos ojos tenían una vulnerabilidad que apenas a Terisa. No parecía un gobernante perverso o medio loco que se negaba a defender su reino: parecía más bien un frágil semiinválido, casi impedido por la artritis y la edad, que había perdido a la mayor parte de la gente a la que había querido y ahora apenas podía mantenerse aferrado a la razón.

Pero cuando vio a Terisa —cuando logró enfocar los ojos y vio quién era—, respondió a su no expresada preocupación con una sonrisa de clara y no disimulada alegría.

De ahí había sacado dama Myste su radiante expresión: la había heredado de su padre. Terisa intentó distanciarse de su transparente placer, pero no pudo. Si él simplemente le hubiera sonreído de aquella forma y no hubiera hecho nada por cambiar lo que sentía hacia su persona, ella hubiera hecho cualquier cosa por él.

Desgraciadamente, habló.

—Mi dama, ¿has venido para jugar conmigo? Qué amable por tu parte. Tengo un problema aquí —hizo un gesto hacia la mesa de brinco— que desafía mi pobre cerebro.

Su decepción fue tan aguda que tuvo que volver la cabeza.

Él se alzó de una forma que sugería que sus piernas no eran tan débiles como sus brazos.

—Havelock lo dispuso para mí. Si le entiendo, lo cual no siempre es fácil, él halló en una ocasión la solución. Aquí están sus notas. —El Rey Joyse movió un pergamino cercano con el pie—. Puesto que no he sido capaz de hallar por mí mismo una solución, he estado leyendo sus notas, buscando... —Su voz se apagó, como si hubiera perdido el hilo de lo que estaba diciendo. Su mirada se desvió hacia el Tor y Geraden como si no pudiera recordar quiénes eran. Luego volvió a mirar a Terisa y prosiguió—: Buscando una respuesta. —Se encogió de hombros—. Sin éxito. Quizá tú puedas proporcionarme alguna idea nueva.

El recuerdo de su partida con el Príncipe Kragen hizo que el estómago de Terisa se retorciera. El Rey Joyse la había metido en aquella situación engatusándola con su sonrisa. No deseaba volver a hallarse en una situación similar. Cautelosamente, dijo:

—Lo siento. No vine para eso. El Tor —esperaba que el señor la perdonara por utilizarlo— hizo que tus guardias me trajeran aquí.

—Ah, mi viejo amigo el Tor. —El Rey Joyse hizo una mueca, como si su boca estuviera llena de bilis—. Es uno de los pocos mimos en esta pantomima que desafía toda predicción. —Parecía derivar entre la dicción coloquial y la más formal, según su humor—. ¿Quién hubiera podido prever que se sentiría impulsado a realizar este servicio por mí, después de todas las indignidades que le he hecho sufrir? —No miró en dirección al viejo señor—. Esto no está en las reglas. Es suficiente como para volverme loco, mi dama.

—Mi señor Rey —la voz del Tor era baja y dura—. Estoy seguro de que comprendes que no me siento motivado por la benevolencia.

El Rey le ignoró.

—Sin embargo —dijo a Terisa, luchando visiblemente por recobrar su ecuanimidad—, todos debemos soportar nuestras cargas de la mejor manera posible. La mía es el brinco. —De nuevo hizo un gesto hacia la mesa—. Este problema me vence. ¿Estás segura de que no quieres echarle una mirada por mí? Realmente es algo demoníaco. —Lentamente, la piel en torno a sus ojos se frunció con regocijado humor—. Y creo que tú sabes algo al respecto.

»¿Por favor?

Sin pretenderlo siquiera, Terisa se volvió hacia la mesa. Después de todo, no era

enteramente justo decir que había sido sólo su sonrisa la que la había seducido a jugar su partida con el Príncipe Kragen. Había tenido también sus propias y extrañas razones para hacer lo que había hecho. No era justo echarle toda la culpa al Rey Joyse.

Cuando vio la disposición de los hombres en el tablero, comprendió la idea del Rey de que ella tenía que saber algo al respecto. La posición era virtualmente de tablas: era la misma posición que ella había jugado contra el Príncipe Kragen. ¿Quién jugaba ahora? Si eran las blancas, el juego podía proseguir; si eran las rojas, el único movimiento posible completaría las tablas.

—Juegan las rojas —respondió el Rey, pese a que ella no había preguntado nada.

—Entiendo lo que quieres decir —murmuró Terisa—. No hay ninguna salida a esto. El Adepto Havelock debe estar bromeando.

—Oh, no lo creo. No tiene ese sentido del humor. —El Rey Joyse frunció el ceño hacia el tablero—. Hay una salida. Estoy seguro de ello. Simplemente, no puedo imaginar cuál es.

Terisa agitó la cabeza. El tema del brinco no tenía ningún interés para ella. Para echarlo a un lado, dijo:

—Hace años que no juego a él. Lo único que veo que puede hacerse es retroceder y volver a empezar. Intenta evitar el llegar a esta posición.

Él le lanzó otra de sus radiantes sonrisas.

—Mi dama, desearía que la vida fuese tan simple como eso.

Bajo la influencia de su alegría, Terisa creyó de pronto captar la broma de Havelock.

—En ese caso —dijo—, prueba esto. —Sin pararse a reflexionar, sujetó el borde de la mesa y la inclinó hacia uno y otro lado, sólo lo suficiente para desplazar la mayor parte de los hombres fuera de sus casillas. Al cabo de un instante, las inminentes tablas se habían convertido en un caos.

Sonriendo, se volvió de nuevo hacia el Rey.

Evidentemente, éste no pensaba que lo que acababa de hacer fuera divertido. Con una expresión de náusea en su rostro, se dirigió hacia el tablero. Su fragilidad se apoderó de nuevo de él; sus ojos parecían al borde de las lágrimas.

Rápidamente, ella intentó explicarse:

—Sigo pensando que el Adepto Havelock estaba bromeando. —Señaló el tablero—. ¿Tiene él ese tipo de humor?

El Rey Joyse no pareció oírla.

—Lo siento. No pretendía trastornarte. Sólo es un juego.

Sin advertencia previa, los ojos del Rey llamearon como el acero visto a través del agua.

—Para ti, sólo es un juego. Para mí, es la diferencia entre la vida y la ruina.

Moviéndose tan débilmente que parecía que iba a caer de un momento a otro, regresó a su sillón. La dificultad con que se dejó caer en él hizo que a Terisa le doliera el corazón, como si todo aquello fuera culpa suya.

—Mi señor Rey —preguntó Geraden—, ¿te encuentras bien? ¿Puedo hacer algo por ti?

Lentamente, el Rey Joyse desvió su húmeda mirada hacia el Apr.

—Observo que no has prestado mucha atención a mis órdenes —raspó ácidamente—. Te dije claramente que no vieras a dama Terisa ni hablaras con ella. Te dije que no respondieras a sus preguntas. ¿Puedes llamar obediencia a lo que has hecho? Esperaba una mejor lealtad de un hijo del Domne.

Aquella acusación sorprendió a Geraden. La cabeza del Apr se alzó bruscamente; su preocupación cambió a un fruncimiento de ceño.

—Mi señor Rey —respondió lentamente, conteniendo sus emociones aferradas entre sus crispados dientes—, obedecería tus órdenes si las comprendiera. Pero no tienen ningún sentido para mí.

»Has perdido tu interés en Mordant. Insultaste al Príncipe Kragen lo suficiente como para desencadenar una guerra con Alend. Dejaste que la Cofradía llamara a su campeón, cuando el Fayle hizo todo lo que pudo por advertirte. Necesitamos todos los amigos que podamos reunir. No estoy dispuesto a tratar a dama Terisa como un enemigo.

El Rey Joyse parecía demasiado cansado y viejo como para mantener alzada la cabeza, pero su mirada no flaqueó.

—¿Has terminado?

Geraden inspiró profundamente.

—No. —Rígido, dijo, como si fuera una confesión formal—: Mi señor Rey, el día después de que me ordenaras no ver ni hablar con dama Terisa, la llevé al espejo que la trajo aquí e intenté devolverla a su propio mundo. —Luego calló y permaneció completamente inmóvil.

Como Geraden, Terisa esperó furia por parte del Rey Joyse. No le hubiera sorprendido en absoluto que mandara llamar al Castellano. Al parecer anticipando la misma reacción, el Tor se adelantó en su silla, fue a hablar.

Pero el Rey se limitó a suspirar. Se reclinó en su sillón y hundió la barbilla en su pecho. Mirando vagamente la alfombra, murmuró:

—Uno se hace viejo demasiado rápido. Esto hubiera debido ocurrir cuando yo era más joven. Era lo bastante fuerte cuando era más joven.

Terisa deseó preguntar-suave, suavemente—: ¿Qué hubiera ocurrido entonces? Pero Geraden se había sentido demasiado trastornado por la acusación del Rey como para abandonar el asunto.

—Intenté trasladarla de vuelta a su propio mundo porque creo en todas las cosas que acostumbrabas a decir respecto a la realidad e integridad de lo que vemos en los espejos. Creo que merece la libertad de marcharse siempre que lo desee. Si hubiera sabido que ibas a dejar que los Maestros trasladaran a su campeón..., si hubiera sabido que ibas a volverte de espaldas a los ideales de los que hablabas cuando creaste la Cofradía..., hubiera intentado con más fuerza sacarla fuera de aquí. —Lo que estaba diciendo no era una recriminación: era una llamada. Terisa pudo oír en ella su corazón—. ¿Por qué lo hiciste? Su campeón casi nos mató. Dejó un agujero del tamaño de una casa pequeña en el muro noroeste. Podríamos haber invitado también a Cadwal y Alend a que nos sitiaran. Y aún está ahí fuera, dispuesto a despedazar a cualquiera que se interponga en su camino.

Y Myste está también ahí fuera, pensó Terisa. Tu hija. Está intentando alcanzarlo.

—Mi señor Rey, el Fayle intentó advertirte. ¿Por qué no le dejaste que lo hiciera?

El Rey Joyse no se molestó en mirar al Apr. Cuando finalmente Geraden guardó silencio, le imitó por un momento. Luego dijo:

—Porque no consideré adecuado hacerlo. —Un temblor de amargura y dolor recorrió su voz—. ¿Te crees cualificado para tomar decisiones por mí? Estaba luchando para construir Mordant y la Cofradía mucho antes de que tú fueras lo bastante mayor como para caerte de bruces en las porquerizas.

Geraden enrojeció ante aquella pulla, pero no podía contestarla.

—Dejé que los Maestros tuvieran su campeón porque decidí no detenerles.

»Además —añadió hoscamente—, Eremis está bajo arresto. Eso debería hacerte feliz. Lebbick arrestará a Gilbur tan pronto como lo encuentre. Los perpetradores van a ser castigados. ¿Qué más deseas?

—Deseo *comprender* —exclamó Geraden.

—Tranquilo, joven Geraden —rugió el Tor inesperadamente—. Dudo que el Domne tenga unos hijos con el cráneo tan denso. Seguro que no eres estúpido. Tiene que resultarte obvio a estas alturas que mi señor Rey no desea que comprendas.

Geraden giró para enfrentarse al Tor.

—Pero, ¿por qué? Sólo soy un Apr. Nunca llegaré a Maestro. ¿Qué daño puede hacer el que comprenda? ¿A quién puede perjudicar?

El Tor alzó sus gordos hombros. Hablándole a medias a su frasco, preguntó:

—¿Cómo conseguí yo una audiencia con el Rey?

Cogido por sorpresa, Geraden parpadeó hacia el viejo señor. Lentamente, dijo:

—Te pusiste a aullar delante de su puerta hasta que te dejó entrar.

El Rey Joyse bufó suavemente.

El Tor hizo una mueca, disgustado.

—No puedes convencerme de que eres estúpido. Insisto en que no lo eres. ¿Cómo conseguí una audiencia con el Rey cuando llegué la primera vez a Orison?

Geraden abrió la boca.

—Yo... —Luego volvió a cerrarla.

—Joven Geraden —el Tor remarcó cada palabra—, el Rey no desea que comprendas. Te sugiero que regreses a tus aposentos y golpees tu cabeza contra la pared hasta que tu cráneo se abra lo suficiente como para dejar entrar un poco de luz.

—Sí, vete —murmuró de inmediato el Rey—. Estoy cansado de que me recuerden cuan poca de mi propia gente respeta a su Rey.

Bruscamente, Geraden se volvió de nuevo hacia el Rey. Ahora Terisa pudo ver algo salvaje en sus ojos, algo lo suficientemente extremo como para ser peligroso. Sin embargo, su equilibrio se había afirmado, como si la urgencia le diera mayor seguridad.

—En realidad —dijo—, debería estar acostumbrado a esto. —Su tono era casi calmado—. Siempre fui el más joven. Mis hermanos nunca tuvieron la paciencia de explicarme las cosas. —Casi calmado..., y casi amenazador—. Probablemente lo haré mejor cuando imagine las cosas por mí mismo.

Sin apartar los ojos del Rey Joyse, preguntó a Terisa:

—Mi dama, ¿vendrás conmigo?

—Ella se queda aquí —respondió por ella el Rey Joyse—. Quiero hablarle.

Así que deseaba hablar con ella después de todo. Terisa no sabía si sentirse aliviada o preocupada. Dirigiéndose a Geraden, dijo:

—Te veré más tarde —intentando tranquilizarle—. Pensaremos en algo. —Luego aguardó mientras él se decidía a marcharse.

Antes de hacerlo, Geraden le lanzó una mirada como una férrea promesa..., una mirada con asomos de pasión y autoridad. Luego desapareció.

Mientras la puerta se cerraba, el Tor suspiró pesadamente. Vació su frasco y acomodó más confortablemente su masa en la silla, como si tuviera intención de dar una cabezada.

Terisa se enfrentó al Rey Joyse.

Instintivamente, estuvo segura de saber por qué el Rey Joyse deseaba hablar con ella. Y pensó en aprovechar la oportunidad. Estaba furiosa. El Castellano Lebbick la había golpeado. El Rey Joyse insistía en causarle dolor a Geraden. El Maestro Eremis había sido arrestado. Estaba más furiosa de lo que ella misma se daba cuenta.

Su voz tembló ligeramente cuando dijo:

—Sabías que el Maestro Eremis había sido arrestado. El Castellano Lebbick te ha estado informando de todo. —Aquello parecía una deducción segura—. Sabes que iba a arrestarme también a mí. Tú le *dejaste* que me atacara de ese modo. Si el Tor no le hubiera detenido, ahora yo estaría en una mazmorra.

»Creo recordar haberte oído decir que yo podía ser una poderosa Imagera, una especie de embajador..., que debía ser tratada con respeto. ¿A eso llamas tú respeto?

Como si tuviera intención de responderle, el Rey alzó la cabeza. Se giró en su sillón para mirarla de frente. Ahora no había malhumor o amargura en su expresión. Parecía grave, con toda la seriedad de sus años, con la mirada tan fijamente clavada en ella como se lo permitían sus acuosos ojos..., y tan apenado que la cogió por sorpresa.

—Mi dama —preguntó en voz baja—, ¿dónde está mi hija?

Así que ella tenía razón. Su pulso latió más fuerte. Al fin tenía algo que alguien deseaba, algo que podía usar. Mientras no traicionara a Myste, aquella era su oportunidad.

La perspectiva la aterró, pero se aferró a ella con ambas manos.

—¿Qué hija? —respondió, pese al temblor en su voz—. Tienes varias.

Esperó indignación y furia —eso era lo que esperaba siempre—, pero el Rey Joyse permaneció tranquilo. Su expresión no cambió. Por un largo momento la estudió a través de la humedad de sus ojos. Luego indicó la silla frente a él, al otro lado de la mesa.

—Mi dama, ¿quieres sentarte?

Al principio, Terisa dudó. Quizá sería más fuerte si permanecía de pie. Pero la tristeza del hombre era tan persuasiva como su sonrisa. Se dirigió a la silla, la apartó de la mesa para dissociarse del tablero de brinco y se sentó.

Cuando estuvo sentada, el Rey dijo con el mismo tono blando, pesaroso:

—Mi dama, mi hija Myste ha desaparecido. ¿Dónde está?

De pronto, la lengua de Terisa estuvo tan seca que apenas pudo tragar saliva. Como un niño asustado pero testarudo, preguntó:

—Mi señor Rey, ¿por qué dejaste que el Castellano Lebbick me arrestara?

La estancia parecía incómodamente cálida. Los ojos del Rey reflejaron de nuevo un asomo de acero. Mantuvo la mirada de Terisa hasta que ésta cedió y bajó los ojos. Entonces dejó escapar un suspiro casi inaudible.

—Mi dama, no juegues a este juego conmigo. Es más peligroso de lo que imaginas.

Por unos breves segundos, mientras su corazón martilleaba y su estómago se anudaba, estuvo a punto de ceder. No tenía las fuerzas suficientes para enfrentarse a él. Cualquiera era más fuerte que ella. Como le había sucedido con Saddith, tenía la sensación de que la vulnerabilidad y la debilidad eran su única defensa, su única arma.

Pero ceder ahora no la llevaría a ningún lado. El Rey seguiría queriendo saber acerca de su hija. Seguiría exigiendo respuestas. Si cedía en lo que deseaba, no conseguiría estar segura. Y le resultaría más difícil evitar el traicionar a Myste.

Y estaba demasiado furiosa para ceder. Deliberadamente, alzó los ojos de nuevo hacia el Rey.

—No tengo ninguna otra elección. Geraden intentó llevarme de vuelta a donde pertenezco, pero ese espejo parece que ya no funciona. Tengo que jugar.

»¿Por qué dejaste que el Castellano Lebbick me arrestara?

Algo cambió en lo más profundo de la expresión del Rey Joyse, como nubes moviendo sus sombras sobre un distante paisaje. Sin ningún cambio definido, su atención se hizo más aguda y cautelosa.

—Mi dama —su tono era cáustico de una forma extrañamente impersonal, como si no lo pretendiera—, ¿sabes quiénes son tus amigos?

Ella le miró, sorprendida, y se mordió los labios, y no intentó responder.

—Bien, yo tampoco. Tenerte arrestada hubiera sido una buena forma de averiguarlo. Hubiera sido muy interesante ver quién intentaba ayudarte, o comunicarse contigo, o persuadirme de que te soltara. Pero, por supuesto, Geraden interfirió. Con su habitual instinto para el desastre. Yo ya sabía que *él* era uno de tus amigos.

Aquella respuesta la sobresaltó. Le ofreció un nuevo aspecto del Rey —de la forma en que trabajaba su mente—, completamente distinto del que esperaba: parecía dar a entender que estaba prestando atención *a lo* que ocurría en Orison.

—Espera un momento —protestó, débilmente—. Espera un momento. ¿Quieres decir que *planeaste* el que me arrestaran? ¿Era simplemente un plan?

—No, mi dama. —Agitó un dedo de dolorido nudillo hacia ella—. No estás jugando al juego. Ahora es mi turno. ¿Dónde está mi hija?

Terisa inspiró profundamente. Por un momento, consideró la posibilidad de intentar extraerle información sin revelar ella nada. Pese a su edad, sin embargo, parecía demasiado fuerte para esa táctica. Y no sería justo. Era el padre de Myste.

Cautelosamente, respondió:

—Vino a verme ayer por la tarde. A mis aposentos. Hablamos largo rato.

Él asintió.

—Sospeché eso. Pero no lo comprendí. ¿Qué tienes tú que ella deseara? ¿Qué fue lo que te dijo?

—No, mi señor Rey. Ahora es mi turno.

Tenía *tantas* preguntas. Demasiadas para recordarlas todas a la vez. Y no deseaba perder una oportunidad como aquella además de la que había dejado escapar un momento antes. Así que se concentró en el tema que la había traído a la suite del Rey..., el Castellano Lebbick y su comportamiento.

—Cuando abandono mis aposentos con alguien, con el Maestro Eremis por ejemplo, mis guardias siempre quieren saber dónde voy. Pero cuando lo hago con Geraden, no parece importarle a nadie. ¿Por qué?

El Rey Joyse bufó como si ella acabara de hacer un movimiento particularmente malo. De la misma forma cáustica e impersonal, dijo:

—Deberías haberlo imaginado por ti misma. Ya sé que Geraden es tu amigo.

Correcto. Por supuesto. Realmente, *hubiera* debido imaginarlo por sí misma. Una sensación de pánico trepó por su interior. No estaba pensando con la suficiente rapidez.

Impaciente, el Rey prosiguió:

—Estabas hablando de mi hija, mi dama.

—Sí. —Necesitaba ser más lista. Más aguda. Se sintió tentada de volverse hacia el Tor en busca de ayuda. Pero podía oírle respirar profunda y pausadamente, como si estuviera a punto de echarse a roncar. Buscando desesperadamente inspiración, preguntó—: ¿Puedes ser más específico?

—Por supuesto —restalló el Rey Joyse—. ¿Dónde está ella?

Afortunadamente, su tono devolvió a Terisa su irritación. De acuerdo. Si así era como deseaba jugar.

—En realidad no sé dónde está. —Hizo un esfuerzo por sonar dulce—. Pero preguntaste qué tengo que ella deseaba. Hay una entrada a un pasadizo secreto en mi armario. Ella deseaba usarlo.

Él asintió de nuevo. Al parecer, Terisa sólo estaba confirmando sus propias sospechas.

—¿Por qué?

La ira era una gran ayuda. Estaba siendo cruel con él..., pero sólo porque ella misma había sido tratada tan mal.

—Mi señor Rey —dijo rígidamente—, la primera noche que estuve aquí un hombre intentó matarme. Cuando fue obligado a retirarse, el Castellano Lebbick inició su búsqueda. Pero tú le obligaste a interrumpirla. —Pese a su inexperiencia, consiguió igualar su tono al de él—. ¿Por qué?

Por un instante, el Rey Joyse dudó. Las sombras se movieron tras sus ojos. Luego dijo con voz cortante:

—Porque no deseaba que fuera atrapado.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—No creía que fuera estúpido, así que pensé que no iba a conducir a Lebbick hasta sus aliados. Y tampoco creía que fuera un cobarde, así que pensé que no iba a decirme nada si Lebbick lo atrapaba. La única forma de averiguar algo sobre él era dejarlo libre y ver lo que hacía a continuación. —Su voz se hizo más ronca, pero siguió sonando impersonal, como si su ira fuera calculada antes que real—. ¿Estás satisfecha, mi dama?

»¿Por qué deseaba mi hija utilizar el pasadizo secreto?

—Porque —la furia hizo a Terisa más fuerte de lo que jamás hubiera creído posible— deseaba abandonar Orison.

Aquello le sorprendió, le dolió.

—¿Abandonar Orison?

—Ella sabía que tú la detendrías si podías, de modo que utilizó ese pasadizo para bajar hasta el laborium. Luego salió subrepticamente a través del agujero en el muro.

—¿Abandonar Orison? —repitió él—. ¿Por qué?

—No. —Terisa apretó los puños para obligarse a ignorar su aflicción—. Es mi turno. ¿Por qué me hiciste jugar al brinco contra el Príncipe Kragen? Hiciste todo lo posible por forzar una guerra. No me gusta ser utilizada de ese modo.

Tan bruscamente que no tuvo oportunidad de defenderse, el Rey Joyse se alzó de su silla. Como si nunca hubiera sido viejo o débil en su vida, aferró la parte delantera de su blusa con ambas manos y tiró de ella, obligándola a ponerse en pie.

—¡Esto es intolerable! ¡Ella es mi *hija*! —Parecía como si estuviera llorando—. Su madre y una de sus hermanas me abandonaron. Su otra hermana me mira con desprecio. ¿*Dónde fue*?

Terisa hubiera debido ceder entonces: lo sabía bien. Hubiera debido contarle todo y traicionar a Myste por simple miedo. Su propia furia debería haberse evaporado.

Pero no lo hizo.

—De vuelta con su madre —respondió. Myste era su amiga—. Deseaba ser leal. Deseaba ayudarte. Pero cuando insultaste de aquel modo al Príncipe Kragen, rompiste su corazón. Fue educada para ser la hija de un rey, no de un insignificante tirano al que le gusta la guerra y no se digna molestarse en defender su propio pueblo. Ella...

Terisa se detuvo. La angustia de él la detuvo. La repentina fuerza del Rey Joyse se derrumbó. Soltó su blusa. Sus manos cayeron. Cerró fuertemente los ojos, pero las lágrimas se derramaron pese a todo más allá de sus viejos párpados.

—Si me mientes... —jadeó, desde lo más profundo de su garganta—. Si te atreves a mentirme... —No era una amenaza: era una súplica. Tanteó tras él, halló el brazo de su sillón, y se sujetó a él mientras se sentaba de nuevo. Su manto lo cubrió como si se perdiera dentro de él—. Hija mía, ¿qué te he hecho?

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Terisa, para que el dolor del hombre no desgarrara la verdad fuera de ella—. ¿Por qué me hiciste jugar al brinco contra el Príncipe Kragen?

—Para probarle —respondió él, como un hombre que no tuviera idea de lo que estaba diciendo—. Por ninguna otra razón. ¿Cómo podía confiar en él? Alend ha sido enemiga de Mordant desde hace generaciones. Él tiene una inquina personal contra mí. Si su misión fuera honorable, se hubiera negado a jugar. No hubiera tenido ninguna razón para soportar ese insulto al Monarca de Alend. Pero si pretendía alguna traición, aceptaría, porque no querría correr el riesgo de mi desagrado..., no querría correr el riesgo de ser expulsado de Orison antes de terminar su trabajo. —Se cubrió el rostro con las manos—. Oh, mi hija.

Así que era cierto. El Rey Joyse sabía lo que estaba haciendo, todo lo que ocurría a su alrededor. El pensamiento pareció helar la sangre de Terisa. ¿De dónde había tomado la idea de que hacía demasiado calor en aquella estancia? Deseó temblar violentamente. La ignorancia o la senilidad no tenían nada que ver con aquel hombre.

Estaba destruyendo intencionadamente Mordant.

Y, sin embargo, la aflicción del Rey barrió su furia. Podía temerle, pero no podía sentirse furiosa con él.

—Lo siento —dijo, intentando ser amable—. Supongo que este juego ha terminado también en tablas.

Bruscamente, el Rey Joyse retiró sus manos. Temblaron cuando las enlazó apretadamente sobre sus rodillas. No la miró. Con voz baja y clara, dijo:

—Mi dama, sugiero que concedas al asunto un poco más de atención antes de que intentes de nuevo terminar unas tablas agitando el tablero. —Luego señaló la puerta

con un gesto de su cabeza, despidiéndola.

Ella se volvió para marcharse como si estuviera huyendo.

El Tor estaba despierto. Contempló al Rey con una expresión que parecía hambrienta. Cuando Terisa pasó junto a su silla, le dirigió un firme asentimiento de aprobación.

Ella había cerrado ya la puerta a sus espaldas antes de que se le ocurriera preguntarse cómo el Rey Joyse había sido capaz de suponer que Myste había acudido a ella en busca de ayuda.

Terisa entra en acción

Tuvo la impresión de que estaba corriendo interiormente, a toda velocidad, para mantenerse por delante de sus emociones, por delante de las consecuencias e implicaciones de lo que estaba haciendo. Necesitaba dejar atrás la mentira que le había contado al Rey Joyse. Le había causado demasiado dolor. Las mentiras la envolvían. Ni siquiera el Maestro Eremis confiaba en ella hasta el punto de decirle la verdad. Era posible que el propio Rey le hubiera estado mintiendo. La falsedad era su única arma, la única forma que tenía de defenderse. Deseaba huir de ella.

Había descendido dos tramos de escaleras y estaba a punto de entrar en uno de los salones principales antes de darse cuenta de que no tenía la menor idea de cómo llegar hasta donde deseaba ir.

Intentó maldecirse a sí misma, pero las poco habituales palabras sonaron sin convicción. La visita con Geraden no había incluido la información que necesitaba. Estaba muy lejos de empezar a lo grande.

Escrutó el salón en ambas direcciones. Estaba lleno de gente; concebiblemente podía preguntar a alguien para orientarse. Pero no tenía la menor idea de cómo abordarlos. ¿Qué estaban haciendo allí? Barrenderos y deshollinadores, albañiles, recaderos, doncellas, criadas, modistas, incluso herreros: comprendió que eran los sirvientes del castillo. Pero ¿dónde estaban el resto de aquellos hombres y mujeres, aquellos señores y damas? Myste había sido muy clara explicando hasta qué punto Mordant y Orison dependían del comercio. ¿Dónde estaba toda aquella gente implicada en el comercio y las finanzas, los almacenistas, los inspectores de abastos, los recaudadores de impuestos, los transportistas, los contables, los distribuidores, los representantes del mercado negro? De estar todos ellos allí, su padre se hubiera sentido como en su casa.

Su padre, creía firmemente, no hubiera vacilado en lo más mínimo en decirle al Rey Joyse cualquier número de mentiras. Creía firmemente en ello, pese al hecho de que nunca le había oído decir algo que no fuera cierto.

Aún corriendo interiormente, divisó a Artagel.

Estaba a una cierta distancia, cruzando el salón. A juzgar por su actitud, probablemente no la había visto. Pero, un momento más tarde de que ella lo divisara—antes de que tuviera tiempo de *alzar* la mano para llamar su atención—, cambió de rumbo y se dirigió hacia ella.

—Mi dama—dijo, con una amistosa inclinación de cabeza—. ¿Te has recuperado ya de tus aventuras? Si yo hubiera sufrido una experiencia similar, estaría en la cama

y no me movería de ella en varios días.

—Llámame Terisa —dijo ella, para apartar a un lado el tema de su recuperación. Tenía prisa. Lo que tenía en mente era menos característico de ella aún que su conversación con el Rey Joyse. Si se detenía o dudaba, se desmoronaría; tal vez ni siquiera fuera capaz de recoger luego los pedazos—. ¿Dónde están las mazmorras?

Él arqueó una ceja.

—No puedo llamarte Terisa, mi dama. Si lo hiciera, correría el peligro de olvidar que Geraden es mi hermano. No soy como Stead..., ¿te ha mencionado alguna vez Geraden que tenemos un hermano que es absolutamente insaciable con las mujeres? Pero tampoco soy inmune a la belleza. ¿Para qué quieres saber dónde están las mazmorras?

Recordando la conversación que había oído entre él y el Maestro Eremis, Terisa dudó. Pero no podía permitirse el lujo de la vacilación.

—El Castellano Lebbick ha arrestado al Maestro Eremis —dijo, intentando sonar como si supiera lo que estaba haciendo—. Necesito hablar con él.

Aquel anuncio hizo que Artagel abriera mucho los ojos. Le vio considerar y luego rechazar una variedad de respuestas en rápida sucesión: sorpresa, desaprobación, curiosidad. Cuando habló de nuevo, su decisión fue un sereno regocijo.

—Si Eremis está a buen recaudo, no creo que Lebbick desee que reciba visitas sociales.

Era un buen punto a tener en cuenta. Examinando una serie de posibilidades que hasta entonces no habían cruzado por su mente, Terisa dijo:

—Pero tú puedes llevarme hasta allí. Si no le pedimos permiso al Castellano. Si vamos simplemente a su celda. Los guardias te dejarán entrar —concluyó torpemente—, siendo quien eres.

La expresión de Artagel se hizo cautelosa.

—Quizá. Pero correrás un riesgo. Aunque Lebbick no te descubra, le dirán que estuviste allí. Supongo que debe existir alguna *razón* por la cual fue arrestado Eremis. Todo esto hará que parezcas su cómplice. Y me hará parecer *a mí* como un cómplice también. ¿Qué bien va a causarnos todo esto?

Por un momento, Terisa se inmovilizó. El asunto era demasiado urgente para ser explicado. El Rey Joyse sabía lo que estaba haciendo. Lo estaba haciendo a propósito. *Hija mía, ¿qué te he hecho?* El Maestro Eremis necesitaba saberlo. No podía actuar o planear con exactitud a menos que supiera a lo que se enfrentaba. Y era la única esperanza de Mordant.

Desgraciadamente, tampoco podía explicar eso..., a Artagel menos aún que a

Geraden. Los hijos del Domne eran demasiado leales.

Impulsada por su sensación de urgencia, intentó otra prevaricación.

—Quizá sea demasiado ingenua, pero creo que lo que realmente funciona mal aquí es que nadie de los que desean defender Mordant está dispuesto a hablar con nadie. La Cofradía no confía en Geraden. El Rey no confía en la Cofradía. Nadie confía en el Maestro Eremis. El Castellano Lebbick no confía en nadie. Y, mientras tanto, todo el reino se está yendo al infierno. —Se sintió complacida al darse cuenta de que sonaba como si supiera de lo que estaba hablando—. Quiero ver si puedo conseguir que la gente empiece a hablar entre sí.

»Acabo de tener una charla con el Rey Joyse. Ahora quiero hablar con el Maestro Eremis. Creo que él es la clave de todo el asunto.

Artagel la observó detenidamente mientras hablaba, con una sonrisa pensativa en sus labios. Cuando ella terminó, agitó la cabeza, no negativamente, sino con sorpresa.

—Me sorprendes, mi dama. Lo haces todo tan simple. Tiene que haber alguna razón por la que nunca se haya intentado. —Entonces su sonrisa se amplió a una franca risa—. Puede que resulte divertido. Incluso puede que funcione. —Hizo una extravagante inclinación de cabeza, le ofreció su brazo—. ¿Lo intentamos?

Agradecida de inmediato por su aceptación y alarmada por su propio comportamiento, Terisa aceptó su brazo y le dejó que la guiara hacia las mazmorras de Orison.

Las celdas estaban físicamente cerca del laborium. Tras la conversión de las mazmorras originales, el lugar donde el Castellano mantenía a sus prisioneros estaba separado de las salas de trabajo de los Maestros sólo por una pared de mampostería. Artagel condujo a Terisa hasta la no usada sala de baile que tan familiar era ya para ella..., con su vacía desolación como un símbolo de la pérdida del corazón de Orison. Más allá, un corredor que avanzaba paralelo a la entrada del laborium conducía a una escalera. Allá, sin embargo, terminaban las similitudes. La atmósfera de las mazmorras estaba a todo un mundo de distancia del laborium.

Mal iluminado por antorchas que goteaban a largos intervalos en las viejas paredes, el lugar era húmedo y opresivo; pudo sentir el enorme peso de las piedras de Orison gravitar sobre ella. Paja que olía a podredumbre —y quizá, débilmente, a sangre— cubría el suelo. Había sido echada originalmente para empapar todo lo que arrojaran los prisioneros del castillo, pero ahora servía principalmente para controlar la humedad. El corredor era estrecho pero directo: tras una segunda escalera descendente, condujo a Terisa y Artagel a la sala de guardia.

Allá, los hombres que estaban de guardia, o acababan de salir de ella, o se

tomaban una pausa, podían calentarse o refrescarse un poco o aliviar sus vejigas; pero la sala de guardia servía también como parte de las defensas de las mazmorras. Aunque la estancia estaba acondicionada como una especie de burda taberna, con mesas de caballete y toscos bancos para los guardias, unos cuantos camastros junto a las paredes, una enorme chimenea en la que el fuego luchaba contra el húmedo helor de la piedra, y una corta barra al otro lado de la cual un camarero proporcionaba cerveza y carne, también era la única entrada a la zona de las celdas: nadie podía entrar o salir de las mazmorras sin pasar por la sala de guardia. Armeros con espadas y picas a lo largo de las paredes, encima de los camastros, sugerían que se esperaba que los hombres de la sala de guardia estuvieran preparados para luchar al instante mismo de dar la alarma.

La disciplina, sin embargo, era descuidada..., quizá debido a que la mayor parte de los guardias de Orison estaban agotados por el trabajo extra del día anterior, quizá porque las mazmorras no eran la parte más vital o interesante del castillo. Un hombre permanecía sentado afilando su espada con la estudiosa atención de la poca inteligencia; el resto estaba menos dedicado a sus tareas. Tres guardias sentados a una mesa habían consumido evidentemente más cerveza de la que era buena para ellos; otros dos ocupaban sendos camastros, roncando en perfecta sincronía; el resto jugaba a los dados en un rincón de la estancia, con más vehemencia que placer.

Artagel frunció el ceño ante el espectáculo, luego cambió su expresión a una fácil sonrisa. Con ojos chispeantes, dijo a nadie en particular:

—Vaya colección de desharrapados con la cabeza llena de cerveza. Podría hacer cruzar esta habitación, cantando, a todos los prisioneros que tenéis al otro lado, y ni siquiera os daríais cuenta de ello hasta que el Castellano os pusiera los grilletes.

Mirándole con sorpresa, irritación y estupidez, todos los que estaban despiertos se volvieron hacia él.

Cuando los guardias le reconocieron, sin embargo, su hostilidad se desvaneció. Expresiones de hosco humor distendieron sus rostros. Varios rieron estrepitosamente, y uno respondió:

—Eso es cierto. ¿A quién le importan los prisioneros? Pero intenta hacer que esa mujer pase junto a nosotros.

—De todos modos —dijo otro—, el Castellano nunca viene por aquí. Excepto cuando desea interrogar al Maestro Eremis. Y siempre somos advertidos con la suficiente antelación.

—El hecho —explicó un tercero— es que el Maestro Eremis es el único prisionero que tenemos aquí por el momento. Eso ya es de por sí bastante malo..., pero no sabes lo malo que llega a ser hasta que te pasas toda una noche echando a las mujeres que no dejan de venir deseando verle. —Mirando fijamente a Terisa, se

sujetó las ingles—. Daría mi mano izquierda para saber cómo lo consigue.

Terisa se dio cuenta de que todos los guardias la estaban mirando ahora a ella.

De pronto, deseó olvidar todo el asunto y regresar a sus habitaciones.

Entonces uno de los que jugaban a los dados se puso en pie. Una banda púrpura anudada en torno a su bíceps derecho lo señalaba como algún tipo de capitán.

—Tomáoslo con calma, patanes —ladró—. A menos que esté confundido en mi vejez, la compañera de Artagel es dama Terisa de Morgan. No es uno de los juguetes del Maestro Ere-mis..., ni vuestro tampoco.

»Mi dama —dirigió a Terisa una decente inclinación de cabeza—, no pongas esa expresión tan preocupada. No estás en tan gran peligro como crees. Artagel puede liquidar a la mitad de la escoria que hay aquí antes de que puedan echar mano a sus espadas. Y el Castellano Lebbick echaría a la otra mitad como comida a los cerdos sólo por el hecho de que pretendieran tocar a una mujer que no se lo consintiera.

La sonrisa de respuesta de Artagel hizo que el capitán cuadrara los hombros. De una forma más rígida, inquirió:

—¿Qué puedo hacer por ti?

Terisa no tuvo ni idea de cómo responder, pero su compañero respondió por ella con voz suave:

—Dama Terisa está efectuando una visita a Orison. Desea ver las mazmorras.

El guardia con la banda en el brazo dudó; sus ojos se entrecerraron.

—Al Castellano no le va a gustar eso.

La sonrisa de Artagel se hizo más amplia.

—El Castellano no tiene por qué saberlo.

Terisa contuvo la respiración. Sintió, más que vio, cómo los hombres a su alrededor se envaraban.

—Si se entera —observó lentamente el capitán—, no serás tú quien va a servir de alimento a los cerdos. Seré yo.

—Eso es probablemente cierto. —Artagel parecía estar disfrutando más y más a cada momento que pasaba—. Pero hay un consuelo. Estarás a salvo de mí. Quien le diga a Lebbick que estuvimos aquí no tendrá tanta suerte.

Por un momento, Artagel y el capitán de la guardia se midieron mutuamente. A grados, la expresión del guardia cambió, hasta que su sonrisa se equiparó a la amenazadora sonrisa de Artagel. Soltó un manojito de llaves de su cinturón y lo arrojó al compañero de Terisa.

—No tengo la menor idea de lo que queréis hablar con el Maestro Eremis. No

quiero saberlo. Simplemente, no le dejéis salir.

—¿Hablar con el Maestro Eremis? —La expresión de Artagel era radiante—. No lo dirás en serio. Antes me echaría a dormir en un nido de serpientes.

—Eso sería un error —cloqueó alguien—. No hay mujeres en un nido de serpientes.

Todos los hombres rieron..., con excepción del guardia que afilaba su hoja, que frunció el ceño como si la gente a su alrededor estuviera hablando en algún idioma desconocido.

Artagel hizo resonar las llaves.

—Volveremos pronto. —Luego le dijo a Terisa—: Ven, mi dama —como si ella no estuviera aferrando apretadamente su brazo. Juntos, cruzaron la estancia en dirección a la puerta que conducía a los corredores y celdas de las mazmorras.

Más allá de la sala de guardia, ella preguntó en voz baja:

—¿Matarías realmente a alguien que nos traicionara?

—Por supuesto que no —respondió él negligentemente—. Por eso estamos seguros. Si realmente me temieran, alguno podría hablar.

Por alguna razón, su tono no sonaba convencido.

Respirando profundamente para aliviar la presión en su pecho, Terisa inhaló el corrompido aire e intentó recordar por qué estaba allí.

Para hablar con el Maestro Eremis. Para contarle lo que había averiguado del Rey. A fin de que el hombre supiera mejor dónde estaba realmente, el auténtico peligro en el que se hallaba Mordant. Para que pudiera decidir qué debía hacer, ahora que sus intentos de unir la Cofradía con los señores de los Cares y el Príncipe Kragen habían fracasado.

Para verle de nuevo, a fin de intentar comprender lo que el hombre significaba para ella, por qué el pensar simplemente en él era suficiente para conseguir que le hormiguearan todos los nervios.

Con el corazón latiendo fuertemente, fue con Artagel más allá de la primera revuelta del corredor, más allá de la segunda, y a la zona de las celdas.

Quizá debido a que la zona de las mazmorras era tan obviamente cerrada, las celdas eran relativamente abiertas. No poseían sólidas puertas que encerraran a sus ocupantes. En vez de ello, cada una era en esencia un profundo nicho cortado en la piedra de los cimientos del castillo, de dos metros y medio a tres de profundidad, y lo bastante ancha como para albergar un catre bajo y un lavamanos contra la pared del fondo. Una pesada reja de hierro asegurada a la piedra servía como pared delantera de cada celda; una puerta asegurada a la reja con un cerrojo proporcionaba entrada y

salida.

Todas las celdas más próximas estaban vacías: al parecer, el reciente gobierno del Rey Joyse no había proporcionado al Castellano un número significativo de prisioneros. Sin embargo, el resplandor de una lámpara a una cierta distancia al frente daba a entender que una celda, al menos, estaba ocupada. Terisa y Artagel se dirigieron a ella, con los pies susurrando sobre la paja que cubría el suelo. Mientras avanzaban, la única linterna que proporcionaba la débil iluminación al corredor hizo que fantasmales sombras se agitaran dentro y fuera de las celdas a ambos lados.

Antes de que alcanzaran su celda, el Maestro Eremis dijo con voz aguda y arrastrada:

—Sorprendente. Creí que iba a ser dejado más tiempo a solas. Todavía no es hora de comer. ¿Han sido arrestados otros inocentes? ¿Ha conseguido ya el Castellano permiso del Rey Joyse para torturarme? —Sonaba casi jovial—. ¿Es posible que se me haya concedido alguna visita?

—Estás de buen humor, Maestro Eremis —comentó secamente Artagel cuando ella y Terisa alcanzaron la celda—. Espero que tengas alguna buena razón para ello. Por lo que recuerdo, la última vez que Lebbick encerró a alguien aquí abajo, el reo fue ejecutado dos días más tarde. Un espía de Cadwal, creo que era. Antes de eso, fue un bandido que perdió sus dos manos por ello.

A la primera mirada, aquella celda parecía tan vacía como todas las demás. Una pequeña lámpara de aceite en equilibrio sobre el lavamanos revelaba que una arrugada manta cubría el sucio colchón del catre; pero la luz no mostraba al Maestro Eremis. En vez de ello, reflejaba delicadamente los finos hilillos de humedad que goteaban por el granito.

Al cabo de un momento, sin embargo, una zona más oscura —un lugar sin reflejos— cobró forma contra la pared.

El Maestro estaba sentado al extremo del catre, tan lejos de la lámpara como era posible, y su capa negra lo fundía con las sombras. Hasta que los ojos de Terisa se ajustaron, vio la pálida piel de su rostro y manos simplemente como otras manchas en la vieja piedra de la pared.

No llevaba su casulla. Se la había quitado..., o le había sido arrancada.

—Mi dama —murmuró. Ahora su voz no era arrastrada: era suave, casi íntima—. Deseaba que vinieras.

Aquella afirmación penetró directamente en el corazón de Terisa. Era aguda hasta un tono que hizo que resonara todo su ser. Nadie más excepto Geraden le había dicho nunca nada como aquello. Y nadie más en el mundo le había hablado con aquella específica vibración magnética, aquella pasión cierta y personal. En un instante, todas

sus razones para estar allí cambiaron para encajar con el tono con que él había dicho: *Deseaba que vinieras.*

Sin pensar, le dijo a Artagel:

—Déjame entrar. Necesito hablar con él.

Artagel la miró de una forma extraña. Pero la expresión en el rostro de ella debió convencerle de que no debía discutir. Se encogió de hombros, avanzó hacia la puerta, probó unas cuantas llaves hasta encontrar la correcta, luego abrió la celda del Imagero.

Antes de que el sentido común o la timidez pudieran inspirarla a cuestionarse lo que estaba haciendo, Terisa penetró en la celda.

Inmediatamente, Artagel cerró la puerta. De una forma distante y evasiva, dijo:

—Estaré cerca. Sólo tienes que alzar la voz. Si él intenta hacer algo. Lo mataré tan rápido que no sabrá que está muerto hasta después.

Suavemente, se retiró unos pasos por el corredor.

Terisa no le prestó atención. Su mirada estaba enfocada en el Maestro Eremis.

No había abandonado su asiento al extremo del catre. No dijo nada. Todavía resultaba difícil verle a la escasa luz. Involuntariamente, Terisa retuvo su paso cuando avanzó hacia él.

El catre era muy bajo: pese a la altura del Imagero, su cabeza sólo llegaba hasta los hombros de Terisa. Cuando ella estuvo lo bastante cerca, sin embargo, se adelantó en su asiento, tiró de ella hasta situarla entre sus rodillas abiertas, le hizo bajar la cabeza para tomar su boca en un urgente beso. Terisa captó vino y deseo en su aliento.

La fuerza de su abrazo y la insistencia de su lengua parecieron completar el cambio en ella. Respondió con todo lo que él le había enseñado, intentando hacer que su beso fuera tan íntimo como el de él. Transcurrió un largo momento antes de que recordara que tenía razones para su presencia allí: que sin haberlo planeado se había unido a las filas de los oponentes del Rey Joyse; que el destino de Mordant podía pender de lo que pudiera decirle al Maestro Eremis. Y que no estaban realmente solos.

Deliberadamente, se apartó un poco. Intentó recobrar el aliento y murmuró:

—No es para eso para lo que vine.

—¿No? —Sujetándola aún con las rodillas y un *brazo*, Eremis alzó su mano libre hacia los botones de su blusa—. Para mí sería suficiente.

La besó de nuevo.

Cuando la dejó apartarse de nuevo, sus diestros dedos empezaron a abrir su blusa.

—Artagel nos verá. —Pese a su ansiedad, Terisa mantuvo su protesta en voz baja. Deseaba que el Maestro la acariciara.

—No lo hará si tú no alzas la voz. Artagel es escrupuloso.

Sus manos se deslizaron dentro de su blusa. Sus dedos eran fríos, e hicieron que sus pezones se pusieran rígidos al instante y sus pechos ansiaran un mayor contacto.

El comportamiento del Maestro y sus propias e inesperadas emociones confundieron a Terisa; apenas podía pensar. Sin embargo, hizo un nuevo intento de apartarse.

—Acabo de hablar con el Rey. Vine directamente a ti de esa entrevista.

Con un cierto alivio —y una cierta tristeza—, el Maestro Eremis soltó su presa.

—Una charla con el Rey —murmuró, echando la cabeza hacia atrás para mirarla directamente al rostro—. Ése es un honor que toda la Cofradía y la mitad de Mordant os envidiaría. ¿Qué es lo que deseaba el viejo senil? —Acarició uno de sus pechos—. ¿Todavía le queda vida suficiente para desear mi lugar?

—El Castellano Lebbick vino a arrestarme. —Deseaba explicárselo todo claramente, resaltar la importancia de lo que había averiguado; pero se dio cuenta de que estaba balbuceando—. El Tor y Geraden lo detuvieron. Pero el Rey Joyse deseaba hablar conmigo de todos modos. —Rápidamente furiosa ante su incoherencia, se detuvo, inspiró profundamente, luego dijo con voz clara—: No es un viejo senil. Sabe lo que está haciendo. Lo hace a propósito.

El afilado rostro del Maestro no traicionó ninguna reacción; sin embargo, su repentina inmovilidad sugirió que Terisa había pulsado una cuerda importante. Lentamente, bajó su mano.

—Mi dama, debes contármelo todo. Empieza por el principio. ¿Por qué decidió Lebbick arrestarte?

Su actitud fue como magia: la hizo sentirse más firme, más fuerte. Su confusión retrocedió de inmediato.

—Creo que por la misma razón por la que te arrestó a ti. Rompiste una de las reglas del Rey, eso lo sé..., pero no creo que sea ésa la auténtica razón. Creo que la verdadera razón es que imaginó que habíamos celebrado una reunión con los señores y el Príncipe Kragen. Cree que todos somos traidores.

Fue su abrazo lo que se lo confirmó, su rostro inexpresivo, la firme presión de sus rodillas. Estaba dispuesta a contárselo todo. Sin embargo, no mencionó ni a Myste ni los pasadizos secretos; no dijo nada acerca del Maestro Quillón. Instintivamente, se centró en el ataque después de la reunión clandestina de Eremis hacía dos noches; en la sangre que había conducido al Castellano Lebbick hasta ella; en las conclusiones del Castellano. Luego explicó cómo el Tor y Geraden la habían rescatado del arresto.

Después de eso, tuvo que ser más cautelosa. Agudamente consciente de que no era una buena mentirosa, dijo:

—Deseaba hablar conmigo acerca de su hija Myste. Ha desaparecido. Pensaba que yo podía saber dónde había ido. Fingí saberlo para hacer que hablara conmigo. —Apresurándose de nuevo para ir más allá de sus falsedades, describió las respuestas que le había dado el Rey Joyse a sus preguntas.

Ahora el Maestro Eremis reaccionó. A la débil luz de la lámpara, Terisa creyó ver sorpresa, furia, excitación, emerger en atisbos de la oscuridad que rodeaban al hombre. En un momento determinado, jadeó, casi involuntariamente:

—Ese viejo carnicero. —En otro momento, susurró—: Astuto. Astuto. Me lo advirtieron, pero no creí... —Cálculos tan rápidos como sus emociones corrieron tras sus ojos.

Cuando Terisa terminó, el Maestro meditó en silencio durante varios momentos. Aun sin soltarla, daba la impresión de que se habían distanciado el uno del otro. Como si aún no la tuviera aferrada en sus brazos, dijo:

—Esto será una confrontación mucho mejor de lo que había anticipado.

Casi inmediatamente, sin embargo, su atención volvió a ella. Apretó su abrazo, estudió su rostro, y dijo, en un tono desprendido:

—Has sido considerablemente amable conmigo, mi dama. Me pregunto por qué. Te he reclamado —la apretó con sus rodillas—, y eres mía. Ninguna mujer me rechaza. Pero no puedo dejar de observar que estás enamorada de ese cachorrillo, Geraden. Y arriesgas más que la ira de Lebbick viniendo aquí. ¿Por qué lo has hecho?

Así que había hecho lo correcto. Le había ayudado. El conocimiento la hizo sentirse tan débil, tan dispuesta hacia él, que apenas pudo responder a su pregunta. Si hubiera sido más valiente, se hubiera inclinado para besarle de nuevo. Un beso hubiera podido ser una explicación mejor que cualquier racionalización. Pero él necesitaba aquella respuesta tanto como todo lo demás que ella le había dicho.

Desgarrada por conflictivas prioridades, Terisa dijo:

—El Rey Joyse lo está haciendo todo a propósito. No sé por qué..., es una locura. Pero se niega a propósito a defender Mordant. Alguien tiene que resistírsele. Tú eres el único que parece tener la suficiente iniciativa, o inteligencia, o determinación..., para *hacer* algo. Todos los demás están simplemente aguardando a que el Rey Joyse despierte finalmente y se explique.

El Maestro guardó silencio, no impresionado por aquellas palabras.

Por un instante, Terisa vaciló. Luego estalló:

—Tienes enemigos. Hay un traidor en la Cofradía. Fuiste traicionado.

Como respuesta, las arrugas del rostro del Imagero se volvieron piedra. Sus ojos escrutaron el rostro de ella; todo su cuerpo estaba rígido.

—Mi dama... —suavemente, sardónicamente—, no llegaste tú sola a esta conclusión. ¿Quién te lo dijo?

Por favor. Tú puedes hacer que me sienta segura de mí misma. Puedes hacer cualquier cosa conmigo. Apenas se oyó a sí misma decir:

—Geraden.

Aquella fue una respuesta equivocada. Pudo sentir la inmediata furia del Maestro a través de su piel.

—Ahora te comprendo —restalló—. Estás más enamorada de lo que me cuentas. Por supuesto, *Geraden* cree que hay un traidor en la Cofradía. *Hay* un traidor en la Cofradía. —La miró con ojos llameantes—. Pero ¿por qué te reveló este hecho?

Antes de que ella pudiera responder —antes de que pudiera imaginar qué había hecho para enfurecerle de aquel modo—, su furia cambió a sorpresa.

—Ese astuto hijo de un mestizo —murmuró—. Naturalmente que te habló. Sólo por esa razón, si no por otra, nunca darás crédito a que él sirve a ese traidor.

Ahora, Terisa se sintió demasiado impresionada para responder. ¿*Él* sirve...? Hacía frío en la celda, demasiado frío. Tenía que volver a abrocharse su blusa. No parecía llegarle ningún calor del Maestro. ¿Podía estar oyendo Artagel lo que decían? Probablemente no: de otro modo, ya hubiera hundido su hoja en la garganta de Eremis.

¿Geraden?

—Mi dama, debes aprender a pensar con más claridad. —El Imagero sonaba casi compasivo—. Sé que el joven hijo del Domne te atrae. Eso es comprensible, considerando que fue él quien te creó. Si no hubieras acudido a mí por tu propia voluntad, no te diría estas cosas. Simplemente le daría a tu espléndido cuerpo el amor que anhela, el amor para el que está hecho..., y mantendría mis pensamientos para mí mismo. Pero, si deseas ayudarme, debes utilizar tu mente para algo mejor.

»Ten en cuenta las razones que Geraden puede haber dado para su creencia de que la Cofradía esconde a un traidor, y añade a ello lo que has averiguado desde entonces. Junto con sus preguntas iniciales, Lebbick no puede haber dejado de mencionar que el Maestro Gilbur ha desaparecido. ¿No parece probable, mi dama, que él mismo sea el traidor?

Sí, pensó ella, retenida por los brazos y rodillas del hombre y su intensa mirada. No. ¿Cómo podía él prever que yo iba a asistir a aquella reunión? ¿Cómo podía saber dónde estaría yo tras el encuentro, a fin de poder trasladar aquellos hombres para que me atacaran? (Las traslaciones con espejos planos, ¿no vuelven loca a la gente?) Pero

aquellas argumentaciones ya no parecían tener sentido. Gilbur era el que había desaparecido.

—Confieso —siguió suavemente el Maestro Eremis— que no previne esta traición. Estúpidamente, confié en él sólo porque tiene motivos para sentir gratitud hacia mí. Pero cuando Geraden penetró en su cristal, buscando supuestamente a nuestro campeón, y nos trajo a ti en su lugar, mis ojos se abrieron.

»Mi dama, ¿nunca has intentado comprender por qué hago lo que hago? ¿Nunca te has preguntado a ti misma por qué incluí al Maestro Gilbur en mi encuentro con los señores de los Cares, cuando era evidente para toda la Cofradía que él y yo nos hallábamos en lados opuestos? Estaba intentando ponerle al descubierto, dándole los medios y la oportunidad de traicionarse a sí mismo. Y lo conseguí...

»Con un coste mayor del que había anticipado —comentó—. El muro de Orison abierto por una enorme brecha. El campeón desaparecido. Yo mismo arrestado. Y despojado de mi casulla por ese patán legalista de Barsonage para demostrarle al Castellano la buena fe de la Cofradía.

Bufó con disgusto, luego reanudó su razonamiento:

—¿Nunca te has preguntado por qué he dado tanto valor a la vida de Geraden? Lo deseaba vivo a fin de poder ganarme su amistad, insinuarme en sus consejos, estudiar sus extrañas habilidades.

»¿Nunca te has preguntado por qué intenté hacer que fuera admitido en la Cofradía como Maestro? Seguro que eso debió parecer gratuito, incluso a alguien que conocía tan poco de Orison y sus conflictos. En eso no tuve éxito. Oh, conseguí parte de lo que deseaba..., averigüé cómo había reaccionado nuestro buen Rey a su primer encuentro contigo. Esa información hubiera podido ayudarme, si hubiera poseído la llave para comprenderla. —Su voz se hizo más aguda mientras hablaba, más urgente y exigente—. Pero no conseguí mi propósito principal, que era estrechar un lazo en torno a Geraden..., situarlo en una posición en la que pudiera ser vigilado, incluso por los estúpidos que no le temen, en la que sus secretos pudieran ser puestos al descubierto, y en la que los logros del sueño de toda su vida pudieran ayudar a cegarlos a sus auténticos talentos.

—No. —La protesta de Terisa era demasiado fuerte para ser retenida—. Eso no tiene sentido. —La afirmación del Maestro hacía que le doliera todo en su pecho—. ¿Qué talentos? —Como si estuviera alzándose dentro de sí misma, preguntó—: ¿Qué te hace pensar que él y el Maestro Gilbur tienen algo que ver el uno con el otro?

—¡Usa tu mente! —respondió Eremis entre dientes—. Fue Gilbur quien modeló el espejo que primero mostró al campeón. Él fue quien enseñó a Geraden a copiar ese espejo, él quien vigiló y verificó cada paso del proceso, desde el refinado del más fino tinte hasta el cernido de la arena adecuada y hasta el pulido del molde exacto.

Tuvo que ver lo que estaba mal, lo que había cambiado, para producir el espejo que te trasladó a ti hasta aquí.

»Piensa. Mientras modelaba su espejo, Geraden mostró habilidades que nunca habían sido vistas antes, habilidades que le permitieron retorcer todas las leyes de la Imagería para sus propios propósitos..., habilidades tan grandes a su manera como la habilidad del archi-Imagero de pasar a través de un espejo plano y seguir cuerdo.

»Gilbur debió darse cuenta de eso. Debió ser testigo de ello. Sin embargo, *no dijo nada*. Algo fundamental ocurrió delante de su nariz, y no lo mencionó.

»¿Qué conclusión extraes tú, mi dama? ¿Qué conclusión *puedes* extraer? ¿Eres *capaz* de insistir en que estoy equivocado?

No. Terisa agitó pesadamente la cabeza, con el corazón alterado. Esta vez no podía contradecirle. En su lógica, y en su magnetismo físico, el Maestro era demasiado para ella. Si aceptaba la proposición de la traición del Maestro Gilbur, entonces todo lo demás encajaba perfectamente. *Él fue quien enseñó a Geraden...* ¿Por qué no había pensado en aquello por sí misma?

Aún era posible, argumentó confusamente, como una mujer a punto de desvanecerse, aún era posible que Geraden fuera su amigo. Que la quisiera bien. Si era tan ignorante y tan propenso a los accidentes como creía todo el mundo...

Aferrándose a aquello, jadeó:

—Quizá. Quizá tengas razón. Viste lo que ocurrió cuando intentó detener al Maestro Gilbur e impedirle que trasladara al campeón. Quizá está siendo utilizado y no lo sabe. —Empezaban a dolerle las sienes—. Quizá fue confundido mientras hacía su espejo..., quizá pensó que *era* una copia exacta. ¿Cómo podría saber si el Maestro Gilbur le estaba mintiendo? Tal vez esas «habilidades» sean del Maestro Gilbur, no de Geraden.

El Maestro Eremis agitó la cabeza.

—Es concebible. —Su rostro parecía estarse ensombreciendo—. ¿Por qué imaginas que he confiado en el subterfugio antes que en la acción directa? No he querido poner en peligro a nadie que pudiera ser inocente. Pero recuerda dos cosas, mi dama.

»La primera es un hecho. Es Geraden quien aparece de forma prominente en el augurio, no Gilbur. Eso tiene que tener un significado.

»La segunda es una posibilidad. Del mismo modo que es concebible que Geraden esté siendo manipulado, también es concebible que él y Gilbur fingieran su conflicto a fin de disimular su relación, dejando así a Geraden libre para proseguir su trabajo cuando Gilbur se viera obligado a huir.

Inmediatamente, Terisa contraatacó:

—¡Eso es una locura! —con tanta fuerza que se sorprendió a sí misma. Ella y Geraden habían permanecido sepultados vivos juntos—. ¡El Maestro Gilbur casi consiguió que Geraden resultara muerto!

—¡Puaf! —Bruscamente, el Maestro se mostró furioso de nuevo—. Gilbur no pudo prever eso..., o causarlo. Estaba atareado con su traslación. —La presión de sus rodillas se incrementó—. No insultes mi inteligencia.

Tan rápidamente como había aparecido, su resistencia se evaporó.

—Lo siento —dijo, como si retrocediera. No me hagas daño. El rostro de Eremis estaba ahora completamente en las sombras: no podía ver nada excepto su silueta contra la pared—. No estoy acostumbrada a pensar así.

Desgraciadamente, no era eso lo que él deseaba oír. Su presa era como roca contra su piel. Sumida en un creciente pánico, preguntó:

—¿Qué quieres que haga?

Él no soltó la tenaza de sus rodillas ni la presa de su abrazo, pero la vehemencia de su postura se relajó.

—Bajo otras circunstancias —murmuró roncamente—, no pediría a una carne como la tuya que sirviera para ningún propósito más allá del que está destinado. Pero necesito tu ayuda.

—Eso es lo que quiero que hagas. —Soltó los últimos botones y abrió su blusa—. Quiero que finjas amistad hacia el joven Geraden. —Sus pechos quedaron expuestos al frío aire y a su húmedo aliento—. Quiero que lo vigiles por mí, lo estudies en busca de algún signo de traición o talento, lo escrutes intentando detectar alguna palabra o acción o implicación que puedan revelarme sus secretos.

»Y no le digas nada. No le digas que has hablado conmigo. Haz jurar a Artagel que guardará también silencio si es necesario. No le des a nadie ninguna insinuación de que somos aliados.

Moviendo su cabeza de lado a lado, acarició con su húmeda lengua sus pezones, haciendo que se endurecieran de nuevo, haciendo que exigieran más. Luego puso a trabajar su boca, chupando y besando sus pechos.

Ella no pudo resistirse. Sintió que perdía el equilibrio, se reclinó contra él, de modo que su mano y sus labios pudieran acariciarla más intensamente. Él hizo imaginable que ella le rodeara el cuello con sus brazos y se apretara fuertemente contra él.

Y, sin embargo, él le estaba pidiendo que fingiera..., que vigilara. El concepto en sí estrujó su estómago. Le estaba pidiendo que traicionara a Geraden, ¡a Geraden! Ya había dudado una vez de él hoy, y él le había demostrado casi inmediatamente su fidelidad. Él la había mantenido cuerda y real bajo los cascotes de la cámara de

reuniones. Admitir simplemente la posibilidad intelectual de que él pudiera ser deshonesto parecía una injusticia esencial. Él era mucho más leal que eso. ¿Acaso no merecía también más lealtad?

¿Cómo podía traicionarle?

¿Cómo podía ignorar las razones del Maestro Eremis para lo que había hecho, su dedicación a la supervivencia de Mordant, su ardor?

Tanto él como Geraden estaba intentando decirle a ella quién era.

Sin alzar la cabeza —sin detener sus besos y caricias, que parecían empujar su corazón hacia la superficie de su piel e inspirarlo a cada contacto—, el Maestro dijo con voz firme:

—Tú eres mía. Te he reclamado. Cada vez que pienses en otro hombre, cada vez que te sientas tentada a dudar de mí, recordarás mis labios sobre tus pechos y te aferrarás a mí. Harás con Geraden lo que te pido.

—Sí. —Se sentía impotente de decir nada más. Cualquier recelo que hubiera sentido había desaparecido ahora; retiró sus brazos del cuello de él, se sometió pasiva a su abrazo. Hubiera sido mejor ceder su inexperimentada pasión, pensó, y dejar que hiciera con ella lo que quisiese. Pero se sentía demasiado profundamente alterada para esa sumisión.

—Harás lo que te pido —repitió él, como una letanía.

—Haré lo que me pides.

—Cuando sea liberado de esta celda..., porque seré liberado. Nunca dudes de que seré liberado. Si Lebbick no reconoce mi inocencia, me liberaré yo mismo pese a él. Y, cuando esté libre, acudiré a ti. Entonces consumaremos estos besos, y yo tomaré completa posesión de tu hermosa belleza. No habrá ninguna parte de tu femineidad que yo no haya reclamado..., y ninguna porción de mi masculinidad que tú no hayas aceptado.

—Sí —dijo ella de nuevo. Por un momento, deseó lo que él deseaba, pese a su náusea—. Sí. —Como si supiera lo que su admisión significaba.

—En ese caso —él se echó hacia atrás sin advertencia previa, dejó caer sus brazos, aflojó sus rodillas—, ahora debes marcharte. No me serás de ninguna ayuda si Lebbick te encuentra aquí. Si no ejerce su autoridad al punto de encerrarte, seguro que hará todo lo posible para asegurarse de que no podamos reunimos y hablar de nuevo. Abróchate la blusa y llama a Artagel.

Su cambio de humor y actitud fue tan brusca que ella enrojeció de vergüenza.

—Sí. —¿Por qué seguía repitiendo aquello, ofreciendo su asentimiento una y otra vez, como una niña idiota?—. Sí. —Los humores de su padre habían sido aguda e

inexplicablemente cambiantes, llameando de la tolerancia a la ira por razones que ella nunca había llegado a comprender. Debido al dolor en su estómago y el ardor en su rostro, no miró de nuevo al Maestro Eremis. Se volvió; sus manos temblaron mientras se apresuraba a abrocharse la blusa y se la metía de nuevo en los pantalones.

Por un momento, su garganta se negó a emitir ningún sonido. Luego susurró:

—Artagel.

—Habla más alto, mi dama —sugirió el Maestro Eremis con frío regocijo—. Dudo que pueda oírte.

Más fuerte:

—Artagel. Ya he terminado. —Un puro croar en la parte de atrás de su garganta.

Desea que traicione a Geraden.

Como una fluyente sombra, Artagel apareció desde más allá del borde de la celda y abrió la puerta.

—Mi dama —murmuró, ofreciéndole su mano, su brazo.

Con el silencio del Maestro tras ella como una pared, avanzó para aceptar el apoyo de Artagel.

La condujo fuera de la celda, se detuvo sólo un instante para volver a cerrar la puerta, luego la llevó por el corredor, fuera de la vista de la prisión del Maestro Eremis.

—Mi dama —gruñó tan pronto como estuvieron más allá del alcance del oído del Imagero—, ¿te encuentras bien? ¿Qué te dijo?

La preocupación en su voz era tan intensa y sincera —como la de su hermano— que sus rodillas cedieron y se derrumbó.

Mareo y vergüenza. Deseo y desánimo. El Maestro Eremis tenía razón: nunca podría olvidar el contacto de sus labios y su lengua; era suya; podría hacer lo que quisiera con ella. ¡Pero lo que quería...! Espiar a la persona en la que más necesitaba confiar, el hombre cuya sonrisa elevaba su corazón. Traicionar...

Artagel la sujetó.

—Terisa. —Sus ojos eran muy brillantes e intensos—. *¿Qué te dijo ese bastardo?*

Aquellas palabras le dolieron. Hubiera debido gritar en simple protesta. Pero eso lo hubiera estropeado todo. Era el hermano de Geraden. Pese a su preocupación, la luz en sus ojos y la semisonrisa asesina en sus labios, no podía decirle lo que ocurría. Si lo hacía, él se lo diría a Geraden. Comprendía claramente eso. Él podía mantener en secreto una o dos cosas al Castellano Lebbick en bien de ella, pero nunca mantendría secretos con Geraden.

Contárselo todo ahora sería la forma más cobarde de traicionar al Maestro

Eremis, de retirar su alianza y su ayuda, su nueva pasión, sin tener el valor de enfrentarse a Geraden y admitir que había elegido su bando por abandono, que prefería su amistad al amor de Eremis por la simple razón de que no era lo bastante valiente como para hacer otra cosa.

Recuperó su equilibrio con un esfuerzo y apoyó su peso sobre sus piernas, aflojando la urgencia de las manos de Artagel que la sujetaban.

—Lo siento —dijo. Cuando él soltó sus brazos, se pasó las manos por el pelo—. Creo que aún no me he recuperado del todo de ayer.

—¿Estás segura de que es eso? —La preocupación hizo que la voz de Artagel sonara ronca—. Estabas mejor antes de entrar ahí. Parece como si Eremis simplemente hubiera intentado violarte.

Aquello estaba tan lejos de la verdad que dejó escapar una risita.

Eso, sin embargo, no tranquilizó a Artagel. Su risita sonaba ominosamente histérica. Y tuvo problemas para detenerla.

Tendría que darle una explicación más plausible si quería desviar su alarma.

—Lo siento —repitió. Aún riendo..., y luchando contra ello—. No sé lo que me pasó. Simplemente he recibido una lección de humildad.

»Te dije que deseaba ver si podía conseguir que la gente empezara a hablar entre sí. —Bruscamente, la risa artificial se alejó de ella, y descubrió que estaba a punto de echarse a llorar—. Eso va a ser mucho más difícil de lo que había pensado.

Por un momento, Artagel la estudió con ojos inquisitivos. Luego tomó su mano, la apoyó en su brazo para confortarla, y echaron a andar de nuevo en dirección a la sala de guardia.

—No te preocupes por ello, mi dama. Valía la pena intentarlo. Todavía sigue valiendo la pena. Simplemente, el Maestro Eremis —su sonrisa era quizá un poco demasiado feroz para ofrecer mucho consuelo— no es un material muy prometedor con el que trabajar.

En un esfuerzo por distraerle, ella inquirió:

—¿Es cierto que tú y el erais amigos? ¿Antes de que Geraden te volviera contra él?

Artagel se encogió de hombros.

—Algo así. No realmente. En realidad nunca consiguió gustarme, pero no tenía ninguna razón que justificara como me sentía, así que lo guardaba para mí mismo. —La miró—. Geraden comprende esas cosas mejor que yo. Y también conoce a Eremis mucho mejor. Deberías hablar con él acerca de eso.

Ella no sostuvo su mirada.

—Confías plenamente en Geraden, ¿verdad?

—Es mi hermano —respondió él, sin vacilar.

—¿Es ésa la única *razón*?

Su pregunta le hizo reír.

—No, mi dama, ésa no es la única *razón*. Es al menos dos razones: experiencia y sangre. Tenemos otros cinco hermanos, ¿sabes? Lo he observado con todos los demás. —Entonces su rostro se ensombreció, y la hizo volverse de modo que le mirara directamente—. Mi dama, ¿cree Eremis que no deberías confiar en Geraden?

Pateándose interiormente a sí misma, Terisa contraatacó:

—No es eso lo que quiero decir. No sé si te das cuenta de la extraña posición en que te hallas. Por todo lo que puedo decir, tú eres la única persona en Orison en la que todo el mundo confía. Incluso el Maestro Eremis te desea a su lado. —Su inesperada facilidad para las mentiras, para usar partes de la verdad para ocultar otras partes, la sorprendió y la asustó—. Quiero saber por qué confías en Geraden simplemente porque estoy intentando *comprenderte*.

Al parecer, él creyó en su explicación; pero seguía sin saber cómo responder. Tras un incómodo momento dijo, con tono de deliberada estupidez, como si la pregunta de ella lo azarara:

—Es el vivir decentemente, mi dama. Nadie confía en nadie que se dedica a vivir decentemente. Yo soy más disoluto que prácticamente cualquiera, así que es más fácil confiar en mí.

Su respuesta pretendía ser claramente una broma, pero ella la aceptó simplemente porque se sintió aliviada de que él abandonara su seriedad.

—Nunca había pensado en ello de esa forma —murmuró, mientras dejaba que él la guiara por el corredor hacia la sala de guardia.

De la sala de guardia, regresaron al salón de baile y a los salones principales de Orison. Ahora Terisa deseaba que él la dejara; no podía seguir hablando con él y mantener ocultas sus emociones. Sin embargo, con una frustrante galantería, él insistió en escoltarla la mayor parte del camino hasta sus aposentos. Ella no consiguió desprenderse de su compañía hasta que alcanzaron la torre donde estaban sus habitaciones. Tras darle bruscamente las gracias, Terisa se apresuró escaleras arriba como si estuviera huyendo de él.

Pero, por supuesto, de lo que realmente huía era del peligro que él representaba..., el peligro de que ella pudiera traicionar la elección que tenía que hacer antes de estar segura de ella. Le había dicho *sí* al Maestro Eremis, y de nuevo *sí*, pero el dolor en su estómago era cada vez peor. Artagel se parecía demasiado a

Geraden —y ella había sido lo suficientemente deshonesto con él— como para hacer que lo que el Imagero deseaba brillara vivo y abrumador.

Fingir amistad.

Observarle.

No decirle nada.

Temió que iba a vomitar antes de alcanzar la seguridad de sus aposentos.

Cuando se acercó a su puerta, sin embargo, uno de los guardias avanzó un paso, hizo una rígida inclinación de cabeza y dijo con tosca cortesía:

—Mi dama, tienes un visitante.

Por un segundo, Terisa creyó que las rodillas iban a fallarle de nuevo. Un visitante. ¿Ahora? Oh, por favor. Pero estaba cansada de sentirse tan débil. Su náusea emocional actuó como una especie de fuerza y le permitió mantener sus piernas firmes bajo su cuerpo, la cabeza alta, la voz tranquila.

—¿De quién se trata?

El guardia pareció desconcertado.

—No pudimos negarle la entrada, mi dama. Tú nunca nos dijiste que mantuviéramos a tus visitantes fuera de tus habitaciones.

Su autodefensa no tenía sentido, pero Terisa no intentó comprenderla.

—¿De quién se trata? —repitió.

—De dama Elegia. —Inmediatamente, el guardia añadió—: No podíamos negarle la entrada. Es la hija del Rey.

Desde una distancia inconmensurable, Terisa se oyó a sí misma responder:

—Por supuesto que no. Hicisteis lo correcto. —Pero no le prestaba demasiada atención. Dama Elegia..., la impaciente y descontenta hermana de Myste. Terisa no había hablado con ella desde su extraño y decepcionante almuerzo. En aquella ocasión. Elegia había protestado: *Somos mujeres como tú, no hombres egoístas hambrientos de poder. Puede confiarse en nosotras. No es necesario fingir con nosotras.* Cuando Terisa se había negado a ceder en su pretensión de ser una mujer normal, dama Elegia había mostrado el mismo aspecto que ahora sentía Terisa que debía tener ella.

¿Qué es lo que desea esta vez?, se preguntó confusamente Terisa.

Luego se le ocurrió, y un flujo de adrenalina corrió por sus venas.

Myste.

Con una punzada de embarazo, se dio cuenta de que estaba de pie con el rostro flácido en medio del pasillo, mientras uno de los guardias mantenía la puerta abierta

y los dos hombres hacían evidentes esfuerzos por parecer que no se daban cuenta de su distracción. Se obligó a ponerse en movimiento y entró en su salita de estar como si aún tuviera prisa.

Elega estaba de pie delante de una de las ventanas, casi igual a como había estado la otra vez. Y, como Myste, era hermosa. Pero su belleza parecía ser un reflejo de la luz de las lámparas y el fuego en la habitación, un contraste al oscureciente gris del invierno al otro lado del cristal. A su propia manera, su piel era tan pálida como su corto pelo rubio; y ambas realzaban el sorprendente destello violeta de sus ojos. Aunque iba vestida y enjoyada como una reina, su actitud era demasiado directa, demasiado asertiva para los adornos. Sin embargo, poseía el espíritu de una reina, los instintos de una reina.

Abandonó de inmediato la ventana. Mientras la puerta se cerraba, avanzó unos pasos hacia Terisa; luego se detuvo. Su mirada recordó a Terisa otro contraste entre las hijas del Rey. Al contrario que Myste, las miradas de Elega eran tan inmediatas e intensas que ponían de relieve al instante lo que veían. Ambas, sin embargo, eran capaces de arrastrar consigo una impresión de excitación, una sensación de posibilidades.

—Mi dama —dijo en voz baja—. Terisa. Espero que disculpes esta intrusión. No sabía cuándo volverías..., y no deseaba aguardar en el pasillo.

Terisa no se sentía capaz de enfrentarse a la situación. Todo lo que deseaba hacer era acurrucarse cerca del fuego para expulsar el frío de sus huesos y beber vino hasta que su estómago se calmara o se librara de lo que le molestaba. Pero tenía que enfrentarse a Elega en bien de Myste. Respondiendo casi automáticamente, agitó una mano hacia los vasos y la jarra de vino, que Saddith, afortunadamente, había vuelto a llenar.

—¿Quieres? Voy a tomar un poco de vino.

—Gracias. —Evidentemente, Elega no sentía ningún interés hacia el vino. Sin embargo, aceptó el vaso que Terisa le tendió como si apreciara el gesto.

Terisa tomó un sorbo tan largo como sugerían los buenos modales o el buen juicio, y volvió a llenar su vaso. Sin pensar en ofrecer asiento a Elega, se sentó en la silla más cercana al fuego. Las llamas la atraían de una forma extraña. No se había dado cuenta del frío que sentía en su cuerpo. ¿Cuánto tiempo había permanecido de pie en la celda del Maestro Eremis, con su blusa abierta...?

—¿Terisa? —Oyó a Elega tan claramente como una voz en medio de la fiebre—. ¿Estás bien?

Con un esfuerzo, consiguió extraer su atención del fuego.

—Están ocurriendo demasiadas cosas. —Al contrario que la de Elega, su voz

sonó ahogada—. No lo comprendo en absoluto. —En un esfuerzo por ser educada, añadió—: ¿Por qué no te sientas y me cuentas lo que pasa por tu mente?

Por un momento, Elega dudó. Sus dudas se reflejaron claramente en su rostro. Debo tener un aspecto horrible, pensó vagamente Terisa. De pronto, sin embargo, la dama pareció reunir toda su resolución. Primero aceptó una silla. Luego preguntó suavemente, firmemente:

—Terisa, ¿dónde está Myste?

Era sintomático de la condición de Terisa que saltara de la pregunta a la conclusión de que el Rey Joyse había visto de algún modo a través de su mentira. Con un encogimiento interior, respondió suspicazmente:

—¿Te envió tu padre a hablar conmigo?

Elega alzó sorprendida las cejas.

—No. ¿Por qué debería hacerlo? —Gradualmente, su tono adquirió un matiz despectivo—. Dudo que sepa siquiera que se ha ido. Y si lo sabe, y si cree que debe pedirme que haga por él las preguntas que debería hacer un padre..., no obtendrá más que una negativa por mi parte. Soy su hija, pero él ha roto este deber por mi parte rompiendo él con todos sus demás deberes.

»No —repitió, echando a un lado el tema de su padre—, pregunto porque tengo miedo. Mi hermana no es la mujer más lista ni más práctica de Orison. A menudo sus sueños no contienen el suficiente lastre de sentido común. Me temo que haya hecho algo muy, muy estúpido.

»Terisa, ¿dónde está?

Terisa se volvió de nuevo hacia el fuego para evitar la vivida mirada de Elega. Así que su mentira al Rey no había sido captada. Eso era un alivio. Desgraciadamente, la pregunta de Elega aún debía ser respondida.

Contemplando las llamas como si pudieran hipnotizarla, y en consecuencia hacerla más fuerte, Terisa murmuró:

—¿Qué es lo que temes que haya hecho?

—No lo sé exactamente. —La incertidumbre de la dama sonaba sincera—. Admito que no la comprendo, Terisa. Prefiere los sueños a las realidades. Sé que se siente dolida, como lo estoy yo, por lo que ha hecho nuestro padre, y especialmente por su forma de humillar al Príncipe Kragen. Que el Rey de Mordant —olvidó su preocupación en un momento de ira— busque activamente la guerra con Alend es abominable. —Se controló—. Pero lo que pudo hacer Myste movida por su dolor no puedo imaginarlo. Quizá haya abandonado Orison por algún loco motivo, —su tono se tensó—. Quizá haya ido tras el Príncipe Kragen, con la esperanza de persuadirle de que ignore la extensión de sus insultos.

Elega había llegado lo bastante cerca de la verdad como para aterrar a Terisa. Débilmente, preguntó:

—¿Qué te hace pensar que sé dónde está?

Elega dudó de nuevo. Cuando habló, su tono era cuidadosamente neutro, claro pero no acusador.

—En primer lugar, porque dudo de que nadie más en Orison pueda ayudarle en algo tan enormemente estúpido. Es la hija del Rey. La gente de Orison la valora demasiado alto para ayudarla a meterse en problemas.

»Pero sobre todo —añadió—, porque he visto cómo responde a tu insistencia de que tú eres solamente una mujer normal.

Terisa miró con ojos vacíos al suelo y aguardó.

—Fue una sorpresa para mí —admitió francamente Elega—. Considero que la gente es tan normal o excepcional como ella misma decide ser. Oh, sé muy bien que nadie puede concebir un talento para la Imagería o las labores de estado por el simple esfuerzo de su voluntad —no sonó enteramente convencida—, y ciertamente está más allá de toda discusión que cualquiera que tiene la desgracia de nacer mujer debe enfrentarse a los prejuicios de todo el mundo a fin de demostrar su valía. Sin embargo, creo que en definitiva estoy limitada tan sólo por las fronteras de mi determinación, no por las accidentales del talento o las preconcepciones del sexo.

»Myste —suspiró— piensa de otro modo. No desea abrir puertas. Sueña que las puertas se abrirán para ella. Y te ve a ti, Terisa, como una prueba de que en *cualquier* vida, por insulsa y gris que sea, puede abrirse una puerta de magia y misterio, ofreciendo al menos una oportunidad hacia la grandeza. —Su tono sugería antes frustración que desdén—. Mientras tanto, nos corresponde a nosotras sentirnos satisfechas con lo que tenemos mientras esperamos.

»No tengo ninguna razón para creer que tú sepas dónde está. Sin embargo, creo que, si alguien lo sabe, eres tú. Eres una llama ante la que ella es demasiado polilla para resistirse.

Su visión de Myste golpeó a Terisa como tan impactante —y tan errónea— que no supo cómo responder. Si acaso, las ideas de Elega parecían menos realistas que las de Myste, antes que más. Y Terisa tenía preguntas propias acerca de la hija mayor del Rey. Pero ése no era el punto focal del asunto, por supuesto. Lo que ella pensara no importaba. En esta situación, sólo su promesa a Myste importaba.

Como si estuviera leyendo su respuesta en las llamas y los carbones al rojo, murmuró:

—Vino aquí ayer porque deseaba utilizar el pasadizo que hay al fondo de mi armario. —Sintió, antes que vio, a Elega ponerse rígida—. Lo utilizó para salir

subrepticamente de Orison sin ser detenida. —Detrás del suave restallar del fuego y el distante suspirar del viento más allá de la torre, el silencio en la habitación era intenso—. Volvió junto a su madre.

Por un momento, Elegia permaneció inmóvil..., tan inmóvil que Terisa no pudo imaginar qué estaba haciendo. Luego, en un tono suave por la sorpresa, como si acabara de recibir una revelación, la dama jadeó:

—Eso no puede ser cierto.

La ansiedad retorció las entrañas de Terisa. Medio involuntariamente, se volvió para mirar a Elegia.

La dama se había puesto en pie. Sus ojos llameaban como si sus profundidades violetas estuvieran iluminadas por rayos. Sin embargo, su actitud siguió siendo tranquila, casi perfectamente serena.

—Creo que Myste ha abandonado Orison. Gracias por decirme cómo lo hizo. Pero su intención no era ir al Care de Fayle, a Romish..., a la Reina Madin, nuestra madre.

Puesto que estaba mintiendo, Terisa deseó protestar y asegurar que no lo estaba haciendo: deseaba utilizar toda su inquietud y su miedo para fingir tanta furia como le fuera posible. Pero se veía restringida por el ansia de Elegia. Se parecía tan poco a la reacción que había esperado.

Con lenta cautela, dijo:

—Estaba disgustada por lo que el rey le hizo al Príncipe Kragen. No podía soportar seguir viéndole destruirse, así que decidió volver con el resto de su familia.

—Terisa... —Los brazos de la dama hicieron un gesto de llamada, que controló bruscamente—. No sigas. Eso no es importante ahora. Una mentira es un ejercicio de poder, y me regocijo viéndolo. No eres una mujer pasiva..., ya no te contentas ocultándote tras la máscara de la mujer normal. Has decidido tomar parte en la necesidad de Mordant. Eso es un gran paso, un paso que sólo espero que Myste haya tomado también..., y te honro por ello.

Abrumada hasta el punto del pesar, Terisa observó a su visitante. Simplemente porque debía decir algo, murmuró:

—No estoy mintiendo.

Elegia agitó con decisión la *cabeza*.

—Intentaré persuadirte de que esta comedia no es necesaria conmigo. —Pero entonces hizo una pausa. Sus ojos escrutaron la habitación como si buscara la mejor línea de argumentación. De una forma abstracta, como una mujer en momentánea disgresión mientras preparaba sus pensamientos, preguntó:

—Terisa, ¿cuál consideras que es la mayor debilidad interna de Orison?

Cogida completamente por sorpresa, Terisa dijo sin pensar:

—El abastecimiento de agua.

La dama no parecía estar prestando atención.

—¿En qué forma?

—Si alguien envenenara el depósito, todo el castillo estaría impotente. —No de forma permanente, por supuesto. El pequeño arroyo bajo los muros proporcionaba algo de agua. El techo abierto y las tuberías recolectoras podían proporcionarla en grandes cantidades durante cualquier nevada o lluvia intensa. Pero, durante unos cuantos días, al menos...

¿Por qué estaban teniendo ella y Elegia aquella conversación?

Sonriendo, dama Elegia regresó a su silla, se sentó, se alisó la falda. La electricidad de su mirada hizo estremecer a Terisa. Sin transición, dijo, en un tono relajado, conversacional:

—Llevas ya algún tiempo en Orison. Me temo que has visto aún poco de nosotros, pero sí has podido formarte ya alguna impresión, quizá incluso sacar conclusiones.

»¿Qué es lo que piensas de nosotros? ¿Hay alguna esperanza para Orison y Mordant? ¿Cuál es tu opinión del Rey Joyse?

Desconcertada e irritada, Terisa estuvo a punto de responder: No, no creo que haya ninguna esperanza. No mientras sigáis insistiendo en comportaros de este modo. Pero podía sentir peligro a su alrededor. Cualquier cosa que dijera podía traer consecuencias. Cuidadosamente, respondió:

—Creo que él sabe lo que está haciendo.

La sonrisa de Elegia pareció hacerse un poco más brillante.

—¿Y la Cofradía? ¿Qué piensas de los Imageros? Nos han puesto en un grave peligro. ¿Son honestos? O quizá debería preguntar: ¿Son honorables?

Terisa se encogió de hombros. No sentía ningún deseo de empezar a discutir las ideas ni del Maestro Eremis ni de Geraden con la extraña hija del Rey.

—Algunos parecen serlo. Otros no. —Luego añadió—: No creo que muchos de ellos esperaran que el campeón se volviera loco como lo hizo.

La respuesta dejó a Elegia poco satisfecha, pero no insistió en ello.

—¿Y los señores de los Cares? ¿Cuál es tu opinión sobre ellos?

Como reacción, la alarma enrojeció las mejillas de Terisa. ¿Cómo...? Intentando cubrir su temor, se puso bruscamente en pie, fue hacia el frasco de vino y volvió a

llenarse el vaso. ¿Cómo sabía Elegia que se había reunido con los señores de los Cares? De pronto, toda la estancia adquirió un aspecto amenazador, como si las paredes fueran transparentes y el suelo abriera una bostezante boca. Elegia lo sabía porque alguien se lo había dicho. Eso era lo bastante simple. O porque había tenido algo que ver con el ataque contra Terisa. Eso no era tan simple. Pero, de todos modos, alguien tenía que haberle hablado de la reunión. ¿Quién hubiera podido tener alguna razón para hacer eso?

Inesperadamente, Terisa se dio cuenta de que había alcanzado su límite. Ya estaba profundamente perturbada..., y lo que decía Elegia no tenía ningún sentido. Al parecer, estaba intentando sondear a Terisa, probarla de alguna manera. Pero ¿para qué?

Vació su vaso, se enfrentó directamente a la hija del Rey y dijo:

—El Príncipe Kragen y yo hablamos de ti. Has hecho una conquista. Está realmente impresionado. ¿Qué es lo que dijo acerca de ti? —se preguntó retóricamente a sí misma—. Dijo que si tú estuvieras en Alend, estarías muy arriba entre los poderes del Reino. —Luego se detuvo para dejar que Elegia extrajera todas las conclusiones que quisiera.

La dama se puso inmediatamente en pie para enfrentar sus ojos con los de Terisa. Su sonrisa era como las luces en el comedor del apartamento lleno de espejos de Terisa: disponía de un reostato que la hacía más brillante por momentos.

—Terisa —dijo con voz suave—, me has dejado sin aliento. ¿Es eso lo que significa ser una mujer normal en tu mundo? Ese lugar tiene que ser valiente más allá de toda imaginación. Has empezado a trabajar para modelar con creces los acontecimientos.

»Te comprendo —afirmó—. ¿Me comprendes tú a mí?

Terisa no respondió. Temía abrir la boca.

—Terisa —animó Eremis con un susurro—, te he dicho que este fingimiento no era necesario conmigo. No puedes seguir pretendiendo pasividad..., y no necesitas fingir ignorancia.

Terisa siguió sin responder.

Lentamente, el brillo de la sonrisa de Elegia disminuyó. No cedió, sin embargo.

—Puesto que has mencionado al Príncipe Kragen, quizá puedas contarme la impresión que te ha producido.

Con un esfuerzo, Terisa recobró su voz.

—¿Sabes que la monarquía de Alend no es hereditaria? Tiene que ser ganada. Eso es lo que estaba haciendo él aquí. Estaba intentando ganarse el derecho a convertirse

en el próximo Monarca de Alend. —Estudió atentamente a Elega, pero la expresión de la dama no traicionaba nada excepto su intensidad subyacente—. Creo que eso es más importante para él que la paz.

Aquel contragolpe fue recompensado con una ligera expresión de sorpresa en los ojos de Elega, una lenta congelación de su sonrisa. La forma en que su placer se coaguló le recordó a Terisa que ella no tenía una auténtica idea de lo que estaba sucediendo. Evidentemente, Elega comprendía mejor lo que estaba diciendo Terisa que la propia Terisa.

Con una voz escasamente más alta que un susurro, la dama inquirió:

—¿No crees que puedes confiar en mí? Somos mujeres, tú y yo..., despreciadas en un mundo de hombres. No hay nadie aquí en quien *puedas* confiar excepto yo. Nadie más desea tanto bien para Mordant y para ti. ¿Qué puedo hacer para convencerte?

Eso, al menos, era una pregunta. Terisa podía enfrentarse a ella. Sin vacilar, dijo:

—Cuéntame lo que ocurre. Antes me pediste que confiara en ti, empieza ahora a confiar tú en mí.

Lentamente, Elega asintió, en un gesto de comprensión. Ya no miraba a Terisa, y su sonrisa había desaparecido.

—Eres mejor en eso de lo que había sospechado. No puedo confiar en ti hasta que tú hayas confiado primero en mí. Tengo mucho que perder.

Tristemente, se volvió para irse.

En su confusión y frustración, Terisa deseó preguntar: ¿Qué es *eso*, exactamente? ¿Qué tienes que perder que sea más que lo que pueda perder cualquier otro en toda esta confusión? Pero no lo dijo. En vez de ello dijo, antes de que Elega alcanzara la puerta:

—Sólo dime una cosa. ¿Qué te hace pensar que estoy mintiendo acerca de Myste?

La dama hizo una pausa con su mano en el picaporte. Una sonrisa diferente rozó sus labios, una sonrisa como la afectuosa y débilmente condescendiente que había visto en alguna ocasión dirigirle a su hermana.

—Como te he dicho, lo haces bien, Terisa. Pero no conoces lo suficiente Mordant como para ejercer un poder sin riesgos. Evidentemente, no sabes que lo que has dicho de Myste es imposible. Romish está demasiado lejos. En este invierno, le sería más fácil a una mujer sola reconstruir el agujero de nuestro muro que cruzar el Demesne y el Armigite a pie. —Una sugerencia de triunfo—. Dudo que tu intención sea hacerme creer que mi hermana ha decidido suicidarse.

Aún sonriendo, abandonó la habitación.

Terisa apenas se dio cuenta de su partida. Estaba recordando la forma en que el Rey Joyse había permanecido de pie ante ella, con los ojos apretadamente cerrados y las lágrimas resbalando por sus mejillas, presa de la angustia ante la idea de que Myste había ido de vuelta junto a su madre. *Si me mientes*, había dicho como una súplica. *Si te atreves a mentirme...* Pero debió sospechar incluso entonces que ella no le estaba diciendo la verdad.

Su estómago se agitó. Desgraciadamente, todas las mentiras y complots y el dolor que había tragado se negaban a ser vomitados. Al cabo de un momento, fue a la puerta y la abrió el tiempo suficiente para decirles a los guardias que no deseaba más visitas hoy. Luego volvió a cerrar la puerta y corrió el cerrojo, se sentó de nuevo frente al fuego, y bebió más vino del que había bebido nunca en su vida.

Una pequeña conversación

A la mañana siguiente, tenía la clase de dolor de cabeza que hacía que los hombres más fuertes juraran dejar definitivamente la bebida. La presión interna parecía estar machacando los huesos de su cráneo, y su cerebro parecía un puro hematoma. Además, su garganta había sido tratada con algo semejante al papel de lija, y su estómago daba la impresión de chapotear de lado a lado en su abdomen.

Sin embargo, ya no se sentía tan frustrada por su charla con Elegia.

La dama y el Príncipe Kragen debían haber formado algún tipo de alianza. Elegia estaba enterada de la reunión de Terisa con los señores de los Cares porque el Príncipe se lo había dicho. Terisa no estaba segura de lo que esperaban conseguir; pero sí estaba segura de que, fuera lo que fuese, no iba a hacer que el Rey Joyse se sintiera tranquilo o feliz.

Y esperaban incluirla a ella en sus planes, por alguna razón.

En algún momento, durante su cuarto o quinto vaso de vino, había descubierto — no sin cierta sorpresa— que no le gustaba lo que Elegia estaba haciendo. El Rey Joyse se negaba persistentemente a recordarle su propio padre. Quizás había sacrificado las exigencias más normales de lealtad de su pueblo, pero no merecía ser traicionado por su propia hija.

Así que la cuestión que le quedaba —la cuestión sobre la que ni el mucho vino ni una noche densa de malos sueños habían arrojado ninguna luz en particular— era la que la había puesto enferma desde un principio. ¿Qué iba a hacer con Geraden? ¿O con el Maestro Eremis?

Debido a la resaca, las caricias del Maestro ya no le parecían enteramente inevitables o convincentes. Sin embargo, sus argumentos seguían siendo importantes. De hecho, sus razones para desconfiar de Geraden tenían más sentido que las de Geraden para creer lo peor de él. Por otra parte, la idea de que Geraden era un traidor sonaba absurda.

Gruñendo, más para persuadirse a sí misma de que estaba viva que porque le aliviara el dolor, se extirpó débilmente del retorcido caos en que sus sueños habían convertido la cama. Las habitaciones estaban frías: al correr el cerrojo de la puerta, había encerrado a Saddith fuera; y no podía recordar haber echado ella misma madera a los fuegos más que una o dos veces. Pero el frío la obligó a dominar mejor la situación. Se echó la bata por encima y se dirigió deliberadamente al cuarto de baño para beber tanta agua como su estómago pudiera resistir. Luego regresó a la chimenea de su salita de estar y empezó a intentar hacer brotar una pequeña llama de las aún

calientes brasas.

En su condición, soplar para avivar el fuego era tan doloroso como darse cabezazos contra la pared. Sin embargo, perseveró, porque estaba decidida a no dejar que nadie entrara en su suite para ayudarla. No deseaba público mientras sufría las consecuencias de su estupidez. Así que consiguió prender el fuego pese a la fuerte presión en su cerebro. Tomó un baño, incluso se lavó el pelo por pura testarudez. Y se vistió sola, consiguiendo enfundarse en uno de los trajes relativamente difíciles de Myste, una cálida confección de terciopelo amarillo. Sólo entonces se permitió descorrer el cerrojo de la puerta para ver si Saddith había dejado una bandeja para ella.

Eso era lo que había hecho la doncella. Y, gracias a Dios, no había nadie aguardando para hablar con ella. En paz, consiguió comer unas gachas y beber una gran cantidad de un brebaje caliente que pensó que debía ser té —aunque sabía más como canela y pétalos de rosa—, antes de que una llamada a la puerta anunciara que tenía un visitante.

No confiaba en su voz, así que se dirigió cuidadosamente a la puerta y la abrió.

Al otro lado estaba Geraden.

Oh, magnífico. Eso era precisamente lo que necesitaba.

—Espero no molestarte —dijo de inmediato el joven—. No tuvimos oportunidad de hablar ayer. Quería decirte... —Entonces su sonrisa se desvaneció—. ¿Te encuentras bien? Pareces como un poco mareada.

Gracias al Maestro Eremis, la vista del Apr hizo que la ansiedad pulsara en sus venas..., lo cual a su vez amenazó con hendir su cabeza.

—Es el traje. —Su voz brotó como un croar—. El amarillo no es mi color. —Obstinadamente, le ofreció una sonrisa que parecía una grieta en un jarrón de porcelana y le invitó a entrar.

Geraden la estudió y, tan pronto como la puerta se hubo cerrado, dijo:

—Intenté verte ayer, pero los guardias me dijeron que te dejara a solas. No pude evitar el preocuparme. —Tras su preocupación, parecía cohibido—. ¿Cómo fue tu charla con el Maestro Eremis?

Ella se concentró en impedir gruñir o cerrar los ojos.

—Artagel te lo dijo.

Él asintió.

—Lo hubiera hecho de todos modos. Pero parecías tan alterada cuando saliste de la celda, que creyó que no tenía otra elección.

—Entonces debió decirte también lo que ocurrió. —La brusca amargura que la

invadió la sorprendió. ¿Cuándo había empezado a creer que tenía derecho a resentirse por la forma en que era tratada?—. Pensé que podría conseguir algo..., creí que iba a poder cambiar algunas cosas. Estaba dispuesta a persuadirte de que empezarais a cooperar el uno con el otro. —En vez de ello, se supone que debo espiarte, pese a que tú eres el único amigo que me queda, ahora que Myste se ha ido. Pese a que tú eres el único que se preocupa lo suficiente por mí como para *hacer* algo—. En vez de ello, todo lo que conseguí es portarme como una estúpida.

No, no lo haría. No podía hacerlo. La promesa de unos cuantos besos íntimos no era suficiente. Geraden era demasiado importante para ella. Le vigilaría, sí. Pero no le diría a nadie lo que averiguara. No a menos que él hiciera algo que la obligara a creer que el Maestro Eremis tenía razón respecto a él. Y tomaría la decisión por sí misma. No importaba lo que el Maestro le ofreciera.

Inesperadamente, se sintió mejor. Pese a su resolución, se descubrió diciendo:

—Ayer bebí demasiado —para que Geraden no se sintiera herido en sus sentimientos—. Supongo que estaba intentando ahogar mis penas. Tengo la *cabeza* que parece una pelota de fútbol.

Esta vez hubo un asomo de alivio en la sonrisa del Apr.

—Yo he hecho lo mismo unas cuantas veces —admitió, fingiendo arrepentimiento—. Todavía sigo sin saber qué me hizo pensar que era una buena idea. Sospecho que simplemente me mostré más torpe de lo que era *capaz* de soportar.

»De todos modos, lamento que te ocurriera a ti —añadió, de una forma que sugería que no era su principal pesar—. Por tu bien, espero que él te escuchara.

»Terisa, yo...

Se detuvo bruscamente, y sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas. De pronto, a ella se le ocurrió el pensamiento de que había venido a decirle algo terrible. Instintivamente a la defensiva, fue a la puerta y corrió el cerrojo. Luego se enfrentó de nuevo a sus turbados ojos castaños.

—¿Qué ocurre, Geraden?

—Nada —dijo rápidamente él—. Nada. —Demasiado rápidamente—. Quiero decir, sobreviviste, ¿no? Al final todo fue bien.

Sin embargo, no podía seguir fingiendo.

—Lo siento —murmuró. Su voz jadeó, pero no se volvió para ocultar sus sentimientos—. Lo siento de veras. Después de *que* fuéramos rescatados, después de que nos sacaran de debajo de todas aquellas rocas, Artagel me llevó de vuelta a mi habitación. Yo también bebí más vino del necesario. Pero cuando me dormí no dejé de tener el mismo sueño una y otra vez, exactamente el mismo. —Su expresión se crispó—. Durante largo tiempo pensé que era una pesadilla. Fue la *peor*...

Inspiró profundamente para serenarse.

—Pero finalmente me di cuenta de que no era una pesadilla. No estaba soñando. Simplemente, recordaba. —Rechinó los entes para obligarse a decir—: Estaba recordando que estuviste a punto de morir.

Oh, *¿eso era todo?* Intentó no dejar traslucir su alivio. Lo que estaba diciendo no era tan terrible al fin y al cabo.

—Y todo ocurrió por culpa *mía*.

Ahora, ella le miró.

—*Yo te traje aquí* —explicó él, *con voz miserable*—. No sé cómo devolverte al lugar donde perteneces. La gente te quiere muerta. Quieren manipularte. Y el campeón...

»Pasaste por todas esas pruebas..., fuiste enterrada viva y estuviste a punto de verte aplastada hasta morir..., por culpa *mía*.

»Cuando vi al Castellano Lebbick atosigarte de aquel modo, deseé estrellarle una silla en la cabeza. Lo siento. Eso es lo que hubiera debido hacer. Sólo para *detenerle*. *Es culpa mía* que te golpeara.

»Si te ocurre algo, se me partirá el corazón.

Si ella se hubiera sentido mejor, se habría echado a reír. En vez de ello, apoyó una mano sobre el brazo de Geraden, acarició los músculos agarrotados a lo largo de sus huesos.

—Geraden —protestó—, te hubiera partido en dos. Desea a alguien que le desafíe para poder aplastarlo.

Él la miró, apenado; y ella reconoció que necesitaba una respuesta mejor que aquella. Nadie más había declarado nunca tanta preocupación por ella. En realidad era extraño..., y cautivador. ¿Había tenido pesadillas por causa suya?

Hizo lo mejor que pudo.

—Tú me mantuviste *cuerta*. Estabas en el mismo apuro que yo. Peor aún. El Maestro Gilbur casi te arrancó la cabeza de un golpe. Pero fuiste *capaz* de mantenerme en mis cabales. Si no me hubieras ayudado, cuando nos hubieran rescatado haría ya horas que habría perdido la cabeza.

Hubiera debido seguir..., hubiera debido decir: Tú y Myste sois los únicos amigos que he tenido nunca. Nadie ha sido tan bueno conmigo como vosotros. Me alegro de estar aquí. Pero eso era demasiado para su retraimiento, su frágil sentido de sí misma. Torpemente, dejó caer su mano.

Y, sin embargo, tenía que *hacer* algo por él que pudiera significar tanto como un contacto. Antes que intentar ponerse a la altura de su declaración, intentó bromear

con él.

—Esto tiene que terminar. Voy a empezar a racionarte. Si te disculpas conmigo más de una vez al día, te daré una patada.

Él la miró dubitativo, inseguro de cómo tomar sus palabras.

—¿Lo dices en serio? Sé que me *disculpo mucho*. Si tú causaras tantos problemas como yo causo, también lo harías. Hasta ahora, tú eres lo único en lo que no me he equivocado. No deberías soportar el peso de todos mis desastres.

No había discusión al respecto: merecía algo mejor que ella.

Intentando proporcionárselo, le miró directamente a los ojos y dijo:

—No me has puesto en ningún problema. Me salvaste. Orison está lleno de desastres, pero en lo que a mí respecta tú no has causado ninguno de ellos. Eres una de las pocas personas que desea hacer algo sobre eso.

»No tienes nada de lo que disculparte.

Él siguió estudiándola cautelosamente. Cuando ella no bajó la mirada, sin embargo, empezó a relajarse. Sus hombros se alzaron; el pesar abandonó su rostro; sus ojos brillaron como si una mano invisible los hubiera secado. Al cabo de un momento, dijo en voz muy baja:

—Gracias.

Ahora el corazón de Terisa se sintió aligerado. Estaba dispuesta a luchar contra el dolor de su cabeza si eso le permitía hacerle a él más feliz. Sonriendo con más éxito, se sentó en una de las sillas cercanas al fuego, luego hizo un gesto hacia la bandeja:

—¿Has desayunado? Me han traído más de lo que soy capaz de comer.

Él negó con la cabeza. Parecía estar reprimiendo un estallido de exuberancia, un deseo de gritar o cantar o abrazarla. Moviéndose con cómico cuidado para no tropezar o perder el equilibrio, dio la vuelta a una silla para colocarla delante de la de ella y se sentó. Luego, su rostro se iluminó con alegre triunfo, como si dijera: Y tú creíste que no podría hacerlo.

Lo que en realidad dijo, sin embargo, fue:

—¿De qué quería hablar el Rey Joyse contigo?

Ella esperó sin demasiado optimismo que su repentino brotar de ansiedad no se reflejara en su rostro. Bajo la presión de los acontecimientos más recientes, había olvidado la cuestión de qué decirle acerca de su conversación con el Rey. Él podía sentirse abrumado por lo que ella había descubierto, profundamente apenado de saber que el viejo amigo *de* su padre y el héroe de su infancia estaba embarcado deliberadamente en la destrucción de Mordant. Y el Maestro Quillón había insistido mucho en explicar que Geraden se hallaba aún en peligro de sus ignotos enemigos,

todavía podía pagar un gran precio por saber demasiado. ¿O había llegado el Maestro Quillón a la conclusión del Maestro Eremis de que el propio Geraden era peligroso, y por lo tanto no debía confiarse en él? ¿Tan buenas eran las razones de Eremis para su desconfianza?

Cuando ella no respondió inmediatamente, Geraden prosiguió:

—Ser arrojado de aquel modo de sus aposentos no fue exactamente el momento cumbre de mi vida. —Sonaba incongruentemente alegre, como si deseara animarla—. No creo que el Tor se pusiera de su lado. —Se encogió de hombros—. Por otro lado, no tengo ninguna razón para creer que alguna vez podré llegar a saber lo que hará el Tor. Sólo deseo comprender. Deseo que el Rey Joyse diga algo que tenga sentido.

Terisa no estaba escuchando. La pregunta frente a ella era demasiado compleja para ser respondida de una forma casual. Necesitaba más tiempo para pensar. Más tiempo para observar. Sin darse cuenta de su propia brusquedad, dijo:

—Quería hablar un poco más del brinco. —Su dolor de cabeza estaba yendo por delante de ella. Movida por un impulso, añadió—: Elegia estuvo aquí.

Geraden aguardó, expectante. Cuando ella no siguió hablando, preguntó:

—¿Dama Elegia? ¿Mi antigua prometida? ¿Cuándo fue eso?

Ella intentó aclarar sus pensamientos. En realidad, había un cierto número de cosas que deseaba decirle a Geraden. Elegia podía ser un buen punto seguro por dónde empezar. Si conseguía controlar su resaca.

—Me estaba aguardando aquí. Cuando volví de ver al Maestro Eremis.

—¿Qué es lo que quería?

Terisa dudó unos instantes. ¿Estaba segura de que deseaba decirle aquello a Geraden?

Sí. Ya estaba arrastrando a solas demasiadas preguntas.

Con una ira inesperada, articuló claramente:

—Dama Elegia deseaba alistarme en un complot contra su padre.

Geraden se quedó helado.

—¿Qué tipo de complot?

—No tengo la menor idea. —Tan completamente como pudo, le contó lo que se había dicho..., y lo que ella había supuesto. Los ojos de Geraden se entrecerraron ante el nombre del Príncipe Kragen, pero escuchó sin interrumpir. Amargamente, ella concluyó—: Por eso no quise más visitas ayer. No deseaba correr el riesgo de oír algo más como aquello.

Él frunció el ceño por unos instantes, sin hablar..., el tiempo suficiente como para que ella empezara a preguntarse si la había creído. Deseaba que la creyera. Cuantos

más secretos mantenía, cuantas más mentiras contaba, más grande se hacía su necesidad de ser creída, especialmente cuando estaba siendo honesta. Afortunadamente, él empezó a asentir.

—Siempre me preocupó —murmuró, pensativo—. Siempre tuve la sensación de que estaba más interesada en lo que son los reyes que en lo que hacen. Más interesada en el poder que en para qué sirve el poder. Puede ser capaz de algunas decisiones más bien poco escrupulosas.

—Así, ¿no crees que estoy saltando a conclusiones precipitadas?

—No. —Su rostro estaba tenso por los pensamientos—. No después de tu conversación con el Príncipe Kragen. Por aquel entonces, ellos ya habían decidido probablemente abordarte.

—Me gustaría saber qué es lo que ellos piensan que puedo hacer —se quejó, simplemente porque sentía deseos de quejarse—. Es el mismo problema que tengo con todo el mundo. Incluso contigo. Todos pensáis que puedo hacer algo. —Pero sus padres nunca le habían permitido lamentarse, y descubrió que no le importaba la forma como sonaban sus palabras—. Pero todavía no he tenido muchos indicios de ello —terminó.

Geraden siguió meditando.

—¿Qué *deberíamos* hacer? —preguntó—. ¿Decírselo al Rey Joyse?

Cuidando de no revelar demasiado, ella contraatacó:

—Si pudiéramos conseguir que escuchara, ¿crees que nos prestaría alguna atención?

Él dejó escapar un suspiro de desánimo.

—*Probablemente no.* —Luego preguntó—: ¿Qué hay del Castellano Lebbick?

Terisa se encogió de hombros.

—No me gustaría decirle nada. No me gusta la forma como me trata.

»Él *haría* ciertamente algo. Puede o no ser *capaz* de detenerla..., pero, haga lo que haga, pondrá al descubierto el hecho de que nosotros se lo dijimos. Ella sabrá que no puede confiar en mí. Ése será el fin de nuestras posibilidades de descubrir qué es lo que está haciendo.

El Apr le dirigió una mirada y una rápida sonrisa.

—Para ser alguien que no puede hacer nada, pareces muy decidida a intentarlo. ¿Qué es lo que sugieres?

Estuvo a punto de decir: No tengo la menor idea, cuando tuvo lo que parecía una inspiración.

—Podrías pedirles a Argus y Ribuld que la mantuvieran vigilada.

Él parpadeó ante aquella inesperada idea.

—No les gustó precisamente lo que les ocurrió la última vez que me hicieron un favor —recordó, pensando en voz alta—. Pero esta vez Artagel está aquí para respaldarme. Puede que acepten..., en especial si piensan en una forma de hacerlo sin despertar las sospechas del Castellano Lebbick. —Sus ojos se cruzaron con los de Terisa cuando añadió—: Puede que valga la pena. Si sólo pudiéramos averiguar cómo tiene intención de comunicarse con el Príncipe Kragen, ganaríamos mucho.

»Se lo pediré. —La decisión le devolvió su sentido del humor. Con tono irónico, comentó—: Si lo haces tú, pueden intentar pedirte que les pagues el favor. Ya sabes lo que quiero decir. Lo peor que pueden hacer conmigo es decirme no.

Sonreírle se estaba haciendo más fácil cada vez. Su dolor de cabeza había empezado a disminuir. Y su ansiedad se había convertido de nuevo en alivio. La sensación de que allí, al menos, había un tema en el cual no estaba sola —y en el que Geraden estaba de acuerdo con ella— era un placer positivo. Cuando él le devolvió la sonrisa, se sintió lo suficientemente bien como para abordar otra de sus muchas áreas de incompreensión.

—Esa conversación que tuve con el Príncipe Kragen me recuerda: ¿Qué es un archi-Imagero?

Su pregunta hizo que Geraden se envarara en su silla. —¿Te recuerda...? ¿Qué conexión...?— Casi inmediatamente, sin embargo, apartó a un lado su confusión, no deseoso de dar a sus preguntas precedencia sobre las de ella—. Un archi-Imagero es alguien que ha dominado lo que nosotros consideramos la cumbre de la traslación..., la habilidad de pasar sano y salvo a través de un cristal plano. Por todo lo que sabemos, sólo un hombre lo ha conseguido nunca..., el archi-Imagero Vagel.

»En teoría, la dificultad es que esa traslación cambia todo lo que toca. Cuando la traslación implica un paso entre mundos separados..., o, si el Maestro Eremis tiene razón —hizo una mueca—, entre nuestro mundo y las Imágenes que se sabe que no existen en nuestro mundo..., los cambios son adecuados. Por ejemplo, resuelven el problema del lenguaje y de la respiración. Pero, cuando pasas a través de un cristal plano, en realidad no vas a ninguna parte. Quiero decir, te mueves de lugar a lugar, pero permaneces en el mismo mundo. Así que no necesitas ser cambiado. Pero lo eres de todos modos. —Se miró las manos—. Eso es lo que volvió loco al Adepto Havelock.

»Teóricamente, si miraras a un espejo plano que te mostrara a ti mismo..., en otras palabras, un espejo que estuviera enfocado en el punto exacto donde tú permaneces, entrarías en una especie de ciclo continuo de traslación, pasando simultáneamente de un lado a otro entre tú y tu Imagen, cambiando literalmente sin ir a ninguna parte. Probablemente, nadie que te mirara fuera capaz de ver la diferencia.

Pero tu mente habría desaparecido. No simplemente vuelto loca. Desaparecido.

»Sigo sin saber cómo sobreviví a verme a mí mismo en los espejos de aquella estancia donde te encontré. Tengo que creer que los espejos *son* distintos en tu mundo. O que tú eres la Imagera más poderosa de la que nunca haya oído hablar.

»De todos modos, el otro punto importante es que la capacidad para ser un archi-Imagero parece ser simplemente eso..., una capacidad. Si no es una habilidad que puedas aprender, es un talento con el que has nacido. Si fuera una habilidad, Havelock hubiera podido dominarla de algún modo. “Adepto” no es ningún título honorífico. Lo ganó siendo mejor en las traslaciones que cualquier otro. En particular, era mejor efectuando traslaciones con espejos que no había hecho él. Yo ni siquiera puedo efectuarlas con los espejos que yo hice.

»¿Responde eso a tu pregunta?

Terisa asintió. Estaba intentando conseguir que lo que él acababa de decirle encajara con su experiencia.

—Entonces, responde tú a la mía. ¿Qué tiene que ver todo esto con tu conversación con el Príncipe Kragen?

—Oh, eso. Lo siento. No estaba intentando ser crítica. Simplemente, parece que es algo crucial..., de algún modo. Yo estaba hablando con él justo antes de que fuéramos atacados. Por eso lo recordé ahora.

Luego pasó al punto clave de la cuestión:

—Cuando Artagel examinó a los hombres muertos, los que luego se desvanecieron, dijo haber encontrado una insignia, un «sello», que indicaba que eran de Cadwal. Eran Aprs del Monomach del Gran Rey. Pero, cuando atacaron, parecieron surgir de la nada. Y, cuando todos los demás estuvieron muertos, su líder no tuvo que escapar corriendo. Simplemente desapareció.

»Él y sus hombres debieron llegar e irse a través de un espejo plano. Pero ¿no es eso imposible? El Perdon y el Príncipe Kragen decidieron que Vagel debía estar implicado en el asunto, pero eso no lo explica tampoco. Si pasar sano y salvo a través de un cristal plano es asunto de talento antes que de entrenamiento, entonces todos esos hombres deberían ser archi-Imageros.

Y, ahora que pensaba en ello, ¿cómo había conseguido el Maestro Gilbur eludir al Castellano? Si era concebible que el hombre de negro y el Maestro Gilbur eran aliados, entonces también era concebible que el Maestro hubiera desaparecido de la misma forma que el otro.

Geraden la contempló pensativo por un largo momento.

—¿Sabes? —dijo con una seca risita—, hace toda una vida, cuando yo era aún un Apr nuevo y creía que iba a realizar proezas gloriosas, acostumbraba a permanecer

despierto por la noche pensando en cosas como ésa. Y elaboré una idea que puede que funcione.

»Primero modelas un espejo plano que esté enfocado exactamente allá donde lo quieres. —Se encogió humorísticamente de hombros—. Un problema trivial para el Imagero que yo pretendía ser por aquel entonces. Luego elaboras otro espejo, uno normal esta vez, que simplemente muestre un mundo que sea esencialmente inerte. Ni gente ni animales, y preferentemente ningún clima, que interfiera con lo que estás haciendo. Luego trasladas el primer espejo al interior del segundo, y lo sitúas de tal modo que llene tanto de la Imagen como sea posible. Y entonces, si el primer espejo no ha cambiado..., y si es realmente factible efectuar dos traslaciones casi simultáneamente, es posible que seas *capaz* de cruzarlos y mantener tu mente de una sola pieza.

Sonrió.

—Ingenioso, ¿no crees?

—Sí. —En realidad, creía que era más que ingenioso: pensaba que era brillante. Pero algunas de las implicaciones...

—Podría llevar a dos personas, ¿no? Una para trasladar a la otra.

—No para ir. Pero sí para volver. Eso es cierto para cualquier traslación.

En consecuencia, si el Maestro Gilbur había escapado a través del mismo artilugio que había salvado al hombre de negro, entonces Geraden era inocente. Cualquiera en Orison era inocente (en especial Geraden, pero también el Maestro Eremis, que estaba encerrado en las mazmorras y no tenía acceso a los espejos), porque ellos estaban *aquí* antes que en el lugar donde estaban situados los espejos. No podían haberse llevado al Maestro Gilbur.

Casi estremeciéndose, dijo:

—Desearía que hubiera alguna forma de descubrir lo que ocurrió en realidad. Si tu idea es correcta, entonces el Maestro Gilbur abandonó probablemente Orison de la misma forma que entraron los hombres que me atacaron.

—Pero ¿quién efectuó la traslación?

—¿No pudo haber sido Vagel? Eso tiene sentido ahora..., o lo tiene en tanto haya realmente alguna forma de trasladar gente en torno a Mordant por medio de la Imagería sin hacer que pierdan sus mentes.

El Apr alzó las manos.

—No lo sé. Durante años, todo el mundo pensó que el archi-Imagero estaba muerto. Ahora todos piensan que está vivo.

»Pero tú sabes —prosiguió, mirándola evaluadoramente, con un asomo de

ansiedad en su voz— que puede haber una forma de verificar si hubo Imagería cuando fuiste atacada. Incluso es posible —se inclinó hacia delante— que hubiera una forma de comprobar mi idea.

Ella le estudió atentamente mientras se explicaba. La excitación animó su rostro, haciéndolo más y más atractivo a sus ojos.

—Evidentemente, hay mucho que no sabemos de la Imagería. Algunas cosas parece que deberían ser teóricamente posibles, pero nunca hemos tenido ninguna forma de comprobarlas. Por ejemplo, es teóricamente posible que un Imagero con un cierto tipo de talento pueda ser sensible a los espejos del otro lado. Quiero decir: Si tuviera que ir a un lugar que tú pudieras ver en algún espejo de alguna otra parte, debería ser *capaz* de sentirlo. Debería saber que estaba en una Imagen.

»Por supuesto, tienes que suponer que la Imagen existe realmente. De otro modo, lo que ves en un espejo plano es sólo una copia de algo real, y no habría nada que sentir.

»Pero si él pudiera *sentirlo* —Geraden se puso en pie, incapaz de seguir sentado—, entonces *también* es teóricamente posible que pudiera ser capaz de efectuar la traslación desde el otro lado. ¿Ves lo que quiero decir? Podría simplemente salir de la Imagen al lugar donde estuviera el espejo.

Mientras él hablaba, el corazón de Terisa empezó a latir más aprisa. La excitación de Geraden la arrastraba.

—Si tienes razón —dijo ella lentamente—, entonces no serían necesarias dos personas. El Maestro Gilbur podría ir solo. Podría entrar y salir de Orison siempre que deseara.

—¡Sí! —exclamó Geraden impacientemente—. Pero no es ése el asunto. El asunto es que sería *posible*. —En su entusiasmo, aferró los brazos de la silla de ella para poder mirarla fijamente a los ojos—. Sería posible *para ti*.

Desgraciadamente, calculó mal la distancia. Sus frentes golpearon con un sordo sonido de crujir de huesos.

—¡Oh, Terisa, lo siento! —gimió—. Lo siento, lo siento. —Se llevó una mano a la cabeza, tendió la otra hacia ella—. ¿Estás bien? Lo siento tanto.

Sólo por un instante, toda la habitación pareció arder. Luego las intensas llamas rojas y naranjas se resolvieron en destellos de dolor que cruzaron su visión, y su cráneo empezó a resonar como si hubiera sido utilizado como un gong.

Pero el golpe no había sido tan fuerte como eso: su resaca acentuaba los efectos. Cuando estuvo segura de que su frente no estaba machacada ni sangraba, rechazó la disculpante mano de Geraden. Se levantó decididamente en pie, pese a tener todo un carillón resonando entre sus oídos, e hizo todo lo posible por darle una patada en la

espinilla.

Primero él se la quedó mirando con la boca abierta, como si creyera que había perdido la cabeza. Luego dejó escapar una carcajada.

—Te lo advertí —murmuró ella, en medio del dolor. Éste empezaba a disminuir ya. Casi era *capaz* de oírse a sí misma—. Una disculpa al día. Eso es todo lo que te concedo. —Incapaz de contenerse, ella también estaba riendo—. No soy ningún señor o Maestro con el que puedas jugar.

Oleadas de risa brotaron de Geraden.

—Por favor, no me hagas reír. —Débilmente, Terisa volvió a sentarse en su silla—. Parece como si mi cabeza quisiera partirse en dos.

Geraden inspiró profundamente para controlarse. Cuando fue capaz de dejar de reír, se dirigió a ella. Sujetando sus mejillas con las palmas de sus manos, besó tiernamente su lastimada frente.

Por un momento, Terisa pensó que iba a hacer descender su boca hasta la de ella. De haber podido, habría reprimido el pulsar en su cráneo y habría inclinado la cabeza hacia atrás para recorrer la mitad del camino. Pero el dolor no se alejaba con la suficiente rapidez. No supo si sentirse aliviada o irritada cuando él retrocedió de nuevo hasta su silla.

—Terisa —repitió suavemente—, tal vez fuera posible para ti.

Ella suspiró y cerró los ojos. Se masajeó la nuca con ambas manos.

—Tienes que haberte roto algo en la cabeza. Ésa es la idea más loca que has tenido hasta ahora.

—No, de veras —respondió él de buen grado—. Es sólo una idea, por supuesto. Pero tú quieres saber por qué estás aquí..., lo que puedes hacer. Bien, no podemos enseñarte lo suficiente acerca de hacer espejos como para descubrir si puedes ser una Imagera normal. Los Maestros han dejado bien claro que no van a permitirlo, y ellos controlan el laborium. Pero quizá poseas un tipo distinto de talento. Quizá por eso fui atraído hasta ti cuando todas las reglas de la Imagería hubieran debido llevarme hasta el campeón.

»Podemos intentar averiguarlo. ¿Qué tenemos que perder?

Ella abrió los ojos y le miró con fijeza.

—Hablas en serio, ¿verdad? —No tenía el aspecto de un hombre que acabara de volverse peligrosamente loco—. ¿Crees que puede haber alguna forma de probar lo que estás diciendo? ¿De verificar...?

Él asintió enérgicamente.

Quizá poseas un tipo distinto de talento. Inesperadamente, su dolor de cabeza, se

hizo menos importante.

—Casi temo preguntar cómo.

La excitación se acumuló de nuevo en él, y su mirada brilló. Haciendo un esfuerzo por ser razonable, dijo:

—Espero que comprendas que realmente no sé más de esto que tú. Es sólo una teoría. Y la mayoría de los Maestros ni siquiera estarían interesados. Modelar espejos ocupa demasiada investigación práctica y esfuerzos. —Entonces su entusiasmo le ganó de nuevo, y se puso en pie—. Pero todo lo que tenemos que hacer es volver al lugar donde fuiste atacada. Una vez estemos en las inmediaciones correctas, todo lo que tienes que hacer tú es moverte lentamente por allí y concentrarte en lo que sientes.

Las respuestas que despertó en ella eran tan poco familiares que no supo cómo definir las. ¿Eran miedo o ansiedad? Su pregunta era más compleja de como sonó cuando dijo:

—¿Qué se espera que debo sentir?

—¿Quién sabe? —respondió él, sin darse cuenta de la extensión de la confusión de Terisa—. Pero probablemente será algo sutil. ¿Una ligera sensación como de tironeo? ¿La impresión de que algo delante de ti parece confuso? ¿Esa sensación de mareo que sienten algunas personas cuando miran hacia abajo desde lo alto de un risco?

»Si no sientes nada, eso no probará nada tampoco. Puedes o no puedes tener el talento. Puede o no puede estar implicada la Imagería. —Rió quedamente—. Podemos o no podemos hallarnos en el lugar correcto. Pero si *sientes* algo —hizo un visible esfuerzo por parecer calmado—, *eso* será interesante.

»¿Quieres intentarlo? ¿Debemos ir?

Por un momento, ella no pudo responder. Con los ojos clavados en el fuego, casi pudo oír una voz interior decir: Ésa es la cosa más estúpida que has dicho hoy. Deja de hacerme perder el tiempo. Sonaba como la voz de su padre. Y sabía lo que hubiera dicho su madre. Las niñas pequeñas no hacen esas cosas.

Esas cosas.

¿Y si Geraden tuviera razón?

Si estaba equivocado, no habría problema. Nada cambiaría en su vida. Pero, si tenía razón..., nunca volvería a ser la misma.

—No es tan sencillo —murmuró—. No creo que pueda encontrar de nuevo el lugar. Estuve allí sólo una vez. Y..., y mi mente estaba en otras cosas.

La breve vacilación de Geraden antes de hablar sugirió que ahora le estaba

prestando una estricta atención, y que se daba cuenta de la importancia del tema que había planteado.

—Podemos resolver ese problema —dijo cuidadosamente—. Podemos pedirle a Artagel que nos ayude. Él recordará el lugar exacto. —Luego, suavemente, repitió la pregunta anterior—: Terisa, ¿qué tienes que perder?

Ella deseó decir: Mi yo. Lo que soy. Pero aquello parecía imposiblemente melodramático. ¿Por qué se estaba tomando en serio todo aquello? Como tratamiento contra el dolor de cabeza, funcionaba admirablemente: su cabeza aún le dolía, pero ahora era capaz de olvidarlo. Por otra parte, el peligro que ella aparentemente temía era tan improbable que debería considerarlo una estupidez. Realmente, debería de tener más sentido común.

Con una observación ligera en la punta de la lengua, miró fijamente a Geraden.

Su intensa actitud la detuvo: la estaba mirando como lo haría a alguien que estaba a punto de arriesgar su vida. Había dado un salto de empatía que lo había situado en el centro de su miedo. Con voz ronca, como si estuviera lleno de piedad, dijo:

—Te llevaría de vuelta a tu mundo si supiera cómo. Tú lo sabes.

Por un instante, algo parecido al pesar ascendió por la garganta de Terisa. Los ojos del Apr reflejaban una aguda consciencia de lo que ella había perdido. Él le había costado ya su vida anterior. Ahora le pedía que arriesgara su sentido de sí mismo, lo poco que aún comprendía de lo que era.

Dominó una sonrisa y dijo:

—Sí, lo sé. No te atrevas a disculparte. —Y se puso en pie. Ocurriera lo que ocurriera, no tenía intención de malgastar su amistad—. Quizás el ejercicio me haga bien.

El placer en el rostro de Geraden era tan brillante que ella casi se echó a reír de nuevo.

Encontraron a Artagel en una de las salas cercanas a su torre. Por aquel entonces, Terisa había descubierto que el ejercicio hacía que al principio le doliera aún más la cabeza, pero la circulación de la sangre parecía ir limpiando gradualmente su cerebro, y empezó a sentirse mejor. Mientras pensaba en el hermano de Geraden, se preguntó si tendría algún sistema para mantenerla vigilada. El salón donde lo encontraron no parecía un lugar especialmente lógico para un guardaespaldas. Por otra parte, sin embargo, no tuvieron ningún problema en localizarle.

Les saludó con una alegre inclinación de cabeza y un amistoso comentario acerca del cuestionable aspecto de Terisa. Geraden la defendió con burlona indignación, y recibió por sus penas y trabajos un amistoso puñetazo en el hombro que no le causó

ningún daño apreciable. Luego explicó lo que tenían en mente —dejando a un lado, observó ella, la mayor parte de los detalles más sobresalientes—, y le pidió a Artagel su ayuda.

Artagel se tomó todo aquello menos entusiásticamente de lo que Terisa había esperado.

—Gracias a tu buena fortuna —restalló—, dama Terisa no recuerda cómo hallar ese lugar. ¿Acaso te dejaste los sesos bajo aquel montón de escombros? O quizá simplemente has *olvidado* que ella fue atacada ahí abajo por Aprs del Monomach del Gran Rey. Incluso es posible que el propio Gart estuviera entre ellos. —Hizo una momentánea disgresión—: Odio pensar que alguien menor que él me hubiera causado tantos problemas. —Luego reanudó—: ¿Qué planeáis hacer si ella resulta atacada de nuevo? ¿Pedirles educadamente que se marchen?

—No exactamente. —Era evidente que la furia de su hermano no preocupaba a Geraden—. Pensé que simplemente podría pedirles que aguardaran hasta que tú te reunieras con nosotros.

»En realidad —explicó—, lo más probable es no pueden atacarnos. No estarán preparados para nosotros. No tienen ninguna forma de saber lo que estamos haciendo..., y estoy seguro de que no pasarán *todo* su tiempo agachados delante de su espejo, aguardando a que una probable víctima aparezca por pura coincidencia. Deberíamos estar a salvo.

Pese a sí mismo, Artagel se ablandó.

—Eres demasiado listo para tu propio bien. Pero resulta que esta mañana no tengo nada mejor que hacer. —Sin aparente dificultad, olvidó su irritación y sonrió a Terisa—. Mi dama —dijo formalmente, ofreciéndole su brazo—, ¿nos vamos?

Cuando ella aceptó, Artagel lanzó a Geraden una sonrisa de bienhumorada malicia y la llevó consigo, dejando que su hermano les pisara los talones.

Mientras les seguía, el rostro de Geraden exhibía una expresión de retorcido cariño. Después de todo, reflexionó Terisa, tenía seis hermanos mayores..., y probablemente todos ellos disfrutaban incordiándolo. El aspecto que tenía ahora volvió a levantar su espíritu. Él y Artagel hacían fácil para ella pensar que estaba haciendo lo correcto.

Mientras regresaba a los húmedos y apenas usados corredores que minaban los cimientos de Orison, sin embargo, Terisa empezó a reconsiderar sus pensamientos. No tenía recuerdos agradables de aquel lugar. El interminable gotear del agua prometía peligro. Aunque había suficientes linternas como para permitir a Artagel hallar su camino, sus dispersos y distantes reflejos en los charcos y manchas de agua

en el suelo proporcionaban a la piedra un aspecto malsano, como si tras sus brillos se escondieran ocultos secretos. El eco de sus tacones hacía huir el silencio por los corredores laterales y los recodos, hasta que se sintió irracionalmente segura de estar siendo seguida. El calor del día nunca alcanzaba hasta tan lejos, y el aire era mucho más frío de lo que ella recordaba: ciertamente, parte de la humedad se había convertido en hielo. Allá donde ella o sus compañeros rompían la superficie de un charco helado, el hielo crujía como fuego.

Y, si Geraden tenía *razón*..., si por alguna extraña casualidad ella poseía aquella especie de talento que él había descrito...

Se aferraba al brazo de Artagel más fuertemente de lo que se daba cuenta. Como si pensara que tenía frío, el hermano de Geraden pasó el borde de su capa gris por encima de los hombros de ella.

—Quienquiera que haya hecho ese espejo —comentó Geraden mientras se deslizaban en la oscuridad—, o fue muy bueno o fue muy afortunado. Resulta difícil imaginar a nadie modelando *accidentalmente* un espejo que muestra esta parte de Orison. Por otra parte, no resulta exactamente fácil imaginar cómo pudo hacerlo deliberadamente. Incluso los mejores Maestros deben dedicar décadas de investigación antes de conseguir lo que desean.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —murmuró Terisa nerviosamente—. Esto no me gusta en lo más mínimo.

Artagel le dio un ligero apretón.

—Probablemente sí lo sepa. Las únicas ocasiones en las que realmente tengo que preocuparme por él es cuando parece como si lo tuviera todo bajo control.

Terisa deseó que Geraden respondiera a aquello, pero no lo hizo. Al cabo de un momento, por decir algo, preguntó:

—¿Quién mantiene encendidas las linternas?

Su escolta se encogió de hombros.

—Los sirvientes.

—Pero ¿por qué? —prosiguió ella—. ¿Acaso esta zona no ha sido totalmente abandonada?

—Bueno, no completamente *abandonada*. He oído decir que muchas de las húmedas y frías estancias de aquí abajo son usadas para almacenar vino. Si supiéramos exactamente cuáles, podríamos morir felices. Y sé seguro que el Castellano utiliza secciones de este lugar para entrenar a sus guardias, en especial en invierno.

»Además —añadió irónicamente—, creo que aborrece la oscuridad. Es posible

que hiciera instalar linternas aquí aunque nadie excepto los encargados de mantenerlas encendidas viniera a este lugar de un año al siguiente.

El pensamiento del Castellano Lebbick no era muy confortable para Terisa.

—¿Cuánto falta todavía? —preguntó.

—Ya casi hemos llegado. —Artagel sonaba intrascendente, pero cuando ella le miró vio cautela en el parpadeo de sus ojos, en los movimientos de su cabeza—. Lebbick debió hacer limpiar el suelo. De otro modo, ya podríamos ver la sangre.

Tenía razón. Tras otra docena de pasos, el aspecto del corredor empezó a encajar con el recuerdo que tenía de él, pese a la ausencia de sangre.

—Aquí —dijo de pronto en voz muy baja. Aunque sabía que el sonido no pasaba a través de los espejos, estaba visceralmente temerosa de ser oída por oídos no amistosos. Aquél era el lugar. Casi podía detectar el temblor residual de su propio miedo, vibraciones dejadas tras el asalto del hombre de negro—. Fue aquí.

—Sí. —Artagel se detuvo, se dio la vuelta. Luego la hizo avanzar hasta que su espalda tocó una pared—. Tú estabas aquí. —Con un gesto, señaló el corredor—. Nosotros luchamos ahí. —La oscura iluminación hacía que su rostro pareciera tan hosco como su voz—. El Perdon y el Príncipe Kragen vinieron desde el otro lado. Ellos nos rescataron. —Bruscamente, se enfrentó a su hermano—. No estoy seguro de que te des cuenta —dijo entre dientes encajados— de que ese bastardo me ganó..., fuera quien fuese. La última vez que ocurrió algo así, yo era mucho más joven que tú ahora.

La luz brillaba débilmente en la frente de Geraden, como si estuviera sudando pese al frío.

—De alguna forma —murmuró—, estoy seguro de que tendrás la oportunidad de batirte de nuevo con él. Sólo espero que no sea hoy. Yo no sería muy bueno en rescatarte.

»Pero no es eso lo que hemos venido a buscar. —Avanzó junto a su hermano y observó a Terisa en la penumbra—. Necesitamos hallar el punto exacto de traslación. Si existe.

»¿De dónde surgieron?

Terisa cerró los ojos. Había estado andando con el Príncipe Kragen. Hablaban de Elega. Un guardaespaldas iba delante de ellos; el otro, detrás. Oyó un suave sonido como de cuero..., ¿una espada abandonando su vaina? Entonces los hombres cargaron hacia delante. El negro cuero de sus armaduras los hacía difíciles de ver. Sus desnudas espadas eran más claras, brillando a la luz de las linternas...

—Aquí —jadeó, y abrió los ojos. Señalaba lo que parecía ser un oscuro corredor lateral que desembocaba diagonalmente en el corredor donde ellos estaban—.

Vinieron de aquí.

—Bien. —Geraden susurraba, como si él también temiera ser oído—. Echemos una ojeada.

Su aliento dejó un leve rastro de vapor en el aire mientras se alejaba.

Artagel había desenvainado su espada. Pareció flexionarse al compás del movimiento de su muñeca. Cogió a Terisa del brazo con su mano libre, y juntos fueron tras Geraden.

El camino ante ellos estaba oscuro. Si había un corredor lateral, era demasiado corto como para merecer una linterna. La iluminación que se reflejaba en él procedente del corredor principal menguaba rápidamente. Al cabo de un momento, Artagel preguntó:

—¿Quieres esperar mientras buscamos una luz?

—No —siseó Geraden—. Si hay un espejo enfocado aquí, la luz hará más fácil que nos vean.

Artagel asintió. Mantenía a Terisa entre él y la pared, para reducir el número de direcciones desde las cuales podía ser amenazada.

—Concéntrate —dijo Geraden a Terisa por encima del hombro—. El punto de traslación puede estar en cualquier parte.

Intenta sentirlo. Olvida todo lo demás y simplemente intenta sentirlo.

—Concéntrate tú también —respondió ella. Su susurro era ronco—. Yo no soy la única que no sabe cuáles son sus talentos.

Geraden hizo una momentánea pausa.

—Un punto a tu favor.

Artagel exhibió una sonrisa que apenas fue visible en la creciente oscuridad.

Esto es estúpido, pensó Terisa para sí misma. Se suponía que los tres eran adultos..., y sin embargo ahí estaban, tanteando su camino hacia el interior de un corredor aparentemente sin salida en busca de algún lugar donde el aire o la piedra o quién sabía qué hiciera hormiguitar sus pieles. Debemos estar fuera de nuestros cabales. Si alguien saltara ante ella y exclamara: ¡Buuu!, hubiera gritado.

Esa idea le dio deseos de reír.

Eso la distrajo. No se dio cuenta de lo que ocurría hasta que un soplo frío tan tenue como una pluma y tan afilado como el acero se deslizó directamente por el centro de su abdomen.

Antes de que pudiera reaccionar —antes de que pudiera gritar una advertencia—, un hombre brotó de la pared. Su cuerpo parecía un bloque de piedra cuando impactó pesadamente contra ella, empujándola hacia Artagel.

Artagel sujetó con fuerza su brazo.

—¡Atrás! —restalló—. ¡Atrás, a la luz! —Y tiró de ella, alejándola del intruso.

De inmediato, la sensación de frío se desvaneció.

No se dio cuenta de la diferencia.

Se tambaleó, perdió el equilibrio. ¿Dónde estaba Geraden? Cada músculo de su cuerpo deseaba echar a correr, pero se volvió a tiempo para ver a Artagel tirar de Geraden tras ella mientras amenazaba a la sombría figura con su hoja.

Corrió urgentemente hacia el corredor principal y las linternas.

Geraden era más rápido. Estaba ya junto a ella cuando alcanzaron el corredor. La empujó hacia la derecha, hacia la linterna más cercana. Su impulso los llevó hasta la pared contraria, hasta el lugar donde ella había caído la otra vez y había aguardado a que el hombre de negro la matara. Allí, los dos se volvieron para ver lo que ocurría con Artagel.

Éste salió a la luz con la espada aún preparada entre él y la oscura figura. No, no era una figura: Terisa vio dos. Tres. Cuatro. Avanzaban lentamente, masivamente; la amenaza de la hoja de Artagel no les detenía.

Cuatro. Eso era malo. Pero al menos no eran más. Cuando alcanzaron la luz, vio que de hecho su aspecto era el de hombres. Tenían las cabezas y los rostros y los miembros de hombres. Su desnudez mostraba que tenían cuerpos de hombres. Sus brazos estaban extendidos como para abrazar.

Pero sus ojos estaban muertos. Y bajo su piel se movían visiblemente bultos del tamaño de manos..., bultos que no podían ser músculos.

No llevaban armas, sin embargo. Y sus movimientos eran tan pesados que seguro que Artagel podía ocuparse de ellos.

Artagel retrocedió en la otra dirección, intentando alejarlos de ellos. Su sonrisa de lucha era ausente. Tras su perplejidad, sus ojos tenían un asomo de horror.

Los cuatro hombres le ignoraron. Tras emerger del corredor lateral, se encaminaron directamente hacia Terisa y Geraden.

Artagel gritó para distraerles. También ignoraron eso. Puede que fueran sordos. Avanzando torpemente, como muñecos de madera, se encaminaron hacia su objetivo elegido.

En un esfuerzo por desviarles, Artagel atacó. Su espada giró y llameó y cayó sobre la muñeca de la figura que tenía más cerca, con tanta fuerza que Terisa retrocedió, esperando ver la mano caer cercenada al suelo.

Pero la mano no cayó. No hubo ninguna sangre. En vez de ello, la piel de la muñeca se peló hacia atrás desde el punto del impacto, revelando un insecto como

una monstruosa cucaracha allá donde deberían estar los huesos de la mano.

La piel se secó y se marchitó; el insecto cayó del muñón de la muñeca al suelo.

Por un segundo tanteó el aire con sus antenas, agitó sus mandíbulas, luego se escurrió hacia Terisa y Geraden.

Al mismo tiempo, un segundo insecto empezó a emerger, contorsionándose, fuera de la muñeca de la torpe figura. La piel de la muñeca se marchitó, como si la cucaracha en su interior fuera todo lo que la conservaba como un tejido vivo.

Terisa hubiera gritado de haber hallado su voz. Pero el insecto era mucho más rápido que el pesado cuerpo o huésped que lo había contenido; y Geraden le había gritado, había aferrado su brazo, intentando apartarla; y algún residuo del incisivo frío que había presagiado este asalto parecía aferrarse aún en su pecho, de modo que apenas era capaz de hablar.

Mientras el segundo insecto se dejaba caer al suelo desde la marchita carne de la muñeca de la figura, un tercero asomó a la vista desde su antebrazo.

Terisa no podía apartar sus ojos de lo que estaba ocurriendo. Geraden tuvo que arrastrarla hacia atrás. Vio la alocada revulsión en los ojos de Artagel mientras saltaba al ataque.

Un enorme y violento golpe de su espada golpeó en el hombro a la figura más cercana, en la base del cuello, produciendo un profundo corte a través del pecho del hombre. Otro golpe —tan rápido que pareció formar parte del primero— atacó por el otro lado, hundiéndose mortalmente entre las costillas.

Pero no hubo sangre. La figura no cayó.

Como un cascarón podrido, su torso se hendió. Su cabeza siguió mirando fijamente al frente; sus piernas continuaron caminando rígida, pesadamente, a lo largo del corredor, tras sus compañeros..., y docenas y docenas de cucarachas cayeron rodando de sus abiertos pecho y abdomen.

Por un instante se agitaron en un revoltijo, buscando algún olor. Luego echaron a correr como un flujo de sangre tras Terisa y Geraden.

Bruscamente, la cabeza del hombre estalló, esparciendo otro montón de insectos entre los demás. Después de eso, sus piernas parecieron perder toda su firmeza. Se inclinaron hacia un lado, golpeó la pared y cayó, mientras más y más enormes cucarachas hormigueaban entre los desmoronantes restos de su cintura y caderas y muslos.

Pronto no quedaba de él más que una gran cantidad de apresurados insectos.

Terisa oyó a Artagel maldecir desesperadamente, como si estuviera a punto de vomitar.

—¡Terisa! —Geraden tiró urgentemente de su brazo—. ¡Corre!

Alucinada por el ataque de Artagel y su resultado, no se había dado cuenta de lo atrás de Geraden que se había quedado..., de lo rápido que se movían los insectos. El más cercano ya casi había alcanzado el dobladillo de su traje.

Jadeante, se dio la vuelta y echó a correr.

Durante unos pasos corrió, corrió con todo su aliento. Pero luego tuvo que detenerse y mirar hacia atrás, ver...

Artagel había abandonado su espada. Con el rostro contorsionado y pálido, el labio inferior profundamente enterrado entre sus dientes, corrió tras una de las figuras restantes, se inclinó rápidamente, aferró con sus manos los agitantes tobillos y tiró con todas las fuerzas que pudo.

El hombre cayó de bruces, con la lenta y pasiva violencia de un tronco derribado.

Cuando golpeó el suelo, el impacto despedazó su cuerpo. Todos los insectos que habían permanecido amasados dentro de su carne fueron liberados al instante.

Llenaron el corredor de pared a pared. La luz de las linternas resplandecía en sus oscuros lomos; formaban una corriente que fluía rápida hacia delante, mientras hacían chasquear sus mandíbulas en busca de la carne de sus víctimas.

Terisa echó a correr de nuevo.

Geraden corrió con ella.

—Podemos mantenernos por delante de ellas —jadeó. Su pecho subía y bajaba espasmódicamente, en busca de aire—. No te detengas. Podemos escapar de ellas.

—¿Hasta dónde? —El corazón de Terisa ardía, como si ya hubiera corrido incontables kilómetros. El miedo y el frío parecían estarla sofocando—. ¿Durante cuánto tiempo podremos correr?

—Lo suficiente —prometió él, con voz lúgubre. Sonaba como si cada aliento le doliera en lo más profundo de sus pulmones.

Terisa se detuvo cerca de una linterna y miró hacia atrás. Ella y Geraden estaban a unos ocho o diez metros por delante de las primeras cucarachas. Desde aquel ángulo, todo el suelo del corredor parecía hervir con amenaza mientras los insectos se apresuraban hacia delante. Tras ellos, la figura que Artagel había golpeado primero recién acababa de derrumbarse, liberando a las últimas de sus ocupantes en medio del bullicio. Los restantes hombres incrementaron su paso para mantenerse al ritmo del torrente perseguidor.

Artagel lo seguía frenéticamente.

—¡Geraden! —Su llamada resonó como un lamento en el corredor—. ¿Qué puedo hacer? ¡Dime lo que debo hacer!

—No —jadeó Terisa. Luchó en busca de aire, pero estaba demasiado asustada para conseguirlo—. No puedo seguir corriendo. No sabemos adónde vamos. Si salimos de aquí, lo único que conseguiremos será conducir a esas cosas al interior de Orison.

Como respuesta, Geraden le lanzó una mirada de pura angustia.

—Tenemos que luchar de algún modo —dijo ella, como si quien hablara fuese una completa desconocida, alguien que no tenía nada que ver con el pánico que martilleaba en su corazón, el temor y la revulsión que retorcían su estómago—. Tenemos que luchar.

Por un momento, mientras las cucarachas se acercaban inconteniblemente, él la miró como si estuviera a punto de echarse a llorar. Luego dejó escapar una exclamación inarticulada como un grito de batalla y saltó hacia la linterna.

La arrancó de su soporte, sin importarle la forma en que el ardiente hierro quemaba sus manos, y la arrojó contra los insectos.

Golpeó el suelo con un estallido de aceite hirviendo, y una docena o más de las horribles criaturas ardieron.

Se consumieron casi al instante, alzando llamas tan brillantes como antorchas: de alguna forma, eran incendiarias. Tras dos o tres latidos de corazón, no quedaba de ellas nada excepto pequeños fragmentos de abrasado caparazón...

... nada excepto un negro vapor que se elevó en el aire y se dispersó rápidamente.

Olía como una fuerte combinación de formaldehído y carne parcialmente digerida, y se aferró a la garganta y a los pulmones de Terisa como ácido. Se dobló sobre sí misma, presa de incontenibles arcadas: el espasmo que se apoderó de su pecho era demasiado fuerte para permitirle toser.

El corredor había quedado casi a oscuras sin la linterna, pero Terisa estaba lo suficientemente cerca del suelo como para ver a las cucarachas más cercanas avanzar rápidamente, despreocupadas de unas cuantas muertes. Tenía que correr, tenía que...

No podía. Era imposible. No podía romper la presa del negro vapor dentro de su pecho.

Dominado por unas náuseas tan intensas que parecían querer quebrarle las costillas, Geraden la rodeó con sus brazos y de alguna forma halló las fuerzas suficientes para alzarla en vilo. Con su convulsionado peso sujeto en un torpe abrazo, echó a correr de nuevo torpemente, intentando mantener la distancia entre ellos y los insectos.

Al cabo de unos pocos pasos, la volvió a depositar en el suelo para ver si podía caminar otra vez por sí misma. Terisa consiguió liberar ruidosamente su aliento, y los espasmos empezaron a aflojarse. Aferrada aún a él en busca de apoyo, echó a correr

de nuevo antes de volverse para mirar atrás.

Lo hizo a tiempo para ver a Artagel correr con una linterna que debía haber cogido de la dirección opuesta y arrojarla como un loco a la cabeza del último atacante que aún permanecía en pie.

No sabía el peligro: estaba demasiado lejos como para haber visto exactamente lo que les había ocurrido a Geraden y a ella. Pero no pudo gritar ninguna advertencia. Su garganta en carne viva apenas pudo susurrar su nombre mientras la linterna golpeaba y se rompía..., y la imponente figura estallaba en llamas, ardiendo con una furia repentina que parecía incandescente..., y las negras exhalaciones de tantos insectos envolvían a Artagel, haciendo que se derrumbara de una forma tan efectiva como si le hubieran atravesado el estómago con una espada.

—Artagel —croó Geraden—. *Artagel.*

Terisa observó a Artagel y a los insectos mientras su miedo se convertía en una fría y oscura rabia. Esta vez, fue ella la que cogió el brazo de Geraden y tiró de él.

—Vamos. —Su voz era sólo un doloroso raspar en su garganta, pero ahora el frío parecía estar haciéndole algún bien, entorpeciendo lentamente el vapor negro—. *Vamos.*

Delante de ella vio que el corredor formaba una T, inclinándose a izquierda y derecha. Parecía emanar más luz de la derecha que de la izquierda.

Cuando alcanzó la T, escrutó los dos corredores para asegurarse de que había efectivamente una linterna a la derecha. Entonces soltó a Geraden. Las cucarachas iban a por ella. Habían brotado del mismo espejo que había utilizado el hombre de negro para atacarla. Ella era la única persona que sabía que tenía enemigos activos.

—Coge la linterna —dijo con voz ahogada—. Yo las alejaré.

Él la miró con la boca abierta, como si la caída de su hermano le hubiera hecho perder todos los sentidos.

Con urgencia, ella lo puso en movimiento.

—¡Ve! Yo las alejaré. Tú sigue tras ellas. Con cada linterna que pasemos, podrás matar unas cuantas más. Únicamente no respire ese vapor.

Finalmente, él pareció comprender. Se dirigió hacia el corredor de la derecha, unos pasos por delante de las cucarachas.

Retirándose de espaldas para poder ver lo que hacía Geraden, Terisa se dirigió hacia la izquierda.

Desgraciadamente, sus suposiciones estaban equivocadas. Todas las criaturas fueron tras Geraden, ignorándola a ella por completo.

¡Geraden!

Su furia se desmoronó en horror e incomprensión. Las fuerzas la abandonaron: casi cayó de rodillas. Lentamente, se llevó las manos a la boca, con los ojos inundados de miedo.

Geraden no se dio cuenta del peligro hasta que hubo alcanzado la linterna, la descolgó y se volvió. Entonces vio la multitud que se le acercaba. Por un segundo se quedó paralizado. El desánimo borró toda la combativa testarudez de su rostro. Sus manos bajaron la linterna: pareció a punto de caer.

Una de las rodillas de Terisa falló. Perdió el equilibrio y se derrumbó al suelo, rompiendo el hielo de un amplio charco. El agua empapó sus ropas. Todavía no había conseguido volver a ponerse en pie cuando le oyó aullar:

—¡Terisa! ¡Busca ayuda!

Pero ella le miraba a él, le miraba con todo lo que quedaba de sus sentidos, deseando gritarle en una muda desesperación, cuando el Adepto Havelock apareció al lado del Apr y alzó un rayo de luz contra los insectos asaltantes.

Al parecer, el viejo Imagero loco había estado aguardando en el salón sólo con aquel propósito. Los reflejos de sus ojos bailaban alocadamente, pero sus movimientos no traicionaban nada del errático frenesí, la histeria de intenciones, que había visto en el pasado: eran hábiles y seguros, casi tranquilos.

Una mano sujetó a Geraden por el cuello de sus ropas y tiró de él hacia atrás; la otra dirigió su rayo hacia las hormigueantes cucarachas.

Terisa estaba más allá de toda sorpresa, así que observó como si fuera algo normal que el arma del Adepto era la misma pequeña pieza de cristal que había utilizado la otra vez para iluminar su camino y salvar su vida. Ahora, sin embargo, el espejo brillaba de una forma mucho más ardiente: su luz era tan intensa como el fuego. Más poderosamente que el aceite ardiendo, prendió en los insectos. Ardieron en brillantes llamas y quedaron incinerados casi al instante, estallando como petardos mientras morían.

El torbellineante vapor negro llenó tan densamente el corredor que la iluminación de la linterna de Geraden quedó oscurecida. Sólo el fuego del Adepto Havelock era lo bastante brillante como para mostrarse a través de la repentina medianoche mientras su rayo barría el suelo y las cucarachas ardían a centenares.

En el último momento, Terisa recordó contener la respiración.

Durante lo que pareció un largo tiempo —una docena de latidos del corazón, dos docenas quizá—, la luz del Adepto se movió rápida y metódicamente sobre las piedras, convirtiendo la humedad en vapor hasta llevar la muerte al último de los insectos. Por supuesto, las criaturas simplificaron este proceso avanzando con automática determinación en dirección a Geraden. El Adepto Havelock no necesitó

preocuparse de que alguna de ellas se escurriera más allá de él a lo largo de las paredes, o diera la vuelta y huyera. Sin embargo, fue cuidadoso, y así la limpieza del corredor tomó su tiempo. Terisa sintió que su mente se tambaleaba mientras pensaba si el Adepto tendría el suficiente sentido común —y Geraden la suficiente consciencia— como para retener el aliento.

Luego el vapor se volvió lo bastante denso como para bloquear incluso el rayo del Adepto Havelock. El aire empezó a escocerle en los ojos. Incluyó la frente hacia el suelo. El dolor de su hematoma contra la fría piedra le proporcionó un punto focal para su concentración, y se aferró a ella a fin de no respirar.

Inesperadamente, algo rozó su hombro.

Creyendo, presa del pánico, que había sido alcanzada por una de las cucarachas, se echó hacia un lado e inspiró profundamente para gritar.

El Adepto Havelock estaba junto a ella, vestido como de costumbre con su ajado sobretodo y su deshilachada casulla. Su luz iluminaba el techo, llenando el corredor.

Parecía un peligroso lunático. Sus ojos desenfocados sobresalían de sus órbitas; los pocos mechones de pelo que le quedaban asomaban alocadamente de su cráneo. Su carnosa sonrisa era alegre y lasciva. Tras los sucios y ralos pelos que poblaban sus mejillas, su piel parecía volverse púrpura.

Cuando ella empezó a toser, sin embargo, él dejó escapar su propio aliento con un estallido y empezó a respirar de nuevo. El aire le hizo toser también, y unas cuantas lágrimas asomaron a sus ojos; pero sus ojos volvieron a hundirse en sus órbitas casi de inmediato, y su piel perdió su intensidad púrpura.

—Veo —dijo roncamente— que el aire vuelve a ser tolerable. Fue muy amable por tu parte probarlo para mí.

Geraden apareció tambaleante en su radio de visión. Sus ojos estaban inyectados en sangre, y la dificultad de respirar se mostraba en su rostro. Sin embargo, estaba en pie. Tan pronto como vio que ella también había sobrevivido, gruñó:

—Artagel —y echó a correr, tosiendo, hacia su hermano.

—¿Artagel? —Aunque uno de los ojos de Havelock parecía extraviado, el otro se mostraba cuerdo y serio. Su nariz, tan fiera y ascética como el pico de un halcón, hacía que cada una de sus palabras adquiriera importancia—. ¿También se ha visto atrapado en esta trampa?

—Ahí atrás. —Un espasmo de náusea retorció las entrañas de Terisa. Después de eso, sin embargo, el dolor de sus pulmones disminuyó, y fue capaz de respirar más normalmente. Con un esfuerzo, se apoyó en el suelo con manos y rodillas, luego consiguió ponerse en pie—. Intentó salvarnos. Ese vapor lo alcanzó.

—¡Por los testículos de un macho cabrío! —restalló el Adepto. Se alejó de

inmediato.

Luchando por no quedarse atrás, Terisa le siguió.

Lentamente, su equilibrio fue mejorando mientras se desvanecían los efectos del vapor. Casi se sentía firme de nuevo cuando ella y el Adepto Havelock alcanzaron a Geraden.

Éste no pareció darse cuenta de su presencia. Estaba sentado en el suelo, acunando la cabeza de Artagel entre sus brazos.

El rostro de Artagel estaba moteado por el esfuerzo y el dolor, y sus ojos miraban muy abiertos al cielo, como si se hubiera quedado ciego. Pero respiraba.

El alivio de Terisa fue tan agudo que sus ojos se llenaron de lágrimas.

El Adepto Havelock se inclinó hacia Geraden y le dio una fuerte palmada en el hombro.

—Ven conmigo, Geraden. Carga con él si es necesario. No me gusta permanecer tan cerca de ese punto de traslación. Quién sabe qué otras sorpresas tiene Vagel para nosotros. Os llevaré a un lugar más seguro.

Geraden abrazó más fuertemente a su hermano y no se movió. Terisa no estuvo segura de que hubiera oído al Adepto.

Como si estuviera haciendo una concesión, el viejo Imagero dijo:

—Tengo un poco de vino. Creo que le ayudará. —Luego perdió la paciencia—. ¡Horror y cojones, muchacho! ¡Si sois atacados de nuevo, es posible que no consiga salvaros!

Geraden siguió sin moverse. Pero Artagel agitó la cabeza en un gesto de asentimiento, como si comprendiera. Cuando Terisa sujetó su brazo e intentó ponerle en pie, él hizo un débil esfuerzo por colaborar.

Bruscamente, Geraden se frotó los ojos con el dorso de su mano. Luego ayudó a Terisa a alzar a su hermano sobre las piedras.

—Vamos —repitió Havelock. Echó a andar con paso brusco.

Sosteniendo a Artagel entre los dos, Terisa y Geraden le siguieron. Artagel era incapaz de andar, pero se apreciaba una mejoría en su respiración. Estaba empezando a sonar como si fuera a vivir de nuevo.

Terisa descubrió que estaba completamente desorientada: no tenía la menor idea de adonde los estaba llevando el Adepto Havelock. Tras una corta distancia, entraron en un corredor lateral que condujo de inmediato a una recia puerta de madera que parecía como la entrada a un almacén. De hecho, era la entrada a un almacén. El almacén, sin embargo, no parecía estar lleno más que de cajas vacías en diversos estadios de deterioro. El Adepto Havelock les ignoró mientras se dirigía hacia otra

puerta oculta en un nicho al fondo de la estancia.

Esta puerta parecía bastante ordinaria desde fuera, pero dentro tenía los suficientes cerrojos y barras como para asegurar una mazmorra. Havelock la cerró detrás de Terisa, Geraden y Artagel, luego los condujo por un pasadizo que se abría casi inmediatamente a una habitación llena de un desorden de espejos.

—El Rey Joyse confiscó la mayor parte de éstos durante sus guerras —explicó el Adepto como sin darle importancia, mientras cruzaba la habitación hacia otro corredor—. Después de crear la Cofradía, devolvió unos cuantos de ellos a los Maestros. Pero conservó más que los que devolvió.

Aquella visión pareció sacar a Geraden de su aturdimiento, al menos por un momento. El Adepto Havelock tenía la única luz, sin embargo, y abandonó rápidamente la estancia. Terisa y Geraden le siguieron con Artagel.

Tras dos o tres revueltas y otros tantos cortos pasadizos y otra puerta, se hallaron de pronto en la amplia habitación cuadrada donde Terisa había escuchado al Maestro Quillón explicar la historia de la necesidad de Mordant.

El lugar no parecía haber sufrido el menor cambio: seguía amueblado y atestado como el estudio de un hombre que ha perdido la razón. Las lámparas colocadas en las paredes y en la columna central arrojaban torrentes de luz hacia las puertas que se alineaban en las paredes, dando acceso a los pasadizos secretos de Orison.

Quizá debido a que sufría los efectos de la reacción, Terisa se sintió asaltada por el extraño pensamiento de que el Adepto Havelock se parecía a una araña. Esta habitación era el centro de su tela; los pasadizos secretos eran sus hilos. Ahora, ella y Geraden y Artagel habían sido atrapados.

Se preguntó qué estaba complotando el Adepto.

Éste desapareció tras la columna. Mientras estaba fuera de la vista, Terisa y Geraden ayudaron a Artagel a sentarse en una de las sillas junto a la mesa con el tablero de brinco. La respiración de Artagel aún tenía un fuerte resonar tuberculoso que resultaba doloroso de oír, pero estaba ya lo bastante repuesto como para darse cuenta de lo que le rodeaba. Con un esfuerzo, dijo:

—¿Vive aquí?

—Así parece —respondió vagamente Terisa. Aún no estaba preparada para decirle a nadie que había estado allí antes.

—Me gustaría saber qué ha estado haciendo con todos esos espejos —murmuró Geraden. El miedo y la tensión y el desconcierto le daban una expresión febril.

El Adepto Havelock regresó con un enorme frasco.

Finalmente, Terisa tuvo la oportunidad de observarle más de cerca. Daba una

impresión de reprimido apresuramiento, como si estuviera intentando resistirse a la aceleración de algún proceso interno. Sus movimientos eran deliberados, tensamente controlados; pero sus ojos iban de lado a lado con un ritmo discernible, como los latidos de un corazón acelerados gradualmente por la adrenalina.

Tendió el frasco directamente a Artagel.

—Bébetelo todo. Te sabrá horrible. Puse un poco de bálsamo en él para sanar tu garganta. —Bruscamente, se dirigió a Geraden—: Asegúrate de que lo bebe todo. Si se recupera, hazle jugar al brinco contigo. —Señaló la vacía mesa con el tablero—. Necesitáis practicar. Yo deseo hablar con la dama.

Sin aguardar ninguna reacción, tomó a Terisa del brazo y la condujo a un aparte, en torno a la columna, hasta que ésta ya no pudo ver a Geraden y Artagel.

Cuando se detuvo, sin embargo, no habló. Sus ojos la miraban y se alejaban alternativamente, parpadeando... Su ritmo y el sabor residual del vapor negro hicieron que el estómago de Terisa se agitara. Una mueca crispó la sibarítica boca del Adepto, como si hubiera tornado el voto de no permitirse sonreír. Lentamente, alzó sus viejos y delgados brazos y los dobló sobre su pecho.

Desde detrás de la columna les llegó el sonido de violentas arcadas. El vino debía ser peor que terrible. Afortunadamente, el sonido cesó pronto.

Enfrentada a solas con el Adepto, Terisa sintió un fuerte deseo de volverse histérica. Eso hubiera resuelto un cierto número de problemas. Le hubiera dado una escapatoria a la alocada mirada del hombre. Le hubiera proporcionado un muy necesario descanso. La hubiera liberado de la responsabilidad de intentar imaginar lo que estaba ocurriendo. Pero él le había salvado la vida. Había salvado a Geraden. Y, evidentemente, tenía algún tipo ciego propósito al traerla hasta allí. A cambio, ella debía hacer algún tipo de esfuerzo para situarse a la altura de las circunstancias.

Tragando fuertemente saliva para despejar su garganta, dijo:

—No estás realmente tan loco como la gente cree.

Como respuesta, él dejó oír el ladrido de una carcajada.

—Oh, sí lo estoy. Éste sólo es uno de mis momentos lúcidos. Quillón te dijo que tengo momentos lúcidos. Éste es uno de ellos.

Bruscamente, descruzó una mano manchada por la edad de encima de su pecho para apuntar en su dirección con un dedo índice como una lanza.

—Lo más importante —susurró intensamente— es: No me hagas ninguna pregunta. *No lo hagas*. Las cosas ya son bastante difíciles como son.

Recuperó de inmediato su actitud anterior y siguió mirándola en rápidas ráfagas, a un lado y a otro, con un elocuente ritmo de creciente presión, quizás incluso de

violencia.

Terisa se dio cuenta de que tenía la boca abierta y la cerró. Al parecer, necesitaba que ella lo ayudara de alguna manera. Pero sin hacerle preguntas. ¿Deseaba que supusiera algo? ¿O importaba lo que ella dijera?

Quizá no importara nada. Cautelosamente, aventuró:

—No te he dado las gracias por salvarnos. No sé cómo el archi-Imagero o quien fuese consiguió desencadenar esa trampa contra nosotros. No puedo pensar en ninguna forma en que él supiera lo que íbamos a hacer. Pero, si tú no hubieras aparecido, nosotros... —Se estremeció, incapaz de completar su pensamiento.

Sin advertencia previa, el Adepto restalló:

—¡Vagel! —Sonó hoscamente furioso; sin embargo, su expresión mostraba gratitud—. Si tan sólo pudiera ponerle una mano encima, le arrancaría el corazón. Pero no es bueno para mí perder el control. —Fueran cuales fuesen las emociones que aparecían en su rostro o en su voz, no tenían ningún efecto en su postura o en los movimientos de sus ojos—. Eso fue sólo una coincidencia. El primer asomo de buena suerte que he tenido desde hace mucho tiempo. Había visto a esas criaturas antes..., sólo una vez, cuando estaba en una cábala de Imageros que montó el Gran Rey Festten en torno a Vagel en Carmag. Vi lo que hacen. Pero nunca vi realmente el cristal.

»Se nos dijo que eran como perros de caza. Si trasladas algo con el olor del hombre al que deseas perseguir a su mundo, esos insectos se vuelven locos. Pero, al parecer, no pueden ser trasladados directamente. Si lo hacen, olvidan el olor y simplemente atacan lo primero que encuentran. Así que tienes que proporcionarles cuerpos vivos para que les sirvan de anfitriones.

Mientras él hablaba, los bordes de la visión de Terisa se hicieron más confusos, como si estuviera a punto de desvanecerse.

—Se abren camino al interior de esos cuerpos, devorándolos y reproduciéndose en ellos, y entonces pueden ser trasladadas sin perder el olor.

—Eso es lo que le hubieran hecho a Geraden —murmuró débilmente ella. Se llevó una mano a la boca, luchando por retener sus náuseas.

—Y a cualquier otro que se hubiera cruzado en su camino —añadió el Adepto. Parecía irse calmando poco a poco—. Es por eso por lo que dije que fuimos afortunados. Si él no hubiera estado cerca del punto de traslación cuando esas criaturas cruzaron el espejo, hubieran tenido que buscarle. Hubiéramos tenido que luchar contra ellas en los salones públicos de Orison. Quién sabe cuánta gente hubiera resultado muerta.

Luchando por apartar de su mente la idea de Geraden como anfitrión de los

monstruosos insectos, Terisa empezó a formular una pregunta. Afortunadamente, consiguió frenarse a tiempo para replantearla.

—Fue una gran cosa que tú estuvieras allí para rescatarnos —dijo.

Sintió un inesperado e imperioso deseo de decir también: Vi los jinetes de mi sueño en el augurio. Geraden cree que soy una Imagera.

—Dije que estoy loco —replicó el Adepto con cierta aspereza—. No dije que fuera un estúpido. —Luego, ante su sorpresa, sonrió, dejando al descubierto sus retorcidos y amarillentos dientes—. Es evidente que Vagel tiene planes para ese punto de traslación. Después de tomarse todas las molestias de crearlo, no es probable que lo deje sin utilizar. He estado observándolo, más o menos asiduamente, desde que tú le hablaste de él a Quillón..., el día después de que Gart lo cruzara y estuviera a punto de matarte.

No pudo evitarlo; estalló:

—¿Gart? ¿El Monomach del Gran...?

Inmediatamente, un espasmo de furia retorció el rostro del hombre. Cerró fuertemente los ojos. Como si no estuvieran bajo su control, sus manos se alzaron, convertidas en puños, y empezó a golpearse las sienes. Terisa vio que contenía el aliento.

—Lo siento —murmuró fervientemente, asustada sin saber por qué—. Lo siento. No pretendía decir eso. Sólo que no sabía que había sido Gart... —Dudó, guardó silencio.

Ferozmente, él inspiró muy profundo por la nariz y abrió los ojos.

—Por supuesto que era Gart. —Músculo tras músculo, como por un supremo acto de voluntad, recuperó el control. Su boca se crispó de nuevo en una mueca. Parecía estar otra vez al control de sí mismo—. La alianza entre Vagel y Festten aún subsiste. Cadwal te desea más muerta aún que Alend y ese traidor Príncipe. —El ritmo de sus ojos era más rápido, sin embargo, como el batir del tambor de su locura.

Intentó sonreír de nuevo..., esta vez sin conseguirlo. Sin transición, dijo:

—Probablemente te estarás preguntando por qué te traje aquí. Bien, no puedo decirte eso. Si yo mismo supiera la respuesta, probablemente no tendría sentido. Pero deseo decirte algo acerca del Rey Joyse.

Terisa engulló como pudo el cambio de tema y aguardó a que prosiguiera.

—Como sabes, las relaciones entre Imagería, augurio y destino son una cuestión filosófica interesante. —Su tono era pacífico ahora, pero sus ojos contradecían sus palabras. Su actitud trajo de nuevo la idea de una acechante araña—. Antes de que Joyse naciera, yo era lo que alguna gente llamaba el «Imagero preferido» del príncipe

de Cadwal que gobernaba Orison y el Demesne. Era un tirano insignificante, pero imaginativo en sus crueldades, y mis esperanzas empezaban a desesperar. Así que intenté efectuar un augurio para el inminente nacimiento.

»Desgraciadamente, fui incapaz de modelar un cristal plano que mostrara la habitación donde debía nacer. Lo mejor que pude crear fue una Imagen de una colina justo en las afueras de Orison..., una colina —añadió como incidentalmente— que ahora está *dentro* del castillo. De hecho, forma los cimientos de la torre donde él tiene sus aposentos.

»Pero por aquel entonces —prosiguió—, el foco de mi espejo se negaba a ajustarse más allá de los establos donde nuestro príncipe nos permitía guardar nuestros sarnosos caballos.

»Por supuesto, hubiera podido aguardar hasta que naciera el niño y hubiera crecido lo suficiente para ir por sí mismo a los establos. Pero, como he dicho, estaba cada vez más desesperado. Así que, una negra noche, poco después de que hubiera nacido, robé al pequeño Joyse de su cuna y lo llevé a los establos, y corrí el riesgo de dejarlo allí a solas sobre un montón de paja mientras yo corría de vuelta a mi pequeño laborium para elaborar el augurio.

»Se enfrió y estuvo a punto de morir..., pero yo conseguí lo que deseaba.

Desde donde estaba, Havelock no pudo ver a Geraden y Artagel arrastrarse más allá del borde de la columna. Terisa les miró para tranquilizarse respecto al estado de Artagel..., y para intentar advertirles de que no interfirieran. Luego volvió su atención al Adepto.

—Fue un augurio notable, desacostumbradamente distinto en algunos aspectos, enloquecedoramente vago en otros. Por una parte, mostraba claramente a Joyse convirtiéndose en rey. Por la otra, probaba no tener casi nada que ver con el proceso por el cual se convertía realmente en Rey. No mostraba las batallas que realmente luchó, las victorias que realmente venció, las decisiones que realmente tomó. Así que no nos fue de ninguna ayuda a todo lo largo del camino. Lo mejor que nos proporcionó fue un ocasional atisbo de confirmación, cuando los resultados de algo que él hizo, como la creación de la Cofradía, encajaban inesperadamente con las Imágenes del augurio.

»Déjame darte un ejemplo —dijo blandamente, mientras el ritmo de su mirada se incrementaba—. Según mi augurio, se convertía en Rey ya viejo. En algún momento *después* de que un enorme e inexplicable agujero fuera desgarrado en uno de los costados de Orison.

Mientras Terisa miraba —y Geraden y Artagel luchaban por reprimir su sorpresa—, Havelock se permitió un rígido encogimiento de hombros. Terisa estaba segura de que el hombre estaba intentando decirle algo urgente, algo que ella no podía

comprender.

—Por aquel entonces, la idea de que yo tendría que aguardar hasta que él fuera viejo me pareció deprimente..., así que casi no me molesté en ir a rescatarlo de los establos. Pero desde entonces he tenido mucho tiempo para preguntarme a mí mismo qué fue mal. ¿Falsifiqué mi augurio no permitiendo que sus condiciones se produjeran de forma natural? El mismo acto de lanzar un augurio, ¿cambia los acontecimientos reflejados en él? ¿O hay otras posibilidades? ¿Ha cambiado su propio destino el Rey Joyse siendo más fuerte, o más débil, de lo que hubiera sido si no se hubiera enfriado tanto aquella noche y hubiera estado a punto de morir?

»Todos nos sentiríamos mucho mejor si pudiéramos responder a ese tipo de preguntas.

Como si estuviera haciendo una pausa para convertirse por unos momentos en una persona completamente distinta, relajó su rígida postura y se rascó sin ninguna ceremonia. Cualquier dignidad y mando que poseyera se desvaneció al instante. Su sobretodo parecía lo bastante viejo y sucio como para tener piojos: quizá los picores fueran insoportables. Luego volvió a adoptar su tensa actitud.

—Te diré algo más que había en mi augurio. Si me prometes no contárselo nunca a nadie. Nunca nunca nunca. —Habló al ritmo de sus ojos—. Nunca nunca nunca. —La tensión de mantener su lucidez trajo sudor a su frente, pese a la frialdad de la estancia—. Sus hijas estaban en él.

»Por supuesto, entonces yo no sabía que eran sus hijas. Pero ahora resulta obvio.

Una astuta mirada hendió sus facciones.

—Nunca adivinarás lo que vi hacer a Myste.

Terisa tuvo que clavarse las uñas en sus palmas para mantenerse inmóvil. En los límites de su atención pudo ver la agitación de Geraden, pero no tenía tiempo para dedicarlo a él.

Con un visible esfuerzo, el Adepto Havelock devolvió su expresión a una profunda seriedad.

—Por supuesto que nunca lo adivinarás —restalló, como si ella acabara de decir algo insultante—. ¿Cómo podrías? Por eso voy a decírtelo.

»La vi —dijo sarcásticamente— con una figura que tenía un sorprendente parecido al campeón de Gilbur. Parecía como si le estuviera suplicando que no la matara.

Terisa debía ser mucho más fuerte, mucho más resistente, de lo que ella misma creía. ¿De qué otro modo podía sentir aquel pánico, después de todo lo que había pasado hasta entonces? Havelock sabía dónde había ido Myste. Quizás el Rey Joyse también lo supiera. Tal vez lo hubiera sabido desde un principio. *Suplicando que no*

la matara. ¡Myste!

Aterida por el terror, preguntó:

—¿La mató? ¿Pasó por todo eso sólo para conseguir que la matara?

Pero era probable que el Adepto Havelock no la estuviera escuchando. Mientras jadeaba su pregunta, Geraden avanzó hacia ellos, exigiendo:

—¿Myste está con ese campeón? ¿Es por eso por lo que nadie la ha visto recientemente? ¿Sabe eso el Rey Joyse?

Con furia en su rostro, Havelock giró como si tuviera la intención de derribar a Geraden de un golpe. Al instante, sin embargo, su giro se convirtió en una pirueta, y trazó círculos sobre sí mismo, agitando los brazos como un viejo cuervo. Cuando se detuvo, pareció como si deseara lanzarle una andanada a Geraden; pero estaba riendo quedamente, y su voz era risueña.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre un Apr y un Adepto?

Inmovilizado por el pesar, Geraden miró boquiabierto al loco Imagero.

Lúgubrementesolemne, el Adepto Havelock alzó los dedos a sus gruesos labios y los agitó, emitiendo un sonido como *de-de-de-de*. Luego chasqueó apreciativamente la lengua ante su propio humor y se volvió hacia Terisa.

—¿Lo has captado? De-de-de-de. *D-e. A-d-e-p-1-o*. —Pero dejó de reír tan pronto como vio el desánimo en el rostro de ella—. ¡Mujeres! —bufó—. Quien fuera que inventó las mujeres, les dio tetas en vez de cerebro. ¡Por el venerable macho cabrío del archi-Imagero! No es extraño que Mordant se halle en este apuro.

Bruscamente, la garganta de Terisa se llenó de dolor. Era tan valioso..., y estaba tan perdido.

—Lo siento —murmuró ella—. Pobre hombre. Lo siento tanto.

Pero ninguna cantidad de pesar podía traer de vuelta su mente. La miró con ojos lascivos, hizo chasquear los labios y pronunció, con un tono de finalidad:

—Mierda de oveja.

Cuando Artagel se hubo recuperado lo suficiente, él y sus compañeros hallaron su camino de vuelta a los salones públicos de Orison.

—Será mejor contarle todo esto al Castellano Lebbick —dijo Geraden lúgubrementes, mientras andaban—. Necesita saber dónde está ese punto de traslación. Y, si hay alguna posibilidad de que Myste esté viva, necesitaba saber que se halla con el campeón. O que se hallará tan pronto como lo encuentre. Probablemente ya sea demasiado tarde, pero los hombres que lo persiguen deben ser advertidos de buscarla también a ella.

Artagel asintió con la cabeza y se fue. Aún se movía rígidamente, como si sus pulmones estuvieran resentidos, pero todo lo que necesitaba ahora era descansar.

La perspectiva de quedarse sola hizo que a Terisa se le pusiera la piel de gallina, así que le pidió a Geraden que le hiciera compañía en sus aposentos. Una innata consideración pareció advertir al Apr de que debía eludir ciertos temas: deliberadamente casual, pasó parte de la tarde charlando acerca de su familia, proporcionándole breves descripciones de sus hermanos y su vida en el Care de Domne. Relajada por su gentil charla y sus afectuosos recuerdos, Terisa empezó a sentirse lo bastante restablecida como para considerar las implicaciones de los acontecimientos del día.

Desgraciadamente, Geraden fue llamado en aquel momento: uno de los Aprs más jóvenes lo encontró y le recordó sus olvidadas tareas.

El resto de la tarde fue malo. Y la noche amenazaba con ser peor, hasta que Terisa descubrió —ante su sorpresa y alivio— que estaba demasiado agotada para mantener los ojos abiertos. Agradecida por aquella pequeña bendición, se fue a la cama.

A la mañana siguiente, tras una noche llena de sueños de los que despertó como si hubiera estado gritando, Saddith entró con gran revuelo en su habitación y anunció alegremente que el Maestro Eremis había sido liberado.

—¿De veras? ¿Estás segura? —Terisa intentó ocultar sus emociones, pero su corazón latía alocadamente. El Maestro había dicho: *Cuando esté libre, vendré a ti*. Como por arte de magia, los acontecimientos del día anterior pasaron a ser menos importantes. *No habrá parte de tu femineidad que yo no haya reclamado*—. ¿Por qué lo liberaría el Castellano Lebbick?

El aspecto de Saddith era positivamente exultante.

—No sé toda la historia, mi dama. Al parecer, el Castellano está enseñando a sus hombres a mantener la boca cerrada. Pero se rumorea —bajó dramáticamente la voz— que Orison fue atacado ayer por la Imagería. El Maestro Eremis fue encerrado porque se creía que él era el responsable de tales cosas. —El recuerdo la hizo adoptar una actitud indignada—. Pero, por supuesto, él no pudo haber atacado Orison por medio de la Imagería mientras estaba encerrado en las mazmorras del Castellano. No se ha podido hallar ninguna prueba de que fuera culpable. —Rió quedamente—. Ni siquiera nuestro duro Castellano puede justificar la prisión de un hombre inocente.

Terisa hizo un esfuerzo consciente por no especular acerca del significado de la alegría de Saddith. Sus propias expectativas eran ya demasiado confusas: no deseaba complicarlas más con recuerdos de la forma en que Saddith había gemido y se había aferrado a él mientras el Maestro Eremis bombeaba dentro de ella. En su lugar,

recordaba el contacto de los labios y la lengua del Imagero en sus pechos, la forma en que él le había dado instrucciones de traicionar a Geraden..., y aguardaba impacientemente a que la doncella se marchara.

Deseaba al Maestro..., y temía enfrentarse a él con su negativa a ponerse de su lado contra Geraden. Los deseos contrapuestos hacían que le doliera la cabeza. Tan pronto como Saddith cerró la puerta, se apresuró a darse un baño rápido e intenso, intentando prepararse. Pero luego se obligó a sí misma a ponerse el traje menos atractivo que encontró, como si deseara mostrarse lo menos hermosa posible. El Maestro Eremis. Geraden. Los anhelaba a ambos de dos formas distintas, y no tenía la menor idea de qué hacer ante aquella contradicción.

Pero el Maestro Eremis no se presentó.

Había pensado que iba a descubrir al fin quién era ella. Pero ninguno de los hombres que intentaban reclamarla le había dado una respuesta. Se había arriesgado a acompañar a Geraden hasta el punto de traslación de Vagel para nada más que para la sensación de un momentáneo y agudo frío..., una sensación que no había significado ninguna diferencia. Y, desde un principio, había sabido que el Maestro Eremis podía conseguir cualquier mujer que deseara.

Al parecer, no la deseaba a ella.

Quizá por esa razón —quizá simplemente porque ella no podía tenerlo—, descubrió que lo deseaba enormemente.

6

Las ventajas de un deshielo prematuro

Cuatro días más tarde, el tiempo cambió.

Por aquel entonces, Terisa había logrado superar el dolor del rechazo implícito del Maestro Eremis. Seguía funcionando, lo cual significaba que pasaba tanto tiempo como le era posible con Geraden..., hablando, intentando comprender. Sin embargo, el conocimiento de que no tenía nada mejor que hacer, nada más constructivo que ofrecer, la abrumaba constantemente. No podía librarse de la gris depresión que asomaba en todo lo que pensaba y sentía; su comportamiento se parecía a su existencia anterior más que ninguna otra cosa que hubiera hecho desde su llegada a Orison. Como resultado de ello, sus conversaciones con Geraden eran como muchas de las sesiones que había tenido con el Reverendo Thatcher. Pero ahora la futilidad subyacente estaba de su lado en vez del de los demás.

Había perdido su frágil sentido de propósito, de dirección. Las conclusiones que se sentía tentada a extraer ocasionalmente de la aparición en el augurio de la Cofradía de los jinetes de su sueño nunca habían parecido tan estúpidas. No tenía razón para estar donde estaba. Y no parecía capaz de inventar ninguna. El auténtico punto focal de su larga conversación con Geraden no era arrojar ninguna luz en los rincones oscuros de su situación, sino más bien mantenerlo a él junto a ella, a fin de que no se desvaneciera de su vida como lo había hecho el Maestro Eremis.

Así, mientras una nieve tan aguda y quebradiza como el hielo golpeteaba contra sus ventanas y el viento aullaba más allá de la torre, y todo Orison parecía sumirse en una especie de calma estática, helado no por la paz sino por la espera, no hizo esencialmente nada excepto comer, dormir y sentarse en sus aposentos, hablando con el Apr cada vez que éste se veía libre de sus obligaciones.

Le traía noticias de Orison. Los Maestros estaban sumidos en un feroz y al parecer interminable debate, intentando decidir qué hacer respecto a su campeón..., y respecto a su propia vulnerabilidad. Los guardias del Castellano Lebbick y todos los albañiles disponibles estaban atareados utilizando los cascotes dejados por el campeón tras su partida para construir un muro que cubriera la brecha en el flanco de Orison. Y Argus y Ribuld estaban haciendo todo lo que podían para mantener vigilada a dama Elega.

El resto del tiempo, Terisa y Geraden hablaban de sus circunstancias.

Por un lado, esto significaba mantener un firme aunque sordo, casi invisible, debatirse para alzar sus espíritus. Como si supiera que cualquier abatimiento en él podía herirle a ella, Geraden practicaba el buen humor. Como si supiera que los

puntos doloridos de ella aún no estaban dispuestos a ser tocados, mantenía una distancia emocional llena de tacto. Como si supiera que ella no estaba todavía lo bastante fuerte como para ser empujada, no la animaba a nada. Con una delicada gentileza que hacía que sus torpezas físicas parecieran pertenecer a otra persona completamente distinta, se preocupaba por ella.

Pese a que necesitaba también preocuparse por sí mismo y no lo estaba obteniendo. Sus enemigos eran tan salvajes como los de ella, deseaban con la misma intensidad su muerte..., y por las mismas pequeñas razones. Pero, si tenía miedo, se guardaba sus miedos para sí mismo.

En un momento determinado, preguntó, pensativo:

—¿Sentiste algo en el punto de traslación? ¿Pudiste decir que estaba allí?

Un soplo de frío tan suave como una pluma y tan afilado como el acero. Eso era algo de lo que no deseaba hablar; la asustaba demasiado.

—Hacía frío ahí abajo, y estaba tan asustada. Justo antes de que esos... —se estremeció involuntariamente—, esos hombres aparecieran, tuve la impresión de que hacía más frío y de que estaba más asustada. —Ya sabía que nunca iba a ser capaz de mencionarle aquello al Maestro Eremis—. Eso fue probablemente todo.

Él la miró fijamente unos instantes antes de desviar la vista.

—¿Y qué hay contigo? —contraatacó ella—. Eso podría explicar mucho. Si posees ese tipo de talento, y el Maestro Gilbur tuvo un atisbo de ello mientras te estaba enseñando, al menos tendríamos una explicación de por qué fuiste atacado.

Él desvió los ojos hacia el cielo.

—¿No sería eso curioso? Me encantaría una explicación. Pero todo lo que puedo recordar es que pensaba que era una idea estúpida. Os estaba arrastrando a ti y a Artagel por aquel lugar húmedo y frío en aras de una teoría vacía. Ni siquiera vi iniciarse la traslación.

Ella suspiró, malhumorada.

Varias veces, ambos volvieron al asunto de su extraña sesión con el Adepto Havelock.

—¿Imaginas de qué iba todo aquello? —preguntó él, casi para sí mismo—. ¿Por qué deseaba hablar contigo? ¿Por qué todos aquellos detalles específicos?

Ella no tenía la menor idea.

—Está loco. Quizá lo que él llama «lucidez» signifique sólo que es capaz de poner unas cuantas frases juntas, más o menos en orden.

Pero aquella explicación no satisfacía a ninguno de los dos. Finalmente, una vieja resolución se derrumbó, y Terisa se descubrió a sí misma hablándole de su primera

noche en Orison. Le describió como el Adepto Havelock la había ido a buscar a sus aposentos, lo que el Maestro Quillón le había contado de la historia de Mordant, y cómo el Adepto la había salvado del hombre de negro.

Él escuchó con una mezcla de asombro e incomprensión. Cuando Terisa hubo terminado, jadeó:

—Ellos ya lo sabían. La primera noche que permaneciste aquí, ya sabían que estabas en peligro. El Maestro Quillón ha estado atareado. —Frunció irónicamente el ceño—. Si le contaras esto al resto de la Cofradía, no te creerían. ¿El Maestro Quillón? ¿Intentando cambiar lo que le ocurre a todo el mundo? —Luego dijo, más seriamente—: Al menos ahora sabemos quiénes son mis enemigos. El Maestro Gilbur y el archi-Imagero Vagel.

Ella asintió. Se daba cuenta de que se estaba hundiendo cada vez más en el abatimiento.

Él, sin embargo, no dejó que la idea de sus enemigos le desanimara. Sonriendo, dijo:

—De todos modos, hay una ventaja en todo esto. Ahora sé cómo te sientes. Tú no comprendes qué es lo que todo el mundo piensa que puedes hacer. Yo no comprendo por qué esos hombres me tienen en tan alta consideración como para desear mi muerte.

Ella estaba demasiado desanimada como para sentirse divertida por ello.

—Me gustaría saber de qué lado están el Maestro Quillón y el Adepto Havelock. No del lado del Rey. Ni de la Cofradía. Ni del Maestro Gilbur. —Podría haber dicho también: ni del Maestro Eremis.

¿Cuántos lados *había*?

Pero eso les trajo de vuelta a su encuentro con el Adepto..., y a los presuntos indicios ocultos en lo que había dicho. Finalmente, ella decidió desvelar otro de los pocos secretos que le quedaban. Estaba comprometida con él..., no porque supiera lo que estaba haciendo, sino porque era su amiga. Y el Maestro Eremis no la deseaba. No causaría ningún daño si le contaba a Geraden lo de Myste.

El Apr escuchó en atento silencio. Mientras le explicaba las razones de Myste para ir tras el campeón, Geraden mantuvo la cabeza alta como en un saludo, y las lágrimas afloraron a sus ojos. Cuando Terisa terminó, permaneció en silencio durante un largo momento antes de murmurar ásperamente:

—Siempre me gustó esa muchacha.

»Por supuesto —añadió—, conozco mejor a Elega. Y Torrent es tan dulce que te hace desear tenderte en el suelo para que ella pueda ponerse de pie encima tuyo y no se le enfríen los pies. El Rey Joyse no tiene ninguna hija que no sea atractiva. Pero

Myste... —Su voz murió.

Suplicándole que no la matara. Terisa sintió deseos de llorar.

A primera hora de la mañana del quinto día, sin embargo, fue despertada de un ligero y poco reparador sueño por el sonido de la lluvia.

Atontada por el sueño y la sorpresa, saltó de la cama y fue a la ventana más próxima.

Por un momento, se sintió desconcertada porque no podía ver ninguna lluvia. De hecho, el cielo estaba completamente libre de nubes. El sol matutino lanzaba una suave luz sobre los muros y las almenas, y el cielo tenía un vital color azul, ensombrecido más hacia el púrpura que hacia el azul. Las distantes colinas parecían más suaves bajo su denso manto de nieve, y la retorcida masa de Orison parecía considerablemente más pintoresca que el día anterior, más como el gran castillo de un cuento de hadas.

Entonces se dio cuenta de que el sonido procedía de la nieve fundiéndose.

El agua caía densa de los techos y las torres, goteaba de los aleros como una lluvia veraniega. El patio parecía ya un lodazal: su pisoteado lodo quedaba oculto bajo marrones charcos tan enormes como estanques. Los guardias y la gente que entraban y salían de él, procedentes de y en dirección al apolonizado laberinto de tiendas y tenderetes, tenían que llevar capas contra el agua que caía sobre ellos y botas altas contra el agua que encharcaba el suelo; pero, bajo cielo abierto, se echaban hacia atrás las capas o se las quitaban completamente para *gozar* del nuevo calor.

El deshielo había empezado.

Un ligero estremecimiento la recorrió ante el pensamiento de que iba a poder salir fuera. Tal vez fuera posible dejar de sentirse deprimida por un tiempo.

Apresuradamente, fue a lavarse la cara y a vestirse.

No se sorprendió cuando Geraden llegó antes que Saddith le trajera el desayuno. Sus mejillas estaban enrojecidas por el ejercicio, y jadeaba. Debía haber subido corriendo las escaleras. A la primera mirada Terisa pensó que simplemente estaba ansioso, atrapado por una versión más fuerte de su propia reacción. Pero la forma en que brillaban sus ojos era más compleja que eso.

—¿Lo has visto? —jadeó tan pronto como ella hubo cerrado la puerta.

—Sí.

Fueron juntos a las ventanas, atraídos por la perspectiva del sol y el calor y el tiempo primaveral tras el largo y tenso invierno.

—Cristal y astillas —murmuró él mientras recuperaba el aliento—, esto es

horrible.

Ella le miró, parpadeando como un búho asustado.

—¿Horrible?

Inmediatamente, él se echó a reír.

—¿No es estúpido? Siento esta misma ansiedad cada primavera. Como si todo el mundo volviera a la vida. El primer deshielo siempre me hace desear salir y ponerme a jugar como un chiquillo.

»Pero sigue siendo horrible. Aunque me encante. —Intentó sonar sombrío—. Terisa, esto son *muy* malas noticias.

Su risa extrajo de ella una sonrisa.

—Es una buena cosa que haga todo este tiempo que te conozco. Si fueras un desconocido, tendría que suponer que habías perdido la cabeza. ¿*Por qué* esto son malas noticias?

—¿Quieres decir que, puesto que me conoces, no tienes que *suponer* que he perdido la cabeza? ¿Puedes darlo por sentado? —Desechó su protesta con una risa ahogada—. Porque es muy pronto. Demasiado pronto. En este mismo momento, el invierno es la única cosa que nos protege. Si se funde demasiada nieve, no tendremos nada que impida a Cadwal e incluso a Alend avanzar contra nosotros *hoy mismo*.

»Ya oíste lo que dijo el Perdon. El Gran Rey Festten ya ha reunido un ejército. Puede hacerlo porque Cadwal recibe mucha menos nieve que nosotros. Y puedes estar segura de que el Monarca de Alend no enviaría a su hijo a una misión tan peligrosa como una visita a Orison sin tener un ejército preparado para sostenerlo o rescatarlo. O vengarlo.

»Nosotros somos los únicos que no estamos preparados —prosiguió—. Oh, estoy seguro de que el Castellano Lebbick ha hecho todo lo que ha podido. Pero no estábamos preparados para la guerra el pasado otoño porque el Rey Joyse se negó a ordenarlo —ahora Geraden consiguió sonar hosco—, y no estamos preparados ahora porque no ha estado prestando atención a ello durante todo el invierno. Nuestra única esperanza era que la nieve durara hasta que él recuperara la razón.

Terisa frunció el ceño en un esfuerzo por concentrarse.

—Si inician la marcha hoy, ¿quién llegará primero aquí?

Incapaz de mantener una expresión apropiadamente lúgubre, Geraden dejó escapar una sonrisa.

—Eso es complicado. Cadwal está más cerca, especialmente si avanzan a través de Perdon desde el sudeste. La mejor ruta desde Alend avanza casi directamente al sur a través del Care de Armigite. Eso es casi dos veces más lejos.

»Pero la parte sur de Perdon es en su mayor parte colinas, algunas de ellas escabrosas. Armigite es casi todo tierras bajas. Para alcanzarnos, el ejército del Gran Rey tiene que cruzar dos ríos, el Vertigon y el Broadwine. Los de Alend sólo tienen que vadear el Pestil. Y el Perdon luchará contra Cadwal a cada paso del camino. El Armigite, en cambio... —Geraden suspiró—. Supongo que tendremos suerte si dispara oficiosamente unas cuantas catapultas contra el ejército de Margonal mientras cruza sus tierras.

Aunque fuera el aire era evidentemente mucho más cálido de lo que había sido hasta entonces, no era suave; cuando Geraden se acercó a la ventana, sus palabras dejaron pequeños y breves óvalos de condensación sobre el cristal.

—Pero es mucho más complicado aún que eso. ¿Cuánto tiempo hace que se fue el Príncipe Kragen? ¿Seis días? Supongo que habrá cabalgado duro, pero no puede haber llegado muy lejos. Ni siquiera hoy. Tanta nieve necesitará días para fundirse. Así que aún le queda un largo camino hasta casa. ¿Hará algo el Monarca de Alend sin él? No lo sé.

»Ofreciéndote lo mejor de mi sabiduría-hizo una mueca—, te diría que a partir de este momento todo puede ocurrir. Con nuestra suerte, probablemente ocurrirá.

—Bien, eso es cierto —murmuró ella—. «Todo» es lo que ha estado ocurriendo desde que yo llegué aquí.

Él respondió con una risita y una inclinación de cabeza.

—Mi dama, tienes un don envidiable para no comprender las cosas. —Luego añadió—: Probablemente somos afortunados. Si dejara de ocurrir, podríamos sentirnos confusos.

—Habla por ti mismo —replicó ella—. La confusión es mi estado natural. —Fingió desconcierto—. O eso *creo*, al menos.

Él se echó a reír.

—Un espíritu afín. No me sorprende que me gustes.

Contempló el deshielo, y suspiró con alegría.

—Esto es realmente terrible.

Algún tiempo más tarde, hubo una llamada a la puerta.

—Lamento llegar tarde, mi dama —dijo Saddith mientras entraba en la habitación, cargada con una enorme bandeja con el desayuno—. Los guardias me dijeron que el Apr Geraden estaba contigo... ya. —Guiñó un ojo—. Así que fui a buscar más comida.

Sintiendo la cabeza ligera y obtusa hasta la incomodidad debido al deshielo,

Terisa preguntó estúpidamente:

—¿Cómo está el Maestro Eremis esta mañana?

Saddith bajó la vista hacia sus ajustados pechos.

—Está muy ocupado. O eso se rumorea. Pero está bien. —Cuando alzó de nuevo la vista, su rostro mostraba un deliberado velo de blandura, pero las comisuras de su boca temblaron ligeramente—. O eso se rumorea.

Terisa se dio cuenta de que no se sentía tan alegre como parecía.

Geraden la observó con expresión analítica; sin embargo, no hizo ningún comentario. Al parecer había decidido que no deseaba saber cuál era la relación actual de Terisa con el Maestro.

Cuando la doncella se hubo marchado, Terisa intentó recobrar su buen humor comiendo un abundante desayuno. Sin embargo, su actitud se había vuelto inquieta. Deseaba *hacer* algo, deseaba irse tan lejos de aquella habitación —y de ella misma— como le fuera posible. Bruscamente, pidió:

—Salgamos de aquí. Hoy. Esta mañana.

Él la miró con la boca llena.

—¿Salir? Ya sabes que no puedo...

—No quería decir eso. Quería decir fuera de esta habitación. Fuera de Orison. Fuera. —Intentando dar sentido a sus palabras, animó—: Quizá pudiéramos alquilar unos caballos. No sé cabalgar, pero tú podrías enseñarme. Cualquier cosa. Simplemente deseo *estar fuera* por un tiempo.

Él luchó por comprender.

—Haré todo lo que desees. ¿Qué significa «alquilar»?

Sin ninguna razón concreta, Terisa pensó que tal vez fuera divertido gritarle. O quizá no *divertido* exactamente. ¿Más bien *satisfactorio*?

Fortuitamente, alguien eligió aquel momento para llamar a su puerta.

Tragando sus impulsos más bajos, Terisa dijo:

—Adelante.

A su orden, un guardia abrió formalmente la puerta y anunció:

—Dama Elega. —Luego se echó a un lado e inclinó la cabeza mientras la hija mayor del Rey entraba en la habitación.

Iba vestida como para una excursión, con un cálido vestido de piel de pelo de cuello alto y unas adornadas botas de cuero.

Geraden saltó en pie. Instintivamente, Terisa hizo lo mismo.

Elega los estudió a ambos.

—Lo siento —dijo con una sonrisa irónica—. No pretendía asustaros.

—Secretos culpables —respondió inmediatamente Geraden—. Me conoces, mi dama. —Su sonrisa no era más inocente que la de ella—. Siempre estoy completando algo.

La dama lo midió con una mirada. Luego se volvió a Terisa.

—Sea lo que sea lo que completa, Terisa —dijo—, espero que no le dejes que te estrangule con ello. No sé lo que tiene en mente, por supuesto. Pero seguro que complota de la misma forma que hace todo lo demás. —Sonrió en torno a la palabra —: *Notoriamente*.

Como respuesta, Geraden hizo una inclinación de cabeza.

—Eres demasiado amable, mi dama.

En vez de gritar: ¡Dejad esto!, Terisa preguntó a Elegia:

—¿Te apetece desayunar algo?

—Gracias, no. —La hija del Rey aceptó el cambio de tema. Se comportaba como si estuviera dispuesta a cualquier cosa—. Ya he desayunado. Lo que querría, si te apetece..., es llevarte de compras.

¿*De compras*? Terisa no pudo evitar quedarse boquiabierta, sorprendida tanto por la familiaridad de la palabra como por lo extraño que resultaba oírla de labios de Elegia.

—Me temo que no será una experiencia muy elegante. Debido al barro —explicó la dama—. Pero este deshielo es maravilloso. Si dura tanto como uno o dos días, abrirá lo suficiente los caminos en torno a Orison como para permitir a los comerciantes volver a llenar sus almacenes. A finales del invierno, las tiendas están siempre tan vacías de género que no vale la pena visitarlas. Ahora pueden verse reabastecidas.

»Terisa, me gustaría llevarte a comprar ropa y buscar un modisto que pueda hacerte algunos vestidos —dudó casi imperceptiblemente— de tus medidas y a tu gusto.

—¿Vestidos?

—Los que a ti te gusten. Por supuesto —dijo firmemente Elegia—, te ofreceré si lo deseas mi consejo en lo relativo al tiempo y las costumbres. Pero lo que deseo es ayudarte a que elijas lo que realmente te guste.

—Pero —ése fue el primer pensamiento que le vino a la cabeza—, no tengo dinero.

La dama alzó sorprendida una delicada ceja.

—Eres una amiga de la hija del Rey. ¿Para qué necesitas dinero?

Terisa no pudo hallar las palabras adecuadas para protestar. Afortunadamente, Geraden era sensible al carácter particular de su ignorancia.

—Dama Elegia tiene razón —dijo, proporcionando más seguridad de la que la situación requería superficialmente—. Mientras estés con ella, cualquier comerciante o artesano de Mordant te proporcionará todo lo que pidas sin que tengas que pagar por ello. Ése es uno de los privilegios de la familia gobernante.

»En realidad, no es justo. —Su tono le recordó que la mayoría de sus amistades se hallaban entre los trabajadores de Orison, antes que entre los señores y damas—. Pero la forma en que el Rey Joyse gobierna el país proporciona a éste más riqueza de la que le exige, así que estos privilegios no producen ningún daño. —Parecía estar animándola a aceptar la oferta de Elegia.

Terisa hizo un esfuerzo por reunir sus sentidos. En realidad, a aquellas alturas ya debería estar acostumbrada a las sorpresas. Se estaban convirtiendo en la historia de su vida. Y, cuando pensó en ello, descubrió que se sentía excitada.

—Gracias —dijo a la dama—. Suena divertido. Precisamente le estaba diciendo a Geraden que deseaba salir de estos aposentos. Estoy a punto de ponerme a gritar.

Elegia sonrió.

—Sé exactamente lo que quieres decir. Yo me he sentido muchas veces así a lo largo de los años. ¿Cuándo te apetecería ir?

Terisa miró a Geraden, pero los rasgos de éste se habían convertido en una máscara neutra.

—¿Qué te parece ahora mismo?

—Me parece admirable. —Elegia parecía complacida.

»Si quieres mi consejo desde un principio, sin embargo —prosiguió—, será mejor que te cambies de ropa antes de irnos. Los modistos que sirven a las damas de Orison están acostumbrados a otro tipo de atuendo. Sospecho que no están familiarizados con —buscó una descripción graciosa— los estilos de tu mundo. Si te pones uno de los otros trajes y llevas tus ropas contigo, podrás dejárselos al modisto para que las use como patrón. Así podrá hacer que te encaje lo que te cosan.

Aunque Terisa no estaba en absoluto segura de desear blusas y pantalones en vez de faldas y túnicas, el consejo de Elegia parecía demasiado razonable para ignorarlo.

—Dame sólo un minuto. —Del armario del dormitorio eligió rápidamente el púdico traje gris que ya se había puesto una vez. Luego se retiró al cuarto de baño para cambiarse.

—Elige algo cálido —dijo Elegia—. Y ve preparada para el barro.

Tan pronto como se hubo metido el traje, Terisa localizó el grueso chaquetón de

piel de oveja y las botas que Geraden le *había* proporcionado para su visita a las almenas de Orison. Al cabo de unos momentos estaba preparada para salir. Llevaba sus viejas ropas bajo el chaquetón. Su corazón latía como el de una escolar.

—¿Nos acompañas, Geraden? —indicó Elega—. Dudo que elegir telas y estudiar estilos sea de mucho interés para ti. Pero no es juicioso que un par de damas vayan sin escolta a las tiendas. —A Terisa, explicó—: Pese a todos los esfuerzos del Castellano Lebbick, el bazar atrae a todo tipo de tipos rudos: rateros, gitanas, payasos y rufianes. Los guardias mantienen el orden, pero no pueden impedir todos los pequeños delitos. —Luego se dirigió de nuevo a Geraden—: Si quieres escapar de tus rutinas diarias, me sentiré feliz de decir que te he ordenado que nos escoltes.

—De nuevo eres demasiado amable, mi dama. —Tras su deferencia, Geraden estaba riendo—. Pero los deseos de la hija del Rey son probablemente tan buenos como una orden. Iré con vosotras, por supuesto.

Elega le sonrió como si fuera un niño deseoso de complacer.

—Entonces, quizá debieras procurarte algo cálido que echarte por encima.

Geraden fue cogido por sorpresa: pareció casi suspicaz, como si creyera que la dama podía tener algún motivo oculto. Sin embargo, se tragó su preocupación.

—Es una buena idea. ¿Qué puerta usaréis? Os alcanzaré allí.

Elega se lo dijo.

Tras una inclinación de cabeza a Terisa, Geraden se marchó.

—¿Nos vamos? —dijo alegremente Elega.

Terisa no estaba segura de lo que hacía cuando siguió a la hija del Rey fuera de la habitación.

Charlando alegremente de temas triviales, Elega la condujo a través de Orison hacia el extremo noroeste del castillo. A lo largo del camino, Terisa divisó a Ribuld y Argus. Los dos guardias estaban haraganeando en el salón como si estuvieran fuera de servicio y no tuvieran nada mejor que hacer con su tiempo.

Su ansiedad empezó a cambiar de color. Lo que había empezado como un simple caso de fiebre de primavera se estaba convirtiendo en otra maniobra de los complots y esquemas que rodeaban la necesidad de Mordant.

Lo aceptó. Por el momento, todo lo que realmente deseaba era salir fuera de su reciente depresión.

Luego ella y Elega alcanzaron la puerta que daba acceso al patio. Con sus enormes maderos y sus gruesos cerrojos de hierro, estaba hecha para ser firmemente cerrada; pero estaba abierta, y sus guardias permanecían fuera, observando la multitud que se derramaba fuera de Orison para pasear y curiosear en torno a las

tiendas y tenderetes.

Geraden estaba ya allí: había corrido de nuevo. Ahora, sin embargo, llevaba puesto también un chaquetón para mantener su calor.

Sólo por un instante, su rostro reflejó un alivio que no pudo ocultar. Al parecer, uno de sus temores había demostrado ser sin fundamento. Luego saludó a las dos mujeres con una sonrisa.

Terisa inspiró profundamente el aire casi primaveral y se sumergió con sus compañeros por entre las gotas que caían de los aleros hacia el lodo.

Una vez más, se sintió sorprendida por el tamaño del patio. Oculto en su propia sombra, el edificio oriental del castillo era oscuro contra el immaculado cielo azul; pero hacia el oeste toda la cara interna de Orison retenía el sol y reflejaba los marrones y grises de sus piedras, haciendo la atmósfera a su alrededor más cálida que el clima. A aquella luz, la errática masa del castillo parecía protectora,alzada por todos lados para mantener a salvo lo que encerraba en su centro. Las ventanas captaban la luz del sol y la reflejaban; de los miradores y palos y proyecciones entre los balcones y pasarelas colgaban tendederos, y la ropa puesta a secar decoraba las paredes en un espectáculo multicolor; arriba en las torres, los estandartes, pequeños en la distancia, brillaban y se agitaban.

El lodo no era tan malo como había esperado. En aquel extremo del patio, lejos de la zona donde los guardias ejercitaban sus caballos, habían arrojado grava sobre la tierra. Eso no resolvía el problema, pero hacía que el inevitable lodo fuera mucho menos profundo y pegajoso. El borde de su vestido quedó inmediatamente empapado y manchado, pero pudo caminar con una no anticipada facilidad.

Indudablemente inspirada por su propia fiebre de primavera, la gente del patio había abierto de par en par los frentes de madera de sus tiendas, adornado sus tenderetes con cintas, traído carros cargados con refrescos que nadie se hubiera atrevido a desafiar el frío para acudir a tomar el día antes. Todo el mundo se había puesto sus ropas más alegres y declarado el día como un espontáneo festival. Terisa oyó música de flautas y laúdes, puntuada por panderetas. En alguna parte seguramente estaban bailando. Olores a cocina y especias se mezclaban con el aroma del humo de madera que derivaba en la ligera brisa desde las chimeneas de estaño en los techos de las estructuras de madera, de los humeros en la parte superior de los tenderetes, y de los fuegos al aire libre que crujían con frecuencia en los huecos entre los edificios.

Sin ninguna otra razón excepto que de pronto se sentía maravillosamente bien, Terisa se echó a reír.

Geraden compartía su mismo humor. Y Elegia sonrió, aunque la firme cualidad de su mirada sugería que su placer era más complejo. Terisa les sonrió a ambos e hizo un

esfuerzo por no apresurarse.

—¡Tomad! —Pasando por entre las tiendas y la gente, Geraden presumió de su evidente posición como *un amigo de la hija del rey* para inclinarse sobre un carromato y tomar algunos de sus artículos, dorados trozos de carne clavados al extremo de largas cañas—. Ésta es mi comida favorita en el mundo. —El vendedor hizo una reverencia tras otra, como un corcho flotante, mientras Geraden llevaba triunfante su botín junto a Terisa y Eleg—. Lo llaman «el tesoro del Domne». La carne es simplemente cordero, pero está untada con una salsa que hará que se os funda el corazón. —Con un floreo, ofreció una caña a cada una de sus acompañantes—. ¡Comed! Y lamentaos de no haber nacido en el Care de Domne.

—Creo —murmuró Terisa sin malicia— que es más probable que nos lamentáramos si hubiéramos nacido en el Care de Domne.

El jugo resbaló por la barbilla de Terisa cuando dio un mordisco a la tierna y jugosa carne. Estaba especiada de una manera como nunca había probado antes. ¿Cilantro rancio? ¿Comino que no había sido almacenado adecuadamente? En honor a Geraden, terminó el bocado que se había metido en la boca, luego pensó en alguna excusa para no comer el resto. Afortunadamente, él estaba saboreando su ración con tanto entusiasmo que permanecía temporalmente sordo y ciego a sus compañeras. Eleg pasó diestramente su caña al transeúnte más cercano. Tras una momentánea vacilación, Terisa hizo lo mismo. Casi sin darse cuenta, se secó la barbilla.

Ella y Eleg siguieron caminando. La multitud era demasiado ruidosa para una conversación tranquila. La gente reía alegremente, gritándose toscos ánimos e insultos, saludando a los amigos y voceando sus mercancías. Pero Terisa no deseaba hablar..., deseaba verlo todo y absorberlo todo. La ruidosa agitación parecía completamente distinta a la frenética actividad de las calles de la ciudad a la que estaba acostumbrada. Aquella gente no pensaba en hacer fortunas o perder sus trabajos o luchar contra los asaltantes o ser arrojada de sus casas. Y tampoco pensaban en la guerra con Cadwal y Alend, la ética de la Imagería o el inexplicable declive de su Rey. Sus mentes estaban centradas en cosas más importantes.

Geraden se reunió con ellas, sonriendo un poco estúpidamente. Junto con Eleg, tomaron el camino de menor resistencia por entre la multitud.

Todo allí había sido instalado o construido de una forma absolutamente no sistemática, sin pensar en cuestiones tales como la facilidad de los accesos o la forma más ventajosa de exhibir los artículos..., y con muy poca preocupación hacia las medidas sanitarias. Al parecer, la autoridad del Castellano Lebbick no gobernaba por completo aquel pequeño poblado que había brotado para servir a las demandas de Orison. Cochambrosas construcciones de madera que parecían demasiado altas para sus puntales, y martilleadas demasiado apresuradamente para ser algo más que

semipermanentes, se reclinaban las unas contra las otras, a menudo haciendo difícil a los clientes en potencia encontrar las entradas a las tiendas. Algunos de los tenderetes llenaban por completo el espacio disponible, con el resultado de que uno no podía pasar excepto agachándose por debajo o saltando por encima de las cuerdas que los sustentaban. Los fuegos donde se cocinaba lanzaban hacia arriba sus chispas peligrosamente cerca de las planchas resecas por el tiempo o las lonas. Terisa fue empujada tan frecuentemente que empezó a alegrarse de no llevar dinero encima.

Tras doblar una esquina, ella y sus dos acompañantes tropezaron con un charlatán de feria que vendía panaceas desde un carromato de brillantes colores. Su camisa era varias tallas demasiado pequeña para él; sus pantalones, demasiado grandes. Y ambas prendas estaban reducidas a puros jirones. Pero había hecho de la necesidad virtud tiñéndose desde el cuello hasta los tobillos con franjas de todos los colores, de modo que sus harapos parecían como una parte deliberada de su atuendo. Su bigote estaba tan enmarañado como su pelo, al que había añadido el atractivo de estriarlo con ceniza. Más ceniza manchaba su morena piel; sus ojos giraban febrilmente en sus órbitas.

Sus panaceas estaban contenidas en pequeñas y retorcidas botellas de cristal, anchos y desiguales potes de arcilla, y cestos de caña trenzada. Proclamaba sus virtudes con agudos gritos que se parecían al aullido de un simplón. Si se hubiera puesto en torno al cuello un cartel rojo que dijera CHARLATÁN, no hubiera parecido menos digno de confianza que ahora. Gran número de gente demostraba interés en sus artículos, pero no parecía tener demasiados compradores.

—¿De dónde *procede* alguien así? —preguntó Terisa a Elega—. No puedo creer que venda lo suficiente como para sobrevivir.

—Tú nunca has estado más allá de los muros de Orison. —El tono y expresión de la dama eran fríos: evidentemente, no compartía la curiosidad de Terisa—. No dejes que tus experiencias entre nosotros te pinten un falso cuadro. Lejos del Demesne y, en menor extensión, de las principales ciudades de los Cares, la gente de Mordant incluye un número predecible de simplones y tontos. Tipos como éste a menudo viven mucho mejor de lo que podrías llegar a sospechar.

De todos modos, Terisa pensó que el hombre era fascinante. De hecho, lo halló más fascinante de lo que podía explicar. Algo en la forma en que hacía girar sus ojos y reía le hizo sospechar que sabía lo que estaba haciendo..., que había astucia y habilidad en su actuación. ¿Era todo una actuación? ¿Desarmaba las sospechas presentándose de una forma tan claramente poco digna de confianza?

Sus dos compañeros deseaban seguir. Al cabo de un momento, dejó que la arrastraran lejos de allí.

Poco después, Elega alzó la voz y señaló.

—Todas las tiendas de telas y los talleres de sastrería están aquí. Amontonados casi uno encima de otro. Normalmente, no es un lugar tranquilo. Creo que a menudo están más interesados en robarse la moda los unos a los otros que en atraer a los compradores. Pero se contendrán mientras yo esté contigo.

Terisa se sintió tentada a responder: Pareces causar este efecto en todo el mundo. Se mordió la lengua, sin embargo, y no dijo nada.

Pasaron junto a una carreta donde vendían lo que parecía pan frito. Otra ofrecía el tipo de chucherías que un guardia compraría a una sirvienta. En una zona al aire libre donde nadie había levantado todavía una tienda o clavado un tenderete, un juglar enfundado en voluminosas ropas negras manejaba afiladas piezas plateadas de metal con forma de estrella como si fueran platos o bolos. Su atuendo chasqueaba y giraba en torno a él como un torbellino de medianoche. Luego Terisa y sus acompañantes se acercaron lo suficiente a los sastres, modistos y comerciantes de telas como para ver hileras de sus artículos envueltos invitadoramente en torno a ventanas y sobre puertas, y oír a los hombres con cintas de medir en torno a sus cuellos y agujas clavadas en sus ropas intentar atraer a los transeúntes.

De pronto, Geraden dejó escapar un grito de sorpresa y placer y echó a correr, chapoteando lodo.

Terisa y Elega miraron tras él.

—Te juro, Terisa —dijo la dama—, que este hombre se vuelve cada vez más niño a medida que pasan los años. —Pese a su tono, parecía perpleja..., quizás incluso un poco preocupada—. ¿Seguro que se da cuenta de que no es ni cortés ni juicioso abandonarnos?

Terisa lo observó abrirse camino entre la multitud y contuvo el aliento, temerosa de que pudiera caer. Pero no lo hizo. En vez de ello, se detuvo tan bruscamente como había echado a correr.

—Vayamos a ver lo que está haciendo. —Sin aguardar al asentimiento de Elega, echó a andar en aquella dirección.

Elega suspiró audiblemente y la siguió.

Geraden no había ido muy lejos. Lo encontraron con otro hombre, que parecía considerablemente menos alegre que él por el hecho de que Geraden le hubiera visto.

—Terisa —anunció el Apr cuando ella y Elega llegaron a su lado—, éste es mi hermano Nyle.

Luego empezó a balbucear.

—Artagel me dijo que estabas aquí, pero casi no le creí. No conseguí encontrarte. ¿Dónde te has estado escondiendo? Es estupendo verte. ¿Por qué estás aquí? Lo último que supe de ti era que estabas en Houseldon pasando el invierno. Estabas

intentando salirte de..., bueno, no importa eso. ¿Todo va bien? ¿Cómo está nuestro padre? ¿Y Tholden? ¿Qué hay de...?

—Déjale responder, Geraden —le recriminó firmemente Elega—. Estoy segura de que no ha salido de ningún «escondite», como tú lo llamas, para que tú lo atosigues de este modo.

Con un esfuerzo, Geraden cortó su chorro de palabras.

Desvergonzadamente curiosa, Terisa estudió a Nyle. Lo hubiera conocido como hermano de Geraden en cualquier parte. Tenía el mismo pelo y el mismo color de tez que Geraden, la misma complexión, sólo un par de centímetros más bajo. Y hubiera tenido el mismo rostro que Geraden, si sus rasgos no fueran meditativos en vez de abiertos. Parecía como una versión descontenta de su hermano menor, un hombre cuya naturaleza básicamente seria había cuajado en su cuerpo.

Resultaba claro que el encuentro con Geraden no le hacía ninguna gracia.

Hizo una rígida inclinación de cabeza a las dos mujeres.

—Mi dama Elega. —Él y Elega no se cruzaron ninguna mirada—. Mi dama Terisa. Me alegra encontraros —Terisa no captó ningún placer en su voz—, pese a que mi hermano no se ha molestado en presentarnos.

Geraden empezó a disculparse, pero Nyle le cortó:

—No has podido encontrarme porque he estado atareado con mis asuntos particulares. —Miraba con ojos llameantes a Geraden, y su tono era ácido—. No tienen nada que ver contigo, así que no hay ninguna razón por la que debieras implicarte en ellos.

—¿Qué quieres decir con «asuntos particulares»? —bufó Geraden—. Soy tu *hermano*. No *tienes* asuntos particulares. Ni siquiera Stead —rió secamente— tiene asuntos particulares, y los necesita más que tú. La mitad de los maridos de Domne se sobresaltan cada vez que entra en la habitación. ¿Qué es posible que estés haciendo que no implique a nuestra propia familia?

Un músculo en la mejilla de Nyle se crispó; sin embargo, mantuvo inmóvil el resto de su rostro. Apartándose de Geraden, hizo una nueva inclinación de cabeza hacia Terisa y Elega.

—Mis damas, espero que disfrutéis de vuestra salida. Nos sentimos afortunados de tener este clima.

Con los hombros encajados y la espalda rígida, se alejó entre las tiendas.

Terisa miró a Geraden. Su rostro estaba crispado; por un instante, pareció a punto de ir tras su hermano, gritándole algo. Luego se volvió hacia Elega.

—Mi dama —se mordió los labios para mantener su voz firme—, ¿es eso cosa

tuya?

Ella no pareció sorprendida por la acusación. Mientras observaba atentamente la figura de Nyle que se alejaba, murmuró:

—Puede que tenga algo que ver conmigo. Debo hablar con él. Disculpadme.

Se subió la falda y se apresuró tras Nyle.

Geraden fue a seguirla. Instintivamente, Terisa apoyó una mano en su brazo. ¿No había oído a Elega mencionar a Nyle en una ocasión? ¿Cuándo había sido eso? Oh, sí. Cuando Elega la llevó por primera vez a ver a Myste. *Nyle es más de mi gusto*. Geraden la miró para ver por qué lo había detenido; ella preguntó:

—¿Cómo puede ser cosa suya?

Elega alcanzó a Nyle y lo detuvo. No podían ver claramente sus rostros: había demasiada gente por medio, moviéndose en ambas direcciones. Y, por supuesto, lo que dijeron era inaudible.

De una forma distante, Geraden replicó:

—Él ha estado alimentando una pasión hacia ella desde hace años, pero piensa que es una mujer inalcanzable. Piensa... —Frunció el ceño, irritado—. No lo comprendo. Piensa que él no es lo suficientemente grande o especial para ella. No ha hecho nada espectacular en el mundo. Sabe que ella es ambiciosa, y está seguro de que no querrá saber nada de él. Creo que le escuece el que yo fuera el elegido para comprometerme con ella..., y luego la dejara.

»Nos dijo que iba a permanecer en Houseldon todo el invierno para decidirse a pedir su mano.

—¿Así que crees que ha venido a Orison para ver si ella se la concede?

Geraden asintió con la cabeza. Su rostro estaba tenso por la simpatía hacia su hermano.

—Pero sospecho que aún no se lo ha pedido. Si lo hizo, y ella lo rechazó, entonces no seguiría aquí. De modo que ella debe de haber hecho algo que le ha dolido antes de que él consiguiera reunir el valor suficiente para hacerle la proposición. No puede marcharse porque no ha hecho lo que vino a hacer. Pero siente demasiado dolor como para hacerlo.

»Maldita sea ella. —Miró a Terisa—. Todo esto sólo lo supongo, por supuesto. Pero mírales. Sea lo que sea, ella sabe que lo está carcomiendo.

Los atisbos de los dos que conseguía Terisa a través de la multitud parecían confirmar la opinión de Geraden. Elega estaba hablando con Nyle, ¿discutiendo con él?, como si supiera lo que debía decir. Y las respuestas de él, pese a lo bruscas que parecían, sugerían comprensión, incluso aprobación.

Puesto que no sabía cómo consolar a Geraden, Terisa cambió de tema.

—¿Qué piensas de ese charlatán? El hombre de los harapos.

Al principio, Nyle y Elegia centraban toda la atención de Geraden. Con un esfuerzo, sin embargo, consiguió volver la vista hacia Terisa.

—¿Qué has dicho? No te he oído.

—El charlatán junto al que pasamos hace un momento. ¿Qué piensas de él?

—¿Pensar de él? Nada en especial. ¿Por qué?

Ella pudo ver la diferencia de cuando la *miraba* realmente.

—Simple curiosidad —dijo de forma casual—. Algo respecto a él...

Otra característica de Geraden que le gustaba era su voluntad en aceptar sus caprichos. El Apr rebuscó en sus recuerdos, luego dijo:

—No lo había visto nunca antes. Me pregunto por qué. No parece tan joven como para ser nuevo en esto.

—Bueno, tampoco es exactamente viejo —empezó ella—. Él...

Un momento más tarde, la realidad la golpeó.

—Parece familiar. —Era por eso por lo que lo había encontrado tan interesante—. Lo he visto antes.

Geraden la miró.

—¿Tú qué?

—Lo he *visto* en alguna otra parte —insistió ella—. Estoy segura de ello. Pero no así. Esto es un disfraz.

—¿Dónde fue eso? —Geraden se mostró de inmediato dispuesto a creerla—. ¿Es el hombre que te atacó?

¿Gart?

—No. —Cerró los ojos e intentó calmar su excitación—. No es él. —Pero los indicios y las piezas no acababan de encajar—. No sé. En alguna parte. —Cuanto más imaginaba al charlatán, menos familiar le parecía—. No puedo recordarlo.

—No intentes forzar la memoria. Cuanto más rápido lo olvides, más rápido volverá a ti. —Luego añadió—: Y gracias.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Gracias por qué?

Él señaló hacia Elegia y Nyle.

—Necesitaba la distracción.

Cuando Terisa miró hacia allá, Nyle se alejaba ya entre la multitud, y Elegia

regresaba hacia ellos.

Su decidida sonrisa y su velada mirada dejaban claro de inmediato que no tenía intención de revelar lo que había pasado entre ella y Nyle.

—Lamento haberos hecho esperar —dijo, antes de que Terisa o Geraden pudieran hablar—. Lo mejor de las tiendas de ropa está justo ahí delante. ¿Vamos?

Dando por sentada su conformidad, echó a andar hacia ellas.

Geraden cruzó su mirada con la de Terisa a espaldas de Elegia y se encogió de hombros. El rictus de su boca sugería pesar antes que furia. Después de todo, aquélla no era su primera experiencia con la hija mayor del Rey. Parecía conocer el truco de no sentirse ofendido por lo que ella hiciera.

Los dos la siguieron, juntos.

Mientras se acercaban a las tiendas de telas y sastrerías, el ruido ascendió hasta un auténtico estrépito. Los comerciantes allí luchaban tan agresivamente con los posibles compradores que Terisa nunca hubiera pensado en acercarse a ellos si hubiera ido sola. Dama Elegia, sin embargo, no estaba en absoluto desconcertada. Sonriendo con buen humor, caminó por entre los tenderos y dijo sin alzar la voz:

—Buenos señores, no necesitáis este estridente despliegue. Sabéis que no me persuadiréis con él. —Su tono era suave y seguro—. Quizá me concedáis un poco más de moderación.

Casi inmediatamente, el silencio se difundió a su alrededor a medida que la gente veía quién era y avisaba con ligeros codazos a los que estaban a su lado.

Como respuesta, Elegia inclinó graciosamente la cabeza..., un gesto que consiguió que Geraden hiciera girar los ojos. De todos modos, Terisa vio que la deferencia de los tenderos era perfectamente seria. El patronazgo de la hija del Rey debía valer bien aquello.

Elegia eligió una tienda y se dirigió hacia ella, como si estuviera comandando una ilota. Como muchas de las estructuras de madera, estaba edificada un poco por encima del nivel del suelo a fin de que su piso no descansara en el lodo. Unos escalones aparentemente de poca confianza conducían a un estrecho porche que inspiraba menos confianza todavía; luego, una puerta abierta daba entrada a la pequeña estancia donde el comerciante mostraba sus artículos.

La mayor parte de la luz de la estancia procedía de las ventanas sin cristales con los postigos echados a un lado, pero un brasero en medio del suelo proporcionaba algo de calor. El tendero se escurrió delante de Elegia y se detuvo tras un mostrador y empezó a murmurar su obsequioso entusiasmo por su presencia.

Aparte el brasero y el mostrador, la estancia estaba vacía. Planchas desnudas de toda estantería formaban las paredes. De hecho, no se veía ninguna tela en toda la

estancia, aparte las muestras que colgaban en las ventanas y sobre el porche.

Elega reconoció aquel hecho con ecuanimidad.

—Veo que he entrado en el lugar correcto.

El tendero se mostró lo bastante atrevido como para decir:

—Lo has hecho, mi dama. He vendido todo mi stock del invierno. No me queda nada excepto las muestras.

—Tomo eso como testimonio de la calidad de tus productos.

El hombre inclinó la cabeza con humilde orgullo.

—Pero tendré todo lo que desees tan pronto como se abran los caminos —añadió rápidamente.

—Muy bien. Veamos tus muestras. —Elega señaló a sus compañeros—. Dama Terisa de Morgan necesita mejorar su guardarropa.

—Inmediatamente, mi dama.

El hombre empezó a sacar de detrás del mostrador largas y estrechas tiras de tela, que extendió para su inspección.

Geraden carraspeó.

—Con tu permiso, mi dama —dijo a Elega—, me retiraré un momento. Mis opiniones no os serán de mucha ayuda. Y, si alguien os molesta mientras estáis eligiendo telas o hablando con los modistos, cualquier comerciante de la zona saltará en vuestra defensa.

—Deja a Nyle tranquilo —respondió Elega con voz firme—. No creo que esté de humor para ser incordiado por su familia hoy. —Luego eligió dos o tres de las tiras de tela y se las mostró a Terisa—. ¿Qué opinas de éstas?

Sólo Terisa observó la inclinación de cabeza del Apr mientras abandonaba la tienda.

Intentando sonar casual, aprovechó la oportunidad para preguntar a Elega:

—¿Sabías que Nyle estaba en Orison? Geraden se sorprendió al saberlo.

—No. ¿Por qué? —El desinterés de Elega era casi intachable—. Me sorprendió tanto como a él. No sabía que Nyle estaba aquí hasta que lo vi. Pero me temo que estoy perdiendo la habilidad de sorprenderme ante lo que haga cualquiera de los hijos del Domne.

Terisa se encogió de hombros.

—Simplemente pensé que tal vez lo hubieras visto por aquí. Me lo mencionaste una vez. Tuve la impresión de que te gustaba.

—Y me gusta. —Elega era mejor que Terisa adoptando un tono intrascendente—.

Lo considero un amigo. Y lo respeto. Posee una..., ¿seriedad de mente?; no, una seriedad de *deseo* de la que al parecer carecen sus hermanos. Es inconcebible, por ejemplo, que Geraden se pase años intentando y fracasando convertirse en un Imagero. Y también es inconcebible que aprenda las habilidades de Artagel y luego se niegue a utilizarlas, como se ha negado el propio Artagel, poniéndose al mando de los guardias del Rey.

»Hubo un tiempo —admitió— en el que, si él hubiera expresado un interés por mi mano, yo le hubiera tomado tan en serio como él me tomaba a mí. —Hablaba sin ninguna aparente preocupación por la presencia del tendero—. Sin embargo, no sabía que hubiera venido a Orison. Sus “asuntos privados”, sean los que sean, no tienen nada que ver conmigo.

—Sólo era simple curiosidad. —Terisa volvió ostentosamente su atención a las telas.

Elega demostró tener buen ojo. Los materiales que seleccionó para tomar en consideración eran excelentes: algunas cálidas sargas y ligeros popelines para diario, algunas sedas finas y terciopelos para las ocasiones formales..., y los colores que aconsejó encajaban con el pelo de Terisa y el color de sus ojos y su piel. Pronto Terisa tuvo las diez muestras que más le gustaban alineadas frente a ella. Estaba intentando elegir una o dos (¿o tres?), cuando Elega dijo al tendero:

—Éstas serán suficientes por ahora. Tan pronto como llegue el material, envíalo a Mindlin el modisto. Él te dirá cuánto necesita.

—Por supuesto, mi dama. Con placer. —La perspectiva de proporcionar tela gratis para hacer diez vestidos no parecía preocuparle en lo más mínimo.

La propia Terisa estaba demasiado asombrada para protestar. ¿Diez trajes nuevos? ¿Qué iba a hacer con *diez* trajes nuevos?

Elega pareció disfrutar contemplando el rostro de Terisa.

—Ven —le dijo con una sonrisa—. Mindlin siempre me ha hecho toda mi ropa. Estoy segura de que se sentirá feliz de hacer lo mismo contigo.

—Sin duda, mi dama —intervino el tendero—, sin la menor duda. Una magnífica elección, si me permites decirlo. El trabajo de Mindlin es soberbio. Le enviaré estas telas en el instante mismo en que las reciba.

Con un asentimiento de cabeza, la dama tiró de Terisa fuera de la tienda.

El establecimiento de Mindlin estaba cerca. Si acaso, aún era menos elaborado o pretencioso que la tienda de telas. El propio Mindlin era un hombre alto, de chupadas mejillas grises y modales austeros, y hablaba con un tono altanero que parecía brotar de una boca distinta de la que pronunciaba las obsequiosas palabras que les dirigía. De hecho, el contenido de su habla era tan lisonjero que incluso Elega se sintió

azarada.

—Desgraciadamente —explicó ésta a Terisa—, se ha hecho enormemente rico gracias a la reputación de ser mi modisto.

Terisa fue incapaz de reprimir una sonrisa.

El azaramiento, sin embargo, no privó a Elegia de su dominio sobre la situación. Secamente, le dijo a Mindlin los materiales que le serían entregados, y por quién. Luego preguntó a Terisa:

—¿Qué es lo que te gustaría?

Por un momento, la imaginación de Terisa se vio paralizada.

—Nunca antes me han hecho ropa a la medida.

—Entonces la experiencia será buena para ti —respondió Elegia con satisfacción. Pensó brevemente, luego informó a Mindlin de que dama Terisa necesitaba dos trajes formales, otros dos más cálidos para el invierno, dos más ligeros para la primavera y, le entregó el bulto de las viejas ropas de Terisa, cuatro atuendos hechos según aquel poco familiar esquema, de nuevo dos para el invierno y dos para la primavera. Especificó también qué telas debían ser empleadas para cada caso..., una prueba de memoria que hubiera derrotado a Terisa.

—Pero tú debes escoger los detalles —le dijo a Terisa—, *a* menos que desees dejarlos al gusto de Mindlin. No hay prisa, sin embargo, si no estás segura. Él te traerá su trabajo mucho antes de que esté completo, a fin de que encaje adecuadamente. Tendrás oportunidad de discutir con él la caída de tus faldas, o la cantidad de bordados y adornos que desees lucir, o incluso —señaló una irónica tolerancia hacia las debilidades de la mujer— la altura del escote que más te convenga.

—Eso sería estupendo —dijo Terisa, sintiéndose a la vez cohibida y excitada.

—Entonces te dejo en sus manos —anunció Elegia suavemente. Parecía haber un asomo de anticipación en la forma en que se dirigió hacia la puerta.

Ante la idea de tener que enfrentarse por sí misma a la situación, Terisa se vio sumida en un pánico de colegiala.

—¿Adónde vas? ¿No te quedas conmigo?

La dama irradió calma y tranquilidad.

—Debo hacer algunos pequeños encargos para mí misma. Y va he intentado tomar demasiadas de tus decisiones. Volveré..., casi de inmediato. Si no lo hago, espérame aquí. Estaré de nuevo contigo pronto.

Antes de que Terisa pudiera protestar más, Elegia se había ido.

Terisa deseó echar *a* correr tras la dama. De repente se sintió sola en medio de un

mundo hostil. Tenía tantas preguntas. ¿Cómo iba Mindlin a tomarle las medidas? ¿Se esperaba que se desnudara allí mismo, en aquella tienda? ¿Cómo podía hacerlo?

Para hacer peor las cosas, la actitud del modisto cambió inmediatamente. Sus modales se hicieron menos austeros: incluso llegó hasta tan lejos como intentar una sonrisa desagradable. Al mismo tiempo, el servilismo desapareció de su habla. Alzando desdeñosamente sus ropas, preguntó:

—¿Pretende seriamente mi dama llevar ese tipo de ropas?

Reducida por la alarma —y por los ecos de los sarcasmos de su padre— a sentirse como una niña, estuvo a punto de contestar: No, por supuesto que no, no si tú crees que no es una buena idea; ¿qué me recomiendas? Afortunadamente, se contuvo a tiempo. En realidad, debería sentirse avergonzada de sí misma. ¿Acaso no le había plantado cara al Castellano Lebbick más de una vez? ¿Cómo iba a dejarse intimidar ahora por un *modisto*?

Con un esfuerzo consciente, alzó los ojos para clavarlos en los de él, y mientras lo hacía su espíritu se alzó también. Sonriendo, preguntó:

—¿Qué hay de malo en ellas?

El hombre adoptó una expresión sospechosamente burlona.

—No son halagadoras, mi dama. No son femeninas.

—¿De veras lo crees así? Allá de donde vengo, son consideradas —hizo rodar la palabra en su boca, y se dio cuenta de que resultaba divertido hacerlo— deliciosas.

Mindlin pareció impresionado. Terisa sospechó que de pronto temía haber juzgado mal su docilidad. La altivez de su rostro surgió de nuevo, al tiempo que desaparecía la seguridad en su voz.

—Como mi dama desee. Evidentemente, haré todo lo posible dentro de mis humildes habilidades para complacerte.

No había duda al respecto: podía resultar divertido hacer aquello. Sin embargo, no deseaba pasarse.

—Pero es probable que tengas razón —dijo, como si él la hubiera persuadido—. No necesito cuatro atuendos como éste. Dos serán suficientes. —En un destello de inspiración, añadió—: ¿Por qué no utilizas el resto del material para hacerme dos trajes de monta?

—¿Trajes de monta? —Una reprimida apoplejía constriñó su tono—. ¿Tiene mi dama intención de montar? ¿A lomos de un caballo?

—Por supuesto —respondió dulcemente Terisa—. Allá de donde vengo, todas las damas montan a caballo. ¿No sabes cómo hacer un traje de ese tipo?

El hombre bajó su mirada.

—No estoy acostumbrado a hacer este tipo de atuendos para las mujeres de rango. Pero haré lo que mi dama desee.

—Bien. —Estaba empezando a sentirse desacostumbradamente orgullosa de sí misma.

Estudiando aún el suelo en vez de su rostro, el hombre dijo:

—Si complace a mi dama, tomaré las medidas de éstos —sus dedos se retorcieron hacia su blusa y pantalones—, y te los devolveré no más tarde de esta tarde. Luego, desgraciadamente, tendré que aguardar a la llegada de las telas para servirte. Como ha dicho dama Elega, mi ilustre patrocinadora, los detalles pueden discutirse cuando el trabajo esté listo para la primera prueba.

—Estupendo —dijo Terisa. Luego, puesto que sabía que nunca sería capaz de aguardar allí donde estaba y mantener su compostura, se dio la vuelta para marcharse. Intentando emular el porte regio de Elega, salió de la tienda, a la multitud y la luz del sol.

Si Geraden hubiera estado allí, hubiera estallado en risas: todo lo que necesitaba era alguien con quien compartir su humor. Pero no se le veía por ninguna parte. Y Elega tampoco aparecía. El clamor de los comerciantes había ascendido a su anterior nivel. Si alguien pronunciaba su nombre, lo más probable es que no lo oyera. El flujo de la multitud hacía más fácil moverse que permanecer quieta, así que se dejó arrastrar y empujar lentamente lejos de la tienda de Mindlin.

Antes de que hubiera ido lo bastante lejos como para tomar en consideración el regresar, tuvo un atisbo de Nyle.

Avanzaba decididamente a través de la multitud..., sin apresurarse, pero sin perder tampoco el tiempo. Su camino lo llevó fuera de su vista casi inmediatamente; pero un momento más tarde fue de nuevo brevemente visible por entre las tiendas, encaminándose aún en la misma dirección.

Movida por un impulso, Terisa echó a andar tras él.

Le hubiera resultado difícil explicar por qué estaba haciendo aquello. Era un rostro familiar, por supuesto, y no le gustaba estar sola entre toda aquella gente. Su curiosidad hacia él como hermano de Geraden era probablemente una explicación más fundamental, sin embargo. Y más fundamental aún era su interés instintivo hacia su propósito. Fuese cual fuese, era suficiente como para hacerle rechazar a Geraden. Pero no a Elega.

¿No sabía que Elega planeaba traicionar al mejor amigo de su padre?

Caminó rápidamente hacia las tiendas por entre las cuales acababa de verle. Tomó el estrecho sendero, y desembocó en la plaza por la que habían pasado antes. Casi de inmediato lo vio de nuevo.

Parecía estar ya muy lejos.

No deseaba llamar la atención sobre ella echando a correr. Al mismo tiempo, no deseaba tampoco perderle. Tras un instante de vacilación, decidió correr.

Fue una decisión afortunada, pese al hecho de que le hacía tropezar con la gente y hacer que los desconocidos le lanzaran maldiciones: le permitió ganar el terreno suficiente como para evitar perderle cuando giró junto a una hilera de tenderetes de comidas y luego giró de nuevo. Alcanzó la hilera de tenderetes apenas a tiempo de verle saltar por encima de unas cuerdas y desaparecer tras una tienda de lona que había sido montada demasiado cerca de los edificios vecinos.

Terisa llegó hasta la tienda; entonces tuvo que detenerse. ¿Podía seguirle? Su traje y su chaquetón le harían difícil caminar por entre las cuerdas. Y no parecía haber otra salida del lugar donde Nyle se había metido, excepto por un lado o el otro de la tienda. Si él conocía otra, entonces ya lo había perdido. Y si volvía atrás mientras ella intentaba ir tras él, la atraparía.

Finalmente, se dirigió hacia la parte frontal de la tienda e hizo un esfuerzo por aguardar allí sin hacerse demasiado llamativa, mientras vigilaba ambos lados.

La tienda parecía ser del tamaño de una cabaña confortable. En un anillo en torno a su poste central habían sido instaladas toscas mesas encima mismo del lodo (no había ninguna cubierta en el suelo), y sobre estas mesas un cierto número de hombres y mujeres vendían cuentas y lentejuelas, chales y baratijas. Ninguna de las personas detrás de las mesas parecía particularmente atareada; un hombre llamó a Terisa, invitándola a entrar. Ella le ignoró y permaneció en su puesto.

Unos momentos más tarde empezó a sentirse un poco estúpida, pero un minuto o dos antes de que su testarudez empezara a desmoronarse un ligero estremecimiento agitó la tienda mientras Nyle regresaba, abriéndose camino por encima de las cuerdas.

Con el corazón latiéndole fuertemente, Terisa se agachó a medias tras la tienda para evitar ser vista, luego se volvió para observarle, con una mano apoyada en la lona para sostenerse.

El rostro de Nyle era concentrado, intenso. Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo, no parecía proporcionarle ningún placer: su ceño estaba tan fuertemente fruncido que parecía clavarse en los huesos de debajo. Sin embargo, no era evidentemente un hombre que vacilara sólo porque no estaba disfrutando con lo que hacía. Quizá no esperaba ninguna alegría de la vida.

Sin reparar en la presencia de Terisa, Nyle se alejó por el mismo camino por el que había venido.

Estaba ya a punto de ir tras él, cuando otro estremecimiento de la lona le advirtió

de que alguien más estaba cruzando las cuerdas de la tienda.

Se inmovilizó a tiempo para ver claramente al hombre que emergió por el mismo lugar por el que había aparecido Nyle hacía unos momentos.

Era el charlatán, con sus harapos agitándose extravagantemente.

¿El *charlatán*? Aquello era sorprendente. Sólo por el hecho en sí se hubiera sentido abrumada. Pero lo que la paralizó a una boquiabierta inmovilidad fue que ahora lo reconoció sin lugar a dudas. Pasó tan cerca de ella que fue capaz de identificarlo.

Tras la forma extravagante en que vestía, bajo las cenizas que tiznaban su rostro y su pelo, era el Príncipe Kragen. El pretendiente de Alend.

Todo pareció oscilar a su alrededor. Los significados cambiaron por todas partes. No *puede* ser, protestó. Le vi *marcharse*. Le vi cabalgar alejándose de Orison con todos sus hombres.

Pero, si deseaba volver en secreto, ¿de qué otro modo podría hacerlo? La presión llenó su garganta, creciendo y creciendo hasta que creyó que iba a asfixiarse. ¿De qué otro modo podrían él y Elega comunicarse? ¿De qué otro modo podrían hacer planes juntos?

Y Nyle estaba implicado con ellos. Elega había mentido. Por supuesto que había mentido. Sus «asuntos privados» lo tenían todo que ver con ella. No era extraño que no deseara encontrarse con su hermano.

Estaba complotando con Elega y el Príncipe Kragen contra el Rey de Mordant.

Y la invitación de Elega a Terisa de ir allí con ella no había sido en absoluto inocente. No tenía nada que ver con ningún deseo de una simple salida entre amigas. El ir de compras no había sido más que una excusa. Elega aún seguía intentando engañarla de alguna forma.

Terisa estaba tan desconcertada que no observó al juglar vestido de negro, con las afiladas estrellas de plata, hasta que empezó a actuar directamente delante de ella, a menos de seis metros de distancia.

El torbellino como de medianoche de su capa llamó su atención. Sus estrellas empezaron a danzar en sus manos. Lanzaban un reflejo de luz solar, hipnóticamente atractivo, mientras trazaban sus arcos en el aire, pasando entre sus dedos como copos de luz. Pronto se vio rodeada de lentejuelas.

El juglar no miraba lo que estaba haciendo. No necesitaba mirar: sus manos conocían bien su trabajo. En vez de ello, estudiaba atentamente a Terisa.

Las estrellas parecían sumirla cada vez más en un trance. Por un momento, como si fuera el roce de un sueño, lo vio todo.

Allá en medio del bazar, a una buena distancia de los torrentes de agua que caían de los tejados y aleros de Orison, el lodo estaba empezando a secarse bajo el calor del sol y el paso de muchos pies. Las botas de los hombres estaban manchadas, por supuesto, y las faldas de las mujeres sucias; pero el lodazal ya no frenaba el andar.

Nyle había desaparecido entre la multitud en una dirección; el Príncipe Kragen pronto lo haría en otra. Como si quisieran equilibrar la escena, sin embargo, Geraden y Elega se acercaban desde lugares opuestos, siguiendo la hilera de tenderetes de comidas.

La luz del sol parecía hacer que los olores de los tenderetes resultaran más fuertes. Pasteles, fritos, especias, carnes..., todo formaba parte de la arqueada danza de las estrellas.

Al parecer, Elega estaba buscando a alguien..., quizás a la propia Terisa. La forma en que fruncía los ojos le recordó a Terisa que la luz del sol no era el elemento natural de la dama, no el tipo de iluminación que hacía resaltar su belleza.

Geraden, por su parte, había divisado ya a Terisa. Agitó un brazo y avanzó sonriente hacia ella.

El cielo sobre sus cabezas era tan azul como en un sueño, azul y perfecto, el fondo ideal para el torbellino plata.

Pero el juglar *tenía una nariz como la hoja de una hachuela; sus dientes estaban al descubierto en una sonrisa feral. Tuvo la indistinta impresión de que había cicatrices en sus mejillas.* Sus ardientes ojos amarillos estaban fijos en ella...

Entonces, aquel momento de lucidez terminó, y no supo cómo ocurrieron las cosas.

Sin advertencia previa, las estrellas cambiaron su danza. De manos del juglar, empezaron a notar directamente en dirección a la cabeza de Terisa, como brillantes hojas de metal impulsadas por una fuerte brisa.

Apenas consciente de lo que hacía, Terisa apartó el rostro de la primera estrella. La segunda lamió su mejilla.

El resto de ellas hubieran debido alcanzarla de lleno. Pero fueron desviadas de su blanco cuando Geraden se lanzó contra el juglar y aferró fuertemente su brazo.

El juglar lanzó un golpe con su codo que derribó a Geraden al suelo. Luego, sus ropas flotaron hacia un lado, y una larga espada apareció como un tajo de acerado fuego en sus manos.

Saltó hacia Terisa.

En aquellos momentos ella caía de espaldas, tras tropezar con la tienda.

Todo pareció hacerse oscuro. La gente gritó, maldijo. Terisa chocó contra una de

las mesas que exhibían sus chucherías y la volcó. Alguien chilló, mordido por la hoja del juglar. En un revoloteo de baratijas, Terisa cayó más allá de la mesa y golpeó el palo central de la tienda.

Entonces fue capaz de ver de nuevo.

Tan negro e irresistible como la medianoche, el juglar fue tras ella, agitando su espada como un látigo para alejar a los aterrorizados comerciantes y vendedores, apartándolos de su camino.

De alguna forma, Terisa recuperó sus piernas y puso el palo de la tienda entre ella y su atacante. Luego, perdió pie y cayó de nuevo.

—¡Gart! —ladró un hombre.

El grito hizo que el juglar se apartara de ella.

—No me digas —dijo Artagel, arrastrando las palabras mientras saltaba hacia delante, sonriendo secamente— que el Monomach del Gran Rey no puede hallar un oponente más digno de su valía que una mujer desarmada. Ya te advertí al respecto.

—¿Crees que tú tienes la valía suficiente? —siseó como seda el hombre de negro—. Yo ya sé que no.

Artagel apartó una mesa de una patada. Casi con el mismo movimiento, se lanzó al ataque.

Gart se volvió y lanzó un golpe como un hachazo contra Terisa.

La violencia de su movimiento era tan grande que hubiera podido partirla en dos. Afortunadamente, Artagel se anticipó al movimiento de Gart. Apareció por el otro lado del palo de la tienda a tiempo para detener el golpe y salvarla.

Luego, se situó entre ella y el Monomach del Gran Rey.

La tienda estaba vacía ahora excepto Terisa y los dos combatientes. Sus botas pisoteaban cuentas y encajes, hundiéndolos en el lodo, mientras atacaban, paraban y respondían. Sus hojas lanzaban chispas a cada uno de los golpes, una oscura y ominosa versión de la danza de las estrellas iluminada por el sol. Terisa podía oír la afanosa respiración de Artagel: sonaba como si aún no se hubiera recuperado por completo del daño en sus pulmones. La respiración de Gart era tan firme y regular que no producía ningún sonido.

Ataque. Parada. El resonar del acero.

Artagel tenía problemas con las mesas. Impedían sus golpes, interferían con sus paradas: se enredaban en sus pies de tal modo que estuvo a punto de caer. Sus movimientos eran tensos. Gart, por su parte, parecía flotar entre los obstáculos, como si él mismo los hubiera situado donde estaban para encajar con su entrenamiento y experiencia.

Sujetándose al palo de la tienda, Terisa se puso en pie. Sus manos eran resbaladizas a causa de la sangre. ¿De dónde procedía? Probablemente de su mejilla. Artagel iba a morir por culpa de ella. Por culpa de ella. Deseó echar a correr. Era la única cosa que podía hacer. Si distraía a Gart alejándose, Artagel tal vez tuviera una oportunidad. Pero el Monomach del Gran Rey permanecía tan cerca de la abertura de la tienda que no podía escapar.

Sintió deseos de gritar; pero el resonante entrechocar del acero y el ronco jadear de la respiración de Artagel hacían imposible cualquier otro sonido.

Tal como fueron las cosas, no necesitó gritar. Rugiendo como toros enloquecidos, Argus y Ribuld cargaron procedentes de la luz del sol hacia la penumbra de la tienda.

Aunque hubiera sabido qué debía mirar, tal vez no hubiera visto cómo consiguió salvarse Gart. Fue todo demasiado rápido. Quizás aprovechó el momento en que sus ojos necesitaron ajustarse. Todo lo que supo fue que lo oyó bufar intensamente mientras se giraba para enfrentarse a Argus y Ribuld con un golpe que, de alguna forma, les obligó a retroceder separadamente, alejándolos el uno del otro.

Artagel saltó tras él.

Demasiado intenso, demasiado desesperado. Desequilibrado.

Gart paró también aquel ataque, atrapó y retuvo la hoja de Artagel con la suya, luego se deslizó hacia un lado y barrió con su propia hoja, en un cortante movimiento lateral que abrió un profundo tajo en el costado de Artagel e hizo que la sangre brotara abundante entre sus costillas.

Jadeante, Artagel se dejó caer sobre una rodilla.

Aquél era todo el tiempo que necesitaban Ribuld y Argus para recuperarse y atacar de nuevo. De todos modos, Gart seguía siendo demasiado rápido para ellos. Antes de que pudieran alcanzarle, saltó hacia el palo de la tienda —y por encima del golpe que Artagel lanzó desesperadamente contra sus piernas— y cortó en lo alto la cuerda que sostenía la lona a la parte superior del palo.

Luego se inclinó y rodó hacia la salida, deslizándose tan suave como el aceite entre Argus y Ribuld, mientras la tienda se desplomaba sobre sus cabezas.

La húmeda y pesada lona empujó a Terisa de nuevo contra el lodo. Se agitó en él, intentando liberarse. En su mente, la hoja de Gart mordía profundamente el costado de Artagel, y la negra sangre fluía. Apenas oyó el clamor de los espectadores mientras el Monomach del Gran Rey huía impunemente.

Alertados por el tumulto, un cierto número de guardias llegó al lugar de los hechos casi inmediatamente. Liberaron a Terisa y Artagel, Argus y Ribuld. Improvisaron unas parihuelas y llevaron a toda prisa a Artagel hasta el médico más próximo. Recogieron a Geraden y le hicieron volver en sí. Iniciaron una búsqueda. El

Castellano Lebbick llegó pronto a la escena de los hechos con refuerzos, organización y reprensiones severas. Fue registrado todo el bazar.

Pero nadie encontró a Gart.

La importancia de la familia

Terisa deseó ir tras Artagel con Geraden. Ella era la que había visto a Artagel ser herido, la que lo había visto caer. Luchando por salvarla. Pero, aunque no hubiera sido testigo de ello, además de la causa —de hecho, aunque ni siquiera conociera a Artagel—, hubiera sentido lo mismo. Atontado por el golpe de Gart, Geraden dejó que su angustia se reflejara desnuda en su rostro. Su concentración sobre su hermano era tan urgente que estaba ciego a todo lo demás. Torpemente, luchó por librarse de los guardias y preguntas y asombrados espectadores a fin de poder ir tras Artagel. Verle de aquel modo hizo que Terisa creyera que la necesitaba. Pese a su propia impresión y su miedo, deseaba ir con él.

Elega no se lo permitió.

La dama llegó al lado de Terisa tan pronto como los guardias hubieron iniciado su búsqueda del Monomach del Gran Rey. Mientras sujetaba el brazo de Terisa y limpiaba la sangre de su mejilla, emitió suaves sonidos reconfortantes que sonaban un poco artificiales, procedentes de ella. Terisa hubiera tenido que rechazarla vehementemente a fin de poder apartarse de ella.

No podía hacerlo. No ahora: no mientras cada músculo de sus brazos y piernas temblaba, y su estómago se retorció con violencia, y ella intentaba decidir qué hacer ante la vista de la sangre de Artagel. Así que se quedó inmóvil allí donde estaba mientras Geraden se alejaba torpemente por entre la multitud, siguiendo las parihuelas que transportaban a su hermano.

Tocado por algo que tal vez fuera piedad, el Castellano lo dejó marchar.

Por otra parte, Lebbick no pareció sentir nada parecido a la piedad cuando se volvió para interrogar a Terisa.

Elega, sin embargo, la escuchó.

—Castellano —dijo firmemente—, no pareces sorprendido de saber que dama Terisa tiene un enemigo que desea su muerte. Sólo estás sorprendido de que su enemigo sea un hombre tan importante y peligroso como el Monomach del Gran Rey. Y estás sorprendido de que tenga tanta libertad de movimientos en Orison, pese al hecho de que tú eres el responsable de tales asuntos.

Un músculo en la mandíbula del Castellano se tensó.

—Estoy segura de que estarás de acuerdo conmigo —prosiguió Elega— de que dama Terisa es la última persona en situación de aclarar tus sorpresas. ¿Qué sabe ella de los secretos de Cadwal..., o de las defensas de Orison? Si debes interrogarla, hazlo

en sus propios aposentos, cuando se haya recobrado un poco.

Como respuesta, Lebbick lanzó a Terisa una mirada que hizo que su corazón diera un vuelco. Luego hizo una rígida inclinación de cabeza, ordenó una escolta para las dos mujeres y se alejó.

Elega llevó a Terisa de vuelta a los aposentos pavo real.

Al principio no sintió dolor en la mejilla. Con ese extraño desprendimiento fruto de la impresión, se preguntó si el frío que la invadía no era lo suficientemente intenso como para que no sintiera nada. Luego se preguntó si Gart no habría puesto veneno en las puntas de sus armas.

Al cabo de un rato, sin embargo, el relativo calor de Orison y el ejercicio de caminar trajo de vuelta la sensación del brillante metal mientras lamía su mejilla. El corte era demasiado fino como para doler. Lo que sentía ahora no era dolor. Era como un rastro de humedad, un largo y húmedo toque como el lamer de una lengua.

En una ocasión, mientras intentaba explicar la forma en que venir hasta aquí había alterado su vida, le había dicho a Myste: *Fue como morir sin ningún dolor. No duele.* Aquella idea volvió ahora de nuevo a ella, con un asomo de pánico. Si su mejilla le hubiera dolido, hubiera sabido qué hacer al respecto. De pronto deseó un espejo, cualquier cristal donde poder mirarse y que le dijera si había resultado o no desfigurada.

No se dio cuenta de que Elega estaba hablando hasta que la dama la detuvo, la tomó por los hombros e insistió:

—Terisa, sé que estás asustada. Sin embargo, tienes que escucharme. Puede parecer que tus razones para tener miedo son menores si no piensas en ello, pero te aseguro que no es así. Lo cierto es lo contrario. Sólo puedes disminuir el peligro que te acecha comprendiéndolo y actuando contra él.

En aquel momento, Elega no parecía ser una mujer que sintiera mucha simpatía hacia el miedo.

Estaban de pie en las escaleras que conducían a los aposentos de Terisa. Elega parecía no darse cuenta de los guardias que las escoltaban, quizá pensaba que la urgencia de sus preguntas superaba toda cautela. Pero Terisa no deseaba hablar: ciertamente, no deseaba hablar delante de dos hombres a los que no conocía. En alguna parte de Orison, un médico estaba intentando salvar la vida de Artagel. Y Geraden estaba allí... Se sorprendió al descubrir furia en su voz cuando preguntó:

—¿Qué crees que puedo hacer?

—Echa tu miedo a un lado e intenta aferrar la verdad —respondió inmediatamente Elega—. Tiene que haber alguna razón por la cual el Monomach del

Gran Rey arriesga su propia vida para amenazar la tuya.

Terisa contempló a la dama y pensó: Sigue creyendo que soy alguna especie de Imagera. Por eso me desea a su lado. Con el Príncipe Kragen. Y Nyle. Un momento más tarde, sin embargo, se dio cuenta de que los pensamientos de Elegia eran mucho más complejos que eso. La dama estaba considerando también la idea de que Terisa se había implicado ya en las maquinaciones de alguien..., un complot tan amplio e insidioso que el Gran Rey Festten lo consideraba como una amenaza personal. Un complot del que Elegia no sabía absolutamente nada; un complot que podía deshacer todo lo que ella estaba intentando conseguir.

Con no fingido cansancio, Terisa preguntó:

—¿Deseas realmente hablar de ello aquí?

Elegia alzó una ceja y miró a su alrededor. Un ligero enrojecimiento tino sus mejillas. ¿Se sentía *azarada* ante su propio descuido? Bruscamente, echó a andar escaleras arriba.

Reprimiendo su tentación de dar media vuelta y huir en dirección opuesta, Terisa la siguió.

Cuando alcanzaron la seguridad de los aposentos pavo real y hubieron cerrado la puerta tras ellas, Elegia sirvió un vaso de vino para cada una. Por entonces ya había recobrado su compostura. Observando a Terisa por encima del borde de su vaso, bebió unos cuantos sorbos. Luego, con aire decidido, dejó el vaso a un lado.

—Debes perdonarme por hablar de tales cosas en estos momentos. Comprendo que estás terriblemente asustada. Y estoy segura de que también estás preocupada por Artagel. Pero debes comprender que es una locura ignorar mis preguntas. Terisa —sus ojos eran vividos en su pálido rostro—, seguramente tienes alguna idea de por qué Gart está aquí para matarte. Es inconcebible que representes una amenaza tan grande para el Gran Rey sin que seas consciente de ello.

Terisa suspiró. No deseaba tratar con Elegia. Deseaba echarse y dormir unos cuantos años. Al mismo tiempo, deseaba ir al encuentro de Artagel. La aguda sensación húmeda del corte en su mejilla estaba empezando a parecerse al dolor. Cuando bebió, el vino pareció hacer que el corte empeorara. Llevó cuidadosamente una mano a su mejilla. Sus dedos volvieron a bajar marcados con sangre seca. Su rostro debía ser horrible. Temerosa del daño, preguntó, incierta:

—¿Es muy malo?

Elegia frunció el ceño, irritada, pero suavizó rápidamente su expresión. Con un gesto que le pedía a Terisa que aguardara, fue al cuarto de baño y regresó con una toalla mojada. Luego hizo seña a Terisa de que se sentara en el diván. Cuando Terisa estuvo instalada, Elegia empezó a frotar suavemente el corte con la toalla, lavando

toda la sangre y suciedad de la herida.

Tras estudiar por un momento el corte, la dama dictaminó:

—Es limpio. Todavía sangra un poco —apretó la toalla contra la mejilla de Terisa —, pero eso servirá para mantenerlo limpio. Podemos llamar a un médico si lo deseas, pero dudo que necesite muchos cuidados. Sólo es largo como mi dedo —en aquel momento, sus dedos parecieron excepcionalmente largos—, y poco profundo. Cuando sane, te quedará una cicatriz recta y muy fina que nadie será capaz de ver excepto bajo una luz muy particular. —Se retiró unos pasos para considerar el asunto desde más lejos—. Y nadie la verá en absoluto excepto si se acerca mucho a ti.

Con tono neutro, concluyó:

—Cuando sane, espero que la mayoría de los hombres consideren que tu belleza se ha visto realzada en vez de disminuida.

—Me gustaría poder verlo —admitió sinceramente Terisa—. Allá de donde vengo, para eso es para lo que usamos los espejos. Para vernos a nosotros mismos.

Con un tono aún neutro, Elega respondió:

—Por esa razón nosotras tenemos doncellas, a fin de que las mujeres que desean cuidar la decoración de su apariencia no se comporten de forma estúpida. —Sin embargo, no podía contener sus auténticos intereses. Más rápidamente, preguntó—: Entonces, ¿todos los espejos en tu mundo son planos?

Terisa intentó refrenar otro suspiro.

—Sí.

—¿Y no sois trasladados por ellos?

—No.

La dama se puso en pie. Se volvió hacia la chimenea y colocó sus manos formando copa debajo de sus codos, con los brazos cruzados sobre su pecho, como para refrenar un estallido de emoción.

—Insistes en que eres una mujer normal. Quizás esto sea cierto en tu mundo. Pero ¿no es posible que allí seas trasladada y no te des cuenta de ello..., o lo des por sentado? Aquí, se nos dice que todo hombre que se enfrenta a un espejo plano en el que se ve a sí mismo cara a cara se pierde en una traslación que no tiene fin. Pero ¿y si tú, y si toda la gente de tu mundo, poseyeras un poder del que nosotros carecemos? ¿El poder de dominar la más peligrosa manifestación de la Imagería? Tal vez no fueras consciente de ello..., y, sin embargo, sería lo bastante fundamental como para alterar todas nuestras preconcepciones.

—No. —Terisa negó aquella idea como lo había negado todo respecto a ello desde el principio—. Allá de donde vengo, los espejos son sólo cosas. No poseen

magia. —En un esfuerzo por acortar la discusión, se enfrentó a lo que consideraba el punto focal de Elega—. Realmente *no sé* por qué el Monomach del Gran Rey desea mi muerte.

Con ojos llameantes, Elega se volvió del fuego.

—Eso no es posible.

Terisa alzó la toalla hasta su mejilla para ocultar su furia.

—Pero sigue siendo cierto.

Por un instante, Elega estuvo a punto de gritar.

—Entonces... —Pero se dominó inmediatamente; el cálculo pasó tan claramente por detrás de sus ojos que fue casi legible—. Entonces, debes ser protegida.

—¿Protegida?

—El Rey no lo hará. No comprenderá la necesidad. Y, puesto que el Rey no comprenderá la necesidad, el Castellano *no podrá* hacerlo. Está demasiado atado de pies y manos. Ha demostrado que ni siquiera puede limitar el acceso de Gart a Orison.

»Los señores de los Cares son inútiles. El Tor se ha convertido en un viejo borracho. La afectación del Armigite avergüenza la memoria de su padre. El Fayle no sabe dónde están sus lealtades. Y ni el Perdon ni el Termigan están *aquí*.

»En cuanto a la Cofradía —hizo un gesto despectivo—, los Maestros están demasiado divididos como para proteger a nadie. Todos se parecen al Maestro Quillón, que es demasiado tímido como para correr riesgos..., o al Maestro Barsonage, que está demasiado preocupado por la reputación de la Cofradía como para emprender ninguna acción..., o al Maestro Eremis, que está demasiado absorto en sus propias ideas como para interesarse en nada.

»Terisa... —Elega pareció vacilar, como si dudara de si debía terminar lo que había empezado a decir. Pero la vacilación no era un rasgo dominante en su naturaleza. Claramente, como si hiciera una profesión de fe, dijo—: Debes permitir que yo te proteja.

Terisa se sintió tan sobresaltada que no pudo hacer otra cosa más que quedarse mirándola fijamente.

—Por el momento, lo admito —se apresuró a decir Elega—, puedo hacer poco más que ocultarte. Pero eso puedo hacerlo muy bien. Mi conocimiento de los secretos de Orison es extenso. Pronto, sin embargo, seré capaz de proteger a cualquiera que desee.

»Puedo proporcionarte seguridad, si estás dispuesta a confiarte a mí.

Aunque deseaba pensar claramente —era importante pensar con claridad—, la

cabeza de Terisa parecía dar vueltas. Creía comprender a Elega. Por otra parte, conseguiría más información si fingía ignorancia. Al mismo tiempo, sin embargo, le dolía la mejilla, y estaba preocupada por Artagel y Geraden, y temía que Elega fuera demasiado astuta para ella. Y todavía se sentía furiosa.

Con dificultad, consiguió preguntar, en vez de perder el control:

—¿Cómo? Te he oído quejarte de lo abandonada que estás. De lo poco que puedes hacer respecto a lo que está ocurriendo. ¿Cómo vas a protegerme?

Elega sostuvo con firmeza la mirada de Terisa.

—Puedo proporcionarte seguridad —repitió—, si tú te confías a mí. —Luego añadió—: Terisa, no te he demostrado nada excepto amistad. Sólo deseo tu bienestar, y la conservación de Mordant..., y terminar con todo el mal que hay en el reino. Pero, si tú no confías en mí, no puedo hacer nada.

Seguro que tú tienes alguna idea de por qué Gart está aquí para matarte.

Aquello era demasiado.

—Vas a conseguir poder —respondió duramente Terisa—. ¿De dónde piensas obtenerlo? Sólo puedo pensar en un lugar. De tu padre. Pero él simplemente no va a proporcionártelo. No es ésa la forma como hace las cosas. Vas a traicionarle. Vas a retirar el trono de debajo de sus pies, de alguna forma. Tú y el Príncipe Kragen. —Apenas pudo contenerse de decir: Y Nyle. Incluso has vuelto al hermano de Geraden contra él. Pero la impresionada expresión en el rostro de Elega le advirtió que había ido demasiado lejos—. No quiero tener nada que ver con eso.

—¿Y por qué no? —La ira ascendió por encima de la sorpresa de la dama—. ¿Tienes alguna otra alternativa? ¿Eres tan pura que puedes concebir alguna respuesta a la necesidad de Mordant que no requiera la traición?

—Es tu padre. Eso debería significar alguna diferencia.

Elega echó los hombros hacia atrás, enderezó su espina dorsal. El llamear violeta de sus ojos la hizo parecer regia y segura de sí misma, como una mujer que está dentro de sus derechos.

—Te aseguro, mi dama —dijo con voz austera— que significa una diferencia. Me comprendes tan bien que lamento descubrir que me comprendes tan poco.

Dirigió a Terisa una inclinación de cabeza tan correcta y desafiante como la aceptación de un duelo, y abandonó la habitación.

Terisa se quedó contemplando la puerta hasta mucho rato después de que se hubiera cerrado. Había cometido un serio error: acababa de echar a perder su única oportunidad de averiguar *cómo* Elega y el Príncipe Kragen pretendían arrebatar Mordant de manos del Rey Joyse. Disgustada, intentó maldecirse a sí misma. Su

corazón, sin embargo, no estaba en ello. Después de todo, lo que Elega le había ofrecido no tenía sentido.

Mantenerla oculta. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Hasta el fin del invierno? ¿Hasta que llegara el ejército de Alend? ¿Hasta que Orison fuera sitiada? ¿Veinte o treinta o cuarenta días?

No tenía sentido.

No deseaba pensar en tales cosas. O eran irrelevantes, o eran imposibles. Deseaba saber lo que les estaba ocurriendo a Artagel y Geraden.

Y deseaba saber lo que la hacía tan valiosa que la gente estaba dispuesta a arriesgar su vida por ella. ¿Qué había en su persona que la hacía valer el odio de Gart y la sangre de Artagel?

Fuera, el sol brillaba cálido, como si estuviera inmensamente complacido consigo mismo.

Si hubiera debido permanecer largo tiempo sola, quizás hubiera hecho algo estúpido. Es decir, quizás hubiera hecho *algo*; y tenía la sensación de que cualquier cosa que decidiera hacer sería estúpida. Afortunadamente, mientras aún seguía incapaz de ordenar correctamente sus pensamientos, Geraden llegó a su puerta.

Mostraba una gran mancha de color en cada mejilla y una expresión ligeramente velada en sus ojos; mantenía el ceño profundamente fruncido, como si sufriera un terrible dolor; sus dedos efectuaban pequeños movimientos retorcientes, aunque sus manos estaban apretadas a sus costados. Sin embargo, había acudido a ella.

Puesto que había sido educada en una casa donde raras veces le había sido ofrecido consuelo —y nunca le había sido pedido que lo ofreciera—, no lo abrazó, ni en bien de él ni en el de ella misma. Le invitó a entrar rápidamente, sin embargo, y cerró la puerta, y tragó la congestión en su garganta para preguntar:

—¿Cómo está?

Geraden hizo un esfuerzo por mirarla, por extraerse de su aflicción y *mirarla*. Alargó suavemente una mano y acarició el corte en su mejilla con las yemas de sus dedos. De alguna manera, consiguió fruncir su boca en una sonrisa.

—¿Duele? No parece demasiado malo. Me alegra que estés bien.

—*Geraden*. ¿Cómo está?

Un espasmo quebró su control. Su sonrisa se hizo pedazos, y sus ojos brillaron con lágrimas.

—El médico está haciendo todo lo que pueda. No sabe qué va a ocurrir. Artagel perdió mucha sangre. Puede que muera.

Lentamente inclinó los hombros hacia delante, y sus brazos se alzaron hacia su pecho, como si estuviera hundiéndose hacia dentro, colapsándose sobre sí mismo.

Por un instante, Terisa permaneció inmóvil. Luego, como si volviera la espalda a todo lo que le habían enseñado acerca de la gente y el dolor, avanzó hacia él y lo abrazó tan fuerte como pudo.

Permanecieron así, juntos, durante largo rato.

Cuando finalmente lo soltó, él no la miró al principio. Se frotó el rostro y murmuró:

—No creo habértelo dicho nunca. Mi madre murió cuando yo sólo era un niño. Unas fiebres de algún tipo..., nunca supimos qué fue, pero duró mucho tiempo. Yo al menos pensé que fue mucho tiempo. Tenía sólo cinco años..., y era su niño, ella siempre quería que estuviese a su lado..., y mientras la veía morir pensé que iba a hacerme pedazos. *Juré...* —Alzó lentamente la cabeza, dejando que Terisa viera su dolor—. Sólo tenía cinco años, pero juré que nunca iba a permitir que nadie a quien quería muriese.

Luego suspiró, y su expresión se fue aclarando paulatinamente.

—Espero que Artagel no me lo eche en cara, porque no hay nada que yo pueda hacer por salvarle.

—Lo siento. —Terisa no sabía qué otra cosa decir—. De algún modo, todo es culpa mía. Yo soy a quien quiere matar Gart. Aunque no comprendo por qué.

Él resopló para despejar su nariz.

—No seas tonta. Es culpa de Gart, no tuya. —Su frente volvió a fruncirse mientras intentaba tranquilizarla—. O puedes decir que es culpa *mía*, puesto que yo fracasé en detenerle. O, si quieres mirarlo de ese modo, es culpa del Gran Rey Festten. Después de todo, Gart es el Monomach del Gran Rey. Simplemente sigue órdenes. —Sus rasgos se crisparon—. Incluso podrías decir que es culpa del Rey Joyse. Si no se comportara como se comporta, el Gran Rey no se hubiera atrevido a enviar a Gart aquí.

»De hecho —intentó sonreír a Terisa, sin éxito—, si lo examinas atentamente, tú eres la única que no es culpable de eso.

La había entendido mal. Lo que ella sentía hacia la herida de Artagel no era culpabilidad, sino más bien un pesar tan afilado como una hoja de acero. La distinción, sin embargo, no era importante en aquellos momentos. En vez de intentar explicárselo, dijo, como si aún estuviera hablando del mismo tema:

—No estoy tan segura. Creo que he hecho algo completamente estúpido.

Su propia incomprensión pareció advertir a Geraden de que debía escucharla más

atentamente.

—Espera un momento. ¿Quieres decir que piensas que Gart te atacó porque hiciste algo estúpido?

Ella agitó la cabeza.

—Elega me trajo de vuelta aquí. Se ofreció a protegerme.

Él le miró con el ceño fruncido; su mandíbula se encajó. Inesperadamente, se dio cuenta de que tal vez fuera posible sentir miedo de él: la intensidad que enfocaba hacia ella era abrumadora. Como si estuviera reteniendo una erupción, Geraden dijo:

—Quizá será mejor que me cuentes toda la historia.

Tan simplemente como le fue posible, le describió su conversación con Elega, y observó cómo su ira iba en aumento. Luego terminó:

—Tan pronto como mencioné al Príncipe Kragen, arruiné la posibilidad de que ella me dijera qué estaba haciendo. Nunca volverá a confiar en mí.

Geraden se volvió hacia un lado para ocultar su rostro.

—¡Cristales y astillas! —murmuró fieramente—. Ahora está advertida. Será más cautelosa. No pasará mucho tiempo antes de que se dé cuenta de Argus y Ribuld. Tan pronto como eso ocurra, ya no podrán seguirla más. Habremos perdido antes incluso de empezar.

Esta vez, Terisa hubiera podido decir: Lo siento, sin ser malinterpretada. Pero la disculpa que le debía ahora no era nada comparado con la que le debería pronto. Por un momento, vaciló. ¿Por qué no mantener eso también en secreto? Al menos hasta que su poco familiar ira declinara. ¿Quién podía resultar herido por ello?

Sin embargo, conocía la respuesta. La había aprendido en su lugar de secretos. Cuando descubriera la verdad, fuese más pronto o más tarde, resultaría igualmente herido. Y el hecho de que ella le ocultara la verdad podía perjudicar su amistad.

Inspirando profundamente para reunir todo su valor, dijo:

—Quizá todavía no hayamos perdido.

Él se volvió de nuevo para enfrentarse a ella.

Parecía tan extremadamente vulnerable que Terisa apenas pudo hablar.

—Me dejó a solas con su modisto. Yo terminé antes de que ella volviera, así que abandoné la tienda. —Recordando lo que había ocurrido, una momentánea debilidad la invadió—. Vi a Nyle.

Sin transición, la furia de Geraden desapareció.

—Le seguí..., no sé por qué. Supongo que deseaba saber por qué te había eludido. —Una sensación de desesperación creció en ella. Geraden iba a odiarla por

eso—. Se encontró con alguien detrás de aquella tienda. El otro no me vio, pero yo sí le vi a él. Vi quién era.

Vaciló. Geraden parecía presa de náuseas por la anticipación.

—Era ese charlatán. Ése del que hablamos antes. Esta vez lo reconocí. Sé quién es. Estoy segura de ello. —Rápidamente, antes de que le fallara la voz, dijo—: Es el Príncipe Kragen. Se reunió con Nyle detrás de aquella tienda.

Por un segundo, Geraden pareció tan sorprendido y herido como ella había temido. Su amor por su familia era una de sus pasiones soberanas..., y ella acababa de acusar a su hermano de complotar una traición. El rígido e íntimo desánimo en su rostro fue más de lo que podía soportar.

Tras aquel primer segundo, sin embargo, toda su postura varió. Los huesos de su espina dorsal y de sus hombros se envararon, haciéndolo más alto. Su expresión se volvió al mismo tiempo más débil y más fuerte, como si todas las líneas de sus mejillas y mandíbula adquirieran una nueva dimensión. Sus ojos lanzaron destellos de autoridad.

—Eso lo explica todo —dijo llanamente—. No es extraño que desee permanecer alejado de Artagel y de mí.

Luego añadió:

—Elega lo metió en eso.

Terisa sabía, a un cierto nivel, que su crisis no había sido superada —que quizás apenas había empezado—, pero su reacción inmediata la alivió tanto que casi le besó.

—Así que no hemos perdido necesariamente —dijo, con un hilo de voz—. Puedes decirles a Argus y Ribuld que olviden a Elega. Pueden seguir a Nyle.

Geraden no parecía estar escuchando: parecía más bien como si se estuviera concentrando ardientemente en sus propios pensamientos. Pero respondió en un murmullo:

—Si pueden encontrarle. Ésa va a ser la parte difícil. Si pueden encontrarle, quizá puedan detenerle antes de que haga algo que incluso el Rey Joyse tenga que castigar.

Bruscamente, se puso en movimiento.

—Ven conmigo. Tenemos que hablarle a alguien de esto.

Estaba ya en la puerta. Terisa echó a andar tras él y preguntó:

—¿Hablar con quién? ¿Por qué?

—No con el Rey Joyse —respondió él, como si ella estuviera pensando tan rápido como él—. Probablemente no escucharía. Y el Castellano Lebbick probablemente reaccionaría excesivamente. Puede que incluso tenga vigilado a Nyle. El Tor será mejor. —La forma como sujetaba la puerta para ella parecía casi una orden de que se

apresurara—. Es lo único que podemos hacer en estos momentos para proteger a Nyle. Si no conseguimos detenerle y es atrapado, tendrá menos posibilidades de ser ejecutado si lo que está haciendo no aparece como una sorpresa.

Dijo aquello con tal convicción que ella le creyó. Pese a sus ropas manchadas de barro y su piel marcada con sangre, mantuvo su paso.

Geraden se apresuró todo el camino hasta los apartamentos del Rey, sin tropezar ni una sola vez.

Fueron admitidos inmediatamente a la suite porque el Rey Joyse no estaba allí.

—Ha salido a alguna parte con su Imagero, supongo —murmuró el Tor como explicación—. Su cortesía nunca falla, pero me dice tan poco como puede para impedir que me ponga a aullarle cosas.

Su voz era un gorgotear subterráneo, como si emergiera de alguna parte en las profundidades de su enorme grasa, y los pasajes que conducían al exterior estuvieran llenos de vino. Los días de uso estaban claramente marcados en sus ropas, cuyo verde estaba cubierto de manchas de vino y comida. Sus mejillas sin afeitar y su grasiento pelo mostraban que había olvidado también su aseo personal.

—Soy un hombre paciente, joven Geraden —confió por encima de su frasco—. He pasado un número no pequeño de años en el mundo, y he aprendido que la grasa es más permanente que la piedra. Pero la verdad es que mi presencia aquí no ha conseguido nada de lo que esperaba. —Agitó una mano en un gesto que hizo que Terisa se diera cuenta de la ausencia de la mesa de brinco del Rey—. Simplemente ha trasladado su juego a otro lugar.

Suspiró lúgubrementemente, con ojos húmedos.

—Es una triste cosa ser dejado de lado a mi edad.

Escuchando al Tor, Terisa empezó a perder confianza. Sin embargo, Geraden estaba demasiado decidido para dejar que aquello lo desviara.

—Tú mismo te nombraste canciller, mi señor —le recordó al Tor—. Dijiste que podías emprender acciones en nombre del Rey. Eso debería ser fácil, si él no está aquí para contradecirte.

El Tor dirigió a Geraden una dolida mirada.

—Eres demasiado joven para comprender. Si deseo cordero en vez de pato para mi próxima comida, sólo tengo que decirlo. Si decido establecer unas vacaciones y dejar que todas las damas de Orison se las apañen sin sus doncellas, puedo hacerlo sin necesidad de alzar la voz. ¿Quién aquí siente el menor deseo de oponerse a la voluntad del más antiguo amigo del Rey? —Remarcó sus palabras con puñetazos a medida que su ira aumentaba—. Si decido por mí mismo declarar la guerra mañana, no tengo la menor duda de que seré obedecido.

»¡Pero el *Rey*, joven Geraden! —Alzó su cuerpo para dar mayor fuerza a lo que decía—. ¿Dónde está el *Rey*? ¿Dónde está el hombre que debería responsabilizarse de cada orden que doy en su nombre? En algún lado, jugando al *brinco* con el Adepto Havelock, mientras su reino *se desmorona*.

Lentamente, el Tor recuperó la calma.

—En cuanto al Castellano Lebbick —suspiró—, en estos momentos retiene el poco poder efectivo que queda en Orison. Pero incluso él halla difícil ignorarme; y no desea someter sus decisiones a mi opinión, así que me evita. Sospecho que pasa secretamente juicio de todas mis órdenes antes de ponerlas en práctica.

»Parece que he elegido una forma estúpida de llorar a mi hijo.

Terisa intentó captar la mirada de Geraden; deseaba enviarle un mensaje mental, urgirle a que no dijera nada al Tor respecto a Nyle y Elega. El viejo señor estaba empezando a recordarle al Reverendo Thatcher.

Geraden, sin embargo, se negó a recibir su señal. Su mirada estaba clavada en el Tor, y su expresión se había suavizado, aunque su actitud seguía siendo hosca.

—Lo siento, mi señor —dijo secamente—. No tengo tiempo para tu pesar.

Bajo su grasa, los músculos del rostro del Tor se tensaron peligrosamente, pero Geraden siguió sin hacer ninguna pausa:

—Necesito hablar con el Rey Joyse. Puesto que no está aquí, hablaré contigo. No puedo comunicarle esto al Castellano. No voy a decírselo a nadie que no sea amigo de mi padre.

Había captado la atención del Tor.

—Considero al Domne mi amigo —retumbó lentamente el señor—. Y tu pasada cortesía supera tu actual rudeza. —Parpadeó, apartando el velo del vino de sus ojos: su mirada era dura ahora—. Estoy interesado en lo que necesitas decirle al Rey.

Terisa se sintió de pronto avergonzada de sí misma. Antes que desconfiar del abatimiento del Tor, Geraden estaba intentando ayudar.

Aquella percepción la hizo estremecer. Ella nunca había hecho nada para ayudar al Reverendo Thatcher. Lo había escuchado durante horas, pero nunca había intentado ayudar.

—Probablemente habrás oído el rumor de que el Rey Joyse cree que dama Elega se ha vuelto contra él. —Geraden no necesitaba fingir dureza; la débil fuerza que lo había traído hasta allí raspaba en su voz—. Bien: es cierto.

Tan suavemente como el morder de una sierra, Geraden le contó al Tor lo que sabía de Elega y el Príncipe Kragen y Nyle. Cuando hubo terminado con los hechos básicos, añadió:

—Dos de mis amigos, dos guardias, la están siguiendo por todas partes. Pero ahora sabe que sospechamos de ella. Será más cautelosa. Voy a decirles a mis amigos que la olviden y se concentren en Nyle. —Pronunció el nombre de su hermano con un tono de forzada impersonalidad—. Quizás él nos conduzca a las respuestas.

El Tor sostuvo su mirada: sus ojos parecían como cuentas de cristal encajadas en masa de harina.

—He oído gran cantidad de rumores —comentó cuando Geraden hubo terminado—. El deber fuera de esta puerta es aburrido, y muchos de los guardias viven de la conversación. He oído un rumor de que tu hermano Artagel, que tiene la reputación de ser el mejor espadachín de Mordant, se enfrentó al Monomach del Gran Rey y cayó. —Su tono no se hizo claro hasta que preguntó—: ¿Está seriamente herido?

Geraden tragó saliva convulsivamente.

—Sí.

Sin parpadear, el Tor estudió por un momento a Geraden. Luego dijo:

—He perdido un hijo. No quiero tener que decirle al Domne que me quedé sentado borracho sobre mis posaderas mientras uno de sus hijos era muerto por el Monomach del Gran Rey y otro se vendía al Monarca de Alend. ¿Qué quieres que haga?

Inmediatamente, Geraden respondió:

—No dejes que el Castellano Lebbick interfiera. Haz que deje a Nyle tranquilo. —Se sentía claramente aliviado de abandonar el tema de Artagel—. Y dile que asigne a Argus y Ribuld a mí. Dile que te estoy haciendo algún tipo de favor y necesito su ayuda. —Su voz sonó clara, casi autoritaria, como si hubiera estado envuelto en situaciones como aquélla toda su vida—. La última vez que intentaron ayudarme, los censuró severamente por ello. Harán un mejor trabajo si no tienen que eludirle constantemente.

Sonaba tan seguro de lo que estaba haciendo que Terisa deseó aplaudirle.

Sin embargo, no dejaba de sudar mientras hablaba.

El Tor le miró gravemente por unos instantes. Luego volvió la cabeza y dejó escapar un fuerte aullido que hizo que Terisa diera un salto y trajo inmediatamente a los guardias al interior de la estancia.

—¿Sí, mi señor Tor? —preguntó uno de ellos. Estaba en buenas relaciones con el autonombrado canciller—. ¿Aullaste?

—¡Patán! —bufó el Tor—. Eso no fue un aullido. Eso fue una educada petición de atención. —Su risita sonó como un eructo—. Si alguna vez tienes la desventura de oírme aullar, no hablarás tan tranquilamente de ello.

»Pero, ya que estás aquí... —Hizo girar los ojos al techo, como si estuviera contemplando toda una letanía de deseos—. Quiero salsa de arándanos con ese pato que el cocinero está tardando ya demasiado en traerme. Quiero más vino. Quiero paz o guerra con nuestros enemigos, lo que les cause más consternación. —Se frotó una gorda mano por sus mejillas—. Creo que quiero un barbero. Pero, sobre todo —repentinamente, su voz pareció dejar asomar un cuchillo oculto hasta entonces en alguna parte— quiero al Castellano.

Secamente ahora, añadió:

—Sé tan amable de informarle que requiero unos pocos momentos de su tiempo..., casi inmediatamente.

—Como deseas, mi señor Tor. —Sonriendo, los guardias se retiraron.

El Tor miró a Geraden y se encogió de hombros.

—Puede que no venga inmediatamente, pero no dejaré de insistir hasta que lo haga.

—Gracias, mi señor Tor —el Apr sonaba sincero—. Eso hará las cosas más fáciles.

Con un aleteo de su mano libre, el Tor echó a un lado la gratitud. Tras pensarlo unos instantes, dijo severamente:

—Joven Geraden, tu reputación para los desastres es enteramente engañosa. Me has mostrado que mi Rey necesita este canciller de una forma que no había sospechado. Creo que empezaré a sentirme más seguro de mí mismo.

Apuntando al Apr con un rollizo dedo, añadió, en un ominoso retumbar:

—Mientras tanto, te aconsejo que detengas a Nyle antes de que vaya demasiado lejos. La unión de los Cares es más frágil cada vez. Una ruptura abierta ahora entre el Rey Joyse y el Care de Domne puede traernos pesar a todos.

Vació rápidamente su frasco. Luego ladró alegremente:

—Mientras tú estás ocupado con otras cosas, yo me encargaré de enseñarle a mi dama Elega el temor a ser descubierta.

Por un extraño momento, Terisa sintió deseos de echarse a reír. La idea de una confrontación entre el enorme y viejo señor y la princesa real tenía muchas posibilidades. Pero su regocijo fue primariamente una reacción a la tensión: tan pronto como miró a Geraden, se evaporó. La sonrisa del Apr era casi una febril imitación de la sonrisa que exhibía Artagel en el combate.

Afortunadamente, el Tor observó también su expresión.

—Ya puedes irte, joven Geraden —dijo firmemente—, a menos que tengas más traiciones que revelar. No tengo intención de compartir mi pato con nadie. Házmelo

saber tan pronto como tengas nuevas noticias de Artagel.

—Gracias, mi señor. —Geraden se encaminó inmediatamente hacia la puerta.

Terisa deseaba darle las gracias más detenidamente, hacerle saber lo mucho que hacía por Geraden. Pero no podía hacerlo y seguir al mismo tiempo al Apr.

El viejo señor, sin embargo, pareció comprender.

—Cuida de él, mi dama —murmuró, despidiéndola con un gesto—. Te necesita.

Dedicándole su mejor sonrisa, Terisa abandonó el apartamento y siguió a Geraden escaleras abajo.

El Apr redujo su paso tras un tramo o dos para que ella pudiera alcanzarle.

—¿Me disculpas? Me gustaría llevarte conmigo, pero el médico no te dejará entrar. Yo prácticamente tuve que amenazar su vida para poder ver a Artagel. Puedes hallar el camino de vuelta a tus aposentos, ¿no? ¿Estarás bien?

—Geraden... —Terisa apoyó una mano en su brazo para que le escuchara—. Hiciste lo correcto con el Tor. Le diste lo que necesitaba. —No acostumbrada a decir aquellas cosas, sonó para sí misma terriblemente forzada..., y se odió por ello. Pero no cedió—. Estoy orgullosa de ti.

Aquello le llegó a Geraden a lo más profundo. Los músculos en torno a sus ojos se relajaron, y algo que parecía una sonrisa flotó en las comisuras de su boca.

—Le aprecio —explicó simplemente.

—Estaré bien —prometió ella—. Ve a ver a Artagel. Hazme saber inmediatamente cómo está.

Él asintió y partió corriendo.

Ella volvió sola a sus aposentos y pasó el resto del día intentando no pensar.

A la mañana siguiente, el médico de Artagel aventuró la opinión de que su paciente podía sobrevivir a su herida.

Torpe por el agotamiento y mareado por el alivio, Geraden acudió inmediatamente a darle la noticia a Terisa antes de ir a sus propios aposentos para descansar un poco.

—Ahora sólo es cuestión de la infección —informó—. Si puede superar eso, lo logrará.

Como si se le ocurriera de pronto, añadió:

—El Tor hizo lo que le pedí. Argus y Ribuld trabajan ahora para mí. Al Castellano Lebbick no le gusta, pero supongo que el Tor le dijo que yo tenía algunas ideas respecto a cómo protegerte de Gart. Hasta ahora, no han conseguido localizar a Nyle.

Terisa deseaba que se quedara con ella. Estaba perdiendo toda la habilidad de hubiera podido tener de resistir estar sola. Cuando estaba sola, el Monomach del Gran Rey y el Castellano Lebbick y el Maestro Eremis parecían estar agazapados escondiéndose a su alrededor, aguardando su momento más vulnerable. Y no se sentía mucho más confortada cuando lograba concentrarse en Elegá, Nyle y el pretendiente de Alend, o se preocupaba acerca de Myste y el campeón, o intentaba analizar las relaciones entre el Maestro Quillón, el Adepto Havelock y el Rey Joyse, o se preguntaba qué oculto talento para la Imagería podían tener ella o Geraden. Cada cuestión era peligrosa.

Pero Geraden parecía tan cansado —tan emocionalmente vacío como físicamente débil— que sintió piedad por él. Tan firmemente como pudo, lo envió a sus aposentos, ordenándole que no regresara hasta que se hubiera recuperado con un buen sueño.

A solas, se volvió para enfrentarse al día con el mismo espíritu con el que demasiado a menudo se había enfrentado a sus noches en su antiguo apartamento: como si la única cosa que pudiera esperar hacer con su tiempo fuera aferrarse a un tenue pero necesario sentido de su propia existencia.

La vista desde sus ventanas la interesó por un rato. El temprano deshielo estaba instalándose para una larga estancia. La luz del sol se derramaba sobre el apilado montón de piedras de Orison, fundiendo más nieve, creando más lodo. Las multitudes hormigueaban en el *bazar*, tan ansiosas como el día anterior. Carros y carretas llegaban por el camino hasta la puerta del castillo, con sus ruedas de madera ceñidas con hierro cortando a la vez nieve y lodo. De nuevo deseó salir. Pero no podía..., no sola.

Se sentía perdida en su propia compañía.

Al cabo de poco rato, Mindlin el modisto llegó para devolverle sus viejas ropas y anunciarle que mañana, o pasado mañana como máximo, esperaba recibir el material que necesitaba para ella, a menos que ocurriera algo espectacular con el tiempo. Como amiga de dama Elegá, ella tenía su primera y mayor atención, así que creía poder prometerle con confianza que sus nuevos vestidos estarían dispuestos para la primera prueba dentro de seis días como máximo.

Desgraciadamente, la cuestión de cuál sería el aspecto de esos nuevos vestidos no consiguió apartarla de sus pensamientos. Tenía otras cosas en mente.

¿Dónde estaba el Maestro Eremis?

¿Qué estaba haciendo ella allí?

¿Cómo podía saber nada acerca de sí misma sin un espejo?

¿Por qué las únicas veces que era capaz de llegar hasta Geraden era cuando él estaba dolido? ¿Por qué seguía guardándole secretos como si no confiara en él?

Si seguía pensando en todo aquello, podía acabar volviéndose loca. Aquellas cuestiones imposibles no hacían más que recordarle de lo que carecía. Ignoraban lo que tenía: la amistad de Geraden, y la de Artagel; el respeto del Tor; quizás incluso la gratitud de Myste, si aún estaba con vida. Así que se sintió feliz por la distracción cuando una llamada a la puerta anunció que tenía un visitante. Podía ser el Maestro Eremis. E incluso el Castellano Lebbick sería algo mejor que su propia compañía.

Era el Maestro Barsonage.

El mediador de la Cofradía era una visita tan inesperada que al primer momento no notó el cambio en su apariencia. Pero la forma vaga en que eludió su mirada mientras la saludaba la hizo mirar más allá de su sorpresa y ver su aflicción.

—Maestro Barsonage. Entra.

—Gracias, mi dama. —Con aire incierto, como si no supiera dónde iba, penetró en la habitación arrastrando los pies.

Parecía *deshinchado*..., ésa era la única descripción en la que podía pensar que encajara con él. Cuando lo había conocido por primera vez, su amplitud casi le había parecido igual que su altura. Sus cejas brotaban densas, como cerdas. Su piel tenía el color y la textura del pino recién cortado. Ahora, sin embargo, aquel tono amarillo se había vuelto enfermizo, y su piel parecía colgar flácida bajo su pelado cráneo. Sus cejas colgaban también; las arrugas descendían por sus mejillas. Sus movimientos y su diámetro corrían parejos: eran flácidos, como vejigas a medio llenar.

—Es un honor. —Lo dijo sin sarcasmo, porque el Maestro parecía tan abatido..., y tan inconsciente de ello—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Los ojos del hombre siguieron evitando los de ella.

—La verdad es que no lo sé, mi dama.

Bien, no podía dejarle allí de pie en medio de la alfombra con el dibujo de plumas de pavo real.

—¿Por qué no te sientas? —Hizo un gesto hacia una de las sillas—. ¿Un poco de vino?

Aceptó la silla. Un leve movimiento de sus manos rechazó el vino. Cuando habló, su tono era tan incierto como su apariencia.

—Fuiste atacada, mi dama.

Ella gruñó para sí misma ante aquello. Ya había sostenido aquella misma conversación más veces de las deseadas. Pero luego reflexionó que no era culpa de ella si él se sentía desgraciado. Con más aspereza de la pretendida, respondió:

—Otra vez. Y ya es la tercera.

Él parpadeó vagamente en su dirección.

—¿La tercera?

—¿No te habló el Maestro Eremis de la segunda? Fue inmediatamente después de la reunión con los señores. El Príncipe Kragen y el Perdon casi resultaron muertos.

—No —jadeó. Su voz sonaba también deshinchada—. El Maestro Eremis no mencionó... Ha abandonado Orison. Para regresar a Esmerel, dijo. Ayer..., cuando se inició el deshielo. Tuve que devolverle su casulla, por supuesto. No hay ninguna prueba contra él. No podía soportar nuestros debates, dijo. —Inconsciente de las reacciones de ella, preguntó con sencillez, como si ambos fueran niños—: ¿Por qué fuiste atacada, mi dama?

Aquello hizo que su corazón golpeará contra sus costillas. Así que había una razón por la que el Maestro Eremis no había acudido a verla desde el ataque de Gart. Probablemente había abandonado Orison antes de que ocurriera. Por otra parte, no se había despedido de ella...

Dolorosamente confusa, intentó concentrarse en el mediador.

—Todo el mundo desea saber por qué fui atacada. —Su madre la habría enviado a su habitación por emplear aquel tono—. Tú, el Castellano Lebbick, Geraden y Artagel, el Príncipe Kragen —con un esfuerzo, se obligó a no mencionar el nombre de Elega—, incluso el Rey Joyse. Hasta yo deseo saber por qué fui atacada. ¿Qué importancia tiene eso para ti, Maestro Barsonage?

Los ojos del maestro seguían sin cruzarse con los de ella. Toda la furia parecía haberle abandonado. Con aquella misma voz simple, respondió:

—He dedicado a ella toda mi vida. La Cofradía está arruinada, mi dama.

—¿Arruinada? —Lo que acababa de oír era más inesperado que su aparición—. ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Nos hemos disuelto.

Ella le miró fijamente.

—Espera un momento. Dilo de nuevo. ¿Habéis *disuelto* la Cofradía?

—El nombre aún existe, por supuesto. El Rey Joyse no quiere que terminemos. En consecuencia, seguimos. Pero ahora ya no tiene ningún significado. Hemos acabado con todo..., acabado con los imposibles ideales de nuestro Rey y la forma en que nos ha abandonado. Cada uno de nosotros seguirá su propio camino.

»A menos que tú me digas por qué fuiste atacada.

La sangre de Terisa parecía como sebo en torno a su corazón, coagulada y pegajosa.

—Mi dama, hemos discutido y discutido hasta perder nuestras voces..., y nuestros corazones. No te molestaré con las argumentaciones. Sin propósito, no somos nada. O bien el Maestro Gilbur es un traidor, o no lo es. En cualquier caso, no hay nada que podamos hacer. Está más allá de nuestro alcance. O bien la traslación del campeón fue un error, o no lo fue. En cualquier caso, no hay nada que podamos hacer. No tenemos cristal para devolverlo a su propia vida. Y no podemos alcanzarle para efectuar ninguna otra traslación.

»O bien la traslación que te trajo a ti entre nosotros fue un error, o no lo fue. En cualquier caso, no hay nada que podamos hacer. A menos que sepamos.

—¿Saber qué?

Sus flácidas manos hicieron un gesto hacia ningún sitio.

—Podemos servirte, mi dama. Si tienes alguna razón para estar aquí. El Monomach del Gran Rey arriesga su vida para terminar con la tuya. ¿No eres una amenaza? ¿No eres una Imagera? Entonces vuélvete hacia nosotros, mi dama. Danos un propósito. Deja que te sirvamos.

No. Aquello era demasiado. No. Se apartó de ello.

—¿No tenéis miedo de que pueda ser un enemigo?

Encogió unos vacíos hombros.

—El Monomach del Gran Rey arriesga su vida para terminar con la tuya —repitió—. No eres una amiga de Cadwal. Eso es más seguro que cualquier otra cosa que tengamos. Confiaremos en ello..., si nos das un propósito.

Él no podía *hacer* eso. No podía hacerla responsable de la Cofradía..., de todos aquellos Maestros que la despreciaban, que despreciaban a Geraden. Aquél era el mismo hombre que le había prohibido recibir información apenas llegar. Amargamente, dijo:

—No habéis obtenido ninguna respuesta aceptable, así que finalmente habéis decidido abandonar. ¿Le habéis dicho ya algo de eso a Geraden?

Suavemente, el Maestro Barsonage admitió:

—No he tenido el valor. —Luego añadió—: Ninguno de los Aprs ha sido informado. De modo que continúan atendiendo los fuegos y el laborium a fin de que podamos hacer nuestro trabajo..., si somos capaces de hallar algún propósito para él.

Sólo por un momento, Terisa consideró la posibilidad de decirle lo que nunca le había dicho a Geraden ni a nadie: que ella habla visto los tres jinetes de su sueño en el augurio de la Cofradía. Pero el pensamiento de lo que él podía hacer con aquel conocimiento la detuvo.

Podía depositar toda la responsabilidad de la Cofradía sobre sus hombros,

haciendo demandas que ella no sabría cómo atender o rechazar.

—Maestro Barsonage —dijo, mientras la presión se incrementaba en sus venas—, ¿no crees que estás pidiendo demasiado? Apenas has sido *educado* conmigo desde que llegué aquí. Ciertamente, no has sido *decente*. Has ignorado mi ignorancia..., y lo que me ha costado. Y sigues ignorándola. Me ignoras a mí. No sé por qué Gart desea matarme. Allá de donde vengo, los espejos solamente reflejan. No *hacen* nada. *No soy una Imagera*.

Pese a su vehemencia, él siguió sin enfrentarse a sus ojos. En vez de ello, inspiró profundamente varias veces, como si estuviera bombeándose interiormente, y sus manos se cerraron hasta formar puños.

—Mi dama, esto está equivocado. La Cofradía es peligrosa, pese a lo que piense el Rey Joyse ahora de ella. Se alza entre nosotros y el sangriento caos..., entre Mordant y el horror. La guerra es sólo guerra. Los hombres resultan muertos. Las mujeres maltratadas. Luego la lucha cambia a otro lugar, y aquí hay paz por un tiempo. Pero, sin la Cofradía para controlarla, la Imagería puede desencadenar un mal tan enorme sobre los inocentes...

»Lo haré, mi dama. Debo hacerlo. Aunque cada Imagero vivo sea un hombre de buen corazón, con intención de hacer sólo lo que es beneficioso, su Imagería puede convertirse en último término en una abominación. Porque irá a parar a manos del Gran Rey Festten, o del Monarca de Alend, o de quien tome el poder en Orison..., y esos gobernantes exigirán que su Imagería se dedique a la destrucción. Deben hacerlo, porque están en guerra. Sin embargo, no serán ellos quienes sufrirán. Sus soldados pagarán su precio..., y el resto recaerá sobre todos los inocentes del mundo.

»Puesto que el Rey Joyse nos ha vuelto la espalda, no hay otra esperanza. Sólo la Cofradía puede impedir esto. Si es fuerte y segura..., y si tiene un propósito que la una.

»Tú eres la respuesta, mi dama. No debes abandonarnos a la ruina.

La emocionó. Pese a su furia, a su rechazo instintivo, la emocionó. Quizá su creencia de que ella podía ayudarles fuera una ilusión. Sin embargo, el miedo que lo impulsaba era real.

—Maestro Barsonage —dijo suavemente—, el hecho honesto es que no sé lo que está ocurriendo. No comprendo nada de esto. Pero soy como tú. No creo que la Imagería deba ser utilizada para la destrucción.

»Te diré la verdad acerca de mí..., tan pronto como descubra cuál es. Si resulta ser una respuesta, nos ayudará a los dos.

No pudo decir si él captó lo que acababa de decirle. De hecho, no pudo decir siquiera si la había oído. Sus ojos permanecían lejos de los de ella, y su rostro colgó

bajo su cráneo como si ella hubiera rechazado completamente su llamada.

Al cabo de un momento, se levantó de su silla y se alejó cansadamente.

Terisa se quedó con otra terrible cosa más que debía decirle a Geraden.

La ventaja era que ya no tenía que seguir preocupándose de su asidero a la sustancialidad. Estaba demasiado preocupada por él como para correr algún peligro de desvanecerse.

Hacia mediodía del día siguiente, Geraden acudió a sus aposentos para llevarla a ver a Artagel.

Terisa había pasado toda la noche reuniendo su valor. Pero no había ninguna forma amable de decir lo que necesitaba decir, de modo que simplemente le describió su conversación con el mediador. Luego se mordió los labios y contuvo el aliento, aguardando a ver cómo tomaba él la noticia.

Para su desánimo, se la tomó a carcajadas.

Rió tan fuerte que tuvo que apoyarse en la pared..., una extraña y silenciosa risa que sacudió todo su cuerpo pero no produjo ningún ruido. Frunció el rostro como si estuviera llorando; de hecho, las lágrimas inundaron su rostro. Pero estaba evidentemente riéndose, tan abrumado por el regocijo que parecía casi histérico. Golpeó sus manos una contra otra como si estuviera aplaudiendo.

—Bien, tienes que admitir —exclamó en medio de su ataque de risa— que es lógico.

Ella no tenía idea de qué hacer. ¿Se había vuelto realmente histérico? Tenía derecho a estarlo: estaba sometido a suficiente tensión. ¿Significaba eso que debía abofetearle?

Se suponía que debía contarle lo de los jinetes de su sueño. Lo sabía. Sin embargo, no podía hacerlo. Tenía miedo.

—Todo vuelve a ti. —Intentando contenerse, hincó los dientes en uno de sus nudillos, lo bastante fuerte como para hacer brotar unas gotas de sangre. El dolor le ayudó a recuperar un cierto control—. Aunque no tengas nada que ver con ello. Aunque estés aquí sólo porque yo poseo algún sorprendente nuevo talento del que nadie había oído hablar nunca antes. Pero tiene que haber una razón. Una razón por la que yo te trasladé a ti en vez de a alguien distinto. De otro modo, sólo fue un accidente. No significa nada. De una u otra forma, ésta es la cuestión fundamental de la Imagería.

»Tú *eres* la respuesta.

Como el Maestro Barsonage, él tampoco pudo enfrentarse a su mirada.

—La Cofradía disuelta. Toda mi vida..., desde que llegué a Orison...

»Oh, Terisa.

Pero no dejó que ella le tocara.

—Probablemente es justo así —dijo, en un galante y miserable intento por sonar alegre—. Pasé la mayor parte de mi tiempo intentando conseguir algo de mi trabajo. Ahora puedo concentrarme en cosas más importantes.

Bruscamente, insistió en escoltarla a visitar a Artagel.

Durante el camino, anduvo como un hombre que tuviera algo roto en el pecho y no supiera lo que era. Sin embargo, siguió andando. Su autocontrol daba la impresión de que no tenía ninguna idea de hasta qué punto había sido herido.

Los aposentos de Artagel estaban en una parte de Orison que Terisa sólo había visitado una vez, durante el recorrido con Geraden..., una enorme madriguera de habitaciones construidas de cualquier manera una alrededor de otra y una encima de otra. Las hubiera identificado como el equivalente de los barracones en el castillo, si ella y Geraden no se hubieran encontrado con tantos guardias, y si ella no hubiera visto intercaladas entre las habitaciones las inconfundiblemente militares salas donde se reunían los guardias. Por la apariencia del lugar, supuso que cada hombre tenía como máximo una habitación para él; las habitaciones más grandes eran probablemente compartidas. Artagel, sin embargo, disponía de una modesta suite para él solo..., un dormitorio, un saloncito, una cocina y un lavabo, que en su conjunto ocupaban menos espacio que el dormitorio de los aposentos de ella.

La mayor parte de la suite carecía de todo adorno y apenas estaba amueblada: al parecer, su ocupante no pasaba el tiempo suficiente en Orison como para preocuparse por sus habitaciones. O quizá su sentido del *hogar* estaba enfocado exclusivamente en Houseldon. Fuera cual fuese la razón, sus aposentos contenían sólo una pieza de decoración: un largo armero, que ocupaba dos paredes del saloncito, y del que colgaba un auténtico enjambre de las más variadas espadas, todas rotas o melladas.

—Son hojas que le han fallado —susurró Geraden como explicación, mientras conducía a Terisa hacia el dormitorio.

Allá estaba Artagel tendido en una austera cama, una simple armazón de madera con tiras de tela entrelazadas formando un fondo sobre el que reposaba un colchón. No había chimenea, y el aire era frío. Además, estaba desnudo hasta la cintura, excepto los vendajes que envolvían su torso. Pese a todo, el sudor perlaba su piel, y sus ojos brillaban oscuros, como si contuvieran fuegos secretos.

Geraden había advertido a Terisa que estaba febril; pero ella se sintió abrumada de todos modos al verle sonreír como si estuviera a punto de lanzarse de nuevo al

ataque contra Gart.

Había ensayado un discurso para él, en el que le daba las gracias, pero no pudo pronunciarlo. No había grasa en él: todos los músculos quedaban claramente señalados bajo la piel. Y el sudor realzaba sus cicatrices, haciendo que captaran la luz de una forma distinta, de modo que no podía ignorarlas. Había recibido cortes y cortes... Parte de su pecho parecía como si alguien hubiera hundido una vez un poste en él y, de alguna forma, él hubiera sido capaz de desarrollar el suficiente tejido para regenerar la herida. Y bajo sus vendajes había otra herida.

Sus ojos derramaron lágrimas, convirtiendo la imagen de Artagel en una confusión de luz reflejada de las lámparas.

—Lo siento. No sé por qué él desea matarme. Juro que no sé por qué desea matarme.

—Mi dama. —Los ojos de Artagel brillaron en la confusa imagen, y su voz sonó como sus ojos—. Tu mejilla está casi curada. Eso está bien. Cuando te alcanzó, pude ver lo malo que era el asunto. Pensé que llegaba demasiado tarde. Luego este idiota —se refería a Geraden— saltó contra él y casi consiguió que le partiera el cuello. Pensé que os había perdido a los dos. Me alegro de que tuvieras rápidos reflejos.

Mientras Terisa parpadeaba para aclarar su vista, añadió:

—He estado practicando ese contraataque que utilizó contra mí. Creo que ahora ya sé qué hacer al respecto.

—Si alguna vez tienes la oportunidad de encontrarle —intervino hoscamente Geraden—. Voy a atarte a esta cama hasta que todo haya terminado. De esa forma, no tendremos que averiguar si puede vencerte tres veces consecutivas. No puedo soportar la inquietud.

La sonrisa de Artagel parecía como el fuego en su mirada.

—Ése es el problema contigo. No tienes ninguna confianza en mí.

Geraden no tenía un buen día. Por un momento, Terisa temió que pudiera perder su control sobre sí mismo. Pero, de alguna forma, consiguió devolverle la sonrisa a su hermano.

—Oh, cállate —murmuró con un denso gruñido—. Me estás rompiendo el corazón.

—Ya lo has oído, mi dama. —Inesperadamente, Artagel empezó a quedarse dormido—. Si despiertas una mañana y te encuentras muerta, conmigo hecho un ovillo en el suelo a tu lado, ya sabrás lo que ha ocurrido. Tranquila. —Cerró los ojos, y una sutil tensión desapareció de él.

Terisa y Geraden lo dejaron descansar.

Durante otros dos días no ocurrió nada. El deshielo se frenó, pero no se interrumpió. Mindlin envió aviso de que el material había llegado. Argus y Ribuld no encontraron ninguna huella de Nyle. Para pasar el tiempo, Terisa daba largos paseos sin rumbo fijo por Orison; incluso visitó de nuevo el bazar, porque deseaba un poco de aire fresco. Ahora, cada vez que abandonaba sus aposentos a solas, al menos uno de sus guardias la acompañaba: el Castellano Lebbick había dado órdenes estrictas relativas a su protección. Pero Terisa no vio por parte alguna ningún signo del Príncipe Kragen ni del Monomach del Gran Rey.

Poco después del desayuno del tercer día, sin embargo, Geraden acudió a sus aposentos.

—Acabo de tener una charla con el Tor —anunció, intentando sonar alegre. Sin embargo, su tensión era demasiada para conseguirlo.

Ella formuló la pregunta natural:

—¿Qué quería?

—Deseaba hablarme de su conversación con Elega.

—¿Y cómo fue?

—No muy bien. Creo que él la subestimó. —Geraden agitó la cabeza. No le gustaba lo que estaba pensando—. Recuerdas que dijo que deseaba enseñarle «el temor a ser descubierta».

Desgraciadamente, ella no parece temer ser descubierta. «Declina ser enseñada», me dijo. De hecho, le desafió a que presentara alguna prueba, por pequeña que fuera, de que estaba en comunicación con el Príncipe Kragen.

»Lo cual pone las cosas bastante mal —comentó—. Sean cuales sean sus planes, ya están en marcha. Y ella está segura de que no podemos detenerla. Pero... —Hizo una mueca y miró hoscamente a Terisa—. Fue tan convincente que el Tor no está seguro de seguir creyéndonos.

Terisa se sobresaltó.

—Hizo todo un discurso al respecto. Me dijo que antes de que lanzara más acusaciones contra mi propio hermano y la hija mayor del Rey, debía de hacer un esfuerzo y presentar uno o dos testigos, en vez de confiar en meras sospechas.

—Pero yo vi al Príncipe Kragen y a Nyle encontrarse —protestó ella.

Él agitó de nuevo la cabeza.

—Ambos salieron de detrás de la misma tienda. Quizá simplemente coincidió que fueron allá al mismo tiempo para orinar un poco.

—¿Crees que estoy equivocada?

—No —respondió él de inmediato—. Se está comportando de una forma demasiado extraña. Tiene que haber una explicación. —Un momento más tarde, sin embargo, añadió con tono apenado—: Pero no me gustaría que el Castellano Lebbick lo arrojara a las mazmorras por razones tan tenues como las que tenemos nosotros.

Aquella expresión de certidumbre hizo muy poco para hacer sentir a Terisa mejor.

Geraden regresó para pasar la tarde con ella. Estaban juntos cuando un guardia trajo un mensaje de Argus y Ribuld.

Era críptico:

«Encontrado Nyle. Ver Artagel.»

Así pues, Terisa y Geraden fueron a ver a Artagel.

Estaba medio sentado en la cama, con varias almohadas colocadas a la espalda, y sus ojos parecían más claros y fríos, menos febriles. Su sonrisa era distante y un poco fría, antes que feroz.

—Vino a verme —explicó—. Lo localizaron cuando se iba.

—No lo entiendo —murmuró Geraden—. Ha estado ocultándose durante días. ¿Por qué repentinamente decide venir a verte?

Artagel intentó encogerse de hombros; su torso se resintió.

—Si *tú* no lo entiendes, no esperes que *yo* lo imagine. —No estaba siendo sarcástico—. No lo entiendo más de lo que te entiendo a ti.

Geraden ignoró aquella observación.

—¿Qué deseaba hablar contigo? ¿Qué dijo?

El recuerdo intensificó la poco habitual tristeza de Artagel. Con un hilo de voz, dijo:

—No pareció feliz de verme. Supongo que porque estoy herido. Pero me ha visto herido otras veces. Al menos no estoy muerto. Si estaba preocupado por mí, ¿no hubiera debido alegrarse de ver que me voy recuperando?

»Sea como sea, me preguntó si tenía alguna noticia de Houseldon. Pero él ha estado allí más recientemente que yo. Me preguntó —los ojos de Artagel evitaron los de Geraden— cuándo ibas a dejar de molestar a la familia aquí y regresar a casa, que es donde perteneces. No intenté responder a eso.

Geraden permaneció inmóvil y en silencio.

—Luego me preguntó qué le ocurriría a Orison en un asedio, ahora que teníamos esa brecha en el muro. La última vez que la vi, el muro que estaba construyendo Lebbick en ella para tapparla no era muy impresionante. Me preguntó si disponíamos

de alguna defensa. Me preguntó cuánto tiempo creía que pasaría antes de que el Rey Joyse nos metiera en una guerra con *alguien*. Pero no escuchaba mis respuestas.

»Luego... —Artagel miró al techo, mientras las líneas en su rostro se hacían más profundas, talladas por sus recuerdos—. Luego me dijo cómo me admiraba. Yo era su héroe..., *siempre* había sido su héroe. Lo primero que podía recordar acerca de su propia vida era desear ser como yo. Pero simplemente no tenía el equilibrio, ni los reflejos. Y sus músculos se negaban a desarrollar el tipo de fuerza correcta para una espada.

»Y todo el mundo en la familia parecía estar contento con él de la forma que era, cuando la forma que él era no era la que él deseaba. Tener a sus padres y sus hermanos contentos con él no conseguía nada excepto que le doliera el corazón. Se sentían orgullosos de mí. Y tenían ambiciones hacia ti. Deseaban que te casaras con Elega y te convirtieras en un gran Imagero. Pero nadie deseaba nada para él. O de él.

Artagel se detuvo y tragó dificultosamente saliva.

—¿Eso es todo? —preguntó Geraden en voz baja—. ¿No dijo nada más?

—Ya te lo dije —bufó Artagel—. No esperes que yo te lo explique. —Pero su furia no iba dirigida a Geraden—. Lo mejor que pude pensar fue preguntarle cómo había conseguido admirarme, cuando yo ni siquiera tenía casa propia ni mujer que cuidara de mí, sin mencionar hijos, y estaba tendido aquí con un estúpido *agujero* en mis costillas después que el Monomach del Gran Rey me hubiera vencido ya otras dos veces.

Geraden apoyó una mano en el hombro de su hermano.

—No te preocupes por ello. No había nada que pudieras decir que hubiera significado alguna diferencia para él. Ya se ha comprometido. —Su tono era más tranquilizador que su expresión—. Simplemente estaba intentando disculparse.

—¿Disculparse? ¿Por qué?

—Por elegir el otro bando. —Geraden sonó como si lo comprendiera perfectamente—. Si todo lo que él y el Príncipe Kragen están planeando funciona, y tú y yo no volvemos nuestras espaldas al Rey Joyse..., puede que él termine siendo el responsable de nuestras muertes. —Una nota de amargura asomó a su voz—. Es por eso que debemos detenerle. Difícilmente podrá soportar el resto de su vida si nos tiene a los dos sobre su conciencia. Encima de todo lo demás.

Terisa observó a los dos hermanos estudiarse mutuamente. Al fin, Artagel consiguió esbozar una retorcida sonrisa.

—Bueno, yo no voy a poder ser de mucha ayuda. Ese médico jura que me clavará a la cama si intento levantarme demasiado pronto. Pero probablemente no hay ningún guardia en todo Orison que no sepa que Ribuld y Argus están intentando hacerte un

favor por mí. Deberías conseguir todo el apoyo que necesites.

De alguna forma, Geraden dejó escapar una risita.

—Preferiría tenerte a ti. Pero supongo que deberé conformarme con uno o dos mil de los mejores hombres del Castellano Lebbick. —Luego suspiró—. Espero que no nos tenga esperando mucho más tiempo. Quiero saber lo que está ocurriendo.

Terisa era de la misma opinión.

Tal como fueron las cosas, Nyle no los tuvo aguardando mucho más tiempo. De hecho, si Argus y Ribuld no lo hubieran encontrado cuando lo hicieron, probablemente ya no lo hubieran encontrado. Antes del amanecer del día siguiente, cuando Terisa aún estaba en la cama, enredada entre sudadas sábanas y soñando que podía ver la hoja de Gart mientras descendía sobre ella como el filo de una estrella, fue despertada por unos fuertes golpes sobre madera y la voz de Geraden.

—Terisa. *Terisa*.

Naturalmente, decidió que el ruido tenía que proceder de la puerta del pasadizo secreto. Retiró la sábana de su desnuda espalda y saltó de la cama, estremeciéndose al instante, para dejar entrar al Maestro Quillón o al Adepto Havelock. Pero aquello no tenía ningún sentido. ¿Por qué llamaban tan ruidosamente, cuando ella había olvidado colocar una silla en el armario para bloquear la puerta?

Con un estremecimiento, sus percepciones corrigieron su orientación. ¿Hacía realmente tanto *frío*, o estaba simplemente helada por efecto de sus sueños? Su bata estaba sobre la silla que hubiera debido estar en el armario. La tomó, metió los brazos en sus mangas, ató el cinturón en torno al suave terciopelo. ¿Geraden? Temblando tan fuertemente que casi perdió el equilibrio, fue al saloncito y descorrió el cerrojo de la puerta.

La luz de las lámparas del otro lado penetró por la abertura, barriendo a Geraden con ella.

—Ven —susurró el Apr de inmediato—. Tenemos que apresurarnos. Se marcha.

—¿Se marcha? —Su voz tembló incontroladamente—. ¿De qué estás hablando? ¿Qué hora es?

—Está a punto de amanecer. —Geraden respiraba afanosamente: había estado corriendo—. Se trata de Nyle. Ésta es nuestra oportunidad de descubrir qué está haciendo. Quizá sea nuestra oportunidad de detenerle.

—¿Se marcha? —repitió ella. Su bata no parecía proporcionarle ningún calor—. ¿Cómo puede marcharse? ¿Adónde puede ir?

—Eso es lo que debemos descubrir —siseó Geraden—. Simplemente *prepárate*. Estaba en los establos cuando Argus y Ribuld imaginaron finalmente lo que estaba

haciendo. Probablemente ahora esté ya en el patio. Habrá cruzado la puerta cuando te hayas vestido. Debemos *apresurarnos*.

Algo de su tensión la alcanzó. Se volvió para buscar algunas ropas. ¿Qué ropas? Su vieja blusa y sus pantalones. Y el chaquetón de piel de oveja. Las cálidas botas. Aún había un pequeño fuego en la chimenea. ¿Por qué tenía tanto *frío*?

—¿Cómo podemos seguirle? —preguntó, intentando mantenerse bajo control—. Prácticamente ya se ha ido.

Geraden se permitió un gruñido de exasperación.

—Argus nos está aguardando. Ribuld seguirá a Nyle. Nos dejará un rastro. *Vamos*.

Consiguió moverse e intentó apresurarse.

Violentos temblores hacían torpes sus manos. Pese a lo familiares que eran aquellas ropas, tuvo problemas para ponérselas. Desde la intimidad del cuarto de baño, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido con el tiempo? Me estoy helando.

—Hace frío, ¿no? —murmuró él—. El deshielo se ha detenido..., al menos por un tiempo. Pero no hay nieve nueva. Sería mejor para nosotros si la hubiera. Frenaría a cualquiera que estuviera avanzando en esta dirección. Y nos haría más fácil seguir a Nyle.

Una parte de ella se alegraba de que hiciera tanto trío, y se apresuró a pensar en lo que estaba haciendo. Si pensaba en ello, evitaría volverse loca. Sus aposentos estaban llenos aún de pesadillas. Sería bueno escapar de ellas.

Un momento más tarde, se puso su chaquetón y abandonó el cuarto de baño.

—Estoy lista —dijo, aunque aquello era probablemente una tontería—. *Vámonos*. Él sujetó su mano, y salieron.

Bajaron las escaleras casi corriendo. Sujetar la mano de Geraden le proporcionó la ilusión de que podía impedir que él cayera, pero no tropezó ni una sola vez. Todo lo que recordaba de los establos era que estaban en alguna parte cerca de la madriguera de habitaciones donde se acuartelaban los guardias. Y nunca había montado en un caballo. El camino que escogió Geraden parecía retorcido porque pasaba por un cierto número de largos y rectos corredores que avanzaban en dirección equivocada. El ejercicio estaba apenas empezando a generar algo de calor humano dentro de su chaquetón cuando llegaron al lugar donde Orison guardaba sus caballos en invierno.

El guardia en la entrada lateral asintió soñoliento y dijo:

—Argus está aguardando. No hagáis ruido. Se supone que nadie viene por aquí

tan temprano. Inquieta a los caballos. —Luego les dejó entrar.

El bajo techo estaba sostenido por un gran número de columnas de piedra, así como gruesos postes de madera que anclaban también los laterales y las puertas de los establos individuales. Además, muchos de los establos habían sido construidos al azar, con el resultado de que los pasillos entre ellos eran retorcidos. En consecuencia, las auténticas dimensiones del lugar eran difíciles de apreciar. Su tamaño resultaba evidente tan sólo desde uno de los pasillos principales, que se unían como caminos en el centro de los establos.

Durante su anterior visita, Geraden había llevado a Terisa a ese centro y le había mostrado cómo los establos se extendían cavernosamente a lo largo de un centenar de metros en cada dirección.

El techo multiplicaba los ruidos; pero el lugar era mucho más tranquilo ahora de lo que recordaba. Sin embargo, un constante murmullo susurrante, puntuado con el staccato de los golpes de los cascos y los resoplidos, llenaba el aire mientras los caballos se agitaban en su sueño, piafaban, pateaban y golpeaban los laterales de los establos. Tantos animales desprendían el suficiente calor como para mantener la temperatura del lugar, uno de cuyos efectos más apreciables era notar el dulzón y denso olor de los excrementos y la orina de caballo fermentando en la empapada paja. Todo aquello junto, el ruido y el calor y el olor, era extrañamente reconfortante, como un regreso a un seno primitivo. Y la atmósfera como de seno se veía incrementada por el hecho de que por la noche los establos sólo estaban iluminados por unas pocas lanternas situadas a intervalos considerables en los pasillos. Sin embargo, el aire hizo que Terisa tuviera la impresión de que le estaban creciendo hongos en los pulmones.

Geraden se llevó innecesariamente el dedo a los labios y la condujo hacia delante.

Terisa prestó tanta atención como pudo a mantener los pies fuera de los amarrados montones que salpicaban los pasillos, pero tenía un cierto número de otras cosas en las que pensar. Ahora que estaba más despierta, se sentía a la vez excitada y temerosa. Iba a *salir*. Por primera vez desde que se iniciara toda su experiencia, iba a ver el exterior de Orison. Por otra parte, creía instintivamente que algo iba a ir mal.

Geraden divisó a Argus. El guardia permanecía cerca de una linterna con tres caballos, ya ensillados. Pateaban y bufaban suavemente, quejándose de haber sido puestos a trabajar tan temprano por la mañana. Geraden hizo un gesto con la mano y se apresuró hacia el canoso veterano.

Preparándose para soportar el crudo sentido del humor de Argus, Terisa le siguió.

Sobre sus ropas de cuero, Argus llevaba una cota de malla y polainas; sobre su malla, una capa que parecía de piel de oso. Llevaba su casco de hierro encasquetado en la cabeza. Una daga colgaba de su cinturón en el lado opuesto a su espada, pero

había dejado atrás su pica. Cuando Geraden y Terisa llegaron a su lado, sonrió, mostrando los huecos donde varios de sus dientes habían sido rotos.

—Bien —dijo—. Tengo los caballos. También tengo coñac. —Señaló una pequeña bolsa atada a la parte de atrás de una silla—. Tú tienes una mujer. Esto va a ser más divertido que un turno de guardia.

Geraden ignoró aquella observación.

—¿Cuánta delantera crees que nos lleva?

—Ella me debe algo, ¿no crees? —insistió Argus—. No me importa lo fina dama que sea. Cuanto más fina, mejor. He arriesgado mi vida por ella dos veces ya. Me debe un poco de gratitud. —Tendió una callosa mano hacia la mejilla de Terisa.

—Argus. —Bruscamente, Geraden sujetó férreamente la muñeca del guardia. Aunque Argus era mucho más robusto, Geraden hizo bajar su mano. —No bromees conmigo—. Había ecos de fuerza en su voz..., una fuerza que Terisa no había oído desde hacía tiempo—. Nyle es mi hermano. ¿Qué delantera nos lleva?

Involuntariamente, Argus retrocedió un par de pasos.

—Tiene su propio caballo —respondió, como si se sorprendiera de haber retrocedido—. No tuvo que pedir permiso para tomarlo e irse. Y no tuvo que estar perdiendo el tiempo por ahí aguardándote. Pero Ribuld va tras él. Tendríamos que poder atraparlo.

—Entonces marchemos —dijo Geraden, impaciente. El eco había desaparecido—. ¿Cuál es el caballo de quién?

—Éste es el mío. —Con una palmada en sus ancas, Argus apartó de su camino un enjuto garañón—. Tú coge la yegua —señaló hacia un caballo más pequeño, del color de la grasa fresca para ejes—. Le gusta patear, pero podrás dominarla. Al menos es resistente.

»La dama puede coger el capón.

Terisa se encontró mirando a un caballo de ojos rancios, pelaje moteado y expresión de sublime estupidez.

Con un esfuerzo, carraspeó. Su voz sonó pequeña y perdida.

—En realidad, no he montado nunca a caballo.

Argus le lanzó una mirada que tanto podía ser de irritación como de regocijo.

—Geraden mencionó eso. No explicó por qué tienes que venir con nosotros. Quiero decir, si no sabes montar, y crees que eres demasiado buena para abrirte de piernas para un hombre que te salvó la vida, entonces, ¿para qué molestarse? —Se encogió enormemente de hombros—. Pero al menos me advirtió.

»La única forma en que este capón puede hacerte algún daño es si te pisotea. Sólo

tiene sesos para seguir la cosa más cercana que reconozca..., y la única cosa que reconoce es otro caballo. Simplemente agárrate al pomo de la silla y deja que él haga lo demás.

De todos modos, Terisa vaciló. Geraden y Argus la miraron. Bruscamente, Geraden avanzó y la llevó al lado de su montura. Sujetando el estribo, dijo:

—Pon tu pie izquierdo aquí, agarra el pomo de la silla, y pasa tu pierna derecha por encima. Deja las riendas donde están. Ajustaremos los estribos cuando estés en la silla.

Ella le miró fijamente y vio que sus ojos eran sombríos con reprimida urgencia. Tragó un nudo de alarma y asintió con la cabeza. Luego, antes de que el pánico tuviera tiempo de dominarla, puso su pie en el estribo y pasó la otra pierna por encima de la silla.

Argus la sujetó al otro lado y la estabilizó en la silla. El techo parecía peligrosamente cerca. Argus y Geraden ajustaron los estribos sin consultarla. El capón se agitó. Terisa se agarró al pomo de la silla hasta que le dolieron los nudillos. A nadie en particular, dijo:

—¿Por qué estoy haciendo esto?

—Porque —Argus exhibió los dientes que le quedaban— has oído decir que unas cuantas horas montada en un caballo hacen a una mujer desesperada por un hombre.

Geraden estaba ya sobre la yegua.

—Si no dejas de molestarla —murmuró—, aguardaré a que estemos a varios kilómetros de distancia, y entonces te partiré las dos piernas y dejaré que vuelvas a Orison a pie.

Argus dejó escapar una risotada que hizo que varios de los caballos más cercanos piafaran en protesta y trajo un furioso insulto de un caballerizo de guardia en el que Terisa no había reparado antes. Argus no se preocupó, sin embargo. Riendo para sí mismo, sujetó las riendas del garañón e hizo avanzar al animal tras él.

Terisa se aferró a la silla mientras Argus les conducía a ella y a Geraden hasta uno de los pasillos principales y a lo largo de él hacia el cerrado paso que iba en dirección al patio.

Los guardias en la entrada principal alzaron la puerta sin una palabra: al parecer, Argus ya había hablado con ellos. Pero, cuando él y su compañero alcanzaron la puerta que daba al patio —con Terisa temblando de nuevo ante el repentino descenso de temperatura—, tuvo que detenerse varios minutos para hablar con los centinelas. Le vio señalar a Geraden, le oyó mencionar a Artagel. Finalmente, la puerta se abrió, y los caballos salieron al patio, haciendo crujir el helado lodo.

—Una puerta más —le dijo Geraden suavemente—, y luego ya podremos

apresurarnos.

El cielo estaba despejado sobre los altos y oscuros muros de Orison, pero la mayor parte de las estrellas habían desaparecido, lavadas por el gris fluir del amanecer. El aire era tan cortante que le dolía en la garganta: podía notarlo en el fondo de sus pulmones, pinchando como agujas. Desde el lomo del caballo, el suelo tenía un aspecto lejano y peligroso. El frío parecía hacer resbaladizo el cuero de la silla; puesto que no podía aferrarse a él, tenía problemas en mantener el equilibrio ante el rígido bamboleo del paso del capón. Geraden parecía una sombra a su lado. Argus era casi invisible contra la oscuridad del muro de delante.

Otras personas se movían en el patio, despertando, preparándose para otro día. Pequeñas luces parpadeaban en los balcones interiores. Se veían unas pocas más en el bazar. Habían sido encendidos uno o dos fuegos para preparar los desayunos. Terisa apenas se dio cuenta de ellos.

La luz de antes del amanecer y la sombra del muro ocultaban la puerta, pero la recordaba: un enorme rastrillo alzado o bajado mediante poleas. Puesto que Mordant se decía que estaba en paz, la puerta permanecía abierta durante todo el día. De noche era bajada.

Cuando los caballos la alcanzaron, Argus desmontó y fue a hablar con los guardias. Por alguna razón —quizá debido a que estaba de espaldas—, su voz era un murmullo indeterminado, pero el centinela podía ser oído claramente.

—Estás loco, Argus.

Argus respondió algo.

—*Teníamos* que dejarle salir. Es un hijo del Domne. No tenemos ninguna orden de retenerle.

Otra respuesta.

—Intenta explicarle *eso* al Castellano.

Geraden se agitó en su silla, nervioso. Terisa pudo ver su rostro inmovilizarse rígidamente.

Luego:

—De acuerdo. Él también es un hijo del Domne. Y tú estás asignado a él. Y suponemos que la que va con vosotros es una simple meretriz. Eso es lo que diremos. Si no nos respaldas en ello, yo personalmente me ocuparé de que nunca tengas un hijo en todo lo que te quede de vida.

Se oyó una débil llamada. Geraden dejó escapar un suspiro de triunfo entre sus apretados dientes cuando Argus regresó junto a su caballo. Sus botas en el lodo sonaban como si estuviera caminando sobre cristales rotos. Al cabo de un momento,

Terisa oyó un largo sonido crujiente mientras una cuerda empezaba a tensarse entre las guías de la puerta.

Vio la puerta alzarse lentamente, y una oscuridad más profunda dejó paso a la oscuridad más ligera del camino.

—Vamos —murmuró Argus. Tomando de nuevo las riendas de Terisa, clavó los talones en el garañón y avanzó tan bruscamente que ella dejó escapar una exclamación y estuvo a punto de caer de su silla.

Cuando estuvieron fuera, Geraden se situó a la altura de Argus.

—Bien hecho —gruñó sarcásticamente—. ¿Quieres que se caiga?

—No seas tan melindroso —respondió el guardia—. No *sabía* que fuera una chillona. —Terisa tuvo la impresión de que estaba sonriendo.

Destensó sus músculos, aflojó su presa sobre el pomo de la silla, y empezó a hacer un esfuerzo consciente por hallar el punto de equilibrio sobre el lomo del capón.

Sobre sus cabezas, el cielo, que iba palideciendo por momentos, parecía imposiblemente abierto. Las suaves colinas que rodeaban el castillo estaban desnudas de árboles, mantenidas así para que el Castellano Lebbick pudiera observar la aproximación de sus enemigos; a la media luz del amanecer, la desnudez de las laderas las hacía parecer tan expansivas como el cielo, amplias e inconmensurables hasta el extremo horizonte tras la relativa constricción de Orison. Pese a su precaria percha, sintió que la excitación crecía en ella.

Si acaso, el aire era aún más frío ahí fuera. La mayor parte del camino estaba pisoteado y lleno de roderas por días de cascos de caballos y ruedas de carros, pero allá donde los cascos de sus caballos golpeaban nieve, el claro resonar de los cascos contra la endurecida tierra cambiaba a un extraño sonido como de hundimiento, un crujido-y-eco, cuando los cascos golpeaban el suelo tras perforar la helada superficie de la nieve fundida por el deshielo y luego congelada de nuevo. El gris del cielo se hacía cada vez más extenso, permitiéndole ver los negros árboles que flanqueaban la carretera a partir del lugar donde se bifurcaba. Un ramal, recordó, iba hacia el sur; otro, hacia el noroeste; el tercero seguía hacia el nordeste, hacia el Care de Perdon: caminos que avanzaban hacia secretos y sorpresas en todas direcciones. El mundo era algo que apenas había empezado a descubrir.

Aunque la primavera se estaba acercando, el sol aún estaba demasiado lejos al sur como para que ella pudiera divisar la fuente del amanecer más allá de la masa de Orison hasta que hubieron cabalgado casi hasta la bifurcación del camino. Por aquel entonces, las copas de los árboles estaban iluminadas como si se estuvieran incendiando. El sol brillaba frío sobre las torres y almenas tras ella, haciendo que

Orison pareciera menos deprimente..., pero de algún modo más grande, como si la sensación de su auténtico tamaño fuera imposible desde dentro. Su piedra gris parecía más fuerte y duradera de lo que había esperado.

Desde la bifurcación, observó alzarse el sol, y deseó que hiciera un poco menos de frío para poder sentir su contacto sobre su rostro.

—¿Y ahora qué? —preguntó Geraden a Argus. Su mente estaba aferrada a lo que estaba haciendo—. ¿Cómo sabremos qué camino debemos tomar?

—Eso es trabajo de Ribuld. —Argus escrutó la zona—. Se supone que dejó señales. Probablemente en la nieve al lado del camino. —Arrojó las riendas a Terisa y avanzó hacia el borde izquierdo del camino—. Empieza a mirar.

Geraden fue al otro lado. Los dos hombres empezaron a mirar entre las ramas. Experimentalmente, Terisa cogió sus riendas, las sujetó como vio que hacían sus compañeros, y dio al capón un tentativo apretón de talones, intentando hacer que siguiera a Geraden. Pero en vez de ello fue detrás de Argus.

Cuando Argus estalló en una carcajada, Terisa miró hacia donde señalaba el hombre y vio una marcha en forma de flecha en la nieve. Había sido trazada, bastante irregularmente, con un líquido amarillo y caliente.

Hacia el noroeste.

Geraden acudió a ver la señal y sonrió pese a sí mismo.

—Eso es muy propio de él.

—Bien. Ahora podremos ir más rápidos. —El guardia miró a Terisa como si anticipara diversión—. Pero tendremos que ir con cuidado. Pueden dar media vuelta.

Geraden asintió y desvió su yegua hacia el lado norte del camino. Aunque no parecía especialmente hábil sobre la silla —agitaba constantemente los codos, y su cuerpo rebotaba al paso del caballo—, su experiencia era evidente. Sabía montar lo suficiente como para hacerlo sin necesidad de tener que pensar en ello.

Argus no volvió a coger las riendas de Terisa.

—Vamos. Alguna vez tendrás que aprender. —Mirándola por encima del hombro, empezó a alejarse, igualando el paso de Geraden a lo largo del margen occidental del camino.

Terisa estaba todavía decidiendo lo duro que tenía que espolear a su montura con los talones cuando ésta echó a andar por sí misma, siguiendo al garañón.

Por un momento que pareció durar una eternidad, porque estaba helada por el pánico y el frío, Terisa soltó las riendas y se aferró al pomo de la silla, pero el balanceo del paso del capón la golpeó tan duramente que sus manos resbalaron y empezó a caer.

Cuando no acabó de caer, no pudo comprender inmediatamente por qué. Gradualmente, sin embargo, la tensión de sus piernas le hizo comprender que se estaba aferrando al animal con las rodillas.

Aquel desarrollo la sorprendió tan completamente que sólo volvió a poner una mano sobre el pomo de la silla. Con la otra recuperó las riendas. Luego, animada por un estallido de excitación, clavó los talones en el capón para hacerle atrapar a Argus.

El guardia le dirigió un asentimiento de decepcionada aprobación y volvió su atención al camino.

La espina dorsal de su montura la empujaba hacia arriba y hacia abajo. Las sacudidas de su paso eran tan fuertes, y sus patas traseras se bamboleaban de tal modo, que Terisa deseó gritar: ¿Tenemos que ir tan aprisa? Pero un residuo de sentido común le dijo que, por ella, Argus y Geraden debían ir ya más lentamente de lo que desearían. Cerró la boca para no morderse la lengua y resistió.

Orison parecía sorprendentemente lejano. Tenía que mirar hacia atrás por encima del hombro izquierdo para ver el castillo. Una bandera púrpura se agitaba ahora sobre la torre del Rey, izada al despuntar el día. Luego el camino coronó una colina, descendió por el otro lado, y Orison desapareció.

Una corta distancia más tarde, un desvío de la carretera corría hacia el norte, hacia un poblado pintorescamente anidado en un pequeño valle. La mayor parte de sus veinte o treinta casas eran de madera, pero unas cuantas habían sido evidentemente construidas de piedra. La nieve se había ruidido de sus tejados de pizarra; el humo se alzaba en volutas de sus chimeneas a medida que se encendían los fuegos para calentarse y preparar el desayuno. El ángulo de la luz del sol le permitió divisar el ganado en sus corrales, al abrigo de las colinas. Aquella gente criaba carne para el castillo.

En una guerra, en un asedio, tendrían que evacuar sus hogares y vivir en Orison.

Geraden no halló ninguna indicación de que Ribuld hubiera tomado el desvío. Los tres jinetes siguieron adelante.

Las manos de Terisa estaban enrojecidas y medio congeladas, pese al esfuerzo de sujetarse al lomo de su montura. Su rostro estaba tan rígido que parecía que fuera a quebrarse en cualquier momento. Cada vez que una ráfaga de viento atrapaba sus ojos, las lágrimas se convertían en hielo en sus mejillas. Gradualmente, comprendió que le sería más fácil mantenerse en su silla si el caballo avanzaba un poco más aprisa. Pero Argus y Geraden parecían ir ahora tan rápido como se atrevían. Tenían que observar las señales de Ribuld.

Sobre la cresta de otra colina, tropezaron repentinamente con un carro cargado — Terisa hubiera dicho más bien sobrecargado— con barriles de todos los tamaños.

Aunque estaba orientado hacia Orison, se hallaba parado a un lado del camino, sin ninguna razón aparente. Tras una primera mirada, Terisa no pudo decir quién parecía más miserable, si el famélico caballo de tiro de mirada triste entre las varas o el conductor sentado en el banco del carro, aferrando las riendas con manos que apenas asomaban del montón de mantas de lana que lo envolvían. Un momento más tarde, sin embargo, el conductor dijo con voz crujiente:

—¿Argus? ¿Uno de vosotros es Argus?

El garañón pateó brevemente y se detuvo al lado del carro.

—Yo soy Argus —dijo el guardia, estudiando al carretero.

—Un guardia como tú me dio un doblón de plata para que aguardara aquí. —El conductor sonaba como si el peso de sus mantas lo estuviera estrangulando—. Demasiado frío para eso. Casi estuve a punto de dejarlo.

—Bien, ¿por qué hizo Ribuld eso? —ladró Argus.

Los ojos del hombre brillaron taimadamente.

—Demasiado frío. Un doblón de plata... —Su caballo bufó vapor—. No es suficiente.

Argus soltó una carcajada ante aquello.

—¡Mierda de cerdo! Llevar esta carga hasta Orison no te hará ganar más que media docena de cobres. Ya has triplicado tus ganancias. No tientes tu suerte.

El montón de mantas se agitó en un encogimiento de hombros. El conductor emitió un sonido como una risita, y su caballo alzó las orejas. Cuando retorció las riendas, el animal se agitó en sus arneses y el carro empezó a moverse.

Geraden maldijo para sí mismo. Argus, sin embargo, se mostró imperturbable. Por encima del gruñir de los ejes del carro, comentó con tono amigable:

—Tengo sed. Antes de que te vayas, creo que les haré unos cuantos agujeros en algunos de estos barriles. —Extrajo su larga espada—. Probablemente la mayoría contendrán bazofia, pero puede que encuentre alguno con algo bebible, quizás entre los últimos.

El conductor dio un tirón a sus riendas y el caballo se detuvo. Meditó por unos instantes, luego dijo:

—Me encantará ayudar a los guardias del Rey. El guardia como tú abandonó el camino aquí. Me pidió que señalara el lugar.

—¿En qué dirección? —preguntó Geraden.

—Hacia el norte.

El Apr hizo girar su yegua hacia el norte al lado de la carretera. Casi inmediatamente exclamó:

—Tengo sus huellas. Parece como si al menos dos jinetes hubieran ido en esta dirección.

Argus volvió a envainar su espada y dedicó al carretero una elaborada inclinación de cabeza. Con tono de gratitud, dijo:

—Estoy seguro de que *todo* lo que llevas es bazofia —y se reunió con Geraden.

El capón de Terisa le siguió con un aire de lúgubre resignación.

Tan pronto como ella y sus compañeros abandonaron el camino, se sintió sorprendida por el ruido que hacían. Quebrando la helada costra blanca y golpeando el suelo que había debajo, los cascos de los caballos sonaban lo suficientemente fuertes como para ser oídos a un kilómetro de distancia..., un sonido como un cruce entre cristales rotos y un distante cañonazo. Sin embargo, Argus estableció un paso más rápido. Al cabo de un momento, Terisa se dio cuenta de que estaba intentando igualar el paso del garañón a las huellas dejadas por Ribuld, cabalgando tanto como era posible sobre la nieve ya pisada. Cuando Geraden fue tras él, y el capón transfirió sus afectos del ganado a la yegua, su avance se hizo notablemente menos ruidoso.

El rastro de Ribuld avanzaba a lo largo de un poco profundo valle entre pequeñas colinas, luego cruzaba una cresta y empezaba a descender una serie de laderas marcadas con quebradizos arbustos y negros matorrales. Un pliegue del terreno allá delante estaba cubierto de bosque, y el pliegue se hacía más profundo a medida que el terreno a su alrededor se alzaba formando colinas más elevadas. Argus siguió directamente el rastro hacia el interior del bosque.

Allá tuvo que disminuir su marcha. El suelo entre los troncos no estaba particularmente enmarañado; los propios árboles no eran densos. Pero muchas de las ramas eran lo bastante bajas como para azotar los rostros de los jinetes.

Avanzando a paso lento ahora, escuchando la forma en que el metálico sonido de las herraduras parecía resonar delicadamente en cada árbol debido a las empinadas colinas de ambos lados, y preguntándose por qué parecía estar conteniendo el aliento, Terisa siguió a Geraden a una cañada que se convirtió en el rocoso lecho de un río con el fondo lleno hasta menos de la mitad de hielo y encostrada agua. Los árboles de las laderas crecían más densos, apuntando sus oscuras ramas como dedos los unos a los otros; pero el lecho estaba despejado. Ahora, cuando los caballos rompieron la costra del agua, sus cascos cliquetearon y resonaron sobre piedra.

Le dolían las piernas. Sentía las manos como si estuvieran recubiertas de áspero hielo. Tenía la impresión de que el frío había empezado a pelar su rostro a capas hasta llegar casi al hueso. ¿De qué otra forma podía explicar la sensación de aterido dolor en sus mejillas y barbilla y nariz? Debería sentirse tan miserable como el carrero y su caballo de tiro.

Pero no era así.

Por alguna razón, esperaba oír cuernos.

Luego el lecho del río desembocó en un valle, donde sus aguas se unían a las de un río mayor que había cortado una garganta propia entre las colinas. La garganta avanzaba aproximadamente de este a oeste, y su pared septentrional era empinada pero practicable. Tan pronto como Argus siseó una advertencia y señaló, Terisa vio el caballo atado en la baja extensión plana formada por la unión de las dos corrientes de agua.

Ribuld permanecía agachado en la cresta de la pared norte, mirando por encima del borde: su capa lo hacía parecer como una roca colgando en precario equilibrio. Volvió la cabeza, miró hacia abajo y agitó una mano.

—Ya hemos llegado —murmuró Geraden—. Probablemente este risco bloquea el sonido. Pero debemos permanecer en silencio.

—Correcto. —Argus desmontó, y Terisa hizo lo mismo. Mientras ataba su garañón, como había hecho Ribuld, a un tronco muerto que brotaba de la nieve, casi estuvo a punto de caer debido a que sus piernas se vieron bruscamente agarrotadas por los calambres. Había olvidado lo fríos que estaban sus pies. Y sus pies habían olvidado el suelo: esperaban que se balanceara como el capón.

Sus compañeros estaban trepando ya trabajosamente por el lado de la garganta.

Decidida a no ser dejada detrás, se esforzó tras ellos.

La subida fue más fácil de lo esperado. Había suficientes rocas bajo la nieve y tierra y la capa de hojas caídas del otoño como para permitir una firme presa de los pies; y sus piernas se alegraron de hacer casi cualquier cosa que no implicara aferrarse al lomo de un caballo. Alcanzó a Ribuld sólo un momento después que Geraden y Argus.

—Buena sincronización —murmuró Ribuld, sonriendo en torno a la vieja cicatriz que descendía desde su pelo y por entre sus ojos hasta casi su boca—. Él lleva un cierto tiempo aquí. Los otros acaban de llegar.

Terisa se arrodilló en la nieve al lado de Geraden y observó, más allá del borde del risco, hacia otra garganta parecida a la que tenía detrás. Directamente debajo de ella, un caballo pateaba a causa del frío. Cerca de él, un hombre vuelto de espaldas a ella permanecía de pie al lado de un pequeño fuego que ardía casi sin humo. Supuso que era Nyle. Su fuego le pareció tan maravilloso que prácticamente creyó poder saborear su calor.

Al otro lado del fondo del barranco, cuatro hombres estaban atareados atando sus caballos. Tres de ellos parecían guardaespaldas.

El cuarto era el Príncipe Kragen.

Al menos un complot descubierto

—Nyle —dijo el Príncipe.

El hermano de Geraden devolvió el saludo.

—Mi señor Príncipe.

Terisa podía oírles perfectamente. Era sorprendente lo bien que el frío y el barranco transmitían el sonido hacia arriba hasta ella.

—Espero que no llevaras mucho tiempo aguardando.

—Sólo el suficiente para encender un fuego.

Como sus hombres, el Príncipe Kragen iba vestido de blanco, con botas de piel de pelo también blancas en los pies y un gorro de piel de pelo sobre su cabeza, utilizando así el propio invierno como camuflaje. A la primera mirada, el atuendo blanco y marrón de Nyle, su media capa y sus polainas parecían una mala elección en comparación. Pero sus ropas eran indistinguibles de la maleza del barranco y de los oscuros troncos de los árboles. Si permanecía inmóvil, nadie repararía en él.

—¿Qué nuevas traes de Orison?

—¿Cuáles son las nuevas de Alend, mi señor Príncipe?

Una orla de negro pelo asomaba por el borde del gorro del Príncipe Kragen, un pelo tan negro como sus ojos. Estudió a Nyle por un momento, luego se volvió hacia sus hombres y les hizo gesto de que se pusieran en movimiento. Dos de ellos fueron en direcciones opuestas para montar guardia en ambos extremos del barranco. El tercero empezó a desempaquetar una serie de bultos atados a la parte de atrás de su silla.

Un poco tristemente, el Príncipe Kragen comentó:

—Todavía no acabas de confiar en mí, ¿no es así, Nyle?

—Sí y no, mi señor Príncipe. —La voz de Nyle brotó de una constreñida garganta—. Me he comprometido contigo. Pero somos enemigos tradicionales. Eso resulta difícil de olvidar.

Al lado de Terisa, Geraden cogió un puñado de nieve y se la frotó por el rostro para enfriar un irreprimible fuego interior.

—Comprendo —respondió el Príncipe con voz llana—. Pero yo corro más riesgos que tú aquí. Tú puedes cabalgar de vuelta a Orison y reanudar allí tu vida. Tan pronto como nos separemos, tú eres inocente. Si yo soy atrapado, el Castellano Lebbick puede hacerme ejecutar antes de que nadie pueda explicarle que matar a un

príncipe extranjero raras veces resulta juicioso.

»¿Qué noticias tienes de Orison?

Argus se dio la vuelta. Ribuld le siseó pidiendo silencio; ignoró la advertencia y empezó a alejarse ladera abajo. Afortunadamente, la misma pared bloqueó el ruido que hacía.

A regañadientes, Nyle respondió:

—Elega tiene problemas.

Los ojos del Príncipe Kragen llamearon.

—¿Qué problemas?

—Por alguna *razón*, no sé cuál, esa mujer, Terisa de Morgan, decidió que tú y Elega estabais complotando contra el Rey. Convenció a mi hermano Geraden. Y éste convenció al Tor.

»Ya te dije que el Tor se ha erigido en una especie de canciller. Da órdenes como si tuviera tras él la autoridad del Rey, y nadie lo cuestiona. Puede que sea cierto. Después de todo, *es* el Tor..., el señor que dio al Rey Joyse su primer impulso.

—También es un estúpido borracho —indicó el Príncipe.

—Lo es. Por eso probablemente creyó a Geraden. Ya no queda mucha gente que pueda mostrar tanto optimismo.

Geraden oyó aquello con una mueca que recordó a Terisa la sonrisa de lucha de Artagel.

—¿Y qué problemas ha causado este estúpido borracho a dama Elega? —siguió el Príncipe Kragen.

—Le dijo que sabe lo que está haciendo. Luego se lanzó a una larga perorata acerca de la lealtad que deben los hijos a sus padres. —Nyle se encogió de hombros—. Ella le respondió que no mucha. Le dijo buena parte de lo que pensaba y le dejó con una expresión..., dijo que parecía encogido. Y *dice* que no podrá volver a interferir con su parte de tu plan. Yo no estoy tan seguro. Todo lo que él tiene que hacer es dejar caer unas cuantas insinuaciones a Lebbick, y ella no será capaz de dar un paso sin la mitad de los guardias de Orison vigilándola.

—Entiendo. —El Príncipe Kragen pensó por unos instantes—. Lamento que sea un azar. Pero ella me aseguró muchas veces que su papel es seguro..., y es una mujer que transmite convicción. —Con tono decidido, concluyó—: Debemos confiar en que hará lo que dice.

La voz de Nyle sonó como si tuviera los dos puños apretados contra su boca.

—Todavía sigo aguardando saber exactamente de qué se trata.

El Príncipe se envaró. Con engañosa intrascendencia, dijo:

—Mi señor Príncipe.

—Mi señor Príncipe.

El asentimiento del Príncipe Kragen advirtió: Recuérдалo. Su boca comentó:

—La seguridad y el éxito de dama Elega dependen del secreto.

—Entonces, quizá me contarás las noticias de Alend. Mi señor Príncipe. —La furia de Nyle era controlada, pero inconfundible—. Quizá me contarás por qué hemos tenido que reunimos hoy. No antes. No después. Todo lo que he obtenido hasta ahora han sido seguridades y retórica. Quizá me contarás qué es lo que ocurre.

Geraden asintió aprobadoramente con la cabeza.

—Bien —murmuró—. Haz que te diga lo que está pasando.

Ribuld miró furiosamente al Apr por hablar.

—Dentro de un momento. —La actitud del Príncipe Kragen se correspondía con la ocasión—. Responderé a un cierto número de tus preguntas dentro de un momento. Primero, sin embargo, prefiero decirte lo que deseo que hagas.

Nygel seguía dando la espalda a sus subrepticios oyentes: Terisa no podía ver su rostro. Pero sus hombros se encajaron como si estuviera estrangulando pensamientos dentro de sí mismo.

—Te pedí que te reunieras conmigo aquí en este día en particular —dijo firmemente el Príncipe—, y te pedí que te prepararas para abandonar Orison, porque deseo que cabalgues hasta Perdon. Quiero que encuentres al Perdon y le ofrezcas el reino de Mordant.

Jadeando demasiado audiblemente, Argus regresó colina arriba cargado con su pellejo de coñac. Sus compañeros no le prestaron atención. Ante el anuncio del Príncipe Kragen, todo el cuerpo de Geraden se crispó. Terisa miró. Al menos temporalmente, incluso Ribuld estaba demasiado interesado en lo que escuchaba como para ser interrumpido por el licor.

La sorpresa de Nyle se reflejó claramente en toda su actitud.

—¿Por qué?

—¿Por qué el Perdon? —El Príncipe Kragen disimuló un rastro de regocijo bajo su negro bigote—. ¿Por qué el reino? ¿O por qué tú?

Nyle pareció incapaz de hacer nada excepto asentir.

—El Perdon es mi única elección razonable. ¿Sabes?, aproveché mi reunión con los señores, pese a que no obtuvo el resultado que deseaba. El Fayle es demasiado viejo..., y demasiado leal. El Tor se ha convertido en un estúpido borracho. El Domne se *negaría*. El Armigite... —El Príncipe Kragen bufó—. En cuanto al Termigan, está demasiado lejos. También está preocupado únicamente por la suerte

de su propio Care.

»Hay que ofrecerle al Perdon el reino como prueba de nuestra buena fe.

Furiosamente, Geraden susurró:

—Sin mencionar el hecho de que el Perdon es el único señor con un ejército lo bastante próximo como para constituir una amenaza para ti, mi señor Príncipe.

—Pese a lo que creen el Rey Joyse y el Castellano Lebbick —prosiguió razonablemente el Príncipe Kragen—, nunca ha sido intención del Monarca de Alend conquistar para sí mismo Mordant. Su primera prioridad, su único y vital compromiso, es llenar el vacío de poder en Mordant a fin de que la Cofradía de Imageros no caiga en manos de Cadwal. Para conseguir eso, conquistará Mordant, porque no tiene otra alternativa. ¿Qué otra cosa podemos hacer? El Rey insultó mi misión. Los señores rechazaron la unión que el Maestro Eremis y yo les propusimos.

»Pero no tomaremos Mordant para nosotros mismos si podemos persuadir al Perdon de que sea Rey. Ése será tu trabajo. Puede que no escuche una proposición así procedente de mí. Somos enemigos tradicionales, como tú has dicho. Pero un hijo del Domne, un amigo de toda la vida de dama Elegá..., quizá pueda persuadirle. Por el bien de todos los que se oponen a Festten y Cadwal.

»¿Lo harás, Nyle?

Nyle guardó silencio durante largo rato. Cuando habló, sonó a la vez sorprendido y aliviado.

—Sí. —Pese a su suavidad, la palabra brotó con demasiada fuerza, como si estallara dentro de él—. Sí, mi señor Príncipe. Lo haré.

Geraden se cubrió la cabeza con las manos, manchándose sin darse cuenta todo el pelo con nieve.

—Bien. —El Príncipe Kragen se acercó al fuego para calentarse las manos—. Entonces necesitas saber qué es lo que ocurre, a fin de transmitirle esa información al Perdon.

Argus tendió su pellejo de coñac a Terisa. Al observarlo, ésta se dio cuenta de que se sentía miserablemente fría. Con un estremecimiento, desenroscó el tapón de la boca del pellejo y lo alzó hacia su boca. Como sus mejillas, sus labios estaban demasiado ateridos como para percibir lo que estaban haciendo, pero su lengua verificó que el coñac penetraba en su boca en vez de resbalar por su barbilla. Sabía horriblemente a líquido quitabarnices ligeramente perfumado, pero hizo lo que se suponía que debía hacer: elevó la temperatura de su sangre varios grados.

Pasó el pellejo a Geraden.

Abajo en el barranco, el Príncipe Kragen hizo un gesto con un dedo al

guardaespaldas que había desempaquetado los bultos. El hombre se acercó y le tendió un estilo y una pequeña tablilla para escribir. De pie junto al fuego, el Príncipe Kragen se puso a escribir. Sus dedos sujetaban el estilo como si no supieran nada de espadas y jamás hubieran ayudado a salvar la vida de Terisa.

—¿Es eso un mensaje para el Perdon, mi señor Príncipe? —El tono de Nyle sugería impaciencia.

El Príncipe negó con la cabeza.

—Para mi padre. El Monarca de Alend necesita saber que has aceptado contactar al Perdon por nosotros.

—¿Qué es lo que hará?

—Lo que ya está haciendo. —La mente del Príncipe Kragen estaba enfocada en su mensaje—. En el bazar de Orison, durante la primera mañana del deshielo, me trajiste la noticia de que dama Elegia había hallado una forma de cumplir con su parte de nuestros planes. Supongo que observaste que me sentí complacido por la noticia.

»Me sentí complacido debido a que mucho depende de su papel. Mientras tú y yo hablábamos, mientras elegíamos el día y el lugar para este encuentro..., mi padre y sus ejércitos estaban cruzando ya el Pestil hacia Armigite.

Argus, Ribuld y Geraden parecieron congelarse: todo movimiento desapareció de ellos. No parpadearon o miraron a su alrededor; ni siquiera parecían respirar. Cada parte de ellos —sus brazos y piernas, los ángulos de sus espaldas, la disposición de sus hombros— se concentró en lo que estaban oyendo.

Así que todo era una mentira, pensó Terisa. Su misión *de paz*. Su reunión con los señores. Una mentira. El Monarca de Alend había iniciado ya su marcha antes incluso de tener noticia del resultado de la misión de su hijo. Nunca había pretendido hacer nada excepto invadir Mordant.

Como un eco de sus impresionados pensamientos, Nyle articuló suavemente:

—Nunca deseaste la paz. Nunca pretendiste que el Rey Joyse se tomara en serio tu misión. Simplemente viniste a Orison en busca de gente que te ayudara a traicionarle. —Sus dos brazos saltaron hacia delante, en un gesto lleno de violencia, ferozmente reprimido—. Esto es lo que tú llamas buena fe.

Clara y sibilante en el frío, una espada brotó de su vaina. El guardaespaldas del Príncipe Kragen avanzó unos pasos, apuntando el extremo de su hoja a la garganta de Nyle.

Ribuld llevó su propia mano a la empuñadura de su arma.

Pero un rápido gesto del Príncipe detuvo al guardaespaldas. El hombre se encogió rígidamente de hombros y volvió a enfundar su espada.

—Comprendo tu furia, Nyle —dijo calmadamente, casi casualmente, el Príncipe Kragen, pero su tono advirtió a Nyle de que no le empujara demasiado—. Sin embargo, me has comprendido mal. El problema es de comunicación, ¿no crees? Sabiendo que he pasado casi treinta días en medio de lo peor de este invierno en mi camino desde la sede del Monarca de Alend en Scarab hasta Orison, crees que no hemos tenido tiempo de intercambiar mensajes desde mi llegada aquí. En consecuencia, has llegado a la conclusión de que he venido únicamente para servir los planes que él hizo antes de que yo me fuera de su lado.

Nyle no se movió.

Con una débil sonrisa, el Príncipe continuó:

—Esos indóciles barones, los Feudos de Alend, han estado siempre luchando por conseguir ventaja los unos sobre los otros. Al final, sus mezquinas disputas han producido algo útil. —Otro gesto a su guardaespaldas hizo que el hombre avanzara, de nuevo, con un bulto que parecía ser un trozo de tela envuelto en torno a una estructura rígida.

El Príncipe Kragen enrolló apretadamente su mensaje y lo ató con un trozo de cuerda. Cuando hubo terminado, su guardaespaldas destapó el bulto, revelando un pájaro en una jaula cuadrada.

—Una paloma mensajera —jadeó Terisa, sorprendida—. Están utilizando *palomas mensajeras*.

Argus, Ribuld y Geraden la miraron por un instante, luego volvieron su atención al fondo de la garganta.

El ave era inconfundiblemente una paloma. Dejó escapar un suave arrullo cuando el guardaespaldas la sacó de la caja y la tendió para que el Príncipe pudiera atar el mensaje a su pata.

—Uno de los Feudos —explicó el Príncipe— descubrió que estas aves poseen la habilidad de hallar su camino a través de cualquier distancia hasta el lugar que han sido entrenadas a reconocer como su hogar. Ésta ha aprendido a identificar la combinación de tiendas, estandartes y carros que invariablemente se produce en los campamentos de mi padre. Volará directamente hasta él cuando sea soltada.

»¿Comprendes ahora? —El tono del Príncipe Kragen era duro, con una amenaza tras su amistosa actitud—. Traje conmigo un cierto número de ellas desde Alend. Llevan mensajes a mi padre en un solo día..., quizás en menos. De esta forma, yo tomo decisiones por él.

»Vine a Orison cargado con la responsabilidad de resolver el dilema de la Cofradía, Cadwal y la guerra..., el dilema de la extraña debilidad de vuestro Rey. Soy el Pretendiente de Alend. Deseo intensamente conseguir el trono. Por esa razón, mi

misión de paz era sincera, te lo aseguro. Pero cuando el Rey Joyse la rechazó, empecé a pensar en la guerra. Envié mis mensajes de acuerdo con ello. Luego, sin embargo, tanto el Maestro Eremis como dama Elega me ofrecieron la seguridad de que la paz era mucho más preferible que la guerra. Envié de nuevo mensajes. Cuando los señores de los Cares rechazaron el pacto que el Maestro Eremis les sugirió..., y muy especialmente cuando experimenté en mi propia carne lo vulnerable que era Orison, y en consecuencia la Cofradía, a un ataque de Cadwal..., entonces decidí actuar según las posibilidades que dama Elega y yo habíamos discutido.

»El Monarca de Alend está haciendo lo que yo le he pedido. Y se lo he pedido porque creo que es la respuesta menos sangrienta y más efectiva a un peligro intolerable. *El Gran Rey Festten no debe conseguir el control de la Cofradía.* La brecha en el muro de Orison es una oportunidad que *no puedo* ignorar.

Firmemente, el Príncipe concluyó:

—¿Cuál es tu respuesta ahora?

Nyle parecía como si estuviera intentando tragar dificultosamente saliva, intentando ajustar sus preconcepciones para que encajaran con la nueva situación. En aquel momento, Geraden no parecía tener ninguna opinión acerca de lo que su hermano debería hacer. Parecía estar luchando por captar todas las implicaciones de lo que acababa de oír. Tanto Argus como Ribuld observaban el encuentro con trastornados ojos.

—Mi señor Príncipe —empezó a decir Nyle con voz densa—, probablemente debería disculparme. No sabía que esto fuera posible—. Sus manos se agitaron impotentes a sus costados—. Por supuesto que iré a Perdon. Persuadiré al Perdon de algún modo.

El Príncipe Kragen estudió a Nyle por un momento. Luego asintió.

Su guardaespaldas soltó la paloma.

Alzó el vuelo en un destello gris, un asomo de azul y verde. Terisa la observó alejarse, agitando fácilmente las alas contra el helado cielo..., observó mientras seguía su camino para traer el derramamiento de sangre sobre Orison. Tras trazar un breve círculo, se encaminó hacia el norte.

Ribuld la miró con ojos llameantes.

—Tú sabías acerca de estos pájaros.

—Allá de donde vengo los utilizamos. —Defensivamente, añadió—: También tenemos caballos, pero nunca antes había montado en uno.

Geraden dio un codazo al guardia para que guardara silencio.

Nyle estaba luchando aún por conseguir aprehender toda la situación.

—Pero ¿estamos todavía a tiempo? —preguntó tras pensar un poco—. ¿Cuándo crees que llegará el Monarca de Alend a Orison? No sé dónde está el Perdon. Puede que no se halle en Scarping. Puede estar en cualquier parte a lo largo del Vertigon, luchando contra Cadwal.

—He elegido con sumo cuidado el momento —respondió el Príncipe Kragen, como si quisiera tranquilizar a Nyle—. Es importante que no alcances al Perdon demasiado pronto. Si lo haces, y no se deja persuadir, y lanza sus fuerzas contra nosotros, puede conseguir bloquear nuestro camino hacia Orison. Por esa razón no nos hemos reunido hasta hoy. He calculado que si lo encuentras de inmediato, y él rechaza tu propuesta y acude contra nosotros en furiosa prisa, no alcanzará Orison hasta después de que lo hayamos dominado.

Geraden sacudió la cabeza.

—No es tan fácil —susurró.

—¿Crees que va a ser fácil? —La idea pareció incendiar a Nyle—. Poner sitio a Orison puede tomar toda la primavera. Incluso con esa brecha en el muro. No puedes simplemente...

—Nyle —interrumpió el Príncipe—, no soy ningún niño. No me des arengas sobre sitios. Los he estudiado profundamente. Y te aseguro que seremos capaces de dominar Orison.

Nyle recibió aquella afirmación como un hombre luchando por no dejar que lo que había oído lo aturdiera.

—De todos modos, mi señor Príncipe —dijo lentamente—, me parece que estás intentando controlar demasiado delicadamente los acontecimientos. ¿Y si el clima se vuelve contra ti? Casi seguro que vamos a tener otra tormenta.

El Príncipe Kragen se encogió de hombros. Su paciencia se estaba agotando.

—Entonces, tú y el Perdon estaréis tan comprometidos como nosotros.

—¿Y qué hay del Armigite? —Nyle parecía incapaz de mantener controlada su furia—. ¿Va a permitir que cruces con tu ejército su Care, y lo va a *aprovisionar*, sin hacer al menos un esfuerzo para frenarlo?

Ante aquello, el Príncipe Kragen lanzó una corta risa.

—Dudo que necesite preocuparme por el Armigite. —Su risa tenía una nota de desdén que hizo que Terisa sintiera repentinamente mucho más frío—. De todos modos, ya me he ocupado de ello. Él y yo negociamos un pacto.

»Sin dejar de sudar ni un momento, me ofreció el libre paso a través de su Care de todos los ejércitos que yo le nombrara. ¿Y qué pidió a cambio? ¿Que no ejerciera violencia contra la gente de sus ciudades y pueblos? ¿Que dejáramos sin tocar los

corrales de sus rebaños y los almacenes que alimentan su Care? No. Pidió solamente que él pudiera seguir a salvo e ignorante..., *ignorante*, Nyle, mientras era decidido el destino de Mordant.

Argus maldijo para sí mismo. Pero Terisa había conocido al Armigite: no le sorprendió.

—Personalmente —siguió el Príncipe con voz intrascendente—, me gustaría dañar un poco su ignorancia. Su Care merece algo mejor que él. Pero respetaremos el pacto. Y no causaremos ningún daño ni a su gente ni a su ganado ni a sus almacenes. Nuestro objetivo es hallar una respuesta a la debilidad de vuestro Rey y oponernos a Cadwal..., no empeorar la antigua enemistad entre Mordant y Alend.

»¿He satisfecho tus preguntas, Nyle?

De espaldas, Nyle no parecía satisfecho: había demasiada tensión en su actitud. Terisa hubiera esperado que se mostrara agradecido al Príncipe Kragen por proporcionarle tan pocas causas de desconfianza, tantas razones para creer que estaba haciendo lo correcto. ¿Por qué seguía furioso? ¿Por qué sonaba casi lívido por la furia cuando respondió?:

—Sí, mi señor Príncipe.

Por un momento, el Príncipe Kragen contempló a su aliado como si tampoco él comprendiera la actitud de Nyle. Pero, al parecer, lo que vio en el rostro de Nyle le tranquilizó.

—Bien —dijo, bruscamente activo—. El Perdon te escuchará. Empecemos.

Hizo seña de inmediato a sus guardaespaldas.

Los hombres que vigilaban los dos extremos de la garganta regresaron a sus caballos. Moviéndose rígidamente, Nyle preparó su propia montura. Finalmente, Terisa vio su rostro. Sus rasgos estaban encajados y parecían implacables, como si nada —ni siquiera su propia pasión— pudiera disuadirle del rumbo que había elegido.

Argus se puso de rodillas y desenvainó su espada.

—Saltaremos sobre ellos antes de que hayan salido de la garganta. Quizá podamos detenerles. —La mueca que puso al descubierto los dientes que le faltaban no mostró ningún miedo. Luchar era su oficio; él y Ribuld parecían dar aquello por sentado.

Pero Geraden los detuvo.

—No seáis estúpidos. Son cuatro. Y si el Príncipe tiene algo de sentido común, tendrá más hombres cerca.

»Tú —dijo rápidamente, apuntando con un dedo a Argus, para que los guardias

no tuvieran oportunidad de discutir con él—, sigue al Príncipe. Averigua dónde está acampado. Mantén-lo vigilado. Y deja un rastro.

»Ribuld, tú vuelve a Orison. —Las líneas del rostro de Geraden eran tan intensas como el frío. La escarcha en sus cejas y la nieve en su pelo le hacían parecer extrañamente feral—. Dile al Castellano Lebbick lo que has oído. Condúcelo hasta aquí. Dile que si captura al Príncipe podremos utilizarlo como rehén. Tendremos una posibilidad de salirnos de este embrollo.

»*Marchad*. —Dio un brusco empujón a los dos guardias.

Ribuld miró una vez a Argus y luego de nuevo a Geraden, frunciendo su cicatriz en pura concentración. Luego echó a andar ladera abajo, casi corriendo.

El Príncipe Kragen y sus guardaespaldas montaron en sus sillas. Nyle apagó el fuego con puñados de encostrada nieve.

—Muchas gracias —susurró sarcásticamente Argus a Geraden—. Me has dado a mí el trabajo difícil. Si van hacia el oeste, donde se unen las dos gargantas, podré encontrar su rastro allí. Pero si van hacia el este —señaló con el pulgar hacia atrás—, nuestra garganta termina ahí. La otra se abre hacia esas colinas. No podré pasar el risco a caballo. Tendré que seguirles a pie.

—Entonces tienes suerte. —Geraden señaló hacia abajo.

A sus pies, Nyle montaba en su caballo. El hijo del Domne y el hijo del Monarca de Alend se miraron el uno al otro, y el Príncipe Kragen alzó una mano en un saludo. Juntos, los de Alend se volvieron hacia la izquierda y emprendieron la marcha a lo largo del helado riachuelo.

Argus dio un ligero puñetazo en el brazo a Geraden y se marchó, siguiendo el risco, hacia su montura.

Terisa siguió observando a Nyle. Oyó, por encima de su hombro, alejarse el caballo de Ribuld.

Nyle permaneció unos instantes donde estaba, quizá considerando la mejor ruta hacia Perdon, quizá preguntándose qué podía decir para persuadir al señor de Perdon..., quizá simplemente dudando. Luego espoleó su montura con los talones y se encaminó hacia el este.

Geraden cogió a Terisa de la mano.

—Vámonos. Tenemos que detenerle. —Casi la hizo perder el equilibrio mientras seguía a Argus hacia los caballos.

Y, en aquel mismo momento, tropezó. Afortunadamente, algún instinto le inspiró a soltar la mano de ella mientras lo hacía. Y pudo retenerse a tiempo, antes de romperse algún hueso contra las rocas. Alcanzó el fondo de la garganta varias

zancadas por delante de ella.

Torpe con la precipitación, saltó a la silla de su yegua. Ribuld había desaparecido por el bajo valle donde se unían los dos cursos de agua, en dirección a Orison. Con un paso más cauteloso, Argus se dirigía hacia el oeste, hacia la unión de las dos gargantas. Golpeando con sus botas los costados de la yegua, Geraden la hizo emprender un galope hacia el este.

Terisa tendió una mano hacia él, llamó tan fuerte como se atrevió:

—¡Espera!

Él no la vio ni la oyó.

Cuando consiguió llegar a su capón, había decidido ya olvidarlo todo y simplemente seguir a Ribuld a casa. Estaba helada hasta el tuétano; no sabía cuánto más frío podría soportar. Tenía miedo de todo lo que había oído.

Ignorando su propia decisión, siguió apresurándose, tan rápido como pudo. De alguna forma, desató al capón; de alguna forma, puso el pie izquierdo en el estribo, pasó la pierna derecha por encima de su lomo. Con las riendas, hizo girar su *cabeza hacia* el este.

Rechinando los dientes, golpeó sus flancos con los talones.

Casi se vio abrumada por el pánico cuando el capón cambió del paso al trote y luego al galope, intentando, por razones propias, alcanzar a la yegua de Geraden.

Su velocidad parecía tremenda. Y el fondo de la garganta era traicionero. Tenía que controlar de algún modo su montura..., frenar su marcha, hacerla adoptar un paso más pausado. Por supuesto. Y, mientras se ocupaba de ello, debía derrotar al ejército del Monarca de Alend, ocuparse del Maestro Gilbur y del archi-Imagero Vagel, y traer la paz sobre la Tierra. Mientras componía una gran partitura con su mano libre. En vez de hacer todo aquello, sin embargo, se concentró, con una intensidad tan puramente blanca que parecía terror, a mantenerse simplemente en la silla.

La pared septentrional de la garganta se convirtió en pura piedra gris, luego relajó un poco su inclinación. A lo largo de la parte superior, la maleza era densa. El lado sur era mucho más gradual, retenido por recios árboles negros con las raíces profundamente enterradas en el suelo. Pero pronto los árboles empezaron a retroceder, y la pared se hizo más empinada.

Mientras el capón seguía su frenética marcha, se prometió a sí misma y se volvió a prometer que, si alguna vez salía con vida de aquello, nunca volvería a montar a caballo, nunca mientras viviera, nunca.

Inmediatamente, como si el propio terreno se hubiera apiadado de ella, las paredes del barranco saltaron hacia arriba y se juntaron, dando fin al curso de agua. En algún momento debió continuar hacia el este, pero al parecer sus paredes se

habían hundido hacia dentro, forzando al agua a encontrar otro canal. Los caballos no tenían ningún lugar donde ir.

Bruscamente, Geraden hizo detenerse a su yegua con un tirón de las riendas y saltó de su lomo. Golpeó el suelo con demasiada fuerza: cayó de nuevo, impactando con todo su cuerpo contra la nieve. Parecía como loco cuando volvió a ponerse en pie y cargó contra la ladera norte.

A Terisa no le quedaba aliento para gritarle, para llamarle que volviera, así que tuvo que imaginar por sí misma cómo conseguir que su capón se detuviera.

Inintencionadamente amable, el animal se ocupó por ella de ese detalle. Habiendo alcanzado la yegua, se sintió repentinamente contento con esto. Al lado de la yegua, se detuvo, le dio al otro animal un ligero golpe con el hocico, luego bajó la cabeza y se sumió en un estado de impenetrable estupidez.

Terisa estaba aún de una sola pieza. Sorprendente.

Hubiera sido agradable permanecer sentada allí y gozar de su supervivencia por un momento. Pero Geraden estaba trepando frenéticamente por la ladera. Al principio, la ascensión pareció demasiado empinada para él. Luego Terisa vio que iba a conseguirlo. Pronto estaría fuera de su vista.

Consiguió bajar de su montura, dio unos cuantos pasos tentativos para comprobar la solidez del mundo, luego echó a correr.

La ladera del risco era realmente empinada. Sin embargo, estaba bien provista de rocas encajadas en el suelo y raíces sobresalientes. Y la ascensión de Geraden había limpiado una notable cantidad de nieve. Descubrió que si no se apresuraba —y no miraba hacia abajo—, podía ascender con bastante facilidad.

Por el camino, intentó no pensar en lo lejos que estaba él por delante de ella. O en lo que intentaba hacer.

Jadeando en el helado aire, alcanzó la cresta.

La espina dorsal que separaba las dos gargantas era muy parecida allí que donde ella y Geraden habían escuchado a Nyle y el Príncipe Kragen: un poco más suave su descenso por su cara norte; señalada con matorrales, montones de rocas, unos cuantos árboles; pero empinada pese a todo. El río que había abierto la garganta se deslizaba por la base de la espina, en lentos meandros, hasta desaparecer de la vista hacia el este. La garganta en sí, sin embargo, había desaparecido. Su lado norte se abría a un bosque que ocupaba el terreno bajo entre aquella espina y otra sucesión de colinas. El risco podía verse claramente a través de las desnudas copas de los árboles, aunque parecía estar a una cierta distancia.

Geraden, por su parte, no era visible en ningún lado.

Hubiera debido sumirse en el pánico, pero no tenía tiempo. Casi de inmediato,

divisó a Nyle.

Cabalgaba al trote a lo largo del lecho del río. Estaba aún a su izquierda, avanzando hacia el este; pero dentro de un momento estaría directamente debajo de ella. Si fuera el tipo de persona que hacía esas cosas, hubiera podido golpearle con una roca.

Más debido a que los movimientos de Nyle atrajeron su atención hacia allá que porque hubiera recobrado su sentido común, miró hacia la ladera que tenía ante ella, y vio las huellas del descenso de Geraden. Iban directamente hacia un denso grupo de arbustos situados encima del lecho del río.

Imaginó lo que estaba ocurriendo justo a tiempo de controlar su sorpresa cuando Geraden saltó de entre los arbustos hacia su hermano.

Su elevación y la proximidad le proporcionaban una clara ventaja: no podía fallar. Y saltó enérgicamente. Su impulso arrastró a Nyle fuera de su silla y los derribó a ambos contra la nieve al otro lado del caballo, con un sonido que hizo pensar a Terisa en brazos y espinazos rotos.

Empezó a bajar la ladera, con un grito encallado en su garganta.

La experiencia de Geraden con las caídas le proporcionó una gran ventaja. Estaba de nuevo en pie casi instantáneamente. Levantando surtidores de nieve, corrió hacia el sorprendido caballo y le dio una fuerte palmada en la grupa, enviándolo lejos al galope, fuera de alcance. Luego se volvió hacia su hermano.

Nyle alzó la cabeza. Por un momento, no pareció darse cuenta de que estaba ciego porque tenía el rostro lleno de nieve. Cuando se la apartó a manotazos, sin embargo, pudo ver.

—¿Estás bien? —preguntó Geraden—. No tenía intención de hacerte daño. Sólo quería detenerte.

Parpadeando furiosamente, Nyle agitó la cabeza. Con una serie de sacudidas, movió los brazos, luego las piernas. Se quitó la nieve de su media capa. Inmediatamente, saltó en pie como el abrirse de la hoja de una navaja.

—Si crees que es una broma —dijo entre dientes apretados—, no tiene ninguna gracia.

Las agotadas piernas de Terisa estuvieron a punto de fallarle; tropezó, y tuvo que sostenerse en un árbol. Pero ya casi había llegado.

—No es ninguna broma. —Geraden estaba tan blanco por la nieve que lo cubría que parecía un muñeco de nieve hecho por niños. Sin embargo, no había nada infantil en su actitud—. No voy a permitir que lo hagas.

Terisa alcanzó el lecho del río y avanzó por la helada superficie hacia los dos

hermanos.

—¿Hacer *qué*? —restalló Nyle—. Has perdido la cabeza. Simplemente estaba *cabalgando*. Sobre un *caballo*. ¿Recuerdas los caballos? Actúas como si eso fuera un crimen contra la humanidad.

—Nyle. —Geraden permanecía completamente inmóvil. Incluso su voz parecía inmóvil—. Te oí. Yo estaba ahí. —Incluyó a Terisa—. Los dos estábamos ahí. Oímos todo lo que dijiste. Y lo que dijo el Príncipe Kragen.

Sólo por un segundo, Nyle miró boquiabierto a su hermano, luego a Terisa.

Mudamente, ella asintió con la cabeza.

Nyle enderezó los hombros, y la furia cerró su rostro como unas contraventanas.

—Así que has decidido detenerme. Lleno de superioridad moral, has decidido detenerme porque te aferras a la sorprendente creencia de que el Rey Joyse y el caos y la terrible Imagería y un nuevo empezar de las guerras que afligieron Mordant durante generaciones son algo *preferible* a poner al Perdon en el trono y salvar todo el reino. Tú...

—No. —Geraden sacudió la cabeza, reprimiendo la violencia—. Eso no funcionará. El Perdon nunca aceptará la oferta del Príncipe Kragen..., y él lo sabe. Te está enviando ahí para confundir las cosas, para que el Perdon no tenga una posibilidad de luchar por Orison cuando Alend ataque.

—Estás equivocado, Geraden. —Terisa se sorprendió de oírse a sí misma hablar. Su voz era como un pequeño animal acurrucado contra el frío, apenas vivo—. Lo siento. He conocido al Perdon. Los he visto a él y al Príncipe Kragen juntos. Está desesperado. No rechazará al Príncipe.

Geraden le lanzó una rápida mirada de desánimo; pero Nyle no apartó los ojos de su hermano.

—Aunque no fuera cierto —continuó—, sigues actuando como un niño. El Príncipe Kragen tiene razón. El Monarca de Alend tiene razón. Lo *peor* que puede ocurrirnos es que el Gran Rey Festten ponga sus manos sobre la Cofradía.

»Ya nos estamos viendo desgarrados por un Imagero al que nadie puede descubrir o detener. Cadwal conseguirá diezmarlo todo al oeste del Vertigon si la Cofradía fracasa. Sobre la tumba de nuestra madre, Geraden, deberíamos *suplicarle* a Margonal que nos invadiera.

»En vez de interferir, ¿por qué no imaginas lo que les dirás a todas las familias que van a ser masacradas, a todos los niños que van a quedar huérfanos, a todos los hombres y mujeres que van a resultar mutilados y muertos cuando el Rey Joyse se desmorone finalmente y ningún poder lo suficientemente fuerte como para mantener unido el reino ocupe su lugar?

»Mientras tanto, apártate de mi camino.

Pasó entre Geraden y Terisa, y echó a andar a largas zancadas hacia su caballo.

El desánimo en el rostro de Geraden se hizo peor. Por un momento, pareció incapaz de moverse. Confusa y alarmada, Terisa tendió una mano hacia él.

—¿Geraden?

Bruscamente, los rasgos del Apr se crisparon, y se puso en movimiento.

Mientras perseguía a Nyle, gritó:

—¡Estupendo! ¡Maravilloso! Tienes razón, por supuesto. Estás siendo perfectamente razonable. Nuestro padre va a sentirse terriblemente orgulloso de ti.

Nyle se estremeció, pero siguió andando.

—Sólo hay una cosa. ¿Qué hay acerca de la lealtad? El Rey Joyse es el amigo de nuestro padre. ¿Qué hay acerca del respeto hacia uno mismo? Estás traicionando a tu Rey, al hombre que creó Mordant y la paz de la nada, del constante derramamiento de sangre. ¿Cómo piensas vivir el resto de tu vida sin lealtad ni respeto hacia ti mismo?

—¿Lealtad a *quién*? —Aunque el paso de Nyle no vaciló, su grito fue como un lamento—. ¿Al Rey Joyse? ¿Cuándo ha sido él alguna vez leal *a mí*?

»Nos ha conocido a todos nosotros. Tuvo que verme muriendo de deseos de conseguir su atención, su aprobación. Pero fuiste *tú* el invitado a Orison. Cuando decidió comprometer a Elegia, te eligió *a ti*. Y fue una brillante elección. Seguro que has reclamado su buen juicio, ¿no es así? Perdoname, pero hallo un poco difícil sentir calor y sentimiento hacia ese hombre.

»¡Y está consiguiendo que nos *maten* a todos! —Pequeños fragmentos de su aflicción resonaron en los troncos de los árboles—. ¿No lo comprendes? ¿Cuánto *respeto hacia ti mismo* vas a extraer de vivir tu vida para un hombre que te sacrificó simplemente porque *no podía molestarse* en mantener unido su reino? Si deseas hablar de respeto hacia uno mismo, pregúntate por qué das tan poco valor a tu propia sangre. Y ni siquiera voy a mencionar la sangre de toda la gente que afirma preocuparse.

—Entonces, ¿por qué...?

Geraden alcanzó a Nyle y lo sujetó del brazo. Nyle se soltó. Los dos hermanos se miraron frente a frente, su aliento lanzando furiosas nubecillas al aire.

—Entonces, ¿por qué —repitió Geraden— estás tan furioso al respecto? —Ya no gritaba. Su voz se redujo a un susurro—. Estás haciendo lo que sabes que es correcto. ¿No te hace sentir bien esto? Y estás haciendo lo que Elegia desea. Ella te querrá por eso. No podrá hacer otra cosa. ¿No te hace sentir bien eso?

—No. —Como Geraden, Nyle bajó la voz, como si no deseara que los árboles o

la nieve le oyeran—. No, no me hace sentir bien. —Cada palabra parecía dolerle—. Así es como me metí en esto, pero no me ayuda en nada. Ella no me quiere. Nunca me ha querido. Quiere al Príncipe Kragen.

El bosque permanecía en silencio a su alrededor. El único ruido procedía de las botas de Terisa mientras se acercaba a los dos hermanos. La luz del sol que descendía del plomizo cielo no parecía tener peso, ningún efecto contra el frío.

Geraden abrió las manos en un gesto de apelación.

—Entonces abandona. Por favor. Todo esto es una locura. No hay forma alguna de que el Monarca de Alend pueda apoderarse de Orison sin un terrible asedio..., sin matar a gran cantidad de gente. No me importa lo que diga el Príncipe Kragen. El Tor y el Castellano Lebbick no cederán. Las únicas vidas que salvarás serán las de Alend, no las nuestras. No arrojes a un lado todo esto por una mujer que desea traicionar a su propio padre.

Terisa vio de inmediato que Geraden había cometido un error. Hubiera debido dejar que el pesar de Nyle lo devorara por sí mismo..., no hubiera debido mencionar a Elega de nuevo. Pero ahora ya era demasiado tarde: el daño estaba hecho. Como si los huesos de su cráneo se movieran, el rostro de Nyle adoptó la implacable actitud que había persuadido al Príncipe Kragen de que podía confiar en él. Sus ojos eran tan opacos como una piedra a la intemperie.

—Si deseas mi consejo —sus nudillos estaban blancos mientras se aferraba sus propios brazos—, vuelve a casa mientras aún puedas. Y llévate a Artagel contigo. No va a gozar perdiendo su famosa independencia.

—*Nyle* —protestó Geraden.

Nyle miró por encima de su hombro.

—Ya veo mi caballo. Me dejaré atraparlo..., aunque lo asustaste demasiado. —Volvió su mirada a Geraden—. Te quedarás aquí mientras voy a buscarlo. Luego me alejaré. Si tu mente es tan débil como tu talento para la Imagería, volverás a Orison y le contarás a Lebbick toda la historia. No le gustará en absoluto, pero al menos tendrá algo de lo que preocuparse durante unos cuantos días. Pero, si tienes algo de sentido común, mantendrás la boca cerrada.

Suavemente, Geraden respondió:

—No. —Cubierto aún de nieve, parecía blanco y estúpido al lado de su hermano vestido de oscuro. El dolor brotaba de él en bocanadas de vapor, pero su voz y sus ojos y sus manos permanecían firmes—. No, Nyle. No te dejaré ir.

Brevemente, los rasgos de Nyle se retorcieron como si estuviera intentando sonreír. Luego sus hombros y sus brazos se relajaron.

—Supongo que sabía ya que ibas a decir eso. —Hizo un esfuerzo por sonar

casual, sin éxito—. Siempre has sido más bien testarudo.

Terisa luchó por lanzar una advertencia, pero su voz le falló. Impotente, contempló cómo Nyle giraba en redondo en un movimiento que pareció alzarle del suelo, con una bota a la altura de la cabeza de Geraden.

La patada derribó a su hermano al suelo.

Por un momento, Geraden arqueó la espalda y sus manos se engarfiaron en la encostrada nieve. Luego quedó tendido, inmóvil, como con el cuello roto.

Rápidamente, Nyle se inclinó para examinar a su hermano.

Cuando se sintió satisfecho, se volvió para enfrentarse a Terisa. Ahora no podía contener su furia. Sus manos se abrían y cerraban espasmódicamente a sus lados. Los músculos de su mandíbula estaban tensos.

—Ocúpate de él. Si lo dejas morir aquí fuera, volveré para estrangularte con mis propias manos.

Se encaminó corriendo hacia su caballo, como si tuviera todas las jaurías del reino tras sus talones.

Terisa no lo vio partir. Sus manos estaban demasiado frías; no podía notar ninguna sensación en sus dedos. Estaba llorando de miedo y frustración cuando finalmente localizó el pulso en la garganta de Geraden y comprendió que todavía no estaba muerto.

Pareció transcurrir largo tiempo antes de que se diera cuenta de que aquel entorno le parecía familiar.

A través de los negros troncos de los árboles, vio una hilera de colinas. Las había visto antes sin prestarles ninguna atención, pero ahora su configuración contra el cielo invernal golpeó su memoria. ¿Dónde...? Había sido algo diferente. ¿Cuál era la diferencia? La nieve. La nieve era diferente. Recordaba unos secos y ligeros copos girando como vapor, arremolinados por la velocidad de los jinetes. Recordó el crujir del cuero, el sordo resonar de los cascos. Y recordó...

Recordó cuernos.

Su sueño. Aquel lugar estaba en su sueño, el sueño que había acudido a ella la noche antes de que su vida cambiara..., había acudido como para prepararla para la llegada de Geraden. Los árboles y el frío eran los mismos. El risco era el mismo. Y Geraden estaba allí, el joven de su sueño que había aparecido, sin abrigo ni armas, para salvar su vida. Todo lo que faltaba eran los tres jinetes que la odiaban y conducían sus monturas hacia ella por la nieve con la esperanza de matarla. Y el sonido de los cuernos, llegándole a través del helado aire y los árboles como la llamada que aguardaba su corazón.

No oyó cuernos. Aunque los anhelaba y tendía el oído para escucharlos, no podía conjurar que la música de caza saliera de su cabeza y llenara el aire.

Sin embargo, oyó ruido de caballos en la distancia, golpeando la dura costra de la nieve. El frío traía todo sonido procedente del risco hasta el bosque, tan claro como el quebrarse de un cristal.

La sensación de haber penetrado en su sueño hizo que todo se volviera más nítido y lento: tenía tiempo de ver claramente, tiempo de oír cada sonido excepto los cuernos que deseaba. Estaban allí, donde sabía que estarían: tres hombres a lomos de sus caballos, cargando a lo largo del borde del risco. Los vio a través de los enormes huecos entre los árboles. Vio el vapor brotar furiosamente de los ollares de sus monturas. Cada golpear de sus cascos, cada resonar a través del hielo y de la nieve, llegaba hasta sus oídos.

Sin ser precedidos por la aguda y aleteante llamada que hubiera hecho el sueño completo, los tres jinetes surgieron bruscamente de las colinas y orientaron sus monturas en su dirección.

Ella estaba observando tan concentradamente que no se dio cuenta de que Geraden estaba consciente hasta que se puso en pie a su lado, frotándose la cabeza.

Atrapada en la doble experiencia de lo que estaba ocurriendo y lo que había soñado, fue incapaz de hablar, incapaz de apartar su concentración de los jinetes. Como la suya, sin embargo, la atención del Apr estaba fija en ellos.

—¿Los reconoces? —Su voz sonaba opaca con los efectos residuales del golpe de su hermano.

Los jinetes estaban aún demasiado lejos para ser reconocidos, aunque ella ya conocía la expresión de su odio. Agitó la cabeza.

—Probablemente van tras de ti. —Geraden no necesitaba hablar rápido; no había prisa, tenía todo el tiempo necesario—. No resultaría imposible a alguien encontrarnos. Si hicieron las preguntas correctas en los establos y las puertas. Y encontraron al conductor del carro. —Se volvió hacia un lado, luego de nuevo hacia ella—. No sirve de nada intentar echar a correr. Nuestros caballos están demasiado lejos.

Las espadas aparecieron en las manos de los jinetes..., hojas tan largas como sables, pero malignamente curvadas, como cimitarras. Iban a ensartarla contra la nieve allá mismo, donde estaba de pie. Tenía que moverse. Ella y Geraden tenían que hacer algo. Por el momento, sin embargo, estaba más interesada en el extraño recuerdo de que las espadas alzadas contra ella en su sueño habían sido rectas, no curvadas.

Geraden parecía igualmente fuera de contacto con la realidad. Estaba demasiado

tranquilo. Por alguna razón, eligió aquel momento para patear los bultos que la nieve formaba en el suelo. Luego su comportamiento empezó a tener sentido. Fue poniendo al descubierto las ramas caídas. Eran retorcidas y muertas; pero dos de ellas eran recias, tan gruesas como su brazo, lo bastante largas como para resultar útiles.

Aquello no estaba bien. No era así como había ocurrido en su sueño.

Pero aún tenían mucho tiempo. Geraden le entregó una de las ramas, conservó la otra.

—Cuando alcancen ese árbol —lo señaló—, nos separaremos. Si se dividen, tendremos más posibilidades contra ellos. Si no lo hacen, podré atacarles desde un lado cuando ellos te ataquen a ti.

Terisa tuvo la impresión de que si *realmente* lo miraba, se daría cuenta de que estaba aterrorizado. Sin embargo, sus oídos insistían en escucharle como si estuviera completamente tranquilo.

—No te preocupes por los jinetes. Ve a por los caballos. Intenta golpear a uno de ellos en la cara. Si tenemos suerte, el jinete caerá y él mismo se hará daño.

Ella no respondió. Su atención estaba fija en los jinetes, mientras aguardaba a oír los cuernos.

Entonces sus rostros se enfocaron hacia ella, y en ese momento vio lo que no estaba bien en ellos. No eran los jinetes de su sueño.

No eran en absoluto hombres.

Tenían ojos en lugares equivocados. Largos bigotes como los de un gato brotaban de sus órbitas. Largos hocicos ocultaban sus bocas, pero no sus colmillos. Pudo ver claramente sus cabezas porque las capuchas de sus capas de monta habían sido echadas hacia atrás. Sus cabezas estaban cubiertas con un moteado pelaje rojo.

Parecían tener más brazos de los necesarios. Cada uno de ellos parecía agitar dos espadas.

No. No había sido así.

Sin embargo, la sensación de que estaba reviviendo su sueño se hizo más fuerte.

Permaneció inmóvil, aguardando. El aire era afiladamente frío, tan cortante como una bofetada y tan penetrante como astillas. Podía oír separadamente el sonido que hacía cada uno de los golpeantes cascos.

Cuando los jinetes alcanzaron el árbol que Geraden había indicado, el Apr siseó:

—¡Ahora! —y echó a correr, alejándose, como si en el último momento hubiera decidido huir. Corrió alzando mucho los pies, para librarlos de la helada superficie. Pero ella no se movió.

Sin vacilar, los tres jinetes hicieron girar sus monturas y se lanzaron tras él.

Ninguno de sus extraños ojos la miró siquiera.

Surgido de la nada, un lanzazo de dolor la atravesó de parte a parte.

¿Geraden? ¿*Geraden*?

Tan repentinamente que estuvo a punto de caer, se volvió y vio el peligro que corría el Apr. Geraden lanzó una mirada como un grito en dirección a ella, luego alzó su maza. Los jinetes estaban ya casi sobre él.

Agarrando su rama con ambas manos, la rompió contra la frente del primer caballo.

La montura lanzó un relincho de dolor, intentó demasiado tarde echarse a un lado. Perdido el equilibrio, el jinete cayó a la nieve delante del segundo atacante.

Intentando evitar frenéticamente la colisión, el segundo caballo y su jinete cayeron también.

Geraden golpeó al jinete caído con los restos de su maza, luego hizo una finta en torno al caballo que se debatía en el suelo para eludir a su tercer atacante..., y tropezó. Cayó de bruces sobre una extensión de nieve virgen.

Mientras caía, el primer jinete le lanzó un golpe con su arma desde el suelo. Pero la helada nieve impedía sus movimientos: el golpe falló. Geraden y su atacante lucharon por ponerse en pie al mismo tiempo, mientras el tercer jinete daba la vuelta para iniciar otra carga.

Torpemente, Geraden consiguió tambalearse lo suficientemente fuera del alcance del otro como para arrancarle la espada al jinete que había atontado. Evidentemente, sin embargo, no sabía cómo usarla. Aferrándola como si fuera una cachiporra, se volvió para enfrentarse a su atacante.

La criatura dejó escapar un bufido de desdén y empezó a manejar sus armas.

Geraden bloqueó el primer golpe.

Fue incapaz de parar el segundo.

En su sueño, Terisa había observado a un hombre arriesgar su vida para salvarla. Pese a su evidente falta de experiencia con las armas, había derribado por ella a uno de sus asaltantes. Luego a otro. Y ella había mirado. Nada más. Había visto al tercer jinete avanzar tras él. Con la espada en alto, el tercer jinete se había situado para derribar de un golpe a su defensor. Y ella no había hecho ningún esfuerzo por ayudarlo. Se había despertado sobresaltada con el grito que había lanzado para advertirle.

Pero ahora era Geraden quien estaba siendo atacado. Geraden quien necesitaba ser rescatado. Y ella aún sostenía la rama que él le había dado. Tuvo la sensación de que corría durante largo tiempo, de que la distancia era demasiado grande, de que

nunca podría alcanzarle a tiempo; pero corrió más intensamente de lo que jamás había corrido en su vida, y antes de que su atacante pudiera matarlo dejó caer con todas sus fuerzas su maza contra el lado de aquella cabeza velluda.

Varias cosas parecieron ocurrir simultáneamente. Sin embargo, las vio todas.

Vio una mancha plana aparecer en el moteado pelaje rojo. Mientras el atacante se derrumbaba de rodillas, la mancha empezó a sangrar, primero lentamente, luego en un repulsivo chorro. La criatura golpeó la nieve, y su vida dejó una horrible mancha roja negruzca en la blanca nieve. Nunca más volvería a moverse.

Geraden la miró boquiabierto, momentáneamente desconcertado.

Al mismo tiempo, Terisa vio al tercer jinete acercarse a él por detrás, a lomos de su montura. Con las espadas muy alzadas, se situó convenientemente para derribar a Geraden de un golpe.

Geraden la miraba a ella. Había olvidado completamente al tercer jinete.

No había tiempo para ninguna advertencia ni para moverse, no había tiempo para que se agachara o hiciera una finta.

Sin embargo, sí hubo tiempo para que ella viera a otro jinete alcanzar por detrás a la criatura y clavar un largo puñal, como una pica, en el centro de su espalda. Vio a la criatura escupir sangre a los hombros de Geraden y desplomarse de su caballo, casi derribando a Geraden en su caída.

Nyle hizo detener su montura y saltó de su silla.

—¿Estás bien? —Sin esperar a una respuesta, empezó a comprobar los jinetes caídos—. ¿Dónde has conseguido enemigos como éstos? —Entonces descubrió que el primer atacante aún estaba vivo; extrajo un trozo de cuerda de una de las bolsas de detrás de su silla, y ató juntas las muñecas y los tobillos de la criatura—. Los vi dirigirse en esta dirección. Puesto que parecían tener tanta prisa por alcanzar el lugar donde acababa de dejaros, decidí que debía seguirles.

Geraden y Terisa le contemplaron como si acabara de llegar de la Luna.

—¿Estás bien? —repitió Nyle. Había preocupación en sus ojos, pero también había una chispa de humor, un asomo de orgullo; por un momento se pareció tanto a Artagel y Geraden que la semejanza puso un nudo en la garganta de Terisa—. Tuve la impresión de que no estáis acostumbrados a luchar contra enemigos así.

—Gracias —dijo Geraden, como si sintiera lo mismo que ella. Una expresión de náusea distorsionó sus rasgos. Con un estremecimiento de disgusto, dejó caer la espada que sujetaba—. Gracias por volver.

Con el mismo movimiento, recogió del suelo otra recia rama, y golpeó a su hermano con ella, dejándolo inconsciente.

Luego permaneció inclinado sobre Nyle, con la barbilla echada hacia delante y el rostro como el invierno, respirando grandes bocanadas de aire que parecían dolerle en lo más profundo del pecho.

Terisa tendió el oído intentando captar la distante llamada de los cuernos. Pero todo estaba en su mente.

Cuestiones acerca de ser sitiados

Finalmente, Terisa y Geraden fueron hallados por un pelotón de guardias del Castellano Lebbick.

Por aquel entonces, tanto Nyle como el atacante estaban conscientes. Nyle no se mostró particularmente alegre al descubrir que había sido atado con su propia cuerda; pero, después de unos minutos de amargas maldiciones —que no hicieron nada por calentar la lúgubre frialdad de la expresión de Geraden—, guardó silencio.

El atacante bufaba periódicamente y retorció sus extraños rasgos. Sin embargo, no malgastó sus fuerzas en fútiles esfuerzos por librarse de sus ligaduras.

Los guardias trajeron la yegua de Geraden y el capón de Terisa junto con el suficiente de su áspero coñac como para eliminar lo peor del frío de sus órganos vitales..., y suficientes preguntas como para hacer a Terisa ansiar echarse a dormir. Afortunadamente, Geraden se hizo cargo de las cosas antes de que nadie —incluido el propio Apr— se diera cuenta de que lo estaba haciendo; estableció con rapidez que las preguntas de los guardias eran menos importantes que la necesidad de ir tras las huellas de Argus en persecución del Príncipe Kragen.

Todo lo que Terisa deseaba era escapar de aquel frío y tenderse en algún lugar cálido, donde le fuera posible olvidar la forma en que la mancha plana en el moteado pelaje rojo había empezado a escupir sangre..., o la forma en que Geraden había derribado a Nyle de un golpe. Ir tras de Argus y el Príncipe lo único que haría sería prolongar su desgracia.

Pero al menos nadie tenía tiempo para insistir en hacer preguntas.

Aunque había prometido que nunca volvería a montar un caballo, pronto se halló de nuevo sobre el capón. Ignorando las riendas, se aferró al pomo de la silla y dejó que el animal la guiara.

Una vez Nyle y el atacante de Geraden fueron asegurados sobre sus propias monturas, y los guardias estuvieron montados de nuevo, su caballo llevó a Terisa, con los demás, de vuelta por el camino que habían seguido.

Ansioso por ir más rápido, Geraden se puso a la cabeza.

—Tranquilo —le aconsejó uno de los guardias—. Al menos hay una docena de hombres tras ese rastro. Lo atraparán. No ocurrirá más pronto sólo porque tú te apresures.

Terisa captó la mirada que Geraden lanzó al guardia. Era salvaje y mareada; y comprendió, casi automáticamente, por qué deseaba ir más aprisa. No deseaba ayudar

a capturar al Príncipe Kragen. Deseaba alejarse de lo que le había hecho a su hermano.

Instintivamente, Terisa enderezó su espalda e intentó mejorar su equilibrio, como si aquello pudiera permitir al capón y a todos los demás caballos ir más aprisa.

Los guardias giraron hacia el este y no cruzaron el arroyo hasta que un repliegue en la pared sur les proporcionó acceso a aquellas colinas. Su ruta de vuelta a la garganta sur fue serpenteante, pero más rápido que a pie..., y mucho más rápido que perderse, como le hubiera ocurrido a Terisa si hubiera intentado hallar por sí misma el camino. De todos modos, tomó el tiempo suficiente como para que volviera a sentirse aterida. Permanecía ciega a sí misma, y al paso de los oscuros troncos de los árboles a ambos lados, y al tenso humor de los jinetes a su alrededor cuando alcanzaron la unión de los dos cursos de agua, allá donde Ribuld había cabalgado hacia el sur para llegar a Orison y Argus había ido hacia el oeste tras el Príncipe Kragen..., lo suficientemente ciega como para sorprenderse por el hecho de que el valle estaba lleno de guardias.

Aunque iban montados, no parecían hacer nada excepto esperar.

Todos sus ojos estaban clavados en Geraden y en ella. Ninguno habló.

Ribuld permanecía sentado erguido sobre su caballo, con la cabeza muy alta, blandiendo su cicatriz como si estuviera a punto de lanzar un grito.

Involuntariamente, Geraden detuvo su yegua. Los hombres que iban con él se detuvieron también. El capón de Terisa chocó contra las ancas de la yegua y se detuvo también.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no están...? —la voz de Geraden se cortó.

Junto a Ribuld había un caballo sin jinete. Pero no sin carga: el hombre en su lomo estaba tendido de través, boca abajo; sus muñecas y tobillos habían sido atados a fin de que no pudiera caer. Su espalda estaba empapada. Parpadeando estúpidamente, Terisa reconoció el garañón de Argus antes de reconocer al propio Argus.

—Lo siento —dijo con voz ronca un guardia con la banda púrpura de capitán anudada a su bíceps—. Sé que era amigo tuyo.

—¿Qué...? —intentó decir de nuevo Geraden, pero no pudo conseguir que las palabras brotaran de su garganta—. ¿Qué...?

El capitán era un hombre recio, de mediana edad, con un rostro que sugería más decencia que imaginación.

—Lo encontramos a algo más de un kilómetro garganta abajo. Supongo que no fue lo bastante cauteloso. Ni siquiera hubo lucha. Estaba simplemente allí en el suelo, con un agujero en la espalda. Probablemente hecho por una flecha.

El capitán escupió una maldición a la nieve, luego prosiguió:

—Después de eso, el rastro se vuelve confuso. Cuando ese carnicero de Alend descubrió que estaba siendo seguido, supo lo que tenía que hacer. Él y sus hombres fueron buenos en ello, eso tengo que admitírselo. He tenido trabajando a mis mejores rastreadores, pero creo que es inútil. Cuando conseguimos localizar finalmente su rastro, había llegado a un camino o un río y desaparecido.

Geraden no estaba escuchando. Miraba fijamente el cuerpo que colgaba del garañón. Terisa pudo ver cómo los contornos de su rostro parecían envejecer.

—Argus —dijo con voz espesa—. Yo te maté.

—Muy bien —le gruñó Nyle—. Maravilloso. Ahora tienes todo lo peor de ambos lados. Sin el Príncipe Kragen, no puedes detener el ejército de Margonal. Pero insististe en detenerme a mí. De esta forma, el Monarca de Alend no tendrá otra elección. Una vez entre en Orison, deberá mantenerlo para sí mismo.

Geraden se estremeció; pero no respondió a su hermano. Clavó los talones en su montura para que avanzara, y se detuvo delante de Ribuld.

—Lo siento —dijo—. Es culpa mía. Hubiera debido enviarte con él.

Ribuld bajó la cabeza. Por un momento, Terisa temió que fuera a golpear a Geraden; parecía lo bastante alterado como para ello. Sin pensarlo, Terisa espoleó su montura para que se acercara más a la de Geraden.

—Nyle tiene razón —siguió Geraden—. Hubiera debido dejarle marchar. Hubiéramos debido concentrarnos en atrapar al Príncipe.

Ribuld crispó los puños.

—¿Parezco el tipo de hombre que recibe órdenes de un cachorrillo sin experiencia? —gruñó—. Creí que él era lo bastante listo como para vigilar su espalda.

Geraden inclinó la cabeza y no dijo nada.

Los únicos sonidos en el valle eran el patear de los caballos, el resonar de los correajes. Luego, uno de los guardias señaló hacia la criatura atada y preguntó con desánimo:

—¿Qué clase de cosa es eso?

El Apr se volvió. Terisa apenas pudo reconocerle: parecía más peligroso de lo que Artagel había sido nunca.

—Intento descubrirlo.

—Vámonos de aquí —ordenó el capitán—. El Castellano va a ponerse bueno cuando sepa esto. Cuanto más le hagamos esperar, peor va a ponerse. A formar.

Empleó unos momentos en disponer más apoyo para los rastreadores, asignando

hombres como mensajeros. Los guardias se dispusieron en formación al lado del agua. Terisa se halló al lado de Geraden entre dos hileras de jinetes que, entre otras cosas, deseaban claramente saber qué estaba haciendo ella allí.

Miró a Nyle, detrás de ella; su rostro estaba cerrado sobre sí mismo. Cualquiera parecido entre él y su hermano que la hubiera sorprendido antes había desaparecido con el golpe de Geraden.

Su atacante tenía ojos en lugares equivocados, rodeados por largos bigotes como de gato; tenía hocico y colmillos. Pero ella no se dio cuenta de todas esas cosas. En vez de ello, vio sangre brotando a borbotones de un pelaje rojo moteado, sangre y muerte derramándose sobre la blanca nieve.

Apenas se daba cuenta de cómo le dolían las piernas y las posaderas cuando el capón emprendió un trote corto, siguiendo al resto de los caballos.

La vuelta a Orison fue fría y taciturna; muy bien hubiera podido ser interminable. Terisa perdió todo rastro de sí misma, y no se recuperó hasta que se dio cuenta de que las huestes de jinetes de pelaje rojo que se lanzaban contra ella blandiendo cimitarras cada vez que volvía la cabeza eran sólo una alucinación, el producto de demasiada luz grisácea del sol reflejándose engañosamente en demasiada nieve. Orison no estaba tan lejos como su condición física parecía indicar. Finalmente, los jinetes entraron en el patio del castillo y se detuvieron.

Bajó deslizándose del lomo de su montura, plantó los pies en el pisoteado lodo y se mantuvo erguida, temblando.

Los guardias desmontaron. Por un momento se vio rodeada de confusión: hombres moviéndose aquí y allá, murmurando entre sí. Por razones propias, más hombres salieron de Orison, apresurándose en grupos. Todo el patio parecía lleno de guardias que corrían en una u otra dirección. Campesinos y comerciantes empujaban sus carros. No supo qué hacer con su caballo. El calor ya estaba cerca: estaba en algún lugar al otro lado de las altas paredes que parecían dominarla a todo su alrededor. No conseguía imaginar cómo llegar hasta él.

Luego el capitán ladró una orden. Su pelotón se alineó en medio del desconcierto, luego se puso firmes.

El Castellano Lebbick avanzó a largas zancadas hacia ellos.

Desdeñando las ropas de invierno, llevaba solamente su característica cota de malla y cuero, con su faja púrpura atada diagonalmente sobre su pecho y su banda púrpura encima de sus cejas. El frío formaba una ligera nubecilla de vapor que brotaba de su piel, pero no parecía darse cuenta de ella. Aunque era más bajo que Terisa, la dominó, a ella y a los hombres e incluso a los caballos, como si fuera

mucho más alto. La ira brillaba en sus ojos.

Devolvió bruscamente el saludo del capitán, pero no habló. En vez de ello, examinó a los hombres que tenía delante. Cuando divisó a Ribuld con el cuerpo de Argus, se dirigió bruscamente en aquella dirección.

Geraden apoyó una mano en el brazo de Terisa como para sujetarla o confortarla. Pero su expresión era demasiado dura para ser convincente.

Silenciosamente rígidos, los guardias aguardaron mientras el Castellano Lebbick pasaba entre ellos hasta situarse al lado de Argus. Brutalmente, agarró un puñado de cabellos de Argus y alzó la cabeza del hombre muerto como para comprobar su rostro, verificar su identidad. La mirada que lanzó el Castellano a Ribuld fue suficiente para hacer que el veterano volviera la cabeza.

Lebbick clavó unos ardientes ojos en la sellada beligerancia de Nyle. Luego estudió a) inhumano atacante. Por un momento, ambos se midieron mutuamente a través del abismo de su antagonismo y diferencia. Sin volver la cabeza, preguntó inesperadamente:

—¿Éste es su caballo?

—Sí —respondió Geraden, con los dientes apretados—. Eran tres. Uno fue muerto. Terisa y yo hubiéramos muerto también, pero Nyle mató al otro.

El Castellano, sin embargo, no estaba interesado en cuántas criaturas de pelaje rojo habían resultado muertas.

—¿Éste caballo? —insistió—. ¿Éstos arreos?

—Sí.

El Castellano Lebbick avanzó hacia Geraden. Con voz suave, apenas más alta que un susurro, que sin embargo sonó como si pudiera ser oída desde las más altas almenas, dijo:

—No me gusta perder hombres. ¿Me comprendes, muchacho? No me gusta.

Geraden no intentó responder. De todos modos, el Castellano se dio la vuelta sin aguardar ninguna respuesta. Dirigiéndose al capitán, restalló:

—Lleva a Nyle y a ese monstruo de la Imagería a las mazmorras. Geraden, te veré, a ti y —hizo sonar el nombre con un tono despectivo— a dama Terisa de Morgan, en la sala de guardia sur.

Arrastrando pequeñas nubecillas de vapor de sus hombros, se alejó a grandes zancadas.

—Las mazmorras —gruñó Geraden para sí mismo. Se llevó las manos al rostro—. Oh, Nyle. ¿Qué te estoy haciendo?

Nyle alzó secamente la voz.

—No te preocupes por ello, hermanito. Esto no es en nada diferente de lo que has estado haciendo durante el resto de tu vida. Y probablemente Lebbick no ha tenido a nadie a quien torturar desde hace mucho tiempo. Para él, será más una diversión que un trabajo.

Los hombros de Geraden se tensaron. Terisa miró aterrada a Nyle. Pero fue Ribuld quien habló.

—Te aconsejo que mantengas la boca cerrada. —Intentó sonar casual pese a la forma en que le temblaba la voz—. A nadie le importa lo que te ocurra. Si no fueras un hijo del Domne, y si tus hermanos no fueran hombres mucho mejores que tú, te habiéramos dejado que siguieras tu camino y te convirtieras en un puñadito de mierda delante del Perdon. Y tú hablas de diversión.

—Ribuld —advirtió el capitán—, ya basta.

Pero Ribuld no podía detenerse.

—Estoy seguro que el Perdon hubiera encontrado divertido que le ofrecieran el reino de Mordant —estaba ventilando un maligno dolor— si hubiéramos capturado a ese Príncipe fornicador, y todo el ejército de Alend se hubiera hallado impotente contra nosotros. Geraden te hizo un *favor*.

Nyle evitó la mirada del guardia.

—*Argus* te hizo un favor, podrido...

—*¡Ribuld!* —La voz del capitán era cortante como un látigo—. He dicho que ya basta.

Ribuld hizo rodar el blanco de sus ojos, con la expresión de un predador herido. Su cicatriz llameaba como sangre. Sin embargo, la orden del capitán lo retuvo. Se volvió de espaldas a Nyle y empezó a desatar las muñecas de *Argus*.

—No tiene familia. Alguien ha de enterrarlo.

Alzó el cuerpo entre sus brazos y se alejó con su amigo, fuera del patio.

Terisa temió que si no entraba pronto iba a echarse a llorar.

Hoscamente, el capitán empezó a dar instrucciones a sus hombres. Nyle y el atacante de Geraden fueron escoltados con cierta urgencia en dirección a las mazmorras. Los demás guardias se hicieron cargo de los caballos, mientras el capitán en persona guiaba a Geraden y Terisa hacia el puesto de guardia sur.

Terisa tenía el convencimiento de que ya no le quedaba ninguna sensación. Lo que estaba ocurriendo no tenía sentido, y temía al Castellano. ¿Cómo había conseguido sobrevivir con tanto frío? Probablemente era una mentira que hubiera algo de calor en Orison. Temía al Castellano Lebbick debido a su constante furia. ¿O era porque ella le había mentado?

¿Cuándo le había mentido? ¿Cuántas veces? Había matado a uno de los atacantes de Geraden, y todas esas falsedades iban a destruirla.

Pese a las mentiras y al frío, sin embargo, una puerta se abrió y se cerró, y repentinamente algo benditamente cálido rozó su rostro. Estaba dentro del castillo; todavía sentía frío; helada hasta casi la médula, arrastraba su miseria con ella como un capullo de hielo; pero el aire era cálido, cálido. Podía respirarlo. Podía extender los dedos hacia él. Intentó despejar su garganta, y de ella brotó un sonido como un sollozo apagado.

—Espera. —Geraden la detuvo y desabrochó la parte delantera de su chaquetón para dejar que la *alcanzara* más calor—. No estás acostumbrada a esto. —Tomó sus manos y las palmeó con las suyas, firmemente pero no con demasiada dureza, luego frotó sus muñecas—. Lo siento. No me había dado cuenta de que tuvieras tanto frío.

Ella empezó a temblar de nuevo.

Él la rodeó con su brazo y la ayudó a dirigirse hacia la sala de guardia.

Resultó ser una estancia de techo bajo con un desnudo suelo de piedra y todas sus paredes sin adornar excepto una, que sostenía una amplia pizarra. La mayor parte del espacio estaba ocupado por hileras de bancos de madera situados frente a la pizarra: al parecer, allí era donde el Castellano Lebbick explicaba sus órdenes a sus capitanes y hombres. El calor era más intenso allí; la hizo temblar aún más.

El Castellano llegó un momento después de que ella entrara en la sala de guardia. Cerró la puerta a sus espaldas, y se enfrentó a ella y Geraden. Por alguna razón, ella observó que sus manos estaban como retorcidas. Al principio pensó que era porque estaba furioso. Luego se dio cuenta de que había pasado tanta parte de su vida con una pesada espada en su mano que ya no podía extender completamente los dedos.

La estaba examinando atentamente, y algo extraño le ocurrió a su rostro. Su expresión se suavizó; su constante rabia latente pareció abandonar sus rasgos.

Tan bruscamente como había entrado en la sala de guardia, la abandonó.

Desconcertados, Terisa y Geraden se volvieron hacia el capitán. Éste se encogió de hombros e intentó evitar que se reflejara su propia sorpresa.

Aguardaron. Geraden miró furiosamente al techo. Terisa se estremeció.

Cuando el Castellano Lebbick volvió, iba seguido por una doncella con una bandeja. Había tres vasos de latón en la bandeja. Fuera lo que fuese lo que había en ellos, dejaba escapar un dulce y denso vapor.

—Vino caliente con especias y azúcar —anunció, sin mirar a nadie. Su actitud sugería que estaba avergonzado de sí mismo—. Parece que lo necesitáis.

La doncella entregó los vasos a Terisa, Geraden y el capitán, luego se retiró.

Tensándose para ocultar su sorpresa, el capitán vació su vaso con poca ceremoniosa rapidez. Luego se lo quedó mirando como si deseara tener más vino en el vaso para ocupar su atención hasta que alguien hablara.

Geraden contempló suspicazmente su bebida, como preguntándose si no estaría drogada.

Terisa no pudo aguardar a que se decidiera. Rodeando con sus manos el caliente metal, dio un sorbo al oscuro líquido como si estuviera probando néctar.

Vino caliente con especias y azúcar. Bebió un poco más. Nunca antes lo había probado. De hecho, nunca antes había bebido vino caliente. Era estupendo. Dio un largo sorbo. Penetró en ella, tan delicadamente como áspero había sido el coñac de los guardias; y aferró sus temblores en un apretado nudo, y luego los soltó, de modo que toda la tensión pareció alejarse bruscamente de sus músculos. Se sentía caliente de nuevo, en lugares donde había perdido ya toda esperanza. Vino caliente con especias y azúcar. El vaso no contenía mucho, pero lo apuró hasta la última gota.

Con una repentina resolución, Geraden dio varios sorbos seguidos, demasiado rápidamente, con el resultado de que inhaló algo del especiado líquido y se sumió en un espasmo de toses. Intentando ayudar, el capitán le palmeó discretamente entre los hombros.

—Gracias —dijo Terisa al Castellano Lebbick mientras bajaba el vaso—. Gracias.

—No me des las gracias. —La voz del Castellano sonó amarga, pero su expresión era aún suave y avergonzada—. Deberías ser más como Geraden. Él cree que os puse algo para haceros hablar.

Ella suspiró..., y se sintió aliviada al no oír ningún temblor en su suspiro.

—Está bien. No lo trajiste para él. Lo trajiste para mí. Mi agradecimiento.

Con el ceño fruncido, el Castellano Lebbick se volvió hacia el capitán.

—¿Tu informe?

De vuelta a un terreno familiar, el capitán recuperó su pose. Sin perder tiempo, comunicó todo lo que sabía, describió lo que había hecho, y señaló —más bien innecesariamente— que no tenía la menor idea de lo que les había ocurrido a Geraden y dama Terisa después de que Ribuld los dejara.

El Castellano absorbió los detalles, asintió una sola vez.

—De acuerdo. Reúne un pelotón. Envíalo de vuelta al lugar donde tus hombres encontraron a Geraden y a ella. Quiero que rastreen a esas tres criaturas. Tanto como sea posible. Quiero saber de dónde salieron. Quiero saber cómo esas criaturas de la Imagería iban montadas en caballos y sillas como las que montaban.

»Mientras te ocupas de ello, envía provisiones y relevos para tus rastreadores. El Príncipe Kragen no va a cometer ningún error..., pero, si comete alguno, quiero que pague por él.

»Y —concluyó—, búscame un halconero. Quiero saber más acerca de esas —bufó las palabras, mirando a Terisa— palomas mensajeras.

El capitán saludó. Con un inconfundible aire de alivio, abandonó la sala de guardia.

Durante largo tiempo, el Castellano Lebbick no dijo nada. Al principio, no miró a Terisa y Geraden: actuaba como un hombre perdido en sus pensamientos. Luego empezó a estudiarlos cuidadosamente, escrutándolos por turno mientras su cólera montaba. Parecía estar aguardando a que uno de ellos hablara primero, estallara algo que él pudiera usar. O quizá se estaba dando una oportunidad de recobrar de su inhabitual caridad.

La expresión con la que Geraden se enfrentó al escrutinio del Castellano no fue beligerante, pero sí tensa y cautelosa, y no abrió la boca.

Terisa, por su parte, no tenía nada que decir. El odio en los extraños rostros de sus atacantes la mantenía prisionera.

Finalmente, el Castellano tomó una silla para él y se sentó, con los brazos cruzados sobre su pecho. Su actitud no invitó a Terisa y Geraden a hacer lo mismo.

—Bien —dijo. Su mirada estaba clavada en algún punto entre los dos, dispuesta a atacar en cualquier dirección—. De nuevo ocurre algo extraño, y de nuevo dama Terisa de Morgan está implicada en ello. —Articuló cada palabra con afiladas consonantes y romas vocales, a fin de que tuvieran un tangible impacto—. Esta vez, al menos un misterio queda resuelto. No sé con quién está complotando. No sé por qué. Pero finalmente sé cómo.

—¿Complotando? —se encendió Geraden instantáneamente—. ¿Terisa? ¿De qué estás hablando?

El Castellano Lebbick miró al Apr. Una luz ominosa crecía en sus ojos.

—Estoy hablando de palomas mensajeras.

—¡Pero eso es una locura! Ella no tiene palomas mensajeras. ¿Dónde las guardaría?

—Quizá primero le traen mensajes, y luego se llevan sus respuestas. Todo lo que ella tiene que hacer es abrir su ventana para maquinara traición con cualquiera, en cualquier parte del mundo.

—No —insistió Geraden—. No, eso sigue siendo una locura. Tendrían que ser entrenadas. ¿Cuándo ha tenido ella la posibilidad de hacerlo?

—No sabemos cuánto entrenamiento necesitan. —El rostro de Lebbick estaba forjado en hierro y necesidad. Parecía sordo a la imposibilidad de lo que estaba diciendo—. Pero, en realidad, eso no es importante. ¿Acaso no surgió de un espejo? ¿Un espejo que no podía tener nada que ver con ella? Es una Imagera de algún tipo. —Su tono rechazó toda contradicción—. ¿Cómo sabes las posibilidades que ha tenido? Por todo lo que conoces, puede haber pasado años aquí en secreto, preparándose para traicionar al Rey Joyse.

Terisa agitó la cabeza.

—No comprendes. —No podía tomarse la acusación de Lebbick como algo personal. Era algo demasiado alocado. Y ella estaba demasiado cansada—. Las palomas mensajeras sólo funcionan en un sentido. Las llevas lejos de casa, y vuelven a ella. Eso es todo. El Príncipe Kragen sólo puede enviar mensajes a su padre. No puede recibirlos. —Se detuvo, porque el esfuerzo de explicarle que debía concentrarse en Elega estaba más allá de ella.

—¿Lo ves? —indicó Geraden—. Es una locura. El Monarca de Alend avanza con un ejército a través de Armigite *en estos momentos*, y tú pierdes el tiempo con acusaciones imposibles. Vamos a ser *sitiados*. ¿Acaso no comprendes eso?

Sólo por un momento, los músculos del cuello del Castellano Lebbick se tensaron como cuerdas, y sus manos se apretaron fuertemente sobre su pecho. Estaba al borde de su autocontrol. Sin embargo, desvió deliberadamente sus ojos hacia Terisa, como si Geraden no hubiera dicho nada.

—Un halconero podrá decirme si estás diciendo la verdad. Si es así, tendré que suponer que tus palomas están siendo cuidadas para ti por un aliado aquí en Orison.

Geraden alzó las manos, desesperado, pero el Castellano lo ignoró.

—¿Cómo te comunicas con un aliado, cuando estás razonablemente bien vigilada por mis hombres? A través del pasadizo secreto en tu armario. Un niño podría hacerlo.

»Pero dejemos esto por el momento. Mientras tanto, mi dama, ¿por qué no me cuentas cómo sabías que Nyle iba a encontrarse con el Príncipe Kragen esta mañana?

Terisa le miró con un parpadeo, y su corazón sufrió un sobresalto.

—Para alguien tan inocente como tú, diría que es notable que consiguieras estar en el lugar preciso para espiar esa reunión. ¿Puedo dar por sentado que la gente con la que estás completando no es la de Alend? ¿O estás exponiendo a tus propios aliados para ocultar tus auténticos planes?

Agotada por la exposición al frío y atontada por el vino, Terisa fue incapaz de mantener su mirada. Quizá fuera tan culpable como él pensaba. Eso parecía posible. Comprendía el secreto de la recriminación: era merecida porque era recibida; las

acusaciones instilaban la sensación de culpabilidad que las justificaba. Puesto que el Castellano la miraba tan duramente, la miraba tan acusatoriamente que lo merecía. No había defensa.

Pero Geraden estaba hablando ya por ella.

—Escúchame. —Su voz carecía de la tensa y practicada capacidad para la violencia de la del Castellano—. Voy a explicarte algunas cosas. —Sin embargo, consiguió que el Castellano desviara su atención hacia él.

»El primer día del deshielo, Terisa y yo fuimos al bazar con dama Elega. Tú lo sabes. —Y, cuanto más hablaba, más parecía empujar hacia atrás el acoso que el Castellano Lebbick había lanzado sobre ella—. Mientras estábamos allí, vimos a un charlatán. Terisa lo reconoció. Era el Príncipe Kragen.

Terisa sintió más que vio la mirada del Castellano desviarse hacia Geraden.

—Puramente por casualidad —siguió el Apr—, vimos al charlatán salir junto con Nyle —pronunció el nombre como si no le doliera— de detrás de una tienda, como si acabaran de celebrar una conversación privada. Eso fue antes de que Gart la atacara.

»Decidí que la mejor forma de descubrir qué estaba ocurriendo era hacer seguir a Nyle. Así que pedí al Tor que liberara a Argus y Ribuld de sus deberes y los pusiera tras el rastro de Nyle.

La mandíbula de Lebbick se adelantó ominosamente.

—Es así de simple. —Geraden mantuvo su terreno como si fuera el igual del Castellano en valor y determinación—. Ella no está completando con nadie. Si estuviera usando palomas mensajeras, sería increíblemente estúpido por su parte dejarnos saber que conocía algo sobre ellas.

Terisa inclinó la cabeza y permaneció inmóvil.

—Muy interesante, muchacho. —El tono de Lebbick era como el golpe de una daga—. Te dijo a ti lo que vio, y tú decidiste lo que había que hacer. Pero yo soy el Castellano de Orison. Defender al Rey de todos sus enemigos es mi trabajo. Si hay algún peligro en el Demesne o en Orison, necesito saberlo. —Era como un muelle tensado, a punto de romperse—. ¿Por qué no me lo contaste *a mí*?

—Porque, buen Castellano —retumbó una voz familiar—, tú eres propenso a los excesos.

Terisa alzó sorprendida la vista mientras el Tor entraba en la sala de guardia.

Parecía estar de un humor afable..., un poco inseguro sobre sus pies quizá, pero lleno de buena voluntad. Entró en la habitación exhibiendo una carnosa sonrisa que parecía no tener nada detrás excepto más grasa. Su forma de caminar sugería que había llenado cada caverna y hendidura de su masa con vino antes de aventurarse

fuera de la suite del Rey.

—Mi señor Tor —dijo el Castellano Lebbick con los dientes apretados. No se levantó—. Me sorprende que te molestes en reunirte con nosotros. Hoy es un buen día para que los hombres que no tienen nada mejor que hacer se queden en la cama.

—Oh, cierto —respondió amigablemente el señor—. Muy cierto. Es una desgracia para mí el que siempre haya una voz que me trae las noticias de este montón de piedras..., que me las traiga implacablemente. Su costumbre es susurrar, pero cuanto más cerca estoy de dormirme, más fuerte susurra. Esta mañana creí que incluso el propio Rey Joyse iba a despertarse.

»Bien —prosiguió—, el rey parece poco dispuesto a tomarse algún interés en los grandes acontecimientos del día. En consecuencia, el peso recae sobre su canciller.

Se inclinó sobre el más cercano banco y se dejó caer en él con un suspiro. La recia plancha gruñó bajo su peso.

—Eso es muy diligente por tu parte, mi señor Tor —gruñó Lebbick—. Pero también resulta innecesario. Soy perfectamente capaz de manejar yo mismo «los grandes acontecimientos del día».

—Por supuesto que lo eres. —El Tor era como una gran masa de harina, inmune al sarcasmo..., e inmune a todo argumento—. Indudablemente comprendes los asedios tan bien como la mayoría de hombres comprenden a sus esposas. Estoy seguro de que harás todo lo que debe hacerse para prepararnos para la llegada del Monarca de Alend. Sin embargo, buen Castellano, debo señalarte —sonaba amable, casi avuncular— que, si el asunto hubiera sido dejado en tus manos, aún seguirías sin saber nada del avance de Margonal. Como he dicho, eres propenso a los excesos.

Los ojos del Castellano Lebbick se desorbitaron ligeramente.

—¿En qué forma, mi señor?

El Tor abrió sus gordezuelas manos.

—Supongamos que el joven Geraden hubiera acudido a ti con sus sospechas acerca de su hermano. ¿Qué hubieras hecho? Oh, sí, hubieras arrestado a Nyle, por supuesto. En vez de seguirle hasta su cita de hoy y oír sus planes, hubieras intentado arrancárselos por medio de la persuasión o la fuerza. Y, si hubiera resistido tanto a la persuasión como a la fuerza... —El señor agitó sus enormes hombros.

»O supongamos que el joven Geraden te hubiera dado sus razones para sospechar de su hermano. Supongamos que hubiera mencionado que algunos indicios dejados caer por la hija del Rey, Elega, habían conducido a dama Terisa a sospechar que estaba aliada con el Príncipe Kragen. —Ahora el señor ya no era una masa de harina hablando. Su voz se había convertido en el rechinar de pesadas piedras unas contra otras—. Supongamos que hubiera revelado que los guardias Argus y Ribuld estaban

siguiendo a Elega..., que de hecho no tenían otra razón de estar cerca que la de salvar la vida de Artagel cuando el Monomach del Gran Rey asaltara a dama Terisa. —Sus manos descansaban flácidas sobre sus gruesos muslos, pero sus ojos eran cada vez más duros—. Supongamos que te hubiera informado de que dama Terisa había rechazado los esfuerzos de Elega por conseguir su apoyo para el Príncipe..., y que, advertida por su rechazo, Elega había hecho que los esfuerzos de Argus y Ribuld por seguirla hubieran resultado infructuosos. ¿Qué hubieras hecho entonces, buen Castellano?

»¿Hubieras alzado un grito contra ella? —Finalmente, ya no era un viejo borracho obeso: era el señor del Care de Tor, el primer aliado del Rey Joyse en la campaña que había creado Mordant—. ¿Hubieras enviado a tus hombres a arrestarla para poder arrastrarla ante su padre y acusarla públicamente de traición?

El rostro del Castellano estaba enrojecido por el aflujo de sangre, pero no desencajó los dientes.

—Eso ya está hecho —dijo.

Por un momento, pareció que el Tor iba a levantarse de su asiento y a gritar algo. En vez de ello, sin embargo, sonrió tristemente y se desmoronó de nuevo en su blandura.

—Eso temía. ¿Y cuál ha sido el resultado?

—No podemos encontrarla.

—Por supuesto que no puedes. Se ha ocultado. Y puede jactarse, buen Castellano, de que conoce los secretos de Orison lo bastante bien como para permanecer oculta mucho tiempo. Y, así, se ha perdido la oportunidad de averiguar sus intenciones..., las intenciones en las que se basan los planes del Príncipe Kragen, las intenciones que le entregarán Orison al Monarca de Alend sin necesidad de un prolongado asedio.

»Buen Castellano, me necesitas mucho más de lo que te das cuenta.

Geraden parecía a punto de aplaudir.

Los músculos de la mandíbula del Castellano Lebbick se hincharon. Sus ojos escrutaron la sala de guardia como si estuviera buscando la perfecta extensión de pared desnuda donde salpicar la sangre del Tor. Pero no se alzó de su silla.

Lentamente, dijo:

—Geraden, mi dama Terisa..., no nos habéis dicho dónde conseguisteis esas criaturas de la Imagería. De hecho, no nos habéis dicho cómo conseguisteis atrapar a Nyle. Es tu hermano, Geraden. Te conoce. Seguro que no os dejó simplemente seguirle y caer sobre él. Habéis estado contándole al Tor tantas historias. ¿Por qué no le contáis ésta?

—¿Criaturas de la Imagería? —El señor sonrió agradablemente a Geraden—. Sí, joven Geraden. Cuéntanoslo.

Geraden miró de uno al otro hombre, evaluando dónde estaba con respecto a ellos, antes de encogerse de hombros y decir:

—De acuerdo.

Hacía sólo unos minutos, Terisa hubiera jurado que era imposible, pero ahora descubrió que sentía demasiado calor. Se aflojó un poco más su chaquetón, lo apartó de su cuello.

—No pensé correctamente —admitió rígidamente Geraden—. Nyle no era el auténtico peligro. Hubiera debido dejar que se marchara para poder concentrarnos en intentar atrapar al Príncipe Kragen. Pero eso nunca cruzó por mi mente. Detener a Nyle era demasiado importante para mí... —Torpemente, pareció pedir comprensión—. Es mi hermano. No podía dejar que se convirtiera en un traidor.

El Tor asintió ausentemente; su atención parecía estar en otro ludo. Hoscamente, el Castellano Lebbick murmuró:

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no crees?

Geraden enrojeció. Sin embargo, no se permitió reaccionar.

—Pero también me equivoqué en eso. Escapó, y nosotros nos quedamos allí, sin nuestros caballos.

»Fue entonces cuando atacaron esas “criaturas de la Imagería”. Aparecieron por el este, pero eso pudo ser simplemente a causa del terreno. Pensé que iban tras dama Terisa, así que no estaba preparado cuando se lanzaron contra mí.

—¿Contra ti? —preguntó el Castellano—. ¿Fueron a por ti, muchacho?

Hasta entonces, Terisa no había recordado que el Castellano Lebbick probablemente no sabía nada acerca del intento anterior contra la vida de Geraden, cuando había sido salvado por el Adepto Havelock.

—Eso es lo que pareció. —Con un visible esfuerzo, Geraden se mantuvo firme—. Nos separamos. La ignoraron. Los tres fueron en mi persecución.

Aunque todavía parecía no estar prestando atención, la expresión del Tor era beatífica, como si acabara de recibir una muy buena noticia.

—Joven Geraden, eres una caja de sorpresas. He mencionado, creo haberlo hecho, que te subestimas a ti mismo. Ni siquiera dama Terisa tiene esos enemigos.

—Oh, sí —gruñó Lebbick—. Eso parece especialmente plausible, puesto que aún estás con vida. Así que te quedaste solo frente a ellos tres. ¿Qué hiciste entonces? ¿Los mataste con un accidente?

De alguna forma, Geraden retuvo el control de sí mismo. Cuidadosamente, dijo:

—Usé una gruesa rama como maza contra sus caballos. Dos de ellos cayeron. Uno fue muerto. El otro es tu prisionero.

—No —jadeó Terisa.

El Castellano Lebbick la ignoró.

—¿Y el tercero?

—Nyle se ocupó de él. Los vio a los tres dirigirse hacia nosotros, así que regresó. Ahora Terisa y yo podríamos estar muertos de no haber sido por él. Mientras aún estaba pensando en eso, lo derribé de un golpe. Le pegué con una rama. Así es como lo atrapé.

—No —repitió Terisa. No podía impedirlo: todo volvía de nuevo a ella. Era tan vivido frente a ella como un sueño—. Él estaba luchando por su vida —susurró—. Tenía que ayudarlo. Tenía que hacerlo. No puedo pasar toda mi vida simplemente sentada con las manos cruzadas y preguntándome cuándo voy a desvanecerme. No puedo. Eso es peor que hacer algo malo, ¿no?

»Él derribó a dos de ellos de sus caballos. Golpeó a uno y lo dejó sin sentido. El otro fue tras él con esas espadas. —Se estremeció como si volviera a tener frío, pero la verdad era que apenas podía soportar el peso de su chaquetón—. Tenía que ayudarlo. Yo lo maté..., con una rama, como si fuera una maza. Le golpeé desde atrás y le partí el cráneo. —Una pequeña mancha de pelaje rojo en la parte de atrás de su cráneo se había empapado y había empezado a derramar sangre—. Entonces llegó Nyle.

»Geraden no mató a nadie.

Se quedó sin palabras y guardó silencio.

Los hombres la miraron. La garganta de Geraden se agitó como si se estuviera ahogando con su nombre. Al cabo de un momento, el Tor retumbó gentilmente:

—Mi querida dama, por supuesto que tenías que ayudarlo. No te hubieras perdonado nunca a ti misma si no lo hubieras hecho. Y quizás ahora ambos estaríais muertos.

El Castellano Lebbick desvió la mirada.

—Mujeres. —Su actitud era tensa y amarga—. Siempre mujeres. Esto es indecente. Si alguna vez soy salvado por una mujer, yo...

Se detuvo. Luego gruñó:

—Pero los caballos. Eso es lo importante. Las sillas y los *arreos*, mi señor Tor. Háblale de los caballos y las sillas y los *arreos*, Geraden.

Geraden, inseguro, miró al Castellano mientras le hablaba al Tor.

—Nuestros atacantes eran evidentemente criaturas de la Imagería. Pero sus

caballos me parecieron normales. No noté nada más.

Bruscamente, Lebbick saltó en pie.

—Caballos *normales*, mi señor Tor. Sillas y arreos *normales*. ¿Qué opinas de eso?

El señor frunció los labios.

—Esas criaturas fueron montadas en sus caballos después de su traslación. O bien robaron las monturas por sí mismas, o fueron equipadas por sus trasladadores. Equipadas e instruidas.

—Exacto. —El Castellano Lebbick se volvió hacia el señor como una mecha ardiendo peligrosamente cerca de la pólvora—. Los caballos eran normales. Las sillas, definitivamente, no procedían de Cadwal, en Cadwal utilizan estribos barbados, pero podían proceder de cualquier parte de Mordant o Alend.

—¿Y los arreos? —preguntó obsequiosamente el Tor.

—Los arreos... —Lebbick reprimió un gesto furioso apretando los puños contra sus muslos—. Los arreos incluyen un ronzal que no podrás encontrar en ninguna parte en Cadwal o Alend o Mordant..., en ninguna parte excepto en el Care de Tor. —Su mirada era lo bastante dura como para arrancar chispas de un pedernal—. Sólo tu gente lo utiliza, mi señor Tor.

El Tor le devolvió la mirada al Castellano como si pensara que Lebbick era un curioso espécimen clavado en una tabla.

—Quizá —rechinó el Castellano— pienses que es simplemente otro de mis excesos.

Tomó a Terisa tan completamente por sorpresa que transcurrió un momento antes de que captara lo serio que estaba. ¿El *Tor*? ¿Coaligado con Vagel contra Geraden y el Rey Joyse y Mordant? Sus piernas eran más débiles de lo que se daba cuenta: tenía que sentarse. Cabalgar no resultaba fácil. Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, fue hacia el banco más próximo y se sentó al lado del señor.

Geraden estaba desconcertado.

—No puedes hablar en serio —protestó—. ¿Sabes lo que estás diciendo?

Sin advertencia previa, el Castellano Lebbick sonrió. Sus dientes brillaron ferozmente.

—Oh, estoy seguro de que nuestro buen Castellano sabe exactamente lo que dice. —El Tor había recuperado su aspecto de masa de harina, inmune a cualquier afrenta—. Uno de los mayores problemas de Mordant ha sido siempre que los viles ataques de la Imagería que nos afligen proceden de una fuente desconocida. Mi hijo fue muerto por un enemigo que podía estar oculto en cualquier parte en Alend o en Cadwal..., o en Mordant.

—Si realmente tu hijo fue muerto —interrumpió el Castellano—. Sólo tengo tu palabra sobre esto..., y la palabra de tus hombres. El cadáver que nos mostraste podía haber sido de cualquiera.

Geraden se puso blanco ante aquel insulto al señor. El Tor, sin embargo, no le concedió ninguna importancia.

—Pero ahora —insistió— hemos dado un gran paso adelante. Ahora sabemos dónde mirar.

—En el Care de Tor. —Lebbick era implacable—. En tu dominio, mi señor.

El Tor se permitió un sutil llamear de ira.

—Sorprendente, ¿verdad?

—Incuestionablemente —gruñó el Castellano con placer.

—Por desgracia —la ira del Tor había desaparecido al instante—, es imposible una búsqueda en estos momentos. Estamos ocupados con otras cosas. Por favor, dime lo que estás haciendo para preparar Orison contra el sitio. Se me ha informado que el Príncipe Kragen deposita una gran fe en la habilidad del Monarca de Alend para dominarnos casi sin ninguna dificultad. Eso parece absurdo..., y sin embargo dudo que el Príncipe Kragen sea propenso a confiar en lo absurdo. Es una lástima que no podamos interrogar, u observar, a dama Elega. Sobre esto, sin embargo, no podemos hacer nada. Debemos estar muy preparados, buen Castellano.

—Yo estaré preparado —respondió secamente el Castellano Lebbick—. Según mis estimaciones, aún nos quedan algunos días, pero he enviado a nuestros exploradores a asegurarse. El hecho de que el Armigite sea un traidor probablemente tenga una ventaja para nosotros. —Mientras hablaba, pareció caer inconscientemente en la actitud de un viejo soldado presentando su informe—. Podemos suponer que Margonal utilizará los caminos principales para cruzar Armigite. Son la ruta más fácil y rápida. Así que su ejército no deberá ser difícil de localizar.

»También he enviado mensajeros a los Cares que deben ayudarnos. Fayle, Perdon. —Mirando furiosamente a Geraden, comentó—: Lo que el Perdon va a oír no tendrá nada que ver con lo que tenía en mente tu querido hermano. —Luego prosiguió su informe—: He enviado hombres al Termigan, pero está demasiado lejos para que nos sirva de mucho.

»No he tenido tiempo de hablar todavía con la Cofradía, pero lo haré pronto. Quizá finalmente pueda conseguir asustarles y meter algo de sentido común en esos Imageros.

Al parecer, ninguno de los Maestros había considerado prudente anunciar públicamente su intención de disolver la Cofradía.

—Mientras tanto, estoy llamando a mis tropas de guarnición a Orison. La

mayoría de los hombres que persiguen al *campeón* de la Cofradía —sonrió irónicamente— han vuelto, y no voy a enviarlos de nuevo. Los únicos hombres que me arriesgaré a mantener fuera son los que aún tienen una posibilidad de localizar al Príncipe Kragen antes de que se reúna con su padre, y aquéllos que intentan rastrear a esas criaturas. Tendré todas mis fuerzas aquí y organizadas mañana al amanecer.

El Tor asintió, pero no interrumpió.

—Puesto que nos hallamos a finales del invierno, nuestras reservas son escasas. Eso es un problema. Pero hay unos cuantos comerciantes y pueblos a los que podemos recurrir para aprovisionarnos. Eso no va a causarles un injusto trastorno: con una guerra a punto de empezar, la mayoría de ellos desearán de todos modos protegerse en Orison, así que lo mejor que pueden hacer es pagar su seguridad con comida. Si Margonal nos da tres días, podemos estar tan bien provistos como es posible.

»Pero nuestro mayor problema es esa brecha en el muro.

El Tor asintió de nuevo. Esta vez, sin embargo, sus ojos estaban cerrados. Parecía a punto de quedarse dormido.

—Sin eso —dijo con voz dura el Castellano—, podría defender Orison contra cualquiera. Mucho antes de que nuestras reservas se agotaran, al menos a uno de los señores de los Cares se le ocurriría venir a rescatarnos. Pero esa brecha cambia las cosas. Tengo ya a todos los albañiles que pude encontrar trabajando para construir un tosco muro cortina en la abertura. Sirve, pero no resistirá el tipo de ataque que Margonal le va a dedicar.

»¿Te estoy aburriendo, mi señor Tor?

El señor abrió un ojo.

—En absoluto, buen Castellano. Simplemente estoy descansando mi mente para la tarea de intentar imaginar la fuente de la confianza del Príncipe Kragen.

La mención del campeón por parte del Castellano le recordó a Terisa que deseaba hacer una pregunta. Tenía la sensación de que volvía a ser ella misma, que recuperaba alguna presencia de mente y atención. Pero ésta no era su oportunidad de hablar.

—Joven Geraden —prosiguió el Tor—, ¿puedes recordar exactamente lo que se dijeron Nyle y el Príncipe el uno al otro?

—Casi exactamente —respondió Geraden—. El Príncipe Kragen estaba preocupado por Elegá. Nyle le contó lo de tu conversación con ella. Eso muestra que Elegá sabía que tú sospechabas de ella. Y prueba que ella y Nyle estaban en comunicación antes de que él se marchara esta mañana. Luego él dijo que ella había dicho que tú no podrías interferir con su parte del plan.

El Castellano Lebbick gruñó. El Tor alzó una ceja.

—Nyle tuvo problemas en creer eso. Pero..., déjame intentar expresarlo exactamente. —Geraden miró hacia el techo mientras escrutaba su memoria—. El Príncipe Kragen dijo: «Lamento que sea un azar. Pero ella me aseguró muchas veces que su papel es seguro. Debemos confiar en que hará lo que dice».

—¿Eso es todo? —preguntó el Castellano.

Geraden se encogió de hombros.

—Nyle aún no estaba convencido. Pero el Príncipe Kragen dijo: «La seguridad y el éxito de dama Elega dependen del secreto». Fue muy cauteloso. No estoy seguro de que Nyle se diera cuenta de cuántas de sus preguntas quedaron sin responder.

—Pobre Nyle —se burló el Castellano.

—Desgraciado —contribuyó con tono pensativo el Tor—. ¿Qué puede ocultar una mujer en Orison para asegurarse el éxito, el éxito instantáneo, del sitio del Monarca de Alend? Confieso que estoy desconcertado. Necesito vino.

Con un esfuerzo, se puso en pie. El banco debajo de Terisa se flexionó aliviado hacia arriba.

—Buen Castellano —murmuró el Tor—, te sugiero que interrogues a tus prisioneros. Pero intenta no hacerles ningún daño. Realmente, debes dominar tus instintos hacia el exceso. Sospecho que Nyle será mucho más manejable por la persuasión que por la fuerza. Quizás hable francamente si se le puede hacer creer que Elega ha sido detenida también..., que la única forma de ahorrarle sufrimientos innecesarios es revelar lo que él sabe. Y la criatura de la Imagería puede dejar escapar también algo útil.

—Gracias por el consejo, mi señor Tor —respondió el Castellano Lebbick—. Interrogar a los prisioneros. Nunca se me hubiera ocurrido.

»Mientras esperas a que te comunique lo que he descubierto, ¿qué harás? —Su pregunta era una obvia referencia a la pasión del señor por la bebida.

El Tor suspiró. Por un momento, su gruesa carne cayó en pliegues de pesar.

—Buen Castellano, confío en ti más de lo que piensas. Estoy seguro de que has hecho todo lo que estaba en tu poder. Sin embargo, no me siento contento con los asuntos tal como están ahora. Voy a efectuar otro intento de interesar al Rey Joyse en el destino de su reino.

Con esto, se dirigió con paso lento a la salida de la sala de guardia.

Inmediatamente, Lebbick volvió una mirada como el filo de un hacha hacia Terisa y Geraden.

—Me *gusta* esto. He estado luchando con este problema desde hace años, y un viejo gordo cree que puede resolverlo aullando fuera de la puerta del Rey.

Ahí viene, pensó lúgubrementemente Terisa. Ahora va a hacernos pedazos.

Estaba equivocada: el Castellano tenía más imaginación que eso. Había malicia y anticipación en su tono cuando dijo:

—Vosotros dos aún no me habéis dicho lo que quiero saber. Pero no voy a ser acusado de *excesos*. Y vosotros no vais a abandonar Orison de inmediato. Tendréis todo el tiempo que necesitéis para contarme la verdad.

»Mientras tanto, quiero que me ayudéis a interrogar a los prisioneros. Supongo que os gustará.

Ella y Geraden se miraron. La habitación no estaba tan caliente después de todo: Terisa ya no deseaba quitarse su chaquetón. El rostro de Geraden mostraba una expresión de alarma que la preocupó. Estaba tan llena con sus propios problemas que tendía a olvidar lo que él estaba sufriendo. *Quiero que me ayudéis a interrogar...* ¿Pretendía realmente el Castellano utilizarlo contra su hermano? ¿Después de lo que ya había hecho?

Puesto que creía que Geraden la necesitaba, se puso en pie y se enfrentó al fruncido ceño del Castellano Lebbick.

—Estás buscando a Elega. —Todavía le tenía miedo. Sin embargo, se había enfrentado a él en el pasado; podía hacerlo de nuevo—. ¿Crees que hay alguna posibilidad de encontrarla?

Las mandíbulas del Castellano masticaron hierro. Sin embargo, pese a su ira, le respondió. Parecía extrañamente impotente, como si no tuviera ninguna otra posibilidad.

—Eso depende de cuántos pasadizos secretos conozca. No puedo disponer de los hombres suficientes para registrarlos todos a la vez.

—Comprendo. —Había esperado aquello. No era importante, sin embargo. La siguiente pregunta era la que importaba. Como si no estuviera apuntando en una dirección completamente distinta, quiso saber—: ¿Es cierto que tus hombres no han encontrado al campeón?

¿Es cierto que tus hombres no han encontrado a Myste?

—Esos jodidos Imageros —gruñó Lebbick—. No, mis hombres no han encontrado al *campeón*. Y eso no tiene sentido. Tiene que haber dejado un rastro. Necesita comer, ¿no? Tiene que haber hecho incursiones en algunos poblados en busca de comida. Y eso no es el tipo de cosas que un granjero o un campesino olviden. Aunque fuera directamente hacia Cadwal, deberíamos poderlo seguir al menos hasta allí. Pero mis hombres ni siquiera han hallado *rumores* de él.

»O bien está muerto bajo un ventisquero en alguna parte, o Gilbur y Vagel lo trasladaron a un lugar seguro. O le brotaron alas y se marchó volando. Dímelo tú.

»En cuanto al felino de fuego —Lebbick se encogió lúgubrementemente de hombros—, simplemente desapareció. Deben de haberlo enviado de vuelta al lugar de donde vino.

Pero ¿y Myste? ¿Qué le había ocurrido a Myste?

Si el hombre por el que había arriesgado su vida había desaparecido, ¿qué había hecho ella?

—Castellano —intervino Geraden. Terisa le había dado tiempo suficiente para recobrar el control de sí mismo—. Si estás planeando contarle a Nyle mentiras acerca de Elegia, no me querrás contigo. Él me conoce demasiado bien. Leerá la verdad en mi rostro. No seré capaz de ocultársela.

Lebbick miró al Apr. Por segunda vez, su rostro sufrió una extraña transformación. Terisa esperaba que estuviera lívido, pero no lo estaba. Tomado por sorpresa, se mostró abierto, accesible al dolor: Geraden había herido sus sentimientos.

—No tengo intención de mentirle a nadie —dijo severamente, pero su severidad no era furia—. Yo no digo mentiras.

—Lo siento —dijo de inmediato Geraden, abrumado por el cambio en el Castellano—. Ya sabía eso. No estoy pensando correctamente.

—Tampoco importaría aunque lo hicieras. —El tono del Castellano Lebbick era rudo, pero su intención podía haber sido amable—. Por importante que el Tor piense que eres, tú no causaste todo este embrollo. El Príncipe Kragen le dijo a tu hermano una sarta de estupideces. Conozco a Margonal. No se ha convertido de pronto a la benevolencia y a la paz. Ha estado planeando invadir Mordant desde que supo lo del Rey Joyse.

»Venid.

Echando a un lado la disculpa de Geraden junto con su propia y extraña vulnerabilidad, el Castellano se dirigió a buen paso hacia la puerta.

La sala de guardia que daba acceso a las mazmorras de Orison parecía igual que la otra vez que Terisa la cruzó con Artagel para hablar con el Maestro Eremis. Pese a su semejanza con una tosca taberna —sus mesas de caballete y burdos bancos, sus camastros y su chimenea, su barra—, su función defensiva era inconfundible. Los armeros alineados en las paredes contenían suficientes picas y espadas como para equipar a cuarenta o cincuenta hombres. Y la propia sala era el único camino de entrada y salida a los corredores que conducían a las celdas.

Recordar al Maestro Eremis hizo que el corazón de Terisa vacilara. Había abandonado Orison sin acudir a ella, sin cumplir su promesa. El deseo la invadió.

Si la sala no había cambiado, los hombres en cambio sí lo habían hecho. No eran

apáticos e indisciplinados: se pusieron en pie y firmes apenas vieron llegar al Castellano.

Saludó a su capitán y cruzó la sala sin decir nada.

Geraden se encogió de hombros e hizo una mueca de compañerismo a los guardias mientras él y Terisa seguían al Castellano. Uno o dos de ellos le devolvieron ligeramente el saludo con la *cabeza*, pequeños signos de que comprendían sus circunstancias.

El aire más allá de la sala de guardia seguía siendo húmedo e invadido por el olor de la paja putrefacta y recuerdos de torturas, con un asomo de sangre vieja. Las pocas frecuentes linternas parecían crear más penumbra que iluminación; el corredor se curvaba una y otra vez, como si condujera a los lugares más tenebrosos del alma de Orison. El Castellano Lebbick tomó uno de aquellos giros, luego otro, y alcanzó la zona de las celdas.

Por encima de los hombros de sus dos acompañantes, Terisa vio dos guardias que avanzaban hacia ellos por el corredor. Caminaban en fila india, al parecer sosteniendo algo pesado entre ellos.

Un instante más tarde, se dio cuenta de que llevaban unas parihuelas.

El pánico ascendió al rostro de Terisa.

Pensó torpemente: ¿Nyle?

Cuando el Castellano Lebbick se apartó hacia un lado del corredor, sin embargo, y los guardias hacia el otro, vio que el hombre tendido en las parihuelas no era Nyle.

—¡Artagel! —exclamó Geraden, con alivio y consternación—. Se supone que debes permanecer en la cama.

Los guardias se detuvieron, y Artagel se alzó sobre un codo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —restalló el Castellano—. Esto no es asunto tuyo. Ya he perdido un hombre hoy, junto con mi mejor oportunidad de atrapar al maldito hijo de Margonal. No necesito que te desangres, además de mis otros problemas.

—¿Estás bien? —interrumpió Geraden. De pronto, todo lo que tenía que decir se atropello en su boca—. No había otra forma de detenerle. No pude convencerle. Él nos salvó. Hubiera podido dejar que nos mataran, pero no lo hizo. Esto me hace sentirme enfermo. Le golpeé... —Su voz se quebró; no pudo seguir. Todo su rostro ardió en busca del perdón de Artagel.

Pero Artagel no miró a Geraden.

—Es mi hermano —respondió al Castellano, con una voz como un cascarón vacío. Parecía como si hubiera tenido una recaída febril; su boca había perdido su rictus de humor, y sus ojos brillaban como piedras pulidas—. Tenía que verle.

Uno de los guardias se encogió de hombros, sin dejar de sostener las parihuelas.

—No pudimos convencerle, Castellano. Si no lo llevábamos, hubiera venido andando.

El Castellano Lebbick ignoró a los guardias. Miró fijamente a Artagel y preguntó:

—¿Qué te ha dicho?

Con una sorprendente fuerza, Artagel tendió una mano, sujetó la banda del Castellano y tiró de ella para hacer que se le acercara.

—Me dijo la verdad. Se metió en esto porque ama a esa loca mujer. Y porque cree que es lo correcto. Alguien tiene que salvar Mordant. Cree que Margonal es nuestra única esperanza. —Mirándole, Terisa comprendió que no estaba furioso. Cuando estaba furioso, sonreía. No, lo que sentía ahora era algo cerca-no a la desesperación —. Ella le habló de todo excepto de su parte en los planes de Kragen. No sabe dónde está ni lo que está haciendo.

Por su parte, el Castellano Lebbick estaba furioso por los dos.

—¿Esperas que me crea esto?

—¿Artagel? —insistió Geraden—. ¿Artagel?

Artagel sostuvo la mirada del Castellano. Lentamente, soltó la banda y se dejó caer en las parihuelas.

—No me importa si me crees o no. Ni siquiera me importa si lo torturas. Es un hijo del Domne. No importa lo que hagas, esto va a matar a mi padre.

Geraden alzó una mano y la aplastó contra su boca, como para ahogar un grito.

El Castellano se irguió. Su rostro no mostró ningún relajamiento. Sin embargo, dijo:

—De acuerdo. Intentaré creerle por un tiempo y ver qué pasa.

Por primera vez, Artagel volvió sus ojos hacia Geraden. El ángulo de la luz de una de las linternas llenó su rostro de sombras.

Geraden se estremeció. Terisa nunca lo había visto parecerse más a un cachorrillo acurrucándose porque había ofendido a alguien a quien quería y no sabía qué hacer al respecto. Necesitaba comprensión si no perdón, necesitaba algún tipo de consuelo de su hermano.

No lo obtuvo.

—Tú eres el listo de la familia. —La voz de Artagel seguía tan seca como la fiebre—. Encuentra a esa mujer y deténla. Si no lo haces, y si ella nos traiciona..., te juro que no voy a dejar que los hombres de Margonal entren aquí, no importa quién me diga que me rinda. Lucharé contra todos ellos si debo hacerlo.

Como respuesta, el rostro de Geraden se crispó como si estuviera a punto de vomitar.

—Oh, sacadlo de aquí —gruñó el Castellano Lebbick a los guardias—. Volved a meterlo en la cama. Atadlo a ella si es necesario. Luego llamad a su médico. Este aire lo está volviendo loco. En estos momentos es incapaz de luchar incluso contra una mujer tullida y embarazada.

—Sí, Castellano. —Los guardias encajaron los hombros y llevaron a Artagel en dirección a la sala de guardia.

—¿Geraden? —Terisa apoyó una mano en el brazo del Apr y notó la presión que anudaba sus músculos—. No hablaba en serio. Todavía tiene fiebre. No hubiera debido salir de la cama. —Estaba tan dolido que sintió deseos de abrazarlo, pero la presencia del Castellano Lebbick se lo impidió—. Escúchame. No pretendía echarle la culpa.

El Apr se volvió hacia ella. La penumbra ocultó sus ojos. Estaba de espaldas a la linterna; las líneas de su rostro eran oscuras. No respondió a lo que ella había dicho. Pero siguió mirándola cuando se dirigió al Castellano:

—Eso sólo deja a la criatura que nos atacó. —Su tono era tan vacío como una de las celdas—. ¿Qué crees que puedes averiguar de ella?

—Eso depende —respondió Lebbick—. Tú eres el estudiante de la Imagería. Dímelo tú. ¿Hay alguna posibilidad de que hable algún lenguaje que podamos comprender?

Geraden había hablado una vez de este tema con Terisa; ahora no lo hizo.

—Probémoslo.

Él y Lebbick siguieron andando por el corredor..., y una oscura figura pasó junto a ellos, apresurándose hacia la celda de la criatura.

—Nadie me dice nunca nada —murmuró el hombre al aire, mientras pasaba.

Terisa captó un atisbo de su rostro y reconoció al Adepto Havelock.

¿El Adepto Havelock?

Automáticamente, el Castellano sujetó su espada; luego volvió a encajarla en su vaina. Con Geraden, siguió al viejo loco.

Saltando a repentinas conclusiones, Terisa corrió tras ellos.

Se movían demasiado rápido; no podría alcanzarlos a tiempo. Aferrada por una repentina alarma, exclamó:

—¡No le hagáis ninguna pregunta!

El Castellano Lebbick se volvió hacia ella tan inesperadamente que Geraden chocó contra él. Su colisión envió al Apr tambaleándose contra los barrotes de una

celda. Maldiciendo fuertemente, Lebbick sujetó a Terisa del chaquetón y la acercó a él de un tirón.

—¿Que no le hagamos ninguna pregunta?

—Eso es. Las preguntas todavía lo pondrán peor. —El aliento del Castellano era seco e intenso. Deseó poder explicarse claramente, pero todo estaba ocurriendo demasiado rápido—. Puede decirnos algo. Pero no si le hacemos alguna pregunta.

—Mi dama —susurró el Castellano Lebbick entre dientes—, ¿cómo sabes eso?

—Él me lo dijo.

—¿Él te lo *dijo*?

Afortunadamente, Terisa no tuvo oportunidad de pensar en lo que iba a decir. Una oportunidad de pensar hubiera sido también una oportunidad de cometer un error, de revelar accidentalmente algo. Casi sin vacilar, repitió:

—Él me lo dijo. Supongo que deseaba hablar conmigo. Pero yo no comprendí. Cuando no obedecí, casi tuvo un ataque.

El Castellano hizo más firme su presa sobre ella. Su sonrisa le hizo parecer loco, casi fuera de control. Un segundo más tarde, sin embargo, dejó caer las manos y fue de nuevo tras el Adepto Havelock.

Geraden había llegado ya al lado del Adepto. Permanecían juntos de pie delante de la celda. La luz de una lámpara iluminaba desde dentro la reja.

Un gruñido resonó en el corredor. Cuatro peludos brazos con garras en los dedos saltaron por entre los barrotes, intentando alcanzar a Geraden. Éste saltó hacia atrás justo a tiempo.

Vehementemente, el Adepto Havelock se llevó los pulgares a sus fosas nasales y agitó el resto de sus dedos hacia la criatura, como un niño intentando hacer que su rostro pareciera lo más horrible posible.

El Castellano Lebbick agarró a Havelock por la parte posterior de su sobretodo y tiró de él hasta situarlo a una distancia segura de los barrotes. Cuando Terisa se reunió con los tres hombres, la criatura estaba aferrada a la reja con cuatro manos. Su pecho subía y bajaba agitadamente, y los bigotes de gato que rodeaban sus ojos se contorsionaban como si fueran armas. Quizá estuvieran envenenados, pensó, mientras lo miraba. Aunque sus rasgos eran completamente alienígenas, prometían claramente violencia.

Barrida más allá de la racionalidad por lo extraño de la criatura, la inesperada aparición del Adepto, la presencia de demasiadas preguntas sin respuesta, Terisa observó, con un tono de lunática calma:

—Seguro que hoy hará más frío.

Intentando atraer a Havelock para que hablara con ella.

Éste no miró en su dirección. Primero se pellizcó los labios con los dedos y los separó, exhibiendo una loca sonrisa. Luego comentó:

—He oído hablar de éstos, pero nunca había visto ninguno antes.

El Castellano empezó a estallar. Geraden colocó una mano sobre su pecho para detenerle.

Inmediatamente, la garganta de Terisa se volvió seca. Tuvo que tragar saliva varias veces antes de ser capaz de decir:

—Hoy salimos a cabalgar. Casi me morí de frío.

Havelock experimentó con otra monstruosa cara, pero no produjo ningún impacto discernible en la criatura.

—Un par de los Imageros de Vagel hablaron de ellos —murmuró—. No el propio Vagel. Pero estaba ansioso. En el espejo, todo lo que hacían era perseguir cosas para matarlas. Y parecían capaces de encontrar lo que perseguían sin necesidad de verlo. Pasaban por el espejo en enjambres. Pero eran obviamente inteligentes. Habían domesticado animales que usaban como monturas. Vagel deseaba todo un ejército de ellos.

En un esfuerzo por mantener al Adepto hablando, Terisa dijo las primeras palabras que pasaron por su cabeza:

—Estábamos siguiendo al hermano de Geraden, Nyle. Fue a encontrarse con el Príncipe Kragen.

Geraden se estremeció.

—Correcto —respondió Havelock, como si estuviera completamente de acuerdo—. Festten siempre interfiriendo. —Exhibió sus dientes en una sonrisa carente de humor, luego se llevó los pulgares a las orejas y estiró sus ojos hasta convertirlos en rendijas con los demás dedos—. Si Vagel tuviera su propio ejército, no necesitaría al Gran Rey. Festten encontró formas de interrumpir la investigación antes de que esos dos Imageros pudieran terminarla. Finalmente, uno de ellos desapareció. Creo que fue muerto.

Terisa hizo todo lo posible por mantener unidos sus pensamientos. Su concentración estaba hecha pedazos. Había matado...

¿Qué estaban investigando los Imageros? ¿Qué les impedía trasladar el ejército que el archi-Imagero deseaba?

¿Era el lenguaje?

Dirigiendo una muda disculpa al Apr, dijo:

—Intentamos detener a Nyle. Entonces fue cuando nos atacaron. Iban tras de

Geraden, no de mí.

El Adepto le dirigió una risita tan aguda e inesperada como un gorjeo.

—Sé exactamente lo que quieres decir. —La luz de la lámpara hacía que sus ojos parecieran lechosos, como si se estuviera volviendo ciego.

De una de sus mangas extrajo el trozo de espejo del tamaño de una palma que Terisa le había visto usar dos veces como un arma.

Por un momento que pareció no tener duración mensurable, le miró boquiabierta mientras el Adepto murmuraba algo al cristal y pasaba la mano sobre él. Luego, un hormigueo de intuición la advirtió, y se lanzó hacia delante, intentando sujetar su muñeca.

Falló. Havelock ya se había vuelto.

Benditamente ignorante de ella, enfocó su cristal y lanzó un rayo tan ardiente que la criatura estalló en llamas como un puñado de astillas.

Con un aullido de inarticulada frustración y rabia, el Castellano empujó a Havelock a un lado. Instantáneamente, el rayo se detuvo cuando el Adepto Havelock chocó contra la pared y cayó al suelo.

Pero la criatura ardió como una antorcha. Ningún sonido brotó de ella; no retrocedió ni agitó los brazos ni soltó su presa sobre los barrotes. Lentamente, lentamente, se derrumbó contra la reja.

Como al ralentí, Terisa sintió un estallido de calor. El hedor del pelaje abrasado y de la siseante carne llenó el aire.

Incapaz de controlar sus reacciones, se dejó caer de rodillas. Allá, más cerca del suelo, el aire era aún frío. El olor a podrido de la paja, sin embargo, fue demasiado para ella. El Adepto Havelock se había levantado apoyado sobre manos y rodillas para observar a la criatura. Cuando vio que ella le estaba mirando, le dirigió un enorme guiño conspirador.

Luego la oscuridad cayó sobre ella, y se derrumbó como si se estuviera desvaneciendo hacia dentro.

Anticipando el desastre

Tuvo la clara impresión de que había permanecido largo tiempo sin conocimiento.

Un hombre inclinado sobre ella: recordaba eso. Pero ¿quién era? ¿El Maestro Eremis? La idea le causó una sensación líquida en la boca del estómago. No quería permanecer inconsciente. Si él tenía que tocarla de alguna forma, no deseaba perderse.

Ahora, sin embargo, la figura que estaba con ella se parecía más a una mujer. Gradualmente, se dio cuenta de que no estaba tendida en el suelo de las mazmorras. Por una parte, se sentía caliente, realmente caliente..., hasta la punta de los dedos de los pies. Debía haber una cama bajo ella; ninguna piedra era tan blanda. Y mantas...

Con un esfuerzo, abrió los ojos.

Sobre ella colgaba el familiar dosel de plumas de pavo real de su cama.

Saddith cruzó su mirada con la de ella y llamó suavemente:

—Geraden, creo que está despertando.

De inmediato, Geraden estuvo a su lado. Su rostro estaba tenso por la fatiga y la preocupación, y su expresión era desolada; pero, cuando la miró a los ojos, sonrió como si ella consiguiera que todas las cosas del mundo volvieran a estar bien.

—Gracias a las estrellas —murmuró con voz ronca—. Me alegra verte de nuevo consciente.

Ella tosió, con la garganta llena de pegajoso algodón.

—¿Cuánto tiempo he estado sin sentido?

—Bastante.

Saddith dejó escapar una risa líquida.

—Mi dama, el Apr está borracho por ti. Cada momento que tus ojos no están abiertos es para él «bastante» como para alarmarlo. Necesitabas terriblemente descansar. Cuando hayas comido y —frunció la nariz— te hayas bañado, te sentirás lo bastante bien como para reírte de su preocupación.

Terisa captó el débil olor a paja podrida. Parecía estar en su pelo. Y en... Su chaquetón estaba colgado del respaldo de otra silla, pero ella seguía llevando sus ropas bajo las mantas. El olor estaba también en su camisa y pantalones. Cuando alzó las mantas, recibió una suave bocanada en su rostro.

Echó las mantas a un lado y dejó que Saddith y Geraden la ayudaran a sentarse en el borde de la cama. Un brillante fuego crepitaba en la chimenea, y la criatura había

ardido...

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

La sonrisa de Geraden se crispó.

—No mucho. Perdiste el sentido. El Adepto Havelock se fue. El Castellano maldijo a todo el mundo. Uno de los médicos y yo te trajimos aquí. Dijo que te pondrías bien, pero yo no le creí. —Desvió la mirada—. Saddith me ha estado contando la historia de su vida para impedir que gritara mientras tú dormías.

—¿Por qué...? —Terisa se pasó los dedos por su pelo, luego hizo una mueca ante el olor apesado en él. Tuvo que inspirar profundamente para conseguir que su cabeza dejara de girar—. ¿Por qué mató el Adepto Havelock a esa pobre...?

Ante aquello, la expresión de Geraden se volvió dura.

—Está loco. Incluso aunque supiéramos por qué hace las cosas, tampoco tendrían sentido.

—Yo puedo explicarlo —dijo Saddith con tono provocativo—. Si los rumores son ciertos, el Adepto no ha tenido ninguna mujer desde que regresó de Cadwal. —Dio un codazo a Geraden en las costillas—. Todos los hombres acaban locos si no se acuestan con una mujer con la frecuencia necesaria.

Por ninguna clara razón, Geraden pareció enrojecer.

Terisa tenía que apartar de su mente la inmolación de la criatura. Tenía que apartar de sus ropas y de su pelo aquel olor. Ignorando a Saddith, le dijo a Geraden:

—No lo comprendo. ¿Por qué esos Imageros que trabajaban con Vagel no trasladaron el ejército que éste deseaba? ¿Qué investigaciones tenían que hacer?

Rápidamente, como si se sintiera aliviado por su pregunta, Geraden respondió:

—No tengo ninguna forma de saberlo, por supuesto..., pero estoy seguro de poder adivinarlo. Hemos hablado de lenguaje. —Observó intensamente el rostro de Terisa—. Cuando la cábala del archi-Imagero tropezó con una Imagen de lo que les parecía el guerrero ideal, no tenían ninguna forma de saber si r podrían hablar con él. No sabían que la cuestión del lenguaje era resuelta por la propia traslación. Eso era lo que necesitaban investigar.

Dejó escapar una hosca risa.

—En cierto sentido, es divertido. Tanto el Gran Rey Festten como el archi-Imagero hubieran podido tener a su disposición todo un ejército de esas criaturas, si simplemente hubieran creído lo mismo que cree el Rey Joyse. Hubieran podido derrotarle.

»Ahora nunca sabremos la respuesta —concluyó amargamente.

Terisa asintió, dejando que Geraden empujara hacia atrás los recuerdos de los que

deseaba escapar. Por su parte, sin embargo, Saddith no parecía particularmente complacida con aquel giro de la conversación. Tan pronto como Geraden se detuvo, dijo:

—Mi dama, no tengo ni comida ni agua para el baño preparadas para ti. No sabía cuándo despertarías. Pero ambas cosas pueden serte proporcionadas casi inmediatamente. Con tu permiso, iré a buscar lo que necesitas.

—Gracias. —Como de costumbre, los ojos de Terisa fueron atraídos hacia la abierta blusa de Saddith, tensa sobre sus pechos. Hizo un esfuerzo por alzar la cabeza a fin de que no pareciera que le hablara al pecho de la doncella—. Te lo agradezco.

Como respuesta, Saddith lanzó una picante mirada a Geraden.

—Te lo advierto —le dijo taimadamente al Apr—. Volveré demasiado pronto para lo que deseas. Incluso los jóvenes más calientes necesitan una cierta cantidad de tiempo.

Riendo, abandonó los aposentos.

Terisa se puso experimentalmente en pie.

En su prisa por ayudarla, Geraden se lanzó hacia delante. Desgraciadamente, perdió el equilibrio y casi cayó sobre la cama. Terisa tuvo que sujetarle a él en vez de ser sujeta por él.

Maldiciendo contra sí mismo, Geraden se apartó. Al parecer, había perdido el equilibrio en más de un sentido. Ahora parecía como si estuviera al borde de las lágrimas.

¿Geraden? ¿Qué ocurre? No estaba segura de lo que estaba viendo. O no estaba segura de sí misma. No se sentía particularmente en buena forma. De hecho, se sentía horriblemente. ¿Dónde estaba el Geraden que siempre cuidaba de ella como si fuera la persona más importante de su vida?

Tontamente, dijo las primeras palabras en las que pudo pensar que no tenían nada que ver con lo que sentía:

—Creí verte enrojecer. ¿Qué estabais haciendo realmente tú y ella mientras yo dormía?

Él se envaró. Mientras se retiraba a su silla, se permitió desviar el rostro por un momento. Cuando se sentó, sus rasgos estaban encajados en duras líneas, como si estuviera furioso. Sin embargo, ella sabía que no estaba furioso. Sus ojos ardían con pesar.

—No comprendo a esa mujer —murmuró, sin cruzar su mirada con la de ella—. Quiero decir, sí la comprendo. No soy tan ignorante como ella piensa. Simplemente, no tiene sentido para mí. —Frunció el ceño ante su propia confusión—. Mientras

estabas dormida, ella no me contaba la historia de su vida. Estaba persuadiéndome de que me acostara con ella aquí mismo, en el suelo.

Por alguna razón, Terisa no encontró aquello divertido. De inmediato, los músculos en torno a su corazón se contrajeron.

—Dijo que no había tenido ningún hombre desde hacía tiempo. Hablaba de ello como si simplemente se estuviera rascando algún tipo complicado de prurito. Por supuesto, en estos momentos hay probablemente doscientos hombres a tiro de piedra de nosotros que se sentirían muy contentos de complacerla. Pero ella no desea hacer nada que pueda alejar al hombre en quien realmente está interesada. Tengo la impresión de que ahora está lejos. Sea quien sea. —Suspiró, pero aún no consiguió mirar a Terisa—. Dijo que yo no tenía por qué preocuparme porque mi corazón estaba puesto en ti, no en ella. Y que ella me haría un favor enseñándome lo que debía hacer con tu cuerpo cuando finalmente pusiera mis manos en él.

»No pude meterle en la cabeza que si seguía hablando de esa forma me haría vomitar.

—¿Por qué? —Terisa intentó sonar casual, pero no lo consiguió—. ¿No la consideras atractiva?

El rostro de Geraden era frío cuando lo volvió hacia ella.

—Por supuesto que es atractiva. Una pared de piedra sería atractiva si tuviera su apariencia. Es su actitud lo que no me gusta. Hay más cosas en el amor que simplemente rascar tus pruritos.

»Dime una cosa. —Ahora estaba furioso—. Hace algún tiempo, creo que fue la primera mañana del deshielo..., yo estaba aquí contigo, y Saddith entró. Tú le preguntaste dónde estaba el Maestro Eremis.

El nudo en torno al corazón de Terisa se apretó más.

—En aquel momento, pensé que era una pregunta extraña. No quise ser curioso. Pero, cuanto más pienso en ello, más extraño me parece. ¿Por qué se lo preguntaste a ella? ¿Qué sabe ella del Maestro Eremis?

Saddith había intentado seducir a Geraden. Terisa se sentó en la cama para ocultar el hecho de que estaba temblando..., y controlarlo. Con voz débil, manteniendo sus emociones a distancia porque las temía, dijo:

—Tiene una aventura con él. Me ha hablado de ello. —Nunca sería capaz de admitir que había visto al Maestro Eremis y a Saddith juntos—. Creo que piensa que, si se acuesta con los suficientes hombres, terminará siendo la reina de Mordant.

Al cabo de un momento, él murmuró:

—Eso lo explica. —Ya no parecía furioso. Sonaba decaído y solo.

Bruscamente, se puso en pie.

—Recibí un mensaje antes, Artagel ha sufrido una recaída. Su médico dice que es algo temporal. Se pondrá bien. Pero tengo que ir a verle. Saddith volverá pronto. Puede que esto no te alegre, pero al menos tendrás algo de comida y un buen baño.

Incapaz de impedir que se reflejara su aflicción, se volvió para marcharse.

—Geraden, espera. —La visión de su espalda alejándose pareció empujarlo todo dentro de ella en una dirección distinta. Se puso en pie de un salto, tendió hacia él una mano que Geraden no pudo ver—. No te vayas.

Él se detuvo en el umbral. Su voz se negaba a salir de su garganta, sus hombros estaban hundidos como si los estuviera encogiendo sobre el dolor en su pecho.

—Tengo que hacerlo.

—Por favor —dijo ella—. He sido muy egoísta. Has sido siempre tan bueno conmigo que he olvidado que tú también tienes problemas personales. Por favor, cuéntame qué ocurre.

Él no se movió. Lentamente, adelantó una mano para sostenerse en el marco de la puerta.

—Terisa —dijo, con voz dolida—. Todo este embrollo es culpa mía.

—No, no lo es. —Estaba dispuesta a defenderle de inmediato—. Tú no eres el Príncipe Kragen. Tú no eres Elegá.

Él alzó su mano libre hacia el rostro de ella.

—Nyle tenía razón. He sido un estúpido en todo. Él estaba haciendo lo que creía que era correcto. Pero también estaba haciendo algo que no causaría ningún daño serio si resultaba estar equivocado. Eso es importante. No era necesario preocuparse por él. No representaba ninguna amenaza. Tú y yo hubiéramos debido volver a Orison de modo que Ribuld pudiera seguir con Argus. Hubiéramos debido contarle al Castellano Lebbick todo lo de Elegá.

Lentamente, su voz fue adquiriendo toques férreos, como los golpes de un cincel. Cortaba las palabras como fragmentos de piedras.

—Tú no estarías aquí si yo no me hubiera equivocado con aquella traslación. El campeón estaría aquí en tu lugar. O se hubiera negado, en cuyo caso no hubiera sido trasladado contra su voluntad. Los muros de Orison estarían intactos. Y Myste seguiría aquí. Si alguien puede detener a Elegá, es ella.

—Geraden. —Terisa avanzó hacia él; tentativamente, apoyó las manos en su espalda. Parecía como si estuviera atado con cuerdas para evitar que estallara. El lado adolescente de él estaba muriendo. Se estaba viendo despedazado pieza a pieza, privado de las cosas que amaba, las cosas que lo sostenían—. Por favor, Geraden.

Hubiera debido decírselo.

Él había ido demasiado lejos para detenerse.

—El Monarca de Alend va a tomar Orison. Es imposible, *tendría* que ser imposible... pero va a hacerlo. Y es culpa mía. Estuve *prometido* a esa mujer. Quizá no tengamos mucho en común, pero creía conocerla mejor que eso. Primero Nyle. Ahora ella. Todo lo que quiero...

Su garganta se cerró. Terisa lo notó luchar para volver a abrirla. Luego dijo:

—Artagel tiene razón. Esto va a matar a mi padre.

Hubiera debido decírselo hacía mucho tiempo.

—Geraden, no te hagas esto a ti mismo.

Sin advertencia, él se volvió para enfrentarse a ella. Sus mejillas estaban llenas de lágrimas, pero no parecía estar llorando: su aspecto era flagrantemente infeliz, casi enloquecido por el desprecio hacia sí mismo y sus errores.

—Artagel piensa que es culpa mía. —Habló suavemente..., tan suavemente que parecía inalcanzable—. Esperaba eso de Nyle. Pero Artagel piensa que es culpa mía también.

—Geraden. —Terisa había rebasado el límite de lo que podía soportar. Para afirmarse, porque tenía miedo, se sujetó a la pechera de él con ambas manos—. No estás equivocado. No sé por qué..., o cómo. Pero no estás equivocado.

»¿Recuerdas el augurio? ¿Recuerdas haber visto jinetes? —*Tres jinetes. Avanzando a lomos de sus monturas, directamente fuera del cristal, cabalgando duro, de tal modo que la tensión en los hombros de sus caballos era tan clara como el odio en los filos de sus alzadas espadas*—. Yo los vi..., soñé con ellos antes incluso de ver el augurio. Antes incluso de conocerte a ti. Tuve un sueño que era exactamente igual a una imagen del augurio.

Escrutó su rostro, y vio sorpresa y desconcierto, con un asomo de alegría.

—Entonces, *hay* una razón —jadeó, maravillado—. No estaba equivocado. Tú eres el campeón.

—No sé por qué —repitió, insistió, ella. Era el único regalo que podía hacerle, el único consuelo que podía darle—. No sé cómo. Pero hay una razón. No te equivocaste.

Como respuesta, el rostro de él se fue iluminando cada vez más, como si estuviera ardiendo. Sus brazos se cerraron en torno a ella; su boca descendió hacia la de ella.

Ardientemente, ella rodeó el cuello con sus manos y le besó.

Permanecieron abrazados hasta que Saddith regresó con una bandeja llena de comida y acompañada de un hombre que llevaba agua para el baño.

Después de comer, hicieron lo que pudieron para prepararse para el inminente sitio.

A mediodía del día siguiente, el Castellano Lebbick había desplegado virtualmente todos los guardias del Rey en Orison, eligiéndolos según sus responsabilidades para la defensa y mantenimiento del castillo, y acantonándolos allá donde podía encontrarles sitio. Cuando los barracones estuvieron ya abarrotados, fueron puestos nuevamente en uso algunos de los corredores y zonas abandonados. Los cocineros se quejaron del trabajo extra. Los sirvientes y sirvientas cuyos trabajos incluían la limpieza se quejaron también vehementemente. Pese a todo, Orison engulló las tropas adicionales.

El trabajo de cerrar la brecha con un muro cortina prosiguió.

Al mismo tiempo, los exploradores cruzaron el Demesne hacia el Care de Armigite. Aunque les hubiera sorprendido encontrar tan pronto al ejército del Monarca de Alend, empezaron a moverse con cautela.

Durante la noche habían regresado los hombres que rastreaban al Príncipe Kragen. El Pretendiente de Alend había despistado a sus perseguidores de la manera más simple posible: cabalgando por los hollados caminos, donde su rastro era indistinguible del de todos los demás. Este informe hizo que el Castellano maldijera extensamente, pero no había nada que pudiera hacer para cambiar la situación.

Nada se supo de los guardias que estaban intentando descubrir de dónde habían procedido los atacantes alienígenas de Geraden.

La mayoría de los granjeros y comerciantes de las inmediaciones del castillo habían empezado a vaciar sus corrales, graneros y almacenes y trasladarlos a Orison. Mucha de la gente que aún vivía en los pueblos recordaba cómo había sido la vida antes de que el Rey Joyse tomara el poder sobre Mordant y creara la paz por la fuerza de su buena mano derecha. Animaron a la gente a su alrededor a que se pusiera en movimiento.

Las abuelas y los rebaños de cabras no se movían rápidamente..., pero se pusieron en camino.

Como resultado de todo ello, el patio hervía de actividad, y una atmósfera ajetreada permeaba los pasillos. La situación hubiera podido degenerar fácilmente en el caos y la cólera. El Castellano Lebbick, sin embargo, conocía su trabajo..., y sus hombres conocían sus órdenes. La mayor parte de la población recién llegada encontró un lugar y se instaló sin darse cuenta de lo cerca que eran supervisados. Y aquéllos que se dieron cuenta probablemente no sospecharon que la principal prioridad de los guardias no era mantener el orden, sino más bien asegurarse de que

los espías o la gente de Alend no se deslizara subrepticamente dentro de Orison.

Satisfecho con los progresos de sus preparativos, el Castellano Lebbick hizo una visita al Maestro Barsonage.

El resultado de aquella visita fue menos satisfactorio. Puesto que los Maestros habían considerado adecuado interferir en los asuntos de Mordant trasladando a su campeón, el Castellano argumentó que ahora no podían pretender quedarse al margen de lo que estaba ocurriendo. En consecuencia, era responsabilidad suya ayudar en la defensa de Orison y de su Rey. Eso parecía bastante claro.

Pero el Maestro Barsonage replicó con la más traicionera información de que la Cofradía había sido disuelta. Paralizados por los mismos ideales que los habían unido, los Maestros no podían ponerse de acuerdo en nada. No tenían propósitos creíbles. El Castellano Lebbick era libre de acudir individualmente a los Imageros que considerara adecuados —al contrario que el Maestro Eremis, la mayoría se habían quedado en Orison—, pero no podía esperar una decisión o acción concertada. El abandono de la Cofradía por parte del Rey Joyse había llegado finalmente a su conclusión lógica.

Echando humo, el Castellano Lebbick se marchó.

Por su parte, el Tor habló con el Rey Joyse. O, más exactamente, habló *al* Rey Joyse. Suplicó y exigió; murmuró y gritó. Adoptó una actitud lúgubre, e intentó sinceramente adoptar una actitud noble. Desgraciadamente, no recibió nada a cambio de sus esfuerzos excepto una sonrisa más bien tensa y la ausente afirmación de que el Rey estaba seguro de que su viejo amigo el Tor haría lo que él, el Tor, creyera lo mejor. El Rey Joyse estaba demasiado ocupado intentando resolver el último rompecabezas de brinco que el Adepto Havelock le había planteado para ser distraído por el simple hecho de que el ejército de Alend fuera a poner sitio al castillo. Sin embargo, se mostró irracionalmente furioso cuando el Tor se arriesgó a mencionar a dama Elega. Finalmente, el Tor renunció y se retiró al solaz de su frasco de canciller.

En cuanto a Elega, dos pelotones de guardias habían registrado lo que llamaban cuarenta kilómetros de pasadizos secretos de Orison sin encontrarla. El Castellano los devolvió al principio para que empezaran de nuevo.

Paseando arriba y abajo por la alfombra con el dibujo de plumas de pavo real del saloncito de Terisa, Geraden preguntó:

—Pero ¿qué puede *hacer* ella? —Terisa había olvidado ya cuántas veces había hecho la misma pregunta, pero al menos Geraden tenía la decencia de no esperar una respuesta—. Quiero decir, párate a pensar en ello. Ha prometido esencialmente que le entregará Orison al Príncipe Kragen de su propia mano. Y él lo ha creído. Pero él sabe lo que es sitiar un castillo. Y ha visto Orison. ¿Qué puede haberle dicho además para que él la crea?

Terisa suspiró y miró melancólicamente por la ventana.

Tal como había prometido, Mindlin trajo sus nuevos vestidos para una prueba preliminar. Terisa tomó algunas decisiones arbitrarias, aceptó unos cuantos ajustes; el modisto se fue.

Ella regresó a la ventana. Aunque le encantaba la luz del sol casi primaveral, que hacía que las colinas brillaran y los caminos fueran traicioneros, deseaba más nieve.

De hecho, la mayor parte de la hormigueante población de Orison deseaba más nieve. Pero la mañana siguiente no trajo nubes, sino una tendencia a temperaturas más elevadas. Al parecer, el clima estaba del lado de Alend.

El Castellano Lebbick, sin embargo, no perdió tiempo maldiciendo al clima. Tenía otras cosas que maldecir.

La llegada de gente y ganado y provisiones estaba yendo realmente muy bien. Por supuesto, la vida en el patio apenas era algo mejor que un caos ligeramente estructurado; y la gente que era alojada en las antiguamente no usadas profundidades del castillo tenía que enfrentarse a una humedad que no hizo más que empeorar cuando las paredes fueron calentadas por fuegos y cuerpos. Pero había sitio en alguna parte para todo el mundo. Y las nuevas provisiones y ganado compensaban el creciente número de gente que tenía que ser alimentada.

Las causas de la comprimida furia del Castellano Lebbick estaban en otra parte.

No había sabido nada de sus exploradores..., pero eso significaba buenas noticias, no malas. Por otra parte, tampoco había sabido nada de los hombres que seguían el rastro de los atacantes de Geraden. Como noticia, eso era incontestablemente malo. Dejaba abierta la ominosa posibilidad de que toda una horda de criaturas como aquéllas estuviera reuniéndose en alguna parte para barrer Orison en el peor momento posible.

Desgraciadamente, el Castellano tenía también otras provocaciones. Una era que el Tor se negaba a dejarlo solo. Tras su fracaso en sacar al Rey Joyse de su apatía, el viejo y gordo señor insistía ahora en saberlo todo sobre las defensas de Orison. No estaba contento con generalidades: deseaba cosas específicas..., los nombres de los oficiales que habían recibido determinadas órdenes; la cantidad y disposición de algunos almacenamientos de provisiones; las rutas importantes para mover hombres y armas (y agua..., ¿estaba preparado el Castellano en caso de fuego?) a través del castillo. Las interferencias del señor eran suficientes para volver salvaje al hombre más considerado.

Como otra provocación, el Rey Joyse se negó a tomar en serio el informe de Lebbick respecto al Maestro Barsonage.

—¿Disuelta? —bufó—. Tonterías. Barsonage ha perdido los nervios, eso es todo. Encuentra al Maestro Quillón. —El Rey movió una pieza de su tablero y estudió la posición resultante—. Dile que él es el nuevo mediador. Necesito a esos Imageros.

Aunque el Castellano Lebbick royó un ultraje que empezaba a saber como la desesperación, el Rey Joyse se negó a decir nada más.

Y dama Elega parecía haberse desvanecido sin dejar la menor huella. Los guardias no sólo no conseguían encontrarla, sino que tampoco conseguían hallar ningún rastro de ella..., ni pequeños almacenamientos de comida y agua; ni ropas; ni lámparas o velas; ni (los guardias eran concienzudos) palomas mensajeras. Todo lo que encontraban era al Adepto Havelock, que aparecía en los momentos más insospechados y los rociaba con tratados de sabiduría y decoro que hubieran hecho enrojecer a una pandilla de rufianes en un carnaval. El Adepto parecía estar pasando el mejor tiempo de su vida. Sin embargo, el Castellano Lebbick no se mostraba en absoluto divertido.

Tras su ira, y su concentración en su deber, y su decidida creencia de que ninguna mujer podía entregarlo a él y a Orison a los enemigos del Rey, estaba empezando a sudar.

—¿Crees —preguntó Geraden a Terisa— que puede tratarse de algo tan estúpido y obvio como sobornar a los guardias? Eso podría funcionar si nadie sospechara de ella. Al menos, es imaginable que pudiera arreglar las cosas para hacer que se abrieran las puertas en mitad de la noche.

Hoy estaba más calmado, lo cual aliviaba el sentido de responsabilidad hacia él de Terisa y la liberaba para sentirse peor ella. Quizá la obsesión de Geraden estaba empezando a empaparla, a volverla tensa e irritable sin ninguna razón en particular. O quizás había algo... Rechinó los dientes ante la idea. ¿Algo que sabía y que no podía recordar? ¿Algo que debía comprender?

Maldita sea.

Le frunció el ceño al Apr como si todo fuera culpa suya, e intentó extraer algo de sentido a lo poco que sabía.

—Dime una cosa. ¿Por qué Alend o Cadwal, o ambos, no han atacado Mordant mucho antes que eso?

—Temían al Rey Joyse. Temían lo que podía hacer con la Cofradía.

Ella asintió.

—¿Y por qué ataca ahora Margonal? ¿Por qué ya no tiene miedo?

—Porque ha oído —aquello resultaba doloroso de decir para Geraden—, de boca del Príncipe Kragen y probablemente de unas cuantas docenas de otras fuentes, que al Rey Joyse ya no le importa nada.

—No. —Terisa tenía la sensación de que estaba martilleando contra algo—. Eso no es suficiente. ¿Y qué si al Rey Joyse no le importa? ¿Por qué Margonal no sigue temiendo a la Cofradía? ¿Por qué no teme que los Maestros se defiendan por sí mismos, no importa lo que haga el Rey Joyse?

—Porque la Cofradía se ha disuelto.

—Él no lo sabe. *Ella* probablemente tampoco lo sepa.

Ante aquello, Geraden la miró con una nueva luz en sus ojos, como si ella se hubiera vuelto de pronto más hermosa o brillante.

—En ese caso, ella ha prometido hacer algo que impedirá que los Maestros luchen.

—Sí. —Aquello tenía sentido para ella. Por un momento se sintió recompensada, agudamente triunfante.

Pero se estaba engañando a sí misma, por supuesto. Tras examinar atentamente lo que ella había sugerido, Geraden preguntó:

—Pero ¿qué, exactamente? ¿Qué *puede* hacer ella? ¿Qué poder tiene sobre la Cofradía?

Terisa no tenía la menor idea.

Esta vez, fue Geraden quien miró melancólicamente por la ventana.

—Te dije que un deshielo temprano era peligroso —murmuró, sin ninguna razón en particular.

El día siguiente fue nublado y triste, lleno de frío viento: parecía prometer un regreso del invierno. El Castellano Lebbick mantenía un ojo fijo en el cielo mientras se preocupaba por la persistente atención del Tor y por el hecho de que sus exploradores no habían regresado. Sin darse cuenta de ello, cayó en el esquema de anunciar, cuando no tenía nada más directo o amenazador que decir, que tenía intención de arrasar Armigite a la primera oportunidad que tuviera.

Desde un punto de vista superficial, Orison exigía mucho de él. El castillo estaba superpoblado..., y la superpoblación traía consigo tanto peleas como plagas de bichos. La gente estaba furiosa porque se había visto obligada a abandonar sus hogares. Algunos comerciantes estaban furiosos porque todo lo que poseían les había sido requisado; otros estaban furiosos porque casi nadie podía permitirse pagar los exorbitantes precios dictados por la escasez. Los guardias estaban furiosos porque se veían confinados, o se les exigía demasiado, o se les asignaban tareas que no les gustaban. Señores y damas estaban furiosos porque la furia estaba en el aire. Todo el mundo estaba furioso porque todo el mundo estaba furioso. Y el miedo hacía que la furia fuera más urgente, justa y justificada.

La verdad, sin embargo, era que el Castellano Lebbick tenía ahora el castillo organizado de modo que funcionara casi enteramente sin él. Sus hombres sabían qué hacer; sus oficiales sabían qué hacer. Todo el mundo estaba furioso, pero virtualmente nadie sufría daño. En realidad, el Castellano no tenía nada que hacer excepto preocuparse y preocuparse..., y mantener los ojos fijos en el tiempo.

Aquella noche, lo que quedaba del pelotón que había seguido el rastro de los atacantes de Geraden regresó a Orison: dos curtidos veteranos con heridas que aún sangraban, y que la dura cabalgata había mantenido abiertas. El pelotón había sido emboscado por un número indeterminado de aquellas mismas criaturas. Y la emboscada se había producido no muy al sur del Broadwine..., no lejos dentro del Care de Tor.

Para conmemorar la ocasión, el Tor dio cuenta de un nuevo tonel de vino. Pero el Castellano Lebbick se concentraba en la nieve. Si volvía a nevar, los hombres que había enviado al Perdon, el Fayle e incluso al Termigan tal vez tuvieran tiempo de conseguirlo.

Por la mañana, el tiempo fue primaveral.

La luz del sol penetraba por las ventanas, derramando su dorada largueza sobre los suelos de piedra y las gruesas alfombras. Una brisa como un heraldo de flores soplaba a través del patio. Unas cuantas extensiones de suelo aparecieron libres de nieve en las colinas, y algunos de los distantes árboles parecían como si pretendieran brotar. Inesperadas bandadas de pájaros revolotearon sobre los tejados del castillo, se posaron en gran número en las tejas y canalones, y cantaron.

Poco después del mediodía, los exploradores del Castellano volvieron para informar que el ejército de Alend estaba ya en el Demesne. Excepto un desastre cataclísmico o una milagrosa retirada, Orison estaría bajo sitio no más tarde que el mediodía del día siguiente.

Los exploradores evaluaron que Margonal disponía de diez mil hombres —dos mil montados, ocho mil a pie—, y suficientes máquinas de guerra como para echar abajo el castillo piedra a piedra. Por lo que parecía, muchas de las máquinas eran de diseño Armigite. Al parecer, los tratos del Príncipe Kragen con el Armigite no habían sido tan simples como la historia que le había contado a Nyle.

Desgraciadamente, ésas no eran las únicas malas noticias.

Poco antes del atardecer, una trompeta anunció la llegada de jinetes. Cerca de un centenar de soldados avanzaban por el camino procedentes del Care de Perdon. Parecían viejos y cansados, como si llevaran viajando un indecente período de tiempo. Enarbolaban el estandarte del Perdon y llevaban la insignia del Perdon, y avanzaban lentamente. Todos ellos estaban heridos: faltaban miembros; se veían cabezas y pechos vendados; los rostros estaban desencajados. Muchos de los caballos

cargaban con hombres muertos.

Cuando se dio cuenta de quiénes eran los jinetes, el que tocaba la trompeta cambió su nota por una endecha.

—Oh, no —gimió Terisa, mirando desde su ventana cómo se aproximaba la procesión—. Dijo que iba a hacer esto.

—Cadwal está avanzando —murmuró lúgubrementemente Geraden—. El Perdon no va a venir en nuestra ayuda. Ya está en guerra.

Luego se mordió los labios.

—Tenemos que detenerla. Si nos traiciona ahora, no nos quedará ninguna esperanza.

El Castellano Lebbick y el Tor acudieron al encuentro de los jinetes en la puerta. El Tor hizo un corto discurso. El Castellano no sabía cómo expresar su dolor o su compasión, así que guardó silencio.

A la bienvenida de Orison y las palabras del Tor, el capitán de los jinetes respondió simplemente:

—Estamos muriendo todos. El Perdon nos ordenó que viniéramos.

El atardecer de aquel día fue especialmente glorioso.

Terisa apartó su cena sin probarla. Geraden tomó un trozo de pan, hizo bolitas de miga y las fue arrojando a la chimenea. El humor en la habitación era tan sombrío como la noche al otro lado de la ventana. Ninguno de los dos había hablado desde hacía largo rato.

Finalmente, él murmuró:

—No es suficiente.

—¿Hum? —preguntó vagamente ella.

Por ninguna razón en especial, ambos habían olvidado encender las lámparas. La única iluminación procedía de la chimenea. La parpadeante luz arrojaba reflejos anaranjados y sombras al rostro del Apr; chispas de llamas prendían intermitentemente en sus ojos.

—No es suficiente —repitió—. Supongamos que Elega conoce alguna forma de neutralizar a los Maestros. Por ejemplo, supongamos, sólo por suponer, que posee algún tipo de ácido que corroe el cristal. Y que conoce una forma de deslizarse al laborium donde se guardan los espejos. Y sabe dónde guardan todos los Maestros sus espejos particulares. Supongamos que tiene tiempo de destruir todos los espejos en Orison. Eso es mucho..., pero no es suficiente.

Mientras hablaba, Terisa se dio cuenta con sorpresa de que el rostro de Geraden había cambiado. La luz del fuego parecía realzar una alteración en la línea de su

mandíbula, los planos de sus mejillas, la forma de su ceño fruncido. La presión de los últimos días había desalojado de él al cachorrillo. Ya no parecía un hombre que tropezaba con sus propios pies y sonreía torcidamente a los resultados.

—Eso no derrotaría Orison —murmuró al fuego, hablando casi para sí mismo—. El Castellano Lebbick no se rendiría por una razón como ésa. Tiene que haber alguna otra respuesta.

Sí, se dijo ella. Tiene que haber alguna otra respuesta. Pero no estaba de acuerdo con él. Se sentía consciente y explícitamente furiosa. Se sentía furiosa con Artagel y el Castellano Lebbick y Nyle. Se sentía furiosa con el Rey Joyse, que sabía lo que le estaba haciendo a la gente que durante toda su vida había confiado en él. Estaba furiosa con los Maestros por su desdén, su nula voluntad en comprender. A ella siempre le había *gustado* la expresión como de cachorrillo de Geraden. Le había *gustado* su habilidad de tropezar consigo mismo sin tener la sensación de que la culpa de la destrucción de todo lo que amaba era suya.

¿Por qué somos *nosotros* responsables de Elegá? ¿Por qué es culpa *nuestra* el que ella vaya a traicionar probablemente a todo el mundo?

Un momento más tarde, sin embargo, sus recuerdos le trajeron otra imagen, tan vivida como el rostro de Geraden..., una imagen de dama Myste. Sentada en aquella misma habitación, Myste le había explicado a Terisa que deseaba ir tras el campeón. *Siempre he creído*, había dicho, *que los problemas deben ser resueltos por aquéllos que los ven. Y esto es más cierto para la hija de un rey.*

¡Myste!, murmuró Terisa con un silencioso dolor. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Dónde estás?

¿Qué está haciendo Elegá?

Sin pensarlo, dijo en voz alta:

—Agua.

El rostro de Geraden derivó entre manchas de luz y oscuridad hasta mirarla.

—¿Agua?

—¿De dónde obtenemos el agua?

Las cejas de Geraden se anudaron, perplejas.

—Te hablé de ello durante nuestra visita. Orison está edificado sobre un arroyo. Pero, por supuesto, el castillo ha crecido mucho. Y utilizamos mucha agua. Creo haberte mencionado que el Castellano Lebbick tiene ideas muy enérgicas acerca de la higiene. El arroyo ha sido insuficiente desde hace mucho tiempo. Así que almacenamos el agua de lluvia y la nieve fundida. Las canalizaciones que orillan todos los tejados llevan el agua hasta el depósito..., te mostré el depósito.

—Y ahora —dijo ella lentamente, mientras un intenso pulso empezaba a latir en su sien, y una mano de tensión se cerraba alrededor de su corazón—, tenemos a toda esa gente extra. Y no hemos tenido más nieve.

—Ése es uno de los peligros de un deshielo temprano. —La estaba examinando atentamente—. Hasta que empiecen las lluvias, no tendremos nada excepto el arroyo para mantenernos.

Ella inspiró profundamente, y contuvo el aliento para impedir que su cabeza diera vueltas. Cuando pudo hablar firmemente, preguntó:

—¿Qué pasaría si le ocurriera algo al depósito?

Él siguió sin comprender.

—¿Ocurrirle? ¿Qué puede ocurrirle?

—¿Está protegido?

—No. ¿Por qué debería estar protegido?

Incapaz de reprimir la excitación del miedo que la invadía, Terisa se puso en pie de un salto. Recordaba su conversación con Elega. Sujetó el brazo de Geraden con ambas manos y lo obligó a ponerse en pie.

—¿Y si ella lo *envenena*?

La idea le golpeó como si acabara de abrir una ventana y se hubiera encontrado con un mundo absolutamente extraño al otro lado. Sus labios modularon las palabras lo *envenena* mientras intentaba captarlas en toda su profundidad. Con tono estrangulado, argumentó:

—Siempre está el arroyo.

—¿Y qué significa eso? Su agua no nos ayudará. Todos estaremos *envenenados*. Cuando alguien se dé cuenta del peligro, todos estaremos ya *envenenados*. No quedará nadie para luchar. Aunque el veneno no nos matara, aunque sólo los enfermará durante unas horas..., Margonal podría tomar Orison sin apenas lucha.

—Eso es cierto. —El rostro de Geraden se crispó mientras sus pensamientos corrían velozmente—. Tenemos que advertir al Castellano Lebbick.

—*Geraden*. —Sólo por un segundo, sintió deseos de gritarle. Era tan obtuso.

Casi de inmediato, sin embargo, su humor cambió, como si deseara echarse a reír. No estaba acostumbrada a ir por delante de él. Cuidadosamente, dijo:

—¿No crees que sería mejor si nosotros la *detuviéramos*?

Él la miró por unos momentos, boquiabierto. Luego dejó escapar un aullido que sonó como una carcajada. La luz del mego era tan brillante como la risa en sus ojos.

—Disculpa, mi dama. —Se aferró los costados y agitó la cabeza—. Creo que se

me ha metido cera en las orejas. No estoy seguro de haberte oído bien. —Pero alegría y alivio no eran las únicas emociones que se reflejaban en su mirada. Las llamas eran cálidas y alegres..., y también eran intensas, ardían fieramente—. ¿Dijiste: No crees que sería mejor que salváramos Orison nosotros mismos? ¿Tú y yo solos?

Ella asintió.

—¿Por qué deberíamos decírselo a Lebbick? Simplemente estamos haciendo suposiciones. Puede que él no nos crea. Y, aunque nos crea, puede que estemos equivocados. Pero, si estamos en lo cierto, ésta es nuestra oportunidad de demostrar que eres inocente..., que no estás complotando secretamente la destrucción de Orison.

Ella asintió de nuevo, más debido a que le gustaba la vida en el rostro de él que porque creyera que el Castellano creería alguna demostración de su inocencia.

—¡Todo el cristal hecho astillas! —Geraden siseó las palabras entre sus dientes, sonriendo como Artagel—. Coge tu chaquetón. Va a hacer frío ahí arriba.

Terisa cogió su chaquetón.

Hacía frío ahí arriba.

El depósito había sido construido en la parte más alta del cuerpo principal de Orison..., una labor de construcción que estaba justificada por la cantidad de trabajo ahorrado por el hecho de poder distribuir agua por todo el castillo mediante la gravedad en vez de con bombas. Las torres, por supuesto, necesitaban bombas; y el agua del arroyo debía ser bombeada al depósito. Pero éstos eran trabajos relativamente simples comparados con la tarea de proporcionar agua a todo Orison.

Terisa tuvo que llenar muchos de los detalles de memoria. El lugar era oscuro: la única luz procedía de las aberturas protegidas por pantallas que dejaban pasar la nieve y la lluvia y el aire nocturno al depósito mientras mantenían fuera a los pájaros; y la brillante luna, fuera, no hacía más que arrojar una vaga luminosidad plateada sobre la superficie del agua. Pero recordó que el depósito había sido construido como una piscina, profundo y rectangular, con un pasadizo de lisa piedra en sus cuatro costados.

En torno a ese pasadizo se alzaban pesados maderos, que se entrecruzaban hacia el techo para sujetar la red de tuberías que transportaban el agua de lluvia y la nieve fundida e incluso el rocío de los tejados de Orison..., y para sostener también el andamiaje que hacía posible la limpieza y reparación de las pantallas. Debido a esos maderos, el depósito parecía una catedral. Contra el débil, húmedo y chapoteante susurro, el silencio dominante parecía lleno de maravilla. En la oscuridad, la cantidad de agua daba la impresión de ser inmensa.

Parecía absorber cualquier calor almacenado tras la caída de la noche. El depósito

era lo bastante frío como para hacer que Terisa se estremeciera pese a su chaquetón.

—Necesitamos una luz —susurró, insegura.

—Ella nos verá —respondió Geraden, acercando su boca al oído de Terisa para que no pudieran ser oídos.

Terisa asintió. Había esperado no tener que volver a pasar frío otra vez en su vida.

—¿Dónde podemos ocultarnos?

Por un momento, él no se movió.

—¿Cuánto tiempo crees que tendremos que esperar?

—¿Cómo puedo saberlo? Todo esto no son más que suposiciones.

—Bien, entonces supongamos un poco más.

Ella hizo un esfuerzo por controlar sus temblores.

—De acuerdo. Sea lo que sea lo que ponga en el agua, necesitará tiempo para disolverse, o para dispersarse, o para lo que sea que haga. Pero, si lo hace demasiado pronto, la gente empezará a ponerse enferma, o a morir, demasiado pronto. El Castellano o alguien puede tener tiempo de imaginar lo que está ocurriendo. Antes de que Margonal esté preparado.

»Si yo fuera ella, aguardaría hasta que se iniciara el sitio. —No más tarde que el mediodía del día siguiente—. Puede que tengamos que pasarnos aquí toda la noche.

—No. —Geraden estaba pensando demasiado intensamente para ser educado—. Si hace eso, prácticamente todas nuestras fuerzas estarán ya de servicio. Atrapará a los granjeros y a las sirvientas y a los cocineros, pero eso lo único que conseguirá será advertir a Lebbick. Necesita golpear esta noche, de modo que el agua sea mala cuando los guardias se levanten de la cama mañana por la mañana. Mañana por la mañana a primera hora.

Aquello tenía sentido.

—¿Dónde podemos ocultarnos? —repitió ella.

Él la tomó del brazo y la hizo ponerse lentamente en movimiento.

—Hay un número enorme de caminos aquí dentro. El suelo está cubierto de tuberías. Quizá esté cubierto de pasadizos también. Pero no podemos hacer nada al respecto. Y realmente no hay ningún lugar donde ocultarse. Simplemente nos situaremos donde podamos vigilar las entradas, aquélla por la que vinimos y la otra —señaló al otro lado del depósito—, y esperaremos a tener suerte.

—Eso será divertido —respondió ella, simplemente porque necesitaba decir algo—. Somos famosos por nuestra buena suerte.

Él dejó escapar una risita reprimida.

—Muy cierto.

Reprimida como era, su risa la hizo sentirse mejor.

Terisa deseaba comprobar su camino con los pies para asegurarse de no caer al agua, pero él tiró de ella hacia delante como si no tuviera miedo a nada. No la condujo hacia el agua, sin embargo. En vez de ello, la guió a un lugar donde un par de tableros se unían en el suelo. Estaban situados aproximadamente a medio camino entre las entradas del depósito, y el hueco entre ellos era justo lo bastante ancho como para dos personas. En aquella oscuridad, ella y Geraden serían efectivamente invisibles en tanto permanecieran cerca de los tablones.

Lado a lado en el agujero, estaban un poco apretados a la altura de los hombros y las caderas. Inicialmente, ella intentó apartarse de él, a fin de que él no notara sus temblores. Pero retendría más su calor si permanecían juntos. Retendría más su calor aún si él la rodeaba con su brazo. Al cabo de un momento, descubrió que no le importaba dejar que él supiera el frío que sentía.

Volviendo la cabeza, él susurró su nombre junto a su pelo y le dio un ligero abrazo de compañerismo. Casi inmediatamente, la presión que la hacía estremecer pareció disminuir.

Pronto empezó a cansarse de tensar sus ojos hacia la profunda oscuridad del depósito, de intentar ver la diferencia entre el ligero chapoteo del agua y el posible sonido de pasos. Apretándose más hacia Geraden para encajarse mejor contra su costado, susurró:

—¿Qué haremos cuando aparezca?

—Detenerla.

Ella le dio un ligero codazo en las costillas a través del chaquetón.

—Eso ya lo sé, idiota. ¿Cómo vamos a detenerla?

—No tan fuerte —advirtió él—. El agua transmite los sonidos.

Ella deseó poder ver su rostro. Sonaba tenso y lejano, atrapado en su responsabilidad por lo que le ocurría a Orison. Detener a Elega era como detener a Nyle para él: ella era la hija de su Rey, una amiga de su infancia y su antigua prometida. Precisamente porque la situación era tan dolorosa para él, no podía permitirse fracasar.

Casi pese a sí misma, Terisa comprendió su devoción al Rey Joyse y a Mordant.

—Traerá alguna luz —siguió él suavemente—. No espera ser atrapada. Y necesita ver lo que está haciendo. —Como su atención, su voz parecía apuntar a la oscuridad—. Cuando veamos su luz, intentaremos deslizarnos hasta ella.

Terisa asintió, pero su mente estaba en otra parte. Su cabeza descansaba contra el

hombro de él; el chaquetón de Geraden calentaba su mejilla. ¿Era realmente mejor para él permanecer leal a la gente y a las ideas que quería? ¿Era eso preferible a enfrentarse a la verdad cuando esa gente e ideas le fallaban a uno? ¿Era preferible a hacer lo que estaban haciendo Nyle y Elega..., lo que el Maestro Eremis había estado intentando hacer durante todo el tiempo? *¿Cómo planeas vivir el resto de tu vida sin lealtad o autorrespeto?* Por supuesto, siempre era mejor enfrentarse a la verdad. Pero no podía sacudirse la extraña impresión de que lo que Geraden estaba intentando hacer era lo más duro.

Por esa razón, era una buena cosa que no hubiera podido devolverla a su antigua vida. Quizá la sensación de irrealidad que la había atormentado durante tanto tiempo era el resultado de vivir en el mundo equivocado: quizás ella nunca había sido realmente un ser sólido hasta que llegó aquí. O quizá su evanescencia era el resultado de luchar por las cosas equivocadas —pese a lo que podía haberle enseñado el Reverendo Thatcher—, de no comprender lo que Geraden comprendía tan bien. Incluso era posible...

A través del agua vio el parpadeo de una luz.

Geraden se envaró.

No era más grande o más brillante que la llama de una vela..., parpadeaba como la llama de una vela. Pero parpadeaba porque se movía, pasando por detrás de los tablones del lado opuesto del depósito. Cuando se detuvo, Terisa vio que era una pequeña linterna.

La mano que la sujetaba la depositó en la plana piedra al lado del borde del depósito. La luz brilló sobre unos rasgos femeninos. Parecía estar envuelta en medianoche: nada de ella era visible excepto sus manos y su rostro.

Elega.

Escrutó el depósito por unos instantes, y Terisa se encogió; pero la lámpara de la dama era demasiado débil para alcanzar hasta tan lejos. Casi inmediatamente, Elega retrocedió a la oscuridad.

Geraden dejó escapar un sibilante jadeo.

—Ahora. —Salió de entre los tablones. Con la boca junto al oído de Terisa, susurró—: Tú ve por ese lado. —Le dio un ligero empujón en la dirección indicada—. Cuando estés lo bastante cerca, distráela. Yo me acercaré por detrás.

»Ve.

Ella lo sintió más que vio desaparecer en la oscuridad.

Ve. Sí. Buena idea. Pero ¿cómo? Un paso en falso la arrojaría al agua. Arrastrada hacia abajo por su grueso chaquetón, se ahogaría. Nunca sabría si estaba en lo cierto respecto a Elega.

Cautelosamente, se volvió y apoyó una mano en el tablón más cercano.

Los tabloncillos estaban todos a la misma distancia del borde del depósito. Si seguía su camino a lo largo de ellos, estaría a salvo. Y tenía otra señal para orientarse: el reflejo de la lámpara en el agua. Ese brillo era pequeño, pero ayudaba a mantener su rumbo.

Esperando que el suave chapoteo del agua en el depósito cubriera el sonido de sus pasos, concentró toda su atención en los tabloncillos y el reflejo y empezó a moverse.

Elega seguía sin verse por ninguna parte.

Geraden había desaparecido por completo.

Más rápidamente de lo que hubiera creído posible, Terisa alcanzó la esquina del depósito. Hacia este lado; otra esquina; una marcha en línea recta hasta la lámpara. Estaba helada, pero no tenía tiempo para eso. No era consciente de estar temblando.

Elega regresó a la luz.

Instintivamente, Terisa se inmovilizó.

La dama llevaba con ella un saco de aproximadamente el tamaño de un bolso grande. Lo sujetaba con ambas manos, como si fuera pesado. En contraste, sin embargo, su caminar y su postura no traicionaban mucho esfuerzo. Al parecer, temía que el material del saco pudiera rasgarse, derramando su contenido. Su cuidado fue obvio cuando depositó el saco junto a la lámpara.

Voy a llegar demasiado tarde. Con un esfuerzo de voluntad, Terisa se obligó a ponerse de nuevo en movimiento.

Pero no era demasiado tarde. En vez de abrir el saco, Elega retrocedió de nuevo a la oscuridad.

Hacia este lado; otra esquina. ¿Cuánto tiempo estaría Elega lejos de la lámpara? ¿Hasta dónde alcanzaba la luz?

¿Dónde estaba Geraden?

La lámpara hacía que todo lo que había más allá fuera vacío, impenetrable.

Se daba cuenta de que respiraba más intensamente que el sonido del agua; el esfuerzo de retener la respiración le hizo sentir deseos de jadear. Ahora no necesitaba guiarse por los maderos: la lámpara le mostraba el borde del depósito. Pero tenía que ir con cuidado, *con cuidado*. Ningún sonido de sus botas sobre la piedra; ninguno de su corazón; ninguno del tenso miedo que constreñía su pecho.

¿Cuánto tiempo estaría fuera Elega?

No lo suficiente. Cuando Terisa estaba aún demasiado lejos, la dama volvió a entrar en el círculo de luz.

Llevaba un segundo saco. Era exactamente igual al primero. Lo sujetaba con

ambas manos.

Terisa deseó inmovilizarse de nuevo.

En vez de ello, echó a correr.

Ante el ruido de las botas de Terisa, Elega se volvió en redondo. La capucha de una capa cayó hacia atrás de su cabeza, y sus ojos parecieron recoger toda la luz, brillando como gemas violetas. Su rostro era afilado e intenso.

—¡Terisa, *alto!*

Terisa se detuvo en seco.

—¡No te acerques más! —advirtió la dama—. No puedes impedirme que arroje mi saco al agua. Ésa no es la mejor manera de distribuir ese polvo..., pero será suficiente. —A la luz de la lámpara, con un brillo tan extremo en sus ojos, su belleza era sorprendente. Parecía tan segura de sí misma como una reina—. Y un saco será suficiente, aunque he traído dos para mayor seguridad. No interfieras conmigo.

—Elega... —Terisa tuvo que jadear fuerte para aclarar su garganta, despejar su pecho—. No hagas esto. Es una locura. Tú...

—¿Quién está contigo? —preguntó Elega.

—Vas a matar a miles de personas. Algunas de ellas son amigos tuyos. Muchas de ellas te conocen y te respetan.

—¡Terisa! ¿Quién está contigo? ¡Respóndeme!

—Vas a matar a tu padre.

Deliberadamente, Elega ajustó su presa sobre el saco y empezó a hacerlo oscilar hacia el agua. El saco parecía estar hecho de algún tipo de piel anormalmente suave.

Geraden no había aparecido. No había nada más allá de la lámpara excepto la noche ligeramente plateada del depósito.

—¡Estoy sola! —exclamó Terisa con urgencia.

La dama retuvo la oscilación de sus brazos.

—No hay nadie conmigo. He venido sola.

Los ojos de Elega ardían.

—¿Cómo puedo creerlo?

Incapaz de hacer ninguna otra cosa, Terisa respondió amargamente:

—Nadie confía en mí. ¿Quién me creería si les dijera que tú ibas a hacer esto?

—Geraden confía en ti. Juntos persuadisteis al Tor de que sospechara de mí.

—Lo sé —respondió Terisa, desesperada—. Pero tú le hiciste desear la idea. —¿Dónde estaba Geraden?—. Y Geraden *no puede* creer que tú seas capaz de hacer

algo así. Eres la hija del Rey.

Por un momento, Elega estudió a Terisa. Lentamente, enderezó su espalda; miró regiamente a Terisa. Sin embargo, no dejó su saco.

—Si nadie más creería eso, ¿cómo lo has creído tú? ¿Cómo has venido hasta aquí?

Terisa resistió el escrutinio de la dama lo mejor que pudo y luchó por retener su pánico.

—Lo sospeché. Recuérdalo: tú y yo hablamos acerca de las reservas de agua. Creo que fui yo quien lo sugirió. —Su autocontrol se estaba haciendo pedazos. Dentro de otro momento iba a ponerse a balbucear—. Elega, ¿por qué? Éste es tu hogar. Eres la hija del Rey. Vas a matar...

—Voy a matar —cortó impacientemente Elega— a unos cuantos de los habitantes más viejos y enfermos de Orison. Eso es lamentable. Quizá mi padre sea uno de ellos. —Hizo una mueca—. También eso es lamentable. Pero nadie más que beba esta agua contaminada morirá. Simplemente se pondrán demasiado enfermos para poder luchar.

»Orison caerá con pocas pérdidas de vidas. —Su voz se elevó—. A un pequeño coste para el reino, mi padre será depuesto y un nuevo poder ocupará su lugar. Entonces Mordant será *defendido* —tuvo que gritarlo a fin de retener un estallido de pasión—, ¡defendido contra Cadwal y la Imagería, y los sueños con los que el Rey Joyse educó a sus hijas serán restaurados! —Su grito fue fuerte..., pero resonó como un lamento en el intenso silencio del depósito—. Para conseguir esto, estoy dispuesta a causar unas cuantas muertes.

Hubiera podido continuar: la fuerza de lo que sentía podía impulsarla a decir más. Pero no tuvo oportunidad. Toda la iluminación tras ella se condensó en un momento, transformándose en Geraden, surgido de pronto de la oscuridad; cargó alocadamente.

De hecho, cargó tan alocadamente que uno de sus pies quedó atrapado en el extremo de uno de los tablones.

El sonido alertó a Elega. Rápida como un pájaro, saltó a un lado mientras él se estrellaba de bruces contra las piedras en el lugar donde unos momentos antes había estado ella de pie.

—¡Geraden!

El impacto pareció aturdirle: como si se hubiera hecho daño. Aunque saltó casi al instante sobre sus manos y rodillas, en una pose agachada, preparado para saltar, su equilibrio oscilaba como si la plana piedra bajo él se estuviera moviendo, y su *cabeza* se tambaleaba sobre su cuello.

Sin embargo, estaba entre Elega y el agua.

Terisa se apresuró a situarse a su lado. Deseaba ayudarle a levantarse, descubrir hasta qué punto se había herido. Pero no podía apartar sus ojos de la dama.

Las dos mujeres se estudiaron mutuamente a través de un espacio de no más de tres metros. El rostro de Elega era oscuro en torno al ardor violeta de sus ojos; aferraba su saco con ambas manos. Pese al miedo que resonaba en su cabeza, Terisa se preparó para bloquear la aproximación de Elega al agua.

Las comisuras de la boca de la dama se curvaron en una sonrisa. Con un tono formal, como si deseara que el depósito la oyera, dijo:

—Mi dama Terisa, lamento no haber podido persuadirte de que te unieras a mí. Te creí cuando dijiste que estabas sola. Evidentemente, eres una mejor jugadora en este juego de lo que había supuesto.

Nada en ella daba la impresión de que estaba atrapada o vencida.

¡Geraden, ponte en pie!

Bruscamente, el Apr se levantó, se tambaleó ligeramente hacia un lado, luego se recobró. Su mirada parecía extrañamente desenfocada, como si sus ojos apuntaran en direcciones ligeramente distintas. Respiraba pesadamente cuando se inclinó para apoyar sus manos en sus rodillas a fin de sostener el peso de su dolorida cabeza.

—Escucha, Elega —jadeó—, ¿sabes que atrapamos a Nyle? El Castellano Lebbick lo tiene. No espero que te preocupe lo que le ocurra a nadie tan menor como un hijo del Domne, pero sí deberías preocuparte por el hecho de que él no llegó al Perdon.

»Hiciste un bonito discurso acerca de defender el reino y restaurar los sueños. Pero no puedes seguir fingiendo eso. No haces esto por Mordant. Lo haces por Alend.

Los ojos de la dama llamearon.

—O lo estás haciendo por el Príncipe Kragen, que viene a ser lo mismo. Cuando hayas acabado con tus planes, todos seremos gobernados por el Monarca de Alend. Entonces no serás tú quien decida lo que les ocurrirá a tus sueños. Ni siquiera será tu Príncipe personal. Será Margonal. Una vez Orison caiga, no serás nada excepto la hija mayor del peor enemigo del Monarca de Alend.

»Desiste antes de que resultes herida.

Como si algo le doliera en algún lugar muy profundo, Elega bajó los ojos.

—Quizá tengas razón —murmuró—. Me habéis atrapado. Fui una estúpida creyendo la palabra de alguien de Alend. —Alzó el saco que sostenía.

Terisa gritó una advertencia —demasiado tarde, como de costumbre—, mientras la dama lanzaba el saco por encima de la cabeza de Geraden.

Trazó un arco hacia la oscura agua, en el borde del círculo de luz.

Geraden saltó hacia él.

Lo mismo hizo Terisa.

Antes de que chocaran el uno contra el otro, sus tendidos dedos aferraron la suave piel y la desviaron.

Cayeron enredados al suelo. Los brazos y las piernas de Geraden la rodeaban: no pudo desembarazarse de ellas.

Tras un instante interminable, Terisa se halló en el suelo mientras él luchaba por volver a ponerse en pie. Sus ojos estaban clavados en la lisa piedra y el saco. Éste había aterrizado justo en el borde del depósito..., tan cerca que hubiera podido apoyar una mano sobre él.

Pero al golpear contra el suelo se había reventado. Un extraño polvo verde estaba derramándose ya en el agua. Mientras Terisa lo contemplaba, el saco se vació.

Entonces la luz se apagó.

Un fuerte chapoteo lanzó un silbante aplauso por todo el depósito cuando el otro saco se hundió en el agua.

En la oscuridad, Elegia dijo:

—El Príncipe Kragen es mucho más hombre que tú, Geraden pies torpes. Él no será falso conmigo.

Pequeñas olitas siguieron lanzando sus ecos contra los lados del depósito después de que la hija del Rey se hubiera ido.

El principio del fin

Más tarde aquella misma noche, un pequeño grupo de hombres a caballo desencadenó un ataque que nadie comprendió en aquel momento contra las recias puertas de Orison. Con grandes gritos y aullidos, los hombres cargaron, lanzaron flechas incendiarias contra la madera y por encima de los parapetos, luego blandieron sus espadas y desafiaron a los defensores a salir y luchar en vez de ampararse tras los muros como muchachitas.

Sus flechas no causaron ningún desperfecto en las puertas: algunos guardias del Castellano Lebbick habían pasado los últimos 4 días empapando la madera con agua. Y los propios atacantes parecían más borrachos que peligrosos. Sin embargo, hicieron el suficiente ruido como para ser oídos por todos los hombres de guardia tras los muros.

Mientras el capitán al mando de la guardia organizaba una salida, los jinetes escaparon. Pudieron ser oídos riéndose despectivamente durante unos momentos después de que la noche se tragara su retirada.

Cuando el Castellano fue informado de aquello, tuvo menos que decir al respecto de lo que nadie hubiera esperado. Por aquel entonces, había pasado de su habitual ultraje fulminante a una tensamente enroscada furia que parecía ecuanimidad. Casi pareció alegre cuando se enfrascó en su trabajo, preparando Orison para enfrentarse a un asedio de Alend con una provisión totalmente inadecuada de agua potable.

Poco antes, Terisa y Geraden habían tenido la desconcertante experiencia de mejorar su humor contándole su encuentro con dama Elega.

Cuando le explicaron lo ocurrido, actuó como un hombre que se hubiera vuelto salvaje por la falta de sueño. Sus ojos tenían una expresión extraviada, y algunos de sus gestos parecían erráticos, como si no fuera consciente de estarlos haciendo. Su personalidad, sin embargo, cambiaba tensión y fatiga por ira. Su problema era que no podía hacer nada más: Orison estaba tan preparado como era posible para una lucha que no tenía esperanzas de ganar. Puesto que era incapaz de descansar, corría el peligro de empujar a sus propias fuerzas al agotamiento antes de que se iniciara la auténtica prueba de su resistencia.

Nunca había sido muy bueno en el descanso. La estricta urgencia dentro de él lo mantenía en pie. Ahora, sin embargo, no podía descansar porque el descanso significaba dormir..., y dormir significaba sueños.

Sus sueños eran atormentados.

Cuando joven, había tenido ocasionalmente pesadillas acerca de su venganza

contra el comandante de guarnición de Alend que había violado y torturado a su esposa durante cuatro días con tanto deleite como variedad. Pero, a lo largo de los años, la estable dulzura de su compañía —y la clara valía del trabajo que realizaba para su Rey— habían quitado mordiente a aquellos sueños.

Pero ahora ella estaba muerta. Él estaba solo..., abandonado incluso por el Rey Joyse. Y, cuando soñaba, no soñaba en la venganza.

Soñaba que él era un comandante de guarnición de Alend, con la joven esposa núbil de un estúpido de Termigan atada impotente frente a él. Soñaba con todas las cosas que podía hacerle para que ella gritara, y así volver loco a su esposo.

Soñaba en deleites.

Y despertaba temblando..., él, el Castellano Lebbick, *temblando*, un hombre que se había reído ante cualquier dificultad o peligro desde el día en que el Rey Joyse lo había liberado y le había permitido tomarse su venganza.

Ante la visión de la rígida determinación de Geraden y la testarudamente controlada de la mujer Terisa —alarma que él deseó instintivamente justificar—, algo saltó dentro de él como fuego en un montón de maleza seca.

Cuando Geraden hubo terminado de describir lo que Elega había hecho, el Castellano Lebbick estaba sonriendo.

—Mis felicitaciones —dijo, casi alegremente—. He aquí otro triunfo para ti. Dama Terisa —habló como si ella no estuviera presente— te dio la perfecta oportunidad de hacer algo bien para variar..., ¿y tú qué hiciste? Decidiste ser un héroe y salvar Orison tú solo. Debes sentirte particularmente orgulloso de ti mismo.

—Eso no es justo —dijo inesperadamente la mujer. Pese a su alarma y su mirada baja, tenía valor—. Tú hiciste imposible que nadie te dijera nada. Si resultara que yo estaba equivocada, si Elega hubiera hecho algo distinto mientras tú protegías el depósito..., nos hubieras acusado de conspirar para distraerte.

Sí, reconoció para sí mismo el Castellano, era una mujer interesante. Y su turno se acercaba. Pronto, algún día, la tendría en su poder. Entonces ella aprendería lo que significaba realmente ser acusada. Él se encargaría de enseñárselo concienzudamente.

Seguía hallando difícil desconfiar del Apr: como hijo del Domne y hermano de Artagel, Geraden obtenía automáticamente una buena opinión por parte del Castellano Lebbick. Y había detenido a Nyle. Eso tal vez había sido estúpido, pero nadie podía negar que había sido honorable.

La mujer, por su parte...

Curioso, ¿no?, cómo había sido ella la que había sospechado de Elega..., cómo había sido ella la que había imaginado lo que Elega estaba haciendo. Todo lo que Lebbick sabía de ella era que se trataba de una Imagera. Y que actuaba como un

enemigo de Alend. Y que el Gran Rey Festten la deseaba muerta. Y que le había mentido a él cuando la verdad le hubiera ayudado a servir a su Rey. El resto era inferencia, especulación, sueño.

La sonrisa con la que la miró hubiera podido cuajar leche. Aún dirigiéndose a Geraden, preguntó:

—¿Sabes lo que voy a tener que hacer ahora?

—Sí, Castellano. —El Apr suspiró como si anticipara un mayor insulto—. Vas a tener que enfrentarte a este sitio con sólo el agua del arroyo.

—Correcto. Hemos doblado nuestra población. Ese arroyo no proporciona ni una décima parte del agua que necesitamos. Vamos a tener que racionarla severamente. Voy a tener que racionarla a las mujeres embarazadas y a los viejos y a los niños, que sufrirán sed. Porque tú pensaste que sería divertido convertirte en un héroe, para variar. Y eso no es todo.

—No, no lo es.

Independientemente de lo que sintiera, Geraden contemplaba a Lebbick sin encogerse. Al Castellano le gustó aquello. No hacía mucho tiempo, el Apr se hubiera encogido.

—También vas a tener que vaciar el depósito y todas las tuberías. Si no lo haces, y lo haces pronto, la sed hará que la gente no pueda soportarlo y empiece a beber de ella. Si están lo bastante débiles, morirán.

»Lavarlo todo concienzudamente necesitará agua también. No va a quedarte mucho para racionar.

El Castellano asintió. No importaba lo estúpidamente que se comportara, el Apr no era estúpido. De hecho, considerando su obvia inteligencia, era sorprendente lo consistentemente que conseguía hacer las cosas mal.

—¿Estáis seguros de que envenenó el agua?

Geraden frunció el ceño.

—¿Quieres decir si estoy seguro de que ella sabía lo que estaba haciendo? No. Y no lo he comprobado. Pero, fuera lo que fuese lo que había en aquellos sacos, era polvo, y era verde. Sólo conozco un tipo de polvo verde. Es un tinte que utilizan los Maestros. Lo llaman «ortical»..., fue utilizado por primera vez por un Imagero llamado Ortic. Debe haber un quintal de él almacenado en el laborium. —No apartó la vista—. Esta materia te pone enfermo con tan sólo que te quede un poco de él en las manos.

—¿Hay algún antídoto?

—¿Quién sabe? Los Imageros no *comen* tinte. Y no pierden el tiempo intentando

curar a la gente que lo hace.

—Si se lo pregunto a tu Maestro Barsonage, ¿podrá decirme si falta algo de ortical?

—No. Nadie supervisa a los Maestros cuando están trabajando. A muchos de ellos aún les gusta mantener en secreto los ingredientes que utilizan. Pero uno de los Aprs más jóvenes puede haber notado un repentino descenso en la cantidad de ortical en los estantes.

El Castellano asintió de nuevo. Sin advertencia previa, se dirigió a Terisa por primera vez.

—¿Cómo sabías lo que iba a hacer dama Elega?

En voz muy baja, ella replicó:

—Lo supuse.

—¿Lo *supusiste*?

—Uní algunas cosas que ella había dicho. —Empezó a sentirse más fuerte a medida que hablaba—. Ni siquiera era lo suficiente como para llamarlo intuiciones. Las uní, y simplemente saqué conclusiones.

—Mi dama —anunció el Castellano Lebbick con voz contenida—, no me creo eso. —Luego los despidió a ella y a Geraden.

No necesitaba planear lo que debía de hacerse. Estaba bastante claro para él, paso a paso. Era el Castellano de Orison; sabía cómo servir a su Rey. Al final, no significaba ninguna diferencia el que las posibilidades estuvieran contra él. Lo muy dañado que estuviera Orison. Lo muy escasos que fueran sus hombres. Lo mucho que le fallara el Rey Joyse. El Castellano Lebbick se había convertido más en una espada que en un hombre..., y una espada no sabía nada de rendirse.

Mientras tanto, había algo que tenía que considerar. El turno de aquella mujer se estaba acercando.

Geraden llevó a Terisa de vuelta a la suite pavo real, luego fue a sus propios aposentos para intentar dormir un poco. Pero ninguno de ellos durmió mucho.

Nadie en Orison durmió mucho aquella noche.

Por supuesto, muchos de los habitantes del castillo estaban despiertos porque se sentían demasiado tensos como para dormir. Un gran número de gente, sin embargo, no tenía ese problema. Eran guardias que o bien tenían demasiada experiencia o estaban demasiado cansados para permanecer despiertos; padres cuyos excitados niños los habían agotado; comerciantes que sabían que su propia supervivencia —e incluso sus beneficios— serían probablemente más valiosos que menos después del

sitio, independientemente de quien ganara. Había sirvientes que estaban tan abrumados por el trabajo que no podían permitirse no dormir; Maestros que carecían de imaginación; señores que no comprendían y damas filosóficas.

Aquella gente no pudo dormir mucho porque el Castellano Lebbick y sus hombres hicieron que todo el mundo se levantara temprano.

Pese a su rapidez, el Castellano llegó demasiado tarde para salvar a dos viejos que estaban acostumbrados a hacer varios viajes a los sanitarios durante la noche, a un puñado de guardias que salieron de guardia y se refrescaron antes de ser advertidos, y a varios niños que despertaron a sus padres durante la noche llorando y pidiendo agua. Pero esos desafortunados incidentes sirvieron al menos para confirmar que Elega había envenenado el depósito..., que las duras medidas que Lebbick impuso al castillo eran necesarias. Los niños se pusieron desesperadamente enfermos, pero nadie murió excepto uno de los viejos.

Y, por la mañana, casi todo el mundo intentó apiñarse en las almenas o en torno a las ventanas para observar la llegada del ejército de Alend.

En ese aspecto, Terisa y Geraden fueron afortunados. No tuvieron problemas en conseguir el acceso a la parte superior de la torre donde estaban situados los aposentos de ella.

Durante la noche volvió a hacer frío. Una enorme nube, gris e informe, se había cerrado encima de Mordant, bañando el castillo y el paisaje con un color lúgubre; soplaban un viento helado como una guadaña, segando todo signo de una temprana primavera. Las colinas más próximas perdieron profundidad; las más alejadas parecían más altas, más peligrosas. Los negros árboles tendían sus ramas como si fueran estremecidos miembros. Una nieve corrompida se aferraba aún a la mayoría de las laderas, haciendo que el suelo desnudo pareciera enfermo. Al principio, Terisa apenas pudo ver nada: el frío parecía como una bofetada, y el viento en su rostro hacía que sus ojos lagrimearan. Gradualmente, sin embargo, su visión mejoró, hasta que fue capaz de escrutar el horizonte en dirección al Armigite y Alend, del mismo modo que lo estaba haciendo la multitud reunida en las almenas más bajas y la gente de las otras torres.

No había nada que ver.

Durante largo tiempo, no hubo nada que ver. Gradualmente, la multitud fue disminuyendo. Dos veces, Terisa y Geraden rompieron su vigilia y regresaron a sus aposentos para calentarse.

—¿Cuándo van a llegar? —preguntó ella.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —respondió él, con poca característica aspereza. Estaba empleando su fracaso para detener en seco a Elega.

Ella sabía cómo se sentía y no le culpó.

—¿Desde qué dirección van a venir?

Él reprimió su irritación.

—Siguiendo el camino. Es más largo, pero debería ser más rápido. Y es la única forma en que pueden traer consigo sus provisiones. O las «máquinas de guerra» de las que no dejamos de oír hablar.

Cuando salieron de nuevo fuera, ella supo que él tenía razón. Advertida por un indefinible envaramiento de la atención a su alrededor, miró más atentamente en medio del fuerte viento, y vio acercarse la vanguardia del ejército de Alend.

Estaba en el camino noroccidental, procedente del Care de Armigite.

Las banderas del Monarca de Alend se agitaban en manos de los portaestandartes. La grisácea luz y la distancia hacían que parecieran negras.

Lentamente, el ejército avanzó hacia Orison..., un cuerpo de hombres que parecía enorme más allá de toda cuenta. Soldados a caballo. Soldados a pie. Docenas de conductores tirando de las mulas que arrastraban los carros de los pertrechos. Enjambres de sirvientes, transformados e impresionados campesinos que atendían y mantenían el equilibrio de las enormes máquinas de asedio. Y un segundo ejército de porteadores y seguidores de campo.

Todos acudían a arrancar Orison de manos del Rey de Mordant.

Atrapada por una especie de maravilla, Terisa miró desde la torre e intentó imaginar la cantidad de sangre que las acciones del Rey Joyse amenazaban con derramar.

Quizá Geraden estaba imaginando lo mismo. Tocó su brazo y señaló hacia la torre norte. Terisa frunció los ojos en aquella dirección y vio al Rey Joyse de pie ante los parapetos, con el Castellano Lebbick.

Parecía pequeño al otro lado de la extensión de Orison, pese a su pesada capa de piel. Tanto él como su Castellano estudiaban el avance de Alend sin moverse. Quizá no había nada que pudieran hacer. Las banderas de Mordant habían sido alzadas sobre las almenas, pero el estandarte personal del Rey se agitaba dolorosamente al extremo del astil sobre la torre donde se hallaba él. Era una bandera púrpura sin adornos, que tal vez pareciera gallarda y valiente a la brillante luz del sol. Ahora parecía como si estuviera a punto de ser desgarrada por el viento.

Al cabo de un momento, él y el Castellano Lebbick abandonaron la torre.

Sin ninguna razón que Terisa pudiera ver, el trompetero de Orison hizo sonar su instrumento. Tal vez estuviera llamando a las armas; sonó más bien como un lamento.

Con poderosa precisión, como un despliegue de inevitabilidad, el ejército de

Alend puso sitio al castillo.

Diez mil soldados rodearon los muros y presentaron sus armas. Las máquinas de asedio fueron instaladas en sus sitios. Luego, los de Alend hicieron una señal, y un grupo de jinetes formó en torno al portaestandarte del Monarca de Alend. El portaestandarte añadió una bandera de tregua a la agresiva verde y roja de Margonal. Juntos, banderas y jinetes se acercaron a las puertas de Orison.

El trompetero de Orison respondió. Las puertas se alzaron.

Con seis hombres tras él, el Castellano Lebbick cabalgó al exterior para ir al encuentro del grupo de Alend.

No le sorprendió ver que los de Alend iban capitaneados por el Príncipe Kragen. Ni, después de su conversación con el Rey Joyse, le sorprendió el hecho de que uno de los jinetes fuera dama Elega.

Los dos grupos se detuvieron y se estudiaron mutuamente a corta distancia. El Príncipe permanecía firme, pero Elega evitó la furiosa mirada del Castellano.

Al cabo de un largo silencio, el Príncipe Kragen dijo:

—Saludos, Castellano. La locura de tu Rey nos ha llevado hasta esto.

El Castellano sujetaba su caballo con unas riendas demasiado tensas: el animal no podía permanecer quieto. Mientras se agitaba de lado a lado, Lebbick gruñó:

—Di lo que hayas venido a decir y terminemos con esto, mi señor Príncipe. Tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo.

La mirada del Príncipe Kragen se ensombreció.

—Muy bien —restalló—. Escucha atentamente, Castellano.

En tono formal, anunció:

—Margonal, Monarca de Alend y Señor de los Feudos de Alend envía sus saludos a Joyse, Señor del Demesne y Rey de Mordant. El Monarca de Alend le pide al Rey Joyse que se reúna con él bajo bandera de tregua, a fin de que juntos puedan hallar alguna forma de evitar este conflicto. El Rey Joyse se ha negado a oír las peticiones de paz del embajador del Monarca de Alend. Sin embargo, es la paz lo que el Monarca de Alend desea, y perseguirá abierta y honestamente este deseo con el Rey Joyse, si el Rey acepta reunirse con él.

—Un hermoso discurso —dijo sin vacilar el Castellano Lebbick—. ¿Por qué deberíamos creerte?

—Porque —respondió de inmediato el príncipe— no necesito hacer hermosos discursos. Vuestro muro está roto..., y no bien reparado, observo. No tenéis reservas de agua potable. Vuestros hombres son demasiado pocos. No podéis resistir un sitio, Castellano. El Monarca de Alend no tiene razón alguna para ofreceros la paz...,

excepto la sinceridad de su deseo.

—La sinceridad de su deseo. —Lebbick dio un tirón a su montura—. Me gusta esto..., de boca de un Alend.

»Está bien. He aquí tu respuesta.

»El Rey Joyse me pide que te señale, y a tu ilustre padre también, que ninguno de los dos entendéis el brinco. No hubieras podido llegar hasta tan lejos como unas tablas sin ayuda. En vez de agitar vuestras espadas contra nosotros, deberíais recordar lo que ocurrió la última vez que entrasteis en guerra con Mordant.

El viento soplaba entre los caballos.

—Por las estrellas, Lebbick —exclamó dama Elega—, ¿todavía *sigue* jugando al brinco? ¡Dile que se *rinda*!

El Castellano no apartó los ojos del rostro del Príncipe Kragen.

—La hija del Rey —observó—. Ese ataque de la última noche fue sólo una diversión, para que ella pudiera salir de Orison. —Tan pronto como el Rey Joyse le dijo aquello, Lebbick se había maldecido a sí mismo por no haberse dado cuenta de inmediato de la verdad—. ¿Qué planeas hacer con ella ahora? ¿Es un rehén?

El Príncipe Kragen escupió una maldición. Con un esfuerzo, recobró su tono formal.

—El Monarca de Alend ha dado la bienvenida a dama Elega como una amiga. No tiene intención de causar ningún daño ni a ella, ni a su padre en su persona. Esta cortesía proporciona también una demostración de su deseo de paz.

—Tengo respuesta para eso también. —Por primera vez, el Castellano Lebbick utilizó las palabras exactas que le habían sido dadas—. El Rey Joyse responde: «Estoy seguro de que mi hija Elega ha actuado por las mejores razones. Lleva consigo mi orgullo allá donde vaya. Por su bien, al igual que por el mío, espero que esas mejores razones produzcan también los mejores resultados».

Dama Elega miró fijamente al Castellano Lebbick, como si éste acabara de decir algo terrible.

—¿*Esto* es una *respuesta*? —preguntó el Príncipe.

—Tómala y queda satisfecho con ella —respondió el Castellano—. Debería gustarte más que la denuncia que ella merece. Pregúntale —el Rey Joyse le había prohibido específicamente decir aquello— si desea saber cuánta gente murió esta mañana.

El Príncipe Kragen ignoró aquello.

—Me has entendido deliberadamente mal, Castellano. ¿Me has dado la respuesta de tu Rey al deseo de tregua del Monarca de Alend? ¿Está tan loco como eso?

Sosteniéndose en la fuerza del hecho de que el Rey Joyse había hablado realmente con él —aunque de una forma extraña—, el Castellano Lebbick no tuvo problemas en hallar una respuesta.

—No te aconsejo que lo pongas a prueba.

—Entonces escúchame. Escúchame bien, Castellano. —La furia del Príncipe Kragen era feroz—. Ésta es mi última palabra.

»Tu Rey no nos deja elección. No *podemos* “sentirnos satisfechos”. Cadwal está avanzando. Tú sabes que Cadwal está avanzando. En nuestra situación, somos más vulnerables que vosotros a la enorme fuerza del Gran Rey. No podemos defenderos a vosotros, ni a vuestro pueblo, ni a la Cofradía...

—Ni a vosotros mismos.

—... ni a *nosotros*, si no tomamos Orison. El Rey Joyse nos lanza a todos a una guerra que no puede ganar, independientemente de lo que nos cueste. Debe ofrecer la paz. Por la paz o por la sangre, *debemos* obtener Orison.

El Castellano luchó por inmovilizar su caballo.

—¿*Ésta* es tu *última palabra*? —Estaba sonriendo.

—¡Sí!

—Entonces ésta es la mía. —Lebbick sabía lo que tenía que decir, aunque no lo comprendía—. El Rey Joyse asegura al Monarca de Alend que hay más elecciones de las que él se da cuenta. El Rey Joyse os sugiere que os retiréis al oeste del Demesne y aguardéis el desarrollo de los acontecimientos. Si hacéis esto, se sentirá contento de reunirse con el Monarca de Alend bajo una bandera de tregua y ofrecer más sugerencias.

»Si no lo hacéis —el Castellano apenas pudo ocultar su propia sorpresa ante la amenaza que tenía instrucciones de formular—, ¡el Rey Joyse pretende liberar toda la fuerza de la Cofradía contra vosotros y barreros de la faz de la tierra!

En aquel momento, no le importaba en absoluto si la estratagema del Rey iba o no a tener éxito. Simplemente le alegraba que se le hubiera permitido decir estas palabras.

El silencio pareció apoderarse de la reunión. Por un momento, nadie pudo responder. Pese a sí mismo, el Príncipe Kragen jadeó, con furia y desánimo.

Entonces, dama Elega susurró intensamente:

—Castellano Lebbick, estás mintiendo. —Su rostro estaba pálido al fuerte viento—. Mi padre nunca haría una cosa así.

Como si ella se lo hubiera ordenado, el Príncipe arrancó la bandera de tregua de manos del portaestandarte, partió su astil contra su rodilla, y arrojó los trozos al suelo.

Luego hizo girar su montura y condujo a su grupo de vuelta a las líneas de Alend.

El Castellano Lebbick y sus hombres regresaron a Orison. Las puertas se cerraron fuertemente tras ellos.

El corneta de Alend hizo sonar otra llamada. A todo alrededor del castillo, los seguidores de campo y los sirvientes empezaron a descargar los carros y a clavar las tiendas. El sitio de Orison había empezado.

—Iré a ver a Artagel —dijo Geraden, como si estuviera proponiendo que le partieran las piernas—. Querrá saber lo ocurrido. —El frío hacía que le goteara la nariz; sonaba congestionado y miserable—. Si no puede perdonarme por haber dejado escapar al Príncipe Kragen, al menos no hay nada peor que pueda hacerme por haber permitido a Elega envenenar el agua.

Terisa se ofreció a ir con él, pero Geraden declinó su compañía. Deseaba enfrentarse a solas a su aflicción.

Cuando se hubo marchado, Terisa regresó a sus aposentos.

Tenía mucho en que pensar. Necesitaba decidir dónde se hallaba en relación con lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Necesitaba definir sus propias lealtades. Necesitaba definir hasta qué punto estaba dispuesta —o era capaz— de mantener el compromiso que al parecer había adquirido con Geraden hablándole de la conexión entre su sueño y el augurio.

En vez de ello, se descubrió pensando en el Reverendo Thatcher.

Había trabajado para él durante casi un año..., el tiempo suficiente como para olvidar que originalmente había aceptado el trabajo como secretaria de su misión. Desde entonces, lo que más tendía a recordar de él era su obstinada ineficacia. Pero no lo había visto así al principio. No, al principio había buscado un trabajo en una misión para librarse del vacío y el bienestar económico de su entorno, la inutilidad que erosionaba su sentido de sí misma. Y había aceptado el trabajo ofrecido por el Reverendo Thatcher debido a su dedicación contra la imposible pobreza y la inhumana desatención.

En aquel momento, por supuesto, no se había dado cuenta de su ineficacia. Ahora, sin embargo, empezó a preguntarse si aquella percepción era exacta. En su lugar, ¿había hecho Geraden exactamente lo mismo que él? ¿Se hubiera mantenido Geraden firme frente a todos los fracasos? ¿Acaso el auténtico fracaso en la misión de ella no la estaba minando? ¿Un fracaso en lo más profundo de su corazón?

¿No era posible vivir como si pudiera oír cuernos?

Lo que pensaba no resolvía nada. Pero era necesario, y se aferró a ello. Al menos la enseñaba a comprender que le debía al Reverendo Thatcher una disculpa.

Más tarde, se dio cuenta de que estaba lo bastante cansada como para dormirse sin problemas.

La idea de dormir un poco resultó inesperadamente atractiva. No había dormido bien la noche antes. Y el cansancio y el insomnio no le iban a hacer ningún bien a Orison. Canturreando para sí misma, añadió madera a los dos fuegos para mantener calientes las habitaciones. Luego se quitó toda la ropa, la echó encima de una silla, y se metió en la cama.

Por unos momentos escuchó el hambriento viento arañar con sus garras las ventanas, aferrarse en las esquinas de la torre. Pero, tan pronto como las frías sábanas se calentaron al contacto con su piel, se quedó dormida.

Profundamente sumida en sueños, recibió la deliciosa impresión de que la besaban.

Una fuerte boca cubrió la suya. Una lengua acarició sus labios, sondeando delicadamente entre ellos. Notó el sabor a clavo.

Bajo las sábanas, una mano acarició su vientre, luego ascendió hacia sus pechos. Su contacto era lo suficientemente frío como para hacer que sus pezones se endurecieran.

Cuando se dio cuenta de que no estaba soñando, abrió los ojos.

El Maestro Eremis estaba inclinado sobre ella; su pálida mirada se cruzó con la suya. Su padre tenía unos ojos como aquéllos. Pero las pequeñas arrugas en torno a ellos sugerían que estaba sonriendo.

La sobresaltó tanto que se aferró a las mantas y apartó bruscamente la cabeza de él.

El Maestro Eremis retrocedió un poco y retiró la mano de su cuerpo. Los extremos de su casulla colgaron descuidadamente contra la parte delantera de su habitual manto negro. Estaba definitivamente sonriendo. De hecho, parecía hallarse de un excelente humor.

—Mi dama —dijo—, temo que te he asustado. Discúlpame.

Mirándole a la grisácea luz de las ventanas, pensó que era más feo de lo que recordaba: su rostro era demasiado parecido a una cuña; su pelo brotaba demasiado hacia atrás en su cráneo. Sin embargo, eso únicamente hacía más magnética la vivaz inteligencia de su expresión.

Terisa apretó fuertemente las mantas contra sus hombros y parpadeó hacia él, confusa.

—¿Cómo...?

—El armario. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Estaba explorando pasadizos

ocultos, y tuve la buena fortuna de hallar tu habitación.

—¿Dónde...? —Se sentó ligeramente. Su mente se negaba a funcionar. Había estado más profundamente dormida de lo que creía. ¿Cómo había olvidado su costumbre de colocar una silla en aquel armario?—. ¿Dónde estabas? Pensé que volvería a verte.

Él se sentó en el borde de la cama, luego adelantó una mano y recorrió con las yemas de sus dedos la línea de su cuello, desde su oreja hasta su hombro.

—Mi presencia fue reclamada en mi casa. Creo haberte mencionado ya Esmerel. —Su contacto parecía como una signatura sobre su piel—. Mi abuelo lo llamaba nuestra «sede ancestral», aunque Esmerel no es en realidad tan grande como eso. Mi padre aún es menos grande, sin embargo, y no utiliza ese lenguaje.

Los dedos del Maestro Eremis tiraron delicadamente de las mantas que ella mantenía tan apretadamente contra su cuerpo.

—A su directa manera, reclamó mi presencia. Parece que uno de mis hermanos mató al otro..., aunque con ese par la verdad es a menudo muy difícil de determinar. Mi padre me deseaba ante él mientras decidía si desheredar al superviviente en mi favor.

»Esmerel se halla en el Care de Tor..., afortunadamente a sólo dos días a caballo, más allá del Broadwine. Acabo de regresar.

Terisa apenas pudo tragar saliva. Si seguía mirándola de aquel modo, iba a olvidar todo lo que había ocurrido mientras él estaba fuera. Sus dedos estaban cerrados suavemente sobre el borde de las mantas que la cubrían. Pronto empezaría a tirar de ellas hacia abajo, y ella no sería capaz de resistirse. No sabía que deseara resistirse. Su cabeza parecía estar llena de sueños olvidados. Era imposible pensar.

Con un esfuerzo, preguntó:

—¿Qué decidió él?

El Imagero se encogió de hombros para mostrar su desinterés.

—Mi padre me odia. Como odia, u odiaba, a mis dos hermanos. Así que es notable que ellos hayan hecho siempre lo que yo he deseado. En estos momentos Esmerel no tiene ninguna utilidad para mí. En consecuencia, mi hermano lo heredará. Si mi padre tiene el buen sentido de morir pronto.

Se inclinó hacia Terisa, y su boca se apoderó de la de ella. El aroma a clavo pareció llenar sus sentidos. La mano del Maestro tiró de las mantas hacia abajo, y su lengua exigía una respuesta. No, no podía resistirse. La palma de él frotó su pezón hasta que Terisa se estremeció ante el contacto; luego aferró posesivamente sus dos pechos. Era suya...

De alguna forma, ella lo empujó hacia atrás. Con las mejillas enrojecidas, y respirando entrecortadamente, se enfrentó a él de la mejor manera que pudo.

—¿Por qué te odia tu familia?

La sonrisa del hombre había desaparecido; sus ojos ardían con una intensidad que hizo que Terisa se fundiera.

—Mi dama, no vine aquí para hablar de mi familia. Vine a reclamarte finalmente.

Sin pensar, ella se *apartó de él* y saltó de la *cama*. Desafiando momentáneamente su desnudez, fue a la silla donde había dejado sus ropas. Sus manos temblaban cuando dejó caer el terciopelo de su bata sobre sus hombros y anudó el cinturón; su voz tembló cuando dijo:

—Has estado fuera mucho tiempo. Te aguardé. Deseaba ayudarte. Estaba preparada... —Preparada para hacer casi cualquier cosa—. Pero tú no viniste. No supe nada de ti.

Pese a su resistencia, estaba al borde del pánico ante el pensamiento de que él pudiera ofenderse e irse, que haciéndole retirarse de ella sacrificara su oportunidad de ser acariciada y besada. Sin embargo, no pareció ofendido. Su sonrisa era demasiado aguda para ser afectuosa; pero la miró con una nueva ansia, como si ella se hubiera convertido en un desafío.

—Mi dama —dijo pensativamente—, lamento que no supieras nada de mí. No fue ésa mi intención. Te envié noticias mías varias veces. Pero *quizá* mis mensajes fueron interceptados.

Ella empezó a preguntar: ¿Quién intercep...?, antes de comprender lo que él estaba diciendo. Eso lo cambiaba todo, ¿no? Casi balbuceando, dijo:

—Enviaste tus mensajes con Saddith. Pero ella es tu amante. Te quiere para sí, así que no me transmitió ninguno de ellos.

Por un instante, los ojos del Maestro se abrieron mucho, como si ella lo hubiera sorprendido. Una sonrisa, sin embargo, alteró rápidamente su expresión. Ahora su excitación era inconfundible. Su tono era a la vez cauteloso y jocosos cuando dijo:

—Mi dama, no puedes estar celosa de una doncella como Saddith. Casi todos los hombres que ha conocido han estado entre sus piernas. Puedo creer que no te entregara mis mensajes. Pero no puedo creer que te importe el que yo me haya aprovechado de sus vulgares encantos.

Las emociones de Terisa se hallaban alarmantemente confusas. Su alivio de que él hubiera intentado enviarle mensajes duró sólo un momento. Fue reemplazado casi inmediatamente por la sensación de que la información llegaba demasiado tarde. Después de todo, no cambiaba nada. Ella había aceptado su compromiso sin él..., se había puesto del lado de Geraden. Y no sólo por defecto: no sólo porque el Apr

estaba presente y el Maestro Eremis estaba ausente. Había elegido a Geraden porque desconfiar de él —o espiarle, o traicionarle, como el Maestro había exigido— era intolerable. Si sólo Eremis hubiera acudido antes a ella. Se mordió los labios para intentar impedir que su zozobra se reflejara en su rostro.

Aún sonriendo, él la estudió con los ojos entrecerrados. Al cabo de un momento dijo:

—Saddith no tiene importancia, sin embargo. Prescindiré de ella para complacerte. Preguntaste acerca de mi familia.

Ella asintió en silencio, aferrándose a cada palabra dicha por él mientras su corazón sangraba.

—Es una familia pequeña. Esmerel es un lugar pequeño, aunque encantador. Mi abuelo fue un hombre de gran inteligencia..., y mayor refinamiento aún. Poseía una comprensión excepcional tanto del conocimiento como del placer. Y se ocupaba ocasionalmente de la Imagería. En realidad, una de las leyendas de nuestra familia es que conoció al archi-Imagero Vagel. Por supuesto, eso fue antes de las guerras de Mordant, en las que el archi-Imagero se pasó al servicio del Gran Rey Festten.

»Desgraciadamente, mi abuelo sólo tuvo un hijo, y ese hijo era un patán. No comprendía nada excepto la violencia..., y los placeres de la violencia. Cuando entró en posesión de Esmerel, pasó años pervirtiendo a todas sus bellezas y a sí mismo. Luego se convirtió en un mezquino bribón para conservar algo parecido a la riqueza en su “sede ancestral”.

»El resultado accidental de sus perversiones fue que tuvo tres hijos. El primero fue un duplicado exacto de sí mismo..., y en consecuencia muy querido. El segundo fue un poco más pequeño, un poco menos musculoso y un poco más ladino..., en consecuencia tolerable.

»El tercero fui yo.

La voz del Maestro formaba parte de su embrujo. Terisa esperaba que avanzara hacia ella. La forma como la estudiaba la hacía sentir que estaba realmente avanzando hacia ella. Su propio dolor parecía hipnotizarla. Pero el hombre permaneció inmóvil al lado de la cama.

—Afortunadamente —observó—, yo era mucho más fuerte de lo que parecía. Según todas las apariencias, yo era el débil de la carnada, y en consecuencia mi padre me despreciaba. Por esa razón, mis hermanos buscaban conseguir su aprobación atormentándome. —Hablaba calmadamente, pero el brillo de sus ojos era tan calmado como el filo de una hachuela—. En una ocasión, recuerdo, me encerraron en un cobertizo de madera y le prendieron fuego para ver qué haría yo.

Jadeando entre sus entreabiertos labios, como si estuviera hechizada, o

asombrada, Terisa preguntó:

—¿Y qué hiciste?

Él rió suavemente.

—Les engañé. Yo no era el heredero de Esmerel, pero sí era el heredero de mi abuelo en inteligencia. Antes de ser lo suficientemente mayor como para tener miedo, ya era lo suficientemente listo como para protegerme. Y pronto aprendí que la protección más segura era volverlos el uno en contra del otro. Así que me ocupé de enseñar a cada uno de ellos que necesitaban mi ayuda contra los demás. Con un poco de juiciosa insistencia, conseguí hacer de ellos lo que yo quería.

Atraída por lo que el Maestro estaba describiendo —cosas que debían haber sido agudamente dolorosas, cosas que le recordaban períodos de tiempo encerrada en armarios y sensación de desvanecerse, Terisa dio un paso hacia él.

—¿Qué les hiciste hacer?

Él traicionó un destello de anticipación.

—Los convertí a todos en buenos ciudadanos del Care de Tor. Domé a mis hermanos. Privé a mi padre de sus perversiones. E hice que restauraran los recursos de conocimiento de los que Esmerel había alardeado en su tiempo, a fin de que yo pudiera reclamar la auténtica herencia de mi abuelo. Fueron su interés y sus investigaciones los que me condujeron a la Imagería.

»Desde que abandoné Esmerel he hecho lo que he podido para mantener a mi familia fuera de la bestialidad. Pero una distancia de dos días a caballo parece como un mundo para hombres como ellos. Lamento que no hubiera nada que yo pudiera hacer para impedir el altercado que mató al primogénito de mi padre. —Su actitud sugería que su pesar no era especialmente profundo.

Ella dio otro paso. La pálida mirada de Eremis parecía estar devorándola.

—Viniste a reclamarme. ¿Qué quieres que haga?

Él abrió las manos como si quisiera mostrarle su fuerza.

—Quítate la ropa.

Ella tocó su cinturón, al tiempo que una turbadora obediencia barría todo su cuerpo. Pero se refrenó.

—Quiero decir después de eso. ¿Qué deseas que haga por Mordant?

—¿Por qué tiene que haber un «después de eso»? —respondió él—. Satisfaré tu femineidad de formas en las que nunca has soñado.

Con voz muy baja, ella insistió:

—Deseo ayudarte. Deseo ayudar a Mordant.

—Muy bien. —Como si tuviera confianza de que ella ya conocía y había aceptado la respuesta, respondió—: Juntos, persuadiremos al Castellano Lebbick y a la Cofradía de que Geraden nos ha traicionado.

Cuando dijo eso, el corazón de Terisa dio un vuelco..., y luego todo su valor desapareció, como si él hubiera lanzado una patada contra lo más profundo de su espíritu. ¿Geraden? ¿Volvía a Geraden? ¿Seguía argumentando que Geraden estaba coaligado con Gilbur y Vagel? ¿O tenía alguna nueva acusación que formular contra su único amigo? Apenas tuvo la fortaleza necesaria para preguntar:

—¿Qué es lo que ha hecho?

—¿Hecho? ¿Qué es lo que no ha hecho? ¿Acaso no te ha convencido de que yo soy un traidor?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces es más astuto de lo que creí. Hubieras empezado a sospechar de él si hubiera intentado volverte contra mí.

El Maestro la estudió por unos instantes, luego dijo:

—Puesto que ha sido astuto, probablemente no creerás que arregló las cosas para dejarte sola en el *bazar*, a fin de que Gart pudiera atacarte. Probablemente no creerás que su fracaso en detener a Elega no fue un accidente.

Ella le miró con franco horror.

—Ésos son puntos sutiles —prosiguió él—. Admito que es difícil acreditarle tales sutilezas. Pero te diré algo que debes creer. Cadwal está avanzando. ¿Te has preguntado alguna vez a ti misma *por qué* avanza Cadwal? ¿Te has preguntado por qué el Gran Rey Festten cree que debe *atacar ahora*?

Terisa no respondió. Su mente estaba en blanco por el desánimo. Una nueva acusación. Nuevas razones para creer que el único hombre que se preocupaba por ella y la animaba y permanecía con ella era un traidor.

—En el curso normal de los acontecimientos —explicó Eremis—, los espías del Gran Rey le hubieran dicho que Alend avanzaba hacia Orison. ¿Qué hubiera hecho él entonces? —Su voz era como el viento, cada vez más dura a medida que llenaba la habitación. La luz de la chimenea hacía que su rostro pareciera innaturalmente enrojecido—. Por una parte, está el riesgo de que Orison pueda caer, poniendo a la Cofradía en manos del Monarca de Alend. Pero, con el Castellano Lebbick, si no nuestro buen Rey, defendiendo el castillo, eso es improbable. Por otro lado, está la certeza de que las fuerzas de Perdon serán atraídas en apoyo de Orison. Alend y Mordant pueden mutilarse fácilmente unos a otros en esta batalla..., y entonces todo lo que desea el Gran Rey podrá ser tomado casi sin ningún coste. ¿*Por qué* no aguardó a que sus enemigos se destruyeran mutuamente?

»Yo te diré por qué, mi dama. —El Maestro hizo un corto y brutal gesto con ambas manos—. No aguardó porque conocía las intenciones de Elega. Sabía que nuestro peligro se veía enormemente incrementado por el hecho de que Orison sería traicionado desde dentro por los aliados del Príncipe Kragen.

»Piensa, mujer. ¿Cómo hubiera podido saber el Gran Rey Festten que Orison sería traicionado a Alend? Gracias a la Imagería, su Monomach puede entrar o abandonar el castillo a voluntad..., aunque cómo lo hace sigue siendo un misterio. Pero el acceso a nuestras dependencias no le da acceso a nuestros secretos. ¿Quién sino un traidor le diría a Gart que Elega pensaba envenenar el depósito, privándonos de agua y exponiéndonos a una derrota sumaria?

—No —murmuró Terisa. Sentía deseos de derrumbarse sobre una silla—. No.

El Maestro Eremis ignoró su protesta.

—¿Y quién si no Geraden conocía el peligro?

—Pero fue atacado —objetó ella—. Por la Imagería. Dos veces. Intentaron matarle: Gilbur, Vagel...

—¡El muy cachorro de una zorra! —Eremis sonaba furioso—. Eso fueron planes, mujer. Trucos. Lo único que muestran es que Gilbur y Vagel están desesperados para que tú no te vuelvas contra su aliado. Atacando a Geraden, lo hacen parecer inocente. La verdad es que fingen querer su muerte por la misma razón que desean activamente la tuya..., para que no les descubras.

»Si no hubiera sido rescatado como lo fue, te aseguro que hubieran hecho retirarse a sus insectos antes de que acabaran con él.

Ella ya no miraba al Imagero. No miraba nada. Las lágrimas resbalaban abundantes por sus mejillas.

—¿Cómo puedo ponerle al descubierto?

—Has estado con él varios días. Lo has observado, has hablado con él, lo has estudiado. Y os encontrasteis en privado en tu propio mundo, antes de que te trasladara aquí. Sólo tú posees el conocimiento, la experiencia, que persuadirá a la Cofradía de su traición.

—No —repitió ella en voz muy baja. Sin embargo, no le estaba hablando a él. Estaba hablando para sí misma. Apenas oía lo que él decía: sólo oía su voz, su furia, la amenaza de perderle. Geraden no era un traidor. Por supuesto que no. Sabía eso precisamente a causa de haber pasado tanto tiempo con él. Pero se estaba viendo forzada a una elección. No, más que eso. Se estaba viendo forzada a hacer algo acerca de sus creencias. No podía defender a Geraden sin volver las espaldas al Maestro Eremis y todo lo que éste representaba.

—Has dicho que deseabas ayudar a Mordant. —El Maestro Eremis habló con un

tono intimidante que le recordó a su padre—. Mientras tú proteges al hombre que nos traiciona, nosotros estamos condenados.

¿Qué podía hacer? No podía argumentar con él. Nunca había sido capaz de argumentar con su padre. Sólo podía ponerse de su lado o rechazarlo. Eso estaba suficientemente claro.

En voz muy baja, preguntó:

—¿Qué vas a hacerme?

—Quítate la ropa —restalló él—. Tu cuerpo, al menos, no me decepcionará.

Ahora, finalmente, comprendió Terisa la furia y el secreto triunfo que ella había oído tan a menudo en la voz de su padre, el deseo de infligir dolor. Por esa razón, lo que tenía que hacer apareció finalmente claro para ella —claro y simple—, y tan difícil que era casi imposible.

Sus manos estaban en el cinturón de su bata. Deliberadamente, lo apretó más.

—No —le dijo al Maestro.

Creyó que iba a gritarle o golpearla. Avanzó hacia ella, y su expresión se afiló en una sonrisa de violencia. En vez de gritar, sin embargo, susurró intensamente:

—Mi dama, te he reclamado. He situado mis manos y mis besos allá donde nunca podrás olvidarlos. —Estaba lo bastante cerca como para aferrar sus hombros. Haciendo eco a la luz del fuego, su ardiente mirada se clavó en ella—. Cada curva de tu carne y cada latido de tu feminidad me desean, y no seré rechazado.

La atrajo hacia sí y la besó con fuerza. De alguna forma, su bata había desaparecido entre ellos. Lo notó tan duro como el hierro contra su no experimentado vientre.

No se debatió: se sentía demasiado débil para debatirse. Pero su cuerpo se había vuelto frío; sus nervios y su dolorido corazón ya no respondían a él. Sus besos eran sólo presión contra su rostro, nada más. Su dureza había perdido su fascinación.

No, protestó. He dicho *no*.

Alguien llamó tan fuertemente a su puerta que todos los hierros resonaron.

Maldiciendo viciosamente, el Maestro Eremis la apartó de un empujón. Por un instante, midió la distancia hasta el armario.

—¡No respondas! —siseó.

Ella estaba a punto de perder el sentido.

—Olvidé echar el cerrojo por dentro.

Sin aguardar a ser admitido, Geraden entró en la habitación y cerró la puerta tras él.

Pero, cuando vio a Terisa de pie cerca de la entrada al dormitorio, con su bata abierta, y al Maestro Eremis cerca de ella, se detuvo como si se hubiera convertido en piedra.

Convulsivamente, Terisa cerró la bata y ató el cinturón. La sorpresa y la mortificación la hacían sentirse como una lunática. Sonó como una lunática cuando preguntó:

—¿Cómo está Artagel?

Los ojos del Maestro eran salvajes.

Geraden miró a Terisa con aire abrumado.

—No fui a verle.

—Entonces, ¿qué *hiciste*, muchacho? —inquirió el Imagero—. Tiene que haber sido muy interesante, si te impulsa a entrar en el dormitorio de una dama de una forma tan descortés.

—Terisa. —Con la luz de la chimenea a sus espaldas, los rasgos de Geraden eran oscuros. Su mirada brilló hacia ella, surgiendo de las sombras—. Dile que se marche.

El Maestro Eremis emitió un ruido burlón desde lo más profundo de su garganta. Miraba de frente a Geraden: Terisa no se había dado cuenta de que el Maestro se había movido hasta que lo sintió a su lado. Rodeó su cintura con un brazo. Con el otro, deslizó la mano al interior de su bata y empezó a acariciar uno de sus pechos.

—Dama Terisa —dijo— no desea que me marche.

La vergüenza hizo que todo el cuerpo de Terisa enrojeciera.

—Por favor —jadeó, a Eremis, a Geraden, al borde de las lágrimas. No me hagáis esto. No es lo que pensáis—. Por favor.

—De hecho, *fue* interesante —respondió Geraden con voz densa como la sangre—. Tuve una charla con Saddith.

Terisa notó que el Maestro Eremis se envaraba. Retiró lentamente su mano, aunque no la soltó.

—Una cosa realmente extraña de hacer. Casi tan extraña como la urgencia de mencionarlo aquí. ¿Estás completamente seguro de que te encuentras bien, muchacho?

Con un esfuerzo, Terisa se tragó la desazón que aferraba su garganta. Se dio cuenta de que estaba luchando por su vida.

—¿Qué es lo que dijo Saddith?

Sin mirar al Imagero, Geraden explicó:

—Tus guardias me dijeron que estabas sola. ¿Cómo entró él?

Ella supo de inmediato que el Maestro Eremis no deseaba que contestara a aquello. Pudo sentir su voluntad en la dura presa de su mano.

—El armario —dijo con un hilo de voz—. El pasadizo secreto.

Geraden asintió una sola vez, bruscamente.

—¿Y cómo sabía que estaba ahí?

Con un tono llano, como si corriera el peligro de aburrirse, Eremis contestó con voz lenta:

—No tenía la menor idea de que estuviera ahí. Me hallaba explorando un nuevo pasadizo, y hallé los aposentos de dama Terisa por casualidad.

El Apr volvió una mirada como piedra al Maestro. Las sombras se agitaron a lo largo de su mandíbula.

—En realidad, eso no es cierto. —Luego se dirigió de nuevo a Terisa—. ¿Cómo se convirtió Saddith en tu doncella?

Terisa tenía dificultad en respirar: la presión que crecía en su pecho parecía estar estrujando sus pulmones.

—El Rey Joyse le dijo que se ocupara de mí.

—¿La eligió él mismo?

Fue sorprendente cómo los recuerdos acudieron vívidamente a ella. El Rey había dicho: *Saddith te atenderá como tu doncella*. Incluso la había saludado diciendo: *Exactamente la que deseaba*. Pero no había parecido complacido.

—No lo creo. Él no la pidió. Simplemente, le dijo al guardia que yo necesitaba una doncella.

—Empiezo a ver por qué encuentras esto tan interesante —comentó el Maestro Eremis. Parecía estar riendo para sí mismo—. Los asuntos triviales siempre interesan a los hombres que fracasan en todo lo demás.

—Terisa —ahora el tono de Geraden tenía asomos de autoridad, como si se creciera bajo el peso del desdén del Maestro—, ¿recuerdas lo que hablamos después de la primera vez que Gart intentó matarte?

Torpemente, ella negó con la cabeza. No podía pensar. Ese recuerdo había desaparecido de su cabeza, estaba tan en blanco como el otro era nítido. La débil luz grisácea de las ventanas parecía estar menguando.

—Hablamos acerca de cómo él pudo encontrarte.

De cómo él pudo encontrarme.

—Era evidente que tenía un aliado en Orison. Alguien debía haberle dicho dónde estabas.

—Esto es muy interesante, Geraden —se burló el Maestro Eremis—. Una prodigiosa exhibición de razonamiento. Evidentemente, alguien debió decírselo. Quizá fuiste tú. Tú sabías dónde estaba ella. He oído que sus aposentos fueron vigilados a petición tuya.

Terisa no apartó la vista de Geraden.

Él mantenía sus ojos fijos en ella, con exclusión de todo lo demás.

—Saddith no me dijo todo lo que deseaba. Pero me dijo lo suficiente como para que yo pudiera adivinar el resto. Ella se presentó voluntaria a ser tu doncella.

¿Voluntaria?

—Me sorprendió eso. ¿Por qué se presentaría voluntaria, cuando las únicas personas que sabían que tú estabas aquí, y sabían que eras importante, eran el Rey Joyse y los Maestros?

Tras un poco de insistencia, me lo dijo. Lo hizo para complacer a uno de sus amantes. O más bien a alguien al que deseaba como amante. Uno de los Maestros. Él le pidió que se ocupara de ti por él, y ella lo hizo para conseguir su agradecimiento.

Un tronco cayó en la chimenea; las llamas brotaron más altas por unos momentos. Suavemente, el Maestro Eremis envolvió la nuca de Terisa con sus largos dedos.

—Así es también como descubrió lo del pasadizo secreto que conducía a tu habitación —siguió Geraden—. Gracias a ella. Saddith no podía dejar de notar que tú tenías una silla apoyada contra el fondo de tu armario.

—Esto es ultrajante, muchacho. —La presa del Maestro en el cuello de Terisa se hizo más fuerte—. ¿Has perdido el juicio? ¿Pretendes seriamente acusarme, *a mí*, de estar confabulado con el Monomach del Gran Rey? —Tras su desdén había una corriente subterránea de regocijo.

Geraden seguía manteniendo su mirada fija en Terisa, lejos de la del Maestro Eremis.

—Él es una de las pocas personas que sabían dónde estabas la primera noche. Él es uno de los pocos que conocen este pasadizo secreto. Y él es el único que pudo preparar esa emboscada para ti después de que los señores se reunieran con el Príncipe Kragen. Él es el único que sabía que tú estarías allí. Él te *empujó*.

»Te puso directamente frente al campeón, a fin de que éste te disparara. Estabais juntos..., pero *él* escapó. Hubiera podido llevarte con él. Hubiera podido detenerme. ¿Por qué no lo hizo?

Los fuegos parecían estar muriendo. La estancia se estaba llenando de penumbra.

Geraden, ayúdame. Va a romperme el cuello.

—Geraden —dijo casualmente el Maestro—, esto es inexcusable. Has ido más

allá del insulto. —La presión de sus dedos empezó a hacer que Terisa sintiera la cabeza ligera—. No puedes echar la culpa de tus propios crímenes sobre mis hombros. No lo acepto.

Geraden desvió sus ardientes ojos hacia Eremis.

—Todo esto no son más que estúpidas suposiciones, excepto la cuestión del intento de Gart contra su vida después de la reunión de los señores. Y eso también pudiste prepararlo tú. Tu hermano Artagel la estaba siguiendo. Tú sabías en todo momento dónde estaba. Sólo gracias a la buena suerte Gart no apareció ante todos los señores reunidos. Algunos de ellos hubieran muerto seguramente.

—Suéltala —dijo el Apr, con una voz como un bloque de granito—. Si quieres un rehén, tómame a mí. Soy mucho más peligroso que ella.

El Maestro Eremis rió ante aquello como si escupiera ácido.

—Oh, te halagas a ti mismo, muchacho. Te halagas a ti mismo.

Antes de que ella pudiera liberarse, oyó el sonido de alguien abriéndose camino entre las ropas de su armario. Con una repentina agitación, el armario escupió la mayor parte de su contenido, y un hombre brotó precipitadamente del pasadizo oculto.

Su capa y su armadura de cuero eran tan negras que parecía la encarnación de la oscuridad que tenía a sus espaldas; avanzó como una sombra. Pero el largo acero de su espada captó reflejos del fuego y los dispersó frente a él. Su nariz se proyectaba entre sus ojos amarillos como el filo de una hachuela.

Saltó a la habitación, ansioso de sangre.

Sin embargo, se mostró inconfundiblemente sorprendido al encontrar al Maestro Eremis, Terisa y Geraden frente a él. Pese a todo, reevaluó su ataque. El objetivo de su espada vaciló.

—¡Gart! —exclamó el Maestro Eremis—. ¡Cachorro de perro! ¡Tu oportunismo es milagroso!

Tan rápidamente que su movimiento la hizo tambalear, soltó a Terisa y saltó hacia la cama. Mientras Gart se ponía en movimiento, el Maestro Eremis arrancó el dosel de plumas de pavo real y lo arrojó sobre la cabeza de Gart.

Al mismo momento, Geraden aferró a Terisa y la apartó de un tirón, la arrojó a la salita tras él. Terisa se tambaleó hacia el fuego, luchando por mantener el equilibrio.

Con un sonido líquido, como el acero caliente hundiéndose en el agua, la espada de Gart barrió el dosel, haciéndolo pedazos. Las plumas volaron hacia el suelo en todas direcciones: sus ojos lo observaban todo.

El Maestro Eremis saltó encima de la cama.

Mientras se enfrentaba al Monomach, la luz del fuego brilló en sus rasgos. El destello rojizo le proporcionó una expresión de regocijo casi sobrenatural mientras arrojaba una almohada contra Gart.

Con una mueca, Gart separó la almohada de su contenido con la punta de su espada, de una forma tan violenta que la almohada pareció estallar. Las plumas revolotearon hacia el techo y empezaron a caer de nuevo como nieve sobre él.

Al instante, una segunda almohada siguió a la primera.

Ésta, sin embargo, la atrapó con la parte plana de su espada. Haciéndola girar como si fuera un murciélago, la devolvió al Maestro Eremis.

Le golpeó en el pecho con la suficiente violencia como para lanzarlo contra la pared.

Gart se volvió hacia Geraden y Terisa.

—¡Guardias! —rugió el Maestro Eremis antes de que el Monomach del Gran Rey pudiera atacar—. *¡Guardias!*

Por segunda vez, Gart se sobresaltó lo suficiente como para vacilar. Interrumpió el girante movimiento de su arma con que acompañó su avance hacia la salita de estar..., el girante movimiento que hubiera separado la cabeza de Geraden de su cuerpo. Rápidamente, el Monomach calculó la distancia más allá de Geraden que lo separaba de Terisa; observó la puerta mientras ésta, empezaba a abrirse; miró por encima del hombro a Eremis.

Llevó la mano izquierda a su cinturón y extrajo una afilada daga de hierro.

Mientras la puerta acababa de abrirse de golpe y el primer guardia entraba en la habitación, Gart curvó su brazo.

Una tercera almohada golpeó contra su hombro y desvió su puntería. La daga falló a Terisa.

El Maestro Eremis dejó escapar una carcajada que sonó como un croar.

Ahora el Monomach no tenía tiempo para las vacilaciones. Maldiciendo vehementemente, paró el golpe del primer guardia con su espada, luego le dio una patada a las piernas, haciéndole perder el equilibrio. Mientras el segundo intentaba no pisotear a su camarada, Gart se retiró al dormitorio.

Sin mirar siquiera al Maestro Eremis, se metió en el armario.

—¡Tras él! —aulló Eremis a los guardias—. ¡Ese pasadizo conduce a los aposentos de Havelock! *¡Id!* ¡Pediré refuerzos!

Terisa vio a los guardias dudar ostensiblemente antes de lanzarse hacia el armario. Quizá no deseaban enfrentarse al Monomach del Gran Rey en un lugar tan angosto. O quizá dudaban de entrometerse en los dominios privados del Adepto Havelock...,

especialmente si, como el Maestro Eremis parecía sugerir, el Adepto estaba confabulado con Gart.

Con un largo salto, el Maestro Eremis abandonó la cama y se dirigió a la salita de estar. El resplandor del fuego y su propio regocijo iluminaban su rostro, pero Terisa pensó que nunca había parecido más peligroso. Bruscamente, se acercó a Geraden y clavó un dedo en el pecho del Apr.

—Tengo intención de convocar una reunión de la Cofradía.

Pese a su alegre expresión, su tono era salvaje.

—Responderás de esto frente a los Maestros, muchacho.

—No, no lo haré —respondió Geraden, inseguro—. Se han disuelto.

El Maestro Eremis bufó.

—Estás de nuevo equivocado. Quillón los mantiene unidos con la autoridad del Rey.

Haciendo un floreo con su casulla, como si fuera una amenaza, ante las narices de Geraden, abandonó la habitación.

El rostro de Geraden se contrajo como si acabara de ser pateado en el estómago.

Terisa se sentó, entumecida, en el suelo. El sonido de las botas de los guardias resonaba apagadamente en el armario, pero no oyó nada que se pareciera al entrechocar de espadas.

El Maestro Eremis en acción

—¿Estás bien? —preguntó Geraden. Su tono no reflejaba una buena disposición de ánimo.

Sentada sobre la alfombra con las piernas cruzadas, Terisa se llevó las manos a los lados de su cabeza para impedir que su mente volara. No comprendía: nada de aquello tenía sentido. El Maestro Eremis. Gart. ¿Qué le estaban naciendo?

—¿Terisa?

¿Y por qué estaba Geraden tan furioso con ella? Era su amigo. ¿Por qué se mostraba de pronto ciego a su dolor?

—¿Te hizo daño?

Era su amigo. Debía tener una buena razón para mirarla con aquella mueca en el rostro, como si ella le hubiera roto el corazón. Luchó por concentrarse. La habitación estaba llena de desastre. Tenía que *pensar*.

Unas pesadas botas martillearon la piedra. Tres guardias penetraron en la habitación, con las espadas desnudas. El Maestro Eremis había llamado ciertamente su atención. Una vez en ella, sin embargo, vacilaron, agitando inciertos sus hojas, hasta que Geraden restalló:

—Hay un armario en el dormitorio con un pasadizo en su fondo. —Entonces partieron a la carga hacia allá. Las tablas del armario resonaron cuando lo cruzaron.

¿Cuántas clases distintas de dolor había allí? Estaba el dolor sordo en su nuca, allá donde el Maestro Eremis había apretado fuertemente. Estaba el dolor que parecía pulsar en los lugares secretos de su corazón. Estaba la aguda tensión en torno a su pecho, que se hacía más fuerte cada vez que Geraden le hablaba con aquel tono crispado y amargo. Estaba aquella elaborada sensación dentro de su cráneo, como si su mente hubiera sido golpeada con mazas.

Y, en algún otro lugar —en algún lugar indefinible—, estaba una nueva certidumbre tan pura como un cuchillo. Necesitaba un nombre para ella. Quizá era aquello lo que le dolía tanto: porque no tenía un nombre que darle.

Dijo, con voz sorda:

—Al menos ahora sabemos que él y Gart no están trabajando juntos.

—*Tensa*. —Aquella palabra hubiera sonado como un grito si Geraden no la hubiera susurrado en voz tan baja.

Antes de que ella pudiera responder, otra voz intervino.

—No te tortures, Geraden —dijo el Castellano Lebbick desde el umbral. Otros cuatro guardias pasaron haciendo resonar sus botas a su lado, en dirección al armario—. No lo merece.

Terisa se puso trabajosamente en pie a fin de no parecer tan derrotada delante del Castellano.

Geraden permanecía de pie de espaldas a la pared, los brazos cruzados como grilletes sobre su pecho. Su rostro parecía una máscara de piedra de la que un cincel hubiera borrado toda alegría. La luz del fuego se reflejaba en sus ojos, tan secos como febriles.

—Ahórrate tus insultos, Castellano —gruñó suavemente—. No los necesitamos.

El Castellano Lebbick enarcó una ceja.

—De acuerdo. Seré educado. Tú sé cooperativo. Para variar. ¿Qué ocurrió?

Geraden pareció encogerse ligeramente, como si estuviera siendo compactado por la presión de sus propios brazos..., como si se estuviera exprimiendo hasta su propia esencia.

—Fuimos atacados. El Monomach del Gran Rey intentó matarla de nuevo.

Una sonrisa tiró de los labios del Castellano, separándolos de sus dientes.

—¿Y aún estáis con vida? ¿Cómo lo conseguisteis?

—El Maestro Eremis nos salvó. Luchó contra Gart hasta que entraron los guardias.

—¿El Maestro Eremis? ¿Qué estaba haciendo *él* aquí?

Amargamente, Geraden no miró a Terisa.

Con un esfuerzo, ella se enfrentó a los ojos de Lebbick.

—Vino a verme.

—¿Y tú siempre lo recibes vestida así?

Avergonzada, ella se mordió los labios. La vergüenza era otro tipo de dolor. De algún modo, consiguió murmurar:

—Vino mientras yo dormía.

El Castellano se volvió de nuevo a Geraden.

—Al parecer, el Maestro Eremis fue bien recibido. En ese caso, ¿qué estabas haciendo *tú* aquí? Dudo que ninguno de ellos te invitara.

—Cuando llegué —dijo Geraden como si fuera la pared contra la que se apoyaba—, sus guardias me dijeron que estaba sola. ¿No deseas saber cómo entró él? ¿No deseas saber cómo entró Gart?

—Adelante. Dímelo.

—Ambos utilizaron el pasadizo secreto detrás de su armario.

Ante aquello, el Castellano Lebbick dejó escapar el aliento, casi silbando, a través de sus dientes.

—¡Por los testículos de un toro! ¿Cómo lo conocían?

—Saddith y el Maestro Eremis son amantes. De hecho, ella se presentó voluntaria para ser la doncella de Terisa a fin de complacerle a él. Observó la silla en el armario y le habló de ella. Supongo que él se lo dijo a Gart.

—Espera un momento. Has dicho que el Maestro Eremis os salvó. ¿Y ahora dices que está aliado con Gart?

—¿De qué otra forma pudo saber Gart la existencia del pasadizo? —respondió el Apr—. ¿Quién otro sabía lo suficiente al respecto como para decírselo? Sólo yo y Terisa. Saddith y el Maestro Eremis. Y tú, Castellano. Ni siquiera Artagel lo sabe.

Involuntariamente, Terisa recordó que Myste también lo sabía.

Apretando los puños contra sus caderas, el Castellano gruñó:

—De acuerdo. Si Gart lo sabía, ¿por qué no lo usó para matarla antes?

—Al principio —dijo Geraden— no lo sabía. Saddith le dijo al Maestro Eremis dónde estaba Terisa, pero no sabía más que eso. Desconozco cuándo descubrió ella el pasadizo. Y no sé tampoco cuándo le habló al Maestro Eremis de él. Y, por supuesto, ignoro lo atareado que está Gart. Pero creo que el Maestro Eremis decidió que deseaba dejarla vivir porque la quería para él. No le habló a Gart del pasadizo hasta que llegó el ejército de Alend y ambos vieron que se les acababa el tiempo.

Bruscamente, el Castellano Lebbick se volvió hacia Terisa.

—¿Es esto cierto? ¿Te has hecho valer ante el Maestro Eremis para seguir con vida cuando él realmente desea tu muerte?

Su tono la hizo retroceder. Estaba empezando a comprender el dolor de Geraden, y sus razones la desanimaron. Sin embargo, se enfrentó al Castellano.

—Él nos salvó. —Y su seguridad era firme, aunque no pudiera aplicarle un nombre—. Dijo que va a hacer que Geraden responda de esto delante de la Cofradía.

No estaba preparada para la virulencia con la que Lebbick gruñó, como para sí mismo:

—¡Putá! —Afortunadamente, se volvió demasiado pronto hacia Geraden para verla estremecerse.

»Yo también tengo unas cuantas preguntas. Deseo saber cómo te convertiste tan repentinamente en un experto en lo que Saddith dice o no dice a sus amantes. Y deseo saber algunas de las cosas que todavía no me has dicho.

»Pero resulta que tú no eres mi único problema en estos momentos. Tengo todo el

resto de Orison del que ocuparme. Aguardaré hasta que se reúna la Cofradía.

»Cuando mis hombres regresen de no encontrar a Gart, díles que me informen.

Bruscamente, el Castellano Lebbick dio media vuelta, se dirigió hacia la puerta y salió.

Sin pensar en lo que estaba haciendo, Terisa se volvió hacia el fuego para no tener que mirar a Geraden. Temía mirarle. Estaba tan dolido..., y casi todo lo que creía de ella era cierto. La había salvado de su propia debilidad. El Maestro Eremis la había reclamado para sí..., y ella se le había resistido tan poco. Incluso aunque se había decidido en contra de él, había sido incapaz de luchar. La vergüenza pareció desmoralizarla; no podía enfrentarse a la acusación de su dolor.

Sin embargo, su cobardía la disgustó. Él nunca había permitido que el miedo le impidiera hacer nada por ella. Finalmente, se obligó a sí misma a volverse de nuevo y enfrentarse a su aflicción.

—Geraden, yo...

Él no había cambiado en absoluto su actitud. La débil y grisácea luz de las ventanas y el apagado rojo de la chimenea se reflejaban en las líneas pétreas de sus mejillas y mandíbula, su recta nariz, su recia frente. No se movía ni un músculo de su rostro. Su pelo se rizaba en la oscuridad.

Pero sus ojos estaban cerrados.

Todo era culpa suya: el dolor que él sufría era causado por ella. Porque la había encontrado casi desnuda con el Maestro Eremis. Porque había visto al Maestro acariciarla tan íntimamente. Impotente, preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?

Él no abrió los ojos. Quizá el verla a ella le resultaba intolerable. Cuando habló, no pudo reprimir su voz. Se estremeció como si se estuviera helando.

—Necesito saber de qué lado estás. No tienes que decirme ninguna otra cosa. Eres libre de hacer tus propias elecciones. No puedo decirte a quién debes amar. Pero voy a presentarme ante los Maestros, y les diré todo lo que creo que sé. No van a desear creerme. He pasado demasiados años cometiendo demasiados errores.

»Tú eres mi único testigo. Tú eres la única que puede decirles que estoy diciendo la verdad. Si planeas llamarme mentiroso... —No pudo seguir.

Ella deseó responder de inmediato, pero la aflicción de Geraden puso un nudo en su garganta. ¿Qué podía decir? Nada era adecuado. Él había puesto el dedo en la llaga de su certidumbre, pero aún seguía sin saber cómo llamarla.

Sin embargo, era incapaz de soportar su rígido silencio. De alguna manera, consiguió esbozar una respuesta.

—Yo no invité al Maestro Eremis aquí. Se presentó mientras yo dormía. Por eso voy vestida así.

»Él deseaba que escogiera entre vosotros dos.

Un músculo se crispó en la mejilla de Geraden, un nudo de dolor.

—Creo que probablemente él es el único hombre en Orison que tiene una posibilidad de salvar Mordant. Posee la habilidad de hacer que las cosas ocurran. — Esto era el límite de su honestidad—. Pero te elegí a ti.

Los ojos de Geraden se abrieron de repente. Una sutil alteración en los planos y líneas de su expresión le hicieron aparecer a la vez sorprendido y suspicaz. Su voz siguió temblando.

—Tu bata estaba abierta.

—Él lo hizo. No yo.

Por un largo momento, él permaneció inmóvil..., y sin embargo, pese al hecho de que no se movía, ella creyó ver cómo la entera estructura de su rostro se transfiguraba, todo el paisaje detrás de sus ojos y emociones se reformaba. No sonrió: no estaba preparado para esto. Pero el potencial para una sonrisa se vio restablecido.

Lentamente, descruzó los brazos de su pecho. Lentamente, tendió su mano y acarició la mejilla de ella, como si deseara secar las lágrimas que ella no tenía.

Incapaz de contenerse, ella lo abrazó y se apretó desesperadamente contra él, como si él pudiera sanar su vergüenza.

El abrazo con que él respondió era tan fuerte y lleno de necesidad como el de ella, tan hambriento de alivio. Y, de algún modo, porque él deseaba tanto de ella, le dio lo que ella necesitaba.

Un poco más tarde, nueve guardias salieron en tropel del pasadizo detrás de su armario. No tenían nada que informar.

La tarde gris derivó hacia el ocaso. Alrededor de Orison los fuegos de campaña brillaban contra el viento. Por todas partes las tiendas formaban una ondulación de pequeñas colinas sobre el desnudo terreno. Incluso las máquinas de asedio parecían pequeñas bajo aquella luz, a aquella distancia. El viento golpeaba implacable los cristales de las ventanas de los aposentos de Terisa, hasta que la atmósfera pareció atestada y amarga, llena de amenazas.

El anochecer trajo hasta ella un visitante incongruente: el modisto, Mindlin, para entregarle los nuevos vestidos. Deseaba efectuar una segunda prueba, para asegurarse de que ella estaba satisfecha —quizá pensaba que su aprobación tendría algún valor una vez terminara el sitio—, pero ella los aceptó sin más y lo despidió.

Por cuarta o quinta vez, dijo:

—Tenemos que *hacer* algo.

Geraden suspiró.

—Yo tengo la misma sensación. Pero no estoy precisamente lleno de ideas.

Ella necesitaba expresar su certidumbre en palabras, a fin de que sirviera para algo. Lograría hacerlo, se dijo a sí misma, si dejaba de pensar en ello. O si pensaba en ello en la dirección correcta. Bruscamente, echó a un lado sus vacilaciones.

—Deseabas hablar con Artagel, pero no tuviste oportunidad. ¿Por qué no lo haces ahora?

La sugerencia sorprendió al Apr.

—¿Qué voy a conseguir con ello?

—Puede hacer que te sientas mejor.

—¿Y piensas que no voy a tener otra oportunidad? ¿Crees que puedo tener problemas en conseguir que mi hermano me perdone después de que me metan en las mazmorras por traición?

Ella no pudo reprimir una ligera sonrisa.

—Yo no dije eso.

—No era necesario que lo dijeras. —Pese a sí mismo, captó el talante de ella—. Yo lo dije por ti.

—Sí, lo hiciste. Si crees que es una idea tan terrible —ahora sonrió ampliamente—, me temo que voy a tener que disculparme por suscitar el tema.

De inmediato, él agitó defensivamente las manos.

—No, no. Cualquier cosa menos eso. Lo haré. —Su animación, sin embargo, se desvaneció casi al momento—. ¿Quieres venir conmigo?

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué *vas* a hacer tú?

Firmemente, como si estuviera segura de sí misma, dijo:

—Voy a extraerle algún sentido a todo esto. De algún modo.

Él permaneció unos instantes estudiándola. Luego, con un tono deliberadamente sentencioso, dijo:

—Mi dama, tengo la más firme sensación de que lo conseguí.

—Oh, márchate —respondió ella.

Sin embargo, esperaba que él tuviera razón. Tan pronto como se hubo ido, se

vistió, poniéndose uno de sus nuevos y cálidos trajes de montar y sus botas de invierno, porque no deseaba verse obstaculizada por sus trajes más elegantes. Luego fue a ver al Rey.

No tenía ningún plan concreto en mente. Simplemente, deseaba que interviniera en favor de Geraden.

Mientras subía las escaleras hacia la suite real, sin embargo, recordó más y más vívidamente que le había mentido al Rey la última vez que había hablado con él. Y aún no tenía la menor idea de cómo él había supuesto que había ayudado a su hija Myste a deslizarse subrepticamente fuera de Orison. Antes de alcanzar su puerta, estuvo tentada de dar media vuelta.

La prueba a la que se enfrentaba Geraden la decidió a seguir adelante. Necesitaba respuestas. Necesitaba respuestas para poder ayudarle. Si el Rey Joyse no hacía nada más por ella, o por el hijo del Domne, o por Mordant, al menos podría proporcionarle unas cuantas respuestas. La oportunidad valía lo que pudiera costarle.

Y si el Rey se negaba a verla, siempre podía hablar con el Tor.

Los guardias fuera de la suite la saludaron. Manteniéndose firme, les preguntó si era admitida. Uno de ellos permaneció en la puerta mientras el otro penetraba en la suite. Un momento más tarde, recibió permiso para entrar.

Su pulso latía tan fuerte como para hacer que lamentara su temeridad. Ciega a la lujosa decoración de la estancia, sólo tuvo ojos para los tres viejos sentados como compañeros del alma ante la adornada chimenea.

El Rey Joyse estaba más tendido que sentado en el sillón de brazos, con las piernas apoyadas en un almohadón ante el fuego. Su atuendo de terciopelo púrpura mostraba los beneficios de una reciente limpieza, y sus mejillas estaban recién afeitadas: su apariencia, si no su postura, sugería que estaba preparado.

Como contraste, el Tor estaba desmoronado como si su esqueleto ya no pudiera soportar su grasa. Como su carne, sus ropas se derramaban sobre los brazos de su silla; la tela verde estaba manchada de vino. Demasiado gordo para parecer ojoso, su rostro colgaba como ropa empapada tendida a secar. Daba la impresión de que se había ocupado tanto de los preparativos de defensa de Orison que había dejado de preocuparse de sí mismo.

Entre los dos viejos amigos se sentaba el Esbirro del Rey, el Adepto Havelock, con un aspecto más hosco y loco que nunca en su viejo sobretodo, con sus despeinados mechones de pelo y sus ojos desenfocados.

Los tres sostenían grandes y elegantes vasos.

Los tres volvieron sus cabezas hacia Terisa cuando fue anunciada. El Tor la miró a través de una neblina de agotamiento y vino. El Adepto Havelock se lamió

salazmente los labios. El Rey Joyse hizo una inclinación de cabeza pero no sonrió.

Había esperado que sonriera. Le hubiera hecho bien ver de nuevo su luminosa sonrisa.

La saludó casualmente; su tono implicaba que era el más afectado por la bebida de los tres.

—Mi dama, únete a nosotros. —Sus mejillas estaban enrojecidas, algo irritadas por el afeitado, pero detrás del color su piel parecía pálida—. Sírvete un poco de vino. —Hizo un gesto con la cabeza hacia una jarra y un surtido extra de vasos sobre una mesa apoyada contra la panelada pared—. Es bueno..., un excelente vino de... —Una expresión de perplejidad cruzó su rostro—. ¿De dónde dijiste que era este vino? —preguntó al Tor.

El Tor se agitó como si estuviera en peligro de quedarse dormido.

—De Rostrum. Un pequeño pueblo cerca de la frontera de Termigan y Domne, donde los bebés toman vino en vez de leche de los pechos de sus madres, e incluso los niños pueden hacer cosas exquisitas con las vides. Vino de Rostrum.

El Rey Joyse asintió de nuevo.

—Vino de Rostrum —le dijo a Terisa—. Toma un poco. Estamos celebrándolo.

Ella se detuvo en el centro de la gruesa alfombra azul y roja e intentó observar simultáneamente a los tres hombres.

—¿Celebrando qué?

El Adepto Havelock dejó escapar una risita.

—¿Estamos celebrando algo? —La voz del Tor sonaba espesa—. Creí que estábamos lamentándonos.

—¿Lamentándonos? —El Rey Joyse miró afectuosamente al Tor—. Mi viejo amigo, ¿por qué? Esto es una celebración, te lo dije.

—Oh, por supuesto, mi señor Rey. —El Tor agitó una mano—. Una celebración. Me equivoqué. —Su fatiga era evidente—. Orison ha sido sitiado por el Monarca de Alend. Tu hija ha envenenado nuestra agua. Mientras permanecemos sentados aquí, los hombres del Perdon mueren, luchando sin esperanzas contra Cadwal. Y el Imagero real, el Adepto Havelock —inclinó cortésmente la cabeza en dirección a Havelock— ha reducido a cenizas nuestro único indicio de quién, o qué, es exactamente nuestro principal enemigo. Hacemos bien en celebrarlo, puesto que no conseguiremos nada lamentándonos.

—Tonterías —respondió inmediatamente el Rey. Aunque su expresión era grave, parecía estar de buen humor—. Las cosas no son tan malas como piensas. Lebbick conoce uno o dos trucos respecto a sitios. Todavía nos queda mucho vino de

Rostrum, así que no necesitamos demasiada agua. Tan pronto como se dé cuenta de que no podemos reforzarlo, el Perdon va a retroceder y dejará pasar a Festten. Eso detendrá las muertes.

Parecía no darse cuenta de que lo que estaba diciendo no aportaba mucha tranquilidad.

—¿Y la muerte del prisionero? —inquirió lúgubrementemente el Tor.

El Rey Joyse desechó la pregunta.

—También tenemos otra razón que celebrar. Dama Terisa está aquí. ¿No estás aquí, mi dama? —preguntó a Terisa, luego siguió hablándole al Tor—. A menos que me haya equivocado completamente, ella está aquí para decirnos que ha hallado una nueva cura para las tablas.

El Adepto Havelock rió de nuevo.

Por un segundo, Terisa casi perdió la cabeza. ¿Una *cura*? ¿Una cura para las *tablas*? Sintió deseos de reír febrilmente. ¿Creía realmente el Rey Joyse que todo aquello no era más que un enorme juego de brinco? Entonces, todos estaban condenados.

Afortunadamente, se aferró a la razón de su venida aquí antes de que sus pensamientos derivaran hacia el pánico. Geraden. Eso era lo importante. Geraden.

—No sé nada acerca de tablas. Ni de curas. —Su tono fue demasiado seco. Hizo un esfuerzo por moderarlo—. Mi señor Rey. Vine porque estoy preocupada por Geraden. El Maestro Eremis va a intentar arruinarle frente a la Cofradía.

El Rey le dedicó su educada atención.

—¿Arruinarle, mi dama?

—Él y el Maestro Eremis van a acusarse mutuamente de traicionar Mordant.

—Entiendo. ¿Y tú no llamas a eso unas tablas?

—No. —No estaba consiguiendo nada. Tenía que hacerlo mejor—. No, mi señor Rey. La Cofradía creará al Maestro Eremis. —Y, sin embargo, estaba segura...—. Pero el Maestro Eremis miente.

El Tor se retorció en su asiento para estudiarla más atentamente. Con un visible esfuerzo, el Adepto Havelock cogió su silla, le dio la vuelta, y se dejó caer de nuevo en ella a fin de sentarse mirándola.

El Rey Joyse, sin embargo, siguió contemplando el fuego.

—¿El Maestro Eremis? —preguntó, como si estuviera perdiendo interés—. ¿Mintiendo? Eso puede ser arriesgado. Puede verse atrapado. Sólo los hombres inocentes pueden permitirse decir mentiras.

—Mi dama —dijo suavemente el Tor—, estas acusaciones son serias. El Maestro

Eremis es un hombre de probada estatura. Puede que la Cofradía tenga alguna justificación para aceptar la palabra de uno de los suyos contra las acusaciones de un mero Apr fracasado. ¿Cómo sabes que el Maestro Eremis está mintiendo?

Ella abrió la boca, luego volvió a cerrarla. ¿Qué podía decir? La información alojada en su cerebro se negaba a mostrarse claramente. Algo que el Maestro Eremis había dicho, o revelado... ¿O era Geraden? Al cabo de un momento, admitió:

—Todavía no lo tengo claro.

—Entiendo, mi dama. —El viejo señor volvió su atención al fuego—. Tú simplemente confías en Geraden. Eso es comprensible. Yo mismo confío en él. Sin embargo, no puedo prestarte ninguna ayuda. Ya no soy el canciller de mi señor Rey.

¿Qué?

El Adepto Havelock la miró y sonrió.

El Rey Joyse suspiró y apoyó la cabeza contra el respaldo de su sillón.

—Mi viejo amigo estaba andando a grandes pasos hacia la tumba con todo este asunto de Orison. No quiere admitir que ya no es joven. Cosa que, desgraciadamente, es cierta.

—Mi señor Rey —explicó el Tor— ha dado instrucciones explícitas de que ya no debo ser obedecido, excepto en asuntos de mi confort personal. Con la llegada del ejército de Alend, mi poder ha terminado. —Bufó para sí mismo—. Ya puedes imaginar la alegría del Castellano Lebbick. Recuerda: él cree que es posible que yo mismo sea un traidor. No le gustó mi interés en nuestras defensas. Aunque mi señor Rey no lo dice, creo que me ha retirado de mi posición para protegerse en caso de que las sospechas del buen Castellano demuestren ser correctas.

Ante aquello, el Rey Joyse alzó la cabeza. Sus acuosos ojos se volvieron bruscamente agudos, y su boca se crispó. Sin embargo, no respondió al Tor. Mirando a Terisa, preguntó:

—¿Qué es exactamente lo que deseas, mi dama?

Terisa se sobresaltó: por un momento se había perdido en su simpatía hacia el viejo señor. Casi tartamudeando, dijo:

—Geraden no tiene ninguna posibilidad delante de los Maestros. El Maestro Eremis lo hará pedazos. Debes detenerlos. No debes permitir que le hagan esto.

—Pero si el Maestro Eremis dice la verdad —respondió el Rey con voz raspante—, Geraden merece ser detenido y castigado.

—No. —No podía pensar. Estaba enloqueciendo—. No debes creer eso.

El Rey Joyse apuntó su mirada hacia ella como si fuera un clavo, y habló como si lo estuviera remachando a martillazos.

—No es ése el asunto, mi dama. Por el momento, no es de él de quien dudo. Es de ti.

Ella parpadeó. Su corazón empezó a latir de nuevo alocadamente, lanzando alarma en todas direcciones.

—¿Por qué?

—¿Te sorprende? Me subestimas. Te advertí que este juego es peligroso.

»Después de que habláramos, hice registrar las habitaciones de Myste. No se llevó nada personal con ella..., ninguno de sus pequeños recuerdos de la infancia, ninguno de sus regalos favoritos. ¿Te parece lógico eso? Si volvió junto a su madre, se hubiera llevado todo lo que hubiera podido.

»Me mentiste, mi dama. Me mentiste respecto a mi hija.

Dentro de su pecho, una fría mano se cerró en un puño. Tanto el Tor como el Adepto Havelock la miraron de reojo, como si se estuviera transformando en algo horrible ante ellos.

—¿Adónde fue realmente?

Esto era lo que Terisa había temido: el Rey Joyse la había descubierto. Había aprendido el peligro de las mentiras cuando aún era una niña. La falsedad había sido algo exquisitamente tentador para ella; su temor a ser castigada la había hecho desear el desviar toda manifestación de irritación, descontento o desaprobación paternas. Sin embargo, había aprendido que el castigo era peor cuando era descubierta.

Por pura defensa, intentó contraatacar como si tuviera causa de queja.

—¿Cómo supiste que ella vino a verme? ¿Hacías espiar a tu propia hija?

El Adepto Havelock volvió a girar su silla para situarse frente al fuego, se sentó de nuevo y empezó a trenzar sus dedos.

El Rey siguió observándola durante unos instantes. Ella sostuvo su mirada, porque temía hacer alguna otra cosa. Luego, bruscamente, él también se volvió hacia el fuego.

—Fuiste advertida —murmuró—. Recuérdalo. Fuiste advertida.

»Mi señor Tor, ten la bondad de avisar a los guardias. Deseo que esta mujer sea encerrada en las mazmorras hasta que condescienda a decirme la verdad acerca de mi hija.

—¡No! —El grito brotó de ella antes de que pudiera detenerlo—. Te lo diré. Te diré todo lo que quieras. Geraden me necesita. Si no estoy aquí, tendrá que enfrentarse a la Cofradía solo.

Ninguno de los tres hombres la miraba. El Tor vació su vaso, pero no se molestó en volver a llenarlo.

Terisa inspiró profundamente, cerró con fuerza los ojos por un segundo.

—Fue tras el campeón. Creía que necesitaba ayuda. —Tragó saliva dificultosamente—. Lo siento.

Ante la sorpresa de Terisa, el perfil del Rey Joyse se agitó hacia una sonrisa. Pero, casi inmediatamente, su expresión se volvió apenada, e inclinó morosamente la cabeza hacia atrás hasta descansarla de nuevo contra su sillón.

—Un poco más de vino iría bien, ¿no creéis? —comentó en dirección al techo.

El Tor pareció hundirse más en su asiento.

Con una risita estrangulada, el Adepto Havelock arrojó su vino al fuego. Mientras el vino siseaba y ardía, arrojó su vaso hacia atrás, no alcanzando a Terisa por poco.

—La fornicación —pronunció— es algo difícil de hacer bien a solas.

—Mi dama —murmuró el rey, como si se preparara para dormir—, no *sabía* que Myste había acudido a verte. Lo *razoné*. Si fueras más honesta, tendría menos problemas en creerte. Deberías intentar usar tú también un poco de razonamiento.

Terisa había esperado que se mostrara abrumado y furioso. Evidentemente, no lo estaba. Las preconcepciones habían sido retiradas de un tirón de debajo de sus pies. Esta nueva sorpresa pareció derribar el último ápice de sentido de la situación. Myste estaba haciendo algo que había sido previsto en el augurio de Havelock del Rey Joyse. ¿Era por eso por lo que una mentira había puesto furioso al Rey, y la verdad había estado a punto de hacerle sonreír?

—No lo entiendo —murmuró débilmente—. ¿No te importa?

El Rey Joyse tendió una hinchada e insegura mano y sacudió al Adepto Havelock, el cual a su vez sacudió al Tor.

—Mi señor, he dicho: «Un poco más de vino iría bien».

Con un suspiro, el Tor extrajo su masa de su silla y se dirigió en busca de la jarra.

—Quieres que utilice un poco de *razonamiento*. —Terisa tenía dificultades en mantener controlada su voz—. ¿Qué hay acerca de que me des un poco de información con la que *razonar*? Probablemente Myste esté muerta. Si el frío no la ha matado, y el campeón no la ha matado..., entonces lo habrá hecho ese felino de fuego. ¡Actúas como si la única cosa que te importe sea el que no ha ido a ver a su madre!

—No. —El Rey sonó triste, pero respondió sin rencor—. Lo que me importa es que hizo algo de lo que puedo sentirme orgulloso.

Como un eco, Terisa creyó oír al Castellano Lebbick citar al Rey Joyse delante del Príncipe Kragen: *Lleva consigo mi orgullo allá donde vaya. Por su bien, al igual que por el mío, espero que esas mejores razones produzcan también los mejores*

resultados.

Sintió deseos de gritar: ¡Pero eso no tiene ningún *sentido*! ¡Elega te ha traicionado! ¡Myste está probablemente muerta! Sin embargo, las palabras murieron en su garganta: no servirían de nada. El pensamiento de que iba a tener que apoyar a Geraden sin nada excepto más confusión la hizo sentirse enferma.

El Tor volvió a llenar el vaso del Rey y el suyo, luego se acomodó de nuevo en su silla.

—Dama Terisa está inquieta —observó distanciamiento—. Creo que sería amable por tu parte, mi señor Rey, que le concedieras lo que pide.

El Rey Joyse alzó la cabeza una vez más y miró con el ceño hoscamente fruncido, como si tuviera intención de decirle algo ácido al Tor.

Pero no lo hizo. En vez de ello, gruñó:

—Oh, muy bien.

Por encima del hombro, se dirigió a Terisa:

—La razón por la que le dije a Geraden que no hablara contigo cuando fuiste traída aquí la primera vez es la misma razón por la que no intervine cuando los Maestros decidieron trasladar a su campeón. Es la misma razón por la que no voy a intervenir ahora. Estoy intentando protegeros. A ambos.

—¡Protegernos! —Estaba demasiado sorprendida para contenerse—. ¿Cómo me protege el mantenerme en la ignorancia? ¿Cómo nos protege permitir que el campeón sea trasladado? Resultamos enterrados vivos. —Casi me volví loca—. ¿Cómo le protege a él dejar que el Maestro Eremis lo destruya? Todo lo que consigues es hacernos parecer unos estúpidos.

El Rey desvió la cabeza hacia un lado e hizo un frágil gesto con ambas manos.

—¿Lo ves? —observó al Tor—. No *razona*.

Entonces su tono se hizo más amargo.

—Todavía sigues con vida, ¿no? ¿Tienes alguna idea de lo poco probable que era eso cuando llegaste? Mejores mentes que la tuya estaban seguras de que ninguno de los dos duraríais tres días. Un poco de estupidez es un precio muy pequeño que pagar a cambio de vuestras vidas.

Terisa contempló la nuca del Rey con la boca abierta, como si él se hubiera llevado todo el aire de la habitación.

—¡Mejores mentes! —croó el Adepto Havelock, como un hombre que se dirigiera a una multitud de admiradores—. Se refiere a mí. *Se refiere a mí*.

—Si te hubiera dado la bienvenida con los brazos abiertos —prosiguió el Rey Joyse—, mis enemigos se hubieran formado una impresión mayor de lo peligrosa que

eres. Hubieran puesto mayores esfuerzos en matarte. —Sonaba irascible y viejo, quisquillosamente incapaz de las cosas que se atribuía a sí mismo—. Mientras creyeran que yo no tenía ningún interés en ti, que era demasiado estúpido o senil para sentir interés hacia ti..., podían permitirse tener paciencia. Esperar y ver. Gart te atacó aquella primera noche porque mis enemigos no habían tenido tiempo de descubrir que yo no te había recibido bien. Pero, tan pronto la gente supo que yo no te estaba tratando como una aliada, Gart se retiró por un tiempo.

»¿Estás satisfecha?

Su pregunta la tomó por sorpresa. Consiguió formular:

—¿Quieres decir que la razón de que no puedas ayudar a Geraden ahora es que si lo haces tus enemigos sabrán que eres su amigo y empezarán a intentar más intensamente matarle?

—Quiero decir mucho más que eso —restalló él—. Quiero decir que, si le hubiera dado permiso para decirte lo que deseabas saber, os hubiera condenado a ambos. Mis enemigos hubieran tomado cualquier cosa así como un signo de que tú estabas de mi lado.

»¿Estás satisfecha *ahora*?

—¿Pero qué...? —Aquello era demasiado: la explicación no hacía más que incrementar su confusión. Todo había sido una elaborada comedia—. ¿Quiénes *son* tus enemigos? ¿Por qué no puedes proteger a nadie que desees en tu propio castillo? —Imágenes de Geraden y Myste y Elega y la Reina Madin y el Maestro Barsonage e incluso el Castellano Lebbick brotaron en ella, todas perdidas y agraviadas—. ¿*Por qué tienes que hacer que todo el mundo que te es leal piense que no te preocupa nada de lo que ocurre?*

—Mi dama —su tono ya no era irritado. Ahora era tan afilado y cortante como el hielo—. Si tuviera algún deseo de responder a esas preguntas, ya lo habría hecho antes. Como cortesía a tu aflicción, te he dicho ya más de lo que considero juicioso. —Como la de Geraden, su habla se volvió más formal a medida que acumulaba autoridad. Pese a sus años, su voz tenía aún el potencial de restallar como un látigo—. Te aconsejo razón y *silencio*, mi dama. No prolongarás tu vida hablando de lo que has oído.

La despidió sin siquiera mirarla.

—Puedes irte.

—Pero... ¿Pero...? —Ella sabía que debería haberse mostrado más fuerte. Hubiera debido exigir una explicación mejor. Pero lo que deseaba preguntar no conseguía traspasar su tartamudeo mental y convertirse en palabras. No le quedaban ideas seguras sobre las que basarse. El Rey Joyse sabía lo que estaba haciendo..., lo

sabía con certeza. Estaba siendo pasivo y obtuso a propósito..., estaba hiriendo a las personas que le amaban a propósito. Pero ¿qué propósito era ése? Era inconcebible. Él...

—Mi dama —dijo de nuevo el Rey—, puedes irte.

Con un tono de lejana tristeza, el Tor murmuró:

—Mi dama, generalmente no es juicioso hacer caso omiso de la voluntad de un rey. —Habló como con experiencia personal.

Con un feroz esfuerzo, Terisa acalló su insistente incompreensión. El esfuerzo la dejó furiosa y jadeante, pero al control de sí misma.

—Gracias, mi señor Tor —dijo rígidamente—. Mi señor Rey, lo siento. Te mentí acerca de Myste porque ella confiaba en mí. Temía que alguien pudiera intentar detenerla. Me pidió que la protegiera. Te mentí porque no sabía que tú la hubieras dejado marchar igualmente.

Ninguno de los tres hombres la miró. Siguieron contemplando con ojos vacuos el fuego, como si hubieran empleado todas las palabras que tenían disponibles para el día y ya no les quedara nada en qué pensar. El Rey Joyse la dejó alcanzar la puerta antes de decir, casi en un susurro:

—Gracias, mi dama.

Terisa se marchó como si estuviera huyendo.

Geraden se reunió con ella en sus aposentos para cenar.

Su expresión era una extraña mezcla de alivio y temor. Su conversación con Artagel había elevado su espíritu; la inminente reunión con la Cofradía gravitaba sobre él como plomo. La buena noticia, informó, era que Artagel estaba sanando bien tras su anterior recaída. Y que seguía siendo su amigo. La mala noticia era que el espadachín todavía no se hallaba en condiciones de enfrentarse a los Maestros y defender a su hermano.

—¿Cuándo será la reunión? —preguntó ella.

—No sé qué tipo de mediador es el Maestro Quillón. Siempre pensé que no era lo suficientemente asertivo como para convocar efectivamente una reunión. Pero ahora... —Se encogió de hombros.

Fervientemente, escuchó mientras ella le describía su sesión con el Rey Joyse, el Tor y el Adepto Havelock. Desgraciadamente, aquello no cambiaba nada.

—¿Sabes? —comentó al cabo de un tiempo—, todo esto nos serviría mucho más si tuviéramos alguna idea de por qué somos tan importantes.

—No lo creo. —Ella se sentía agriamente irritada e imperfectamente resignada—.

No me alegra creer que el Rey Joyse es realmente nuestro amigo, sólo que no puede correr el riesgo de hacer nada al respecto. ¿De qué sirven los amigos que te amenazan exactamente igual a como lo hacen tus enemigos?

Él asintió lentamente, sin estar de acuerdo con ella.

—Lo importante es la esperanza. Ciertamente, suena como si tuviera razones para hacer lo que está haciendo. —El humor de Geraden parecía mejorar a medida que el de ella se deterioraba—. Y, si tiene sus razones, al menos podemos esperar que sean buenas.

—Por otra parte —indicó ella—, observa la forma en que está tratando al Tor.

Aquello hizo fruncir el ceño a Geraden.

—Oíste al Rey Joyse decir que «desafía toda predicción». Probablemente existe el peligro de que haga algo que interfiera con alguno de los planes del Rey. De modo que el Rey Joyse intenta mantenerlo bajo control.

Un momento más tarde, añadió con tono lúgubre:

—No me gustan los planes que hieren al Tor.

—A mí tampoco —respondió Terisa.

Al cabo de un momento, él observó con algo más de humor:

—Ya es demasiado malo que nadie se preocupe mucho de lo que pensamos de sus planes.

Maldita sea, Geraden, pensó ella, estás empezando a animarte de nuevo. No lo comprendo.

Pese a la mejoría de su humor, sin embargo, él no sonrió cuando uno de los Apr más jóvenes llamó a la puerta y anunció que la Cofradía lo esperaba. Cuando el Apr utilizó la palabra «inmediatamente», los ojos de Geraden se abrieron un poco más de lo habitual.

—Eso ha sido rápido —murmuró a Terisa—. El Maestro Eremis sabe cómo entrar en acción.

El joven Apr evitó mirar a Geraden.

—Dama Terisa no es invitada.

—Dama Terisa —restalló él— vendrá de todos modos.

El Apr no la miró tampoco.

Geraden intentó ofrecerle una de las sonrisas combativas de Artagel; pero su fracaso lo único que consiguió fue que pareciera a punto de ponerse enfermo.

—Vayamos a por ello.

Juntos, siguieron al joven Apr a través de Orison hacia el laborium.

Hasta que los nudillos empezaron a dolerle, Terisa no se dio cuenta de que mantenía los puños apretadamente cerrados.

Aunque iba cálidamente vestida, sintió el frío tan pronto como cruzó la sala de baile en desuso y descendió al dominio de los Maestros. El nuevo muro cortina del Castellano Lebbick protegía la brecha que había causado el campeón, pero no la sellaba. Debido al fuerte viento exterior, había una apreciable brisa en los corredores. Como resultado de ello, la atmósfera era lo suficientemente fría como para desear haberse traído un chaquetón.

Si Geraden notó el frío, no lo mostró. Su actitud era distraída. Cuando entró en el laborium, se puso tenso. Había pasado toda su vida adulta —y una buena parte de su adolescencia— intentando ganarse un lugar para sí mismo en aquellos salones y corredores, y ahora su fracaso amenazaba con convertirse en tan espectacular que podía ser considerado como traición.

Por su bien, tanto como por el de ella misma, Terisa empezó a ponerse furiosa.

El joven Apr les condujo a ella y a Geraden a una parte del laborium donde Terisa nunca había estado antes..., a la estancia que los Maestros habían utilizado para sus reuniones desde que el campeón había destruido la otra.

Esta estancia era pequeña en comparación, pero suficientemente amplia pese a todo. Era un largo rectángulo; y algo en el color o el corte de sus frías piedras grises, en el desgastado e irregular suelo, en el número de negras abrazaderas de hierro clavadas en las paredes, daba la impresión de que originalmente había servido para almacenar los instrumentos de tortura. Era el tipo de lugar donde las formas de infligir dolor podían aguardar mientras no eran necesitadas: los potros y las vírgenes de hierro llevadas y devueltas de la cámara de interrogatorios debían haber marcado aquellos surcos en el suelo; las empulgueras y los mayales debían colgar de aquellas abrazaderas. Algunas de ellas habían sido adaptadas para sujetar lámparas, pero el resto estaban vacías. Las vacías parecían especialmente tétricas.

Los Maestros estaban ya reunidos.

Se sentaban en pesadas sillas claveteadas con hierros que se alineaban en hileras a lo largo de las dos paredes más largas, más o menos la mitad de ellas a cada lado, mirándose de frente, como si hubieran sido instaladas deliberadamente como para formar un guantelete. Debido a la longitud de la estancia, sin embargo, una parte apreciable de cada lado no era utilizado. Las puertas estaban allí, a varios largos pasos de los asientos más próximos.

Dos guardias en posición de firmes custodiaban la puerta por la que Terisa y Geraden entraron en la cámara. Nadie respondió al lúgubre saludo con la cabeza del

Apr.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Terisa estudió la habitación. Al principio, el único rostro que reconoció fue el del Maestro Barsonage. Desde que lo había visto por última vez, el antiguo mediador parecía haber desarrollado un tic nervioso: una de sus gruesas y rígidas cejas se crispaba involuntariamente. Bajo la presión de los errores de la Cofradía y la indecisión, su rostro había adquirido una tonalidad amarillenta. No vio ninguna esperanza allí.

Buscando al Maestro Quillón, su mirada fue atraída por el Castellano Lebbick.

Cuando lo vio, se le secó repentinamente la garganta.

Tenía a Nyle con él.

El hermano de Geraden estaba sentado al lado del Castellano, al extremo de una hilera de asientos. Llevaba una capa de estambre marrón sobre sus ropas. Tenía los brazos apretadamente cerrados sobre su pecho bajo ella, manteniéndola fuertemente cerrada. Su cabeza colgaba en un ángulo abatido. No alzó la vista hacia Terisa y Geraden.

Geraden se quedó helado por la impresión. Toda expresión se borró de su rostro. El destello que animaba sus rasgos casi todo el tiempo había desaparecido —oculto o extinguido—, y parecía más pequeño, como si estuviera encogido sobre sí mismo. Miró inexpresivamente a Nyle, mientras dos brillantes puntos de color se extendían lentamente por sus mejillas. Terisa nunca lo había visto tan desamparado. La mirada de sus ojos le hizo temer irracionalmente que acababa de sufrir un ataque cardíaco.

—Dama Terisa *no* fue invitada —dijo con voz fuerte uno de los Maestros.

—Pero *es* bienvenida —gruñó el Castellano Lebbick—. ¿No es así, Maestro Quillón?

El mediador de rostro de conejo se puso en pie, mirando intensamente a todo el mundo y a nadie. Frunció la nariz y respondió:

—Tan bienvenida como tú, Castellano.

El Castellano Lebbick sonrió hoscamente.

El Maestro Eremis estaba sentado al lado opuesto del Castellano.

—Oh, insisto —dijo inmediatamente—. Si el Castellano Lebbick y Nyle son admitidos, es justo que sea admitida también dama Terisa. —Su expresión era difícil de leer. Parecía complacido sin ninguna razón evidente.

—¿Por qué está él aquí? —preguntó Geraden. Sonaba como un sonámbulo.

Todo el mundo comprendió a quién se refería. El Maestro Quillón empezó a responder, pero el Castellano Lebbick habló primero. Aún sonriendo, dijo:

—El Maestro Eremis afirma que va a apoyar la acusación contra ti.

—¡Nyle! —exclamó Terisa con un hilo de voz.

Todos los Maestros la miraban, pero ninguno de ellos parecía tener rostro. Ella no sabía quiénes eran.

Geraden se dirigió al asiento más cercano y se dejó caer en él como si se derrumbara.

Nyle tensó más la presión sobre su capa. No alzó la cabeza.

—Castellano Lebbick —dijo el Maestro Quillón, como si estuviera pensando en alguna otra cosa—, esto es una reunión de la Cofradía, no una congregación de tus guardias. No tienes autoridad aquí. Se ha permitido tu presencia sólo porque te niegas a dejar a Nyle entre nosotros sin ti. Por favor, guarda silencio.

El Castellano aceptó aquella advertencia sin responder, pero también sin someterse a ella.

—Mi dama —prosiguió el mediador en el mismo tono—, ¿tienes la bondad de sentarte para que podamos empezar?

Terisa luchó contra un impulso de ponerse a gritar. Bruscamente, se volvió y ocupó el asiento contiguo al de Geraden.

Éste parecía tan abrumado que ella susurró:

—¿Qué es lo que Nyle va a decir contra ti?

Él no respondió.

El Maestro Eremis observaba con curiosidad a Geraden, como si estuviera genuinamente interesado en lo que el Apr estaba pensando.

—Muy bien —dijo el Maestro Quillón. Dio uno o dos pasos rápidos hacia el centro de la estancia, entre las hileras de asientos—. Empecemos.

Los asientos eran viejos, quizá procedentes de los días en que los señores y damas de Orison disfrutaban contemplando la forma en que eran interrogados los prisioneros. La madera era lo suficientemente seca y porosa como para retener las manchas de sangre.

—Celebramos esta reunión para considerar una cuestión que no se nos presenta muy a menudo. —Su actitud sugería que hubiera preferido hallar un lugar donde ocultarse, pero su voz era firme—. Como todos sabéis, el Maestro Eremis afirma que el Apr Geraden es un traidor..., un traidor a la Cofradía y a Orison, al Rey Joyse y a Mordant. También dice que el Apr Geraden hará el mismo tipo de afirmación contra él. Oiremos ambas alegaciones. Ellos nos darán sus razones. Nos proporcionarán toda la corroboración que puedan. Y nosotros intentaremos determinar la verdad.

—Y, cuando la verdad sea determinada —apuntó casualmente el Castellano Lebbick—, yo actuaré respecto a ella.

El Maestro Quillón ignoró la interrupción.

—Este asunto debe ser tratado con rapidez. Hay una mancha en el honor de la Cofradía, y debe ser extirpada de inmediato. Orison se halla bajo sitio por culpa nuestra..., porque somos deseables a los enemigos del Rey. Y, en el mejor de los casos, no se confía excesivamente en nosotros. En consecuencia, es urgente que determinemos la verdad..., y que, cualquiera que sea el traidor, sea entregado al Castellano.

»Apr Geraden —los ojos del mediador chispearon—, ¿hablarás tú primero?

Todo el mundo se volvió para mirar a Geraden..., todo el mundo excepto Nyle, que permanecía derrumbado en su silla, como si estuviera considerando el suicidio.

Terisa deseó decir, exigir: No. Que empiece el Maestro Eremis. Pero las palabras no brotaron en su boca. Observó, como un Imagero más, cómo Geraden se ponía lentamente en pie.

Las manchas de color en sus mejillas se habían oscurecido hasta parecer el enrojecimiento de un ejercicio excesivo. Sus movimientos eran tensos, contenidos. Su pecho se alzaba y descendía como si intentara respirar profundamente y no pudiera. No miró a Nyle: de hecho, no miró a nadie. Había recibido un golpe que no sabía cómo afrontar.

Terisa se descubrió pensando: Nyle hace esto porque Geraden lo detuvo.

—Maestros... —El Apr tuvo que tragar fuertemente saliva para aclarar su garganta. Su voz parecía estarle ahogando. La ambición de su vida había sido pertenecer a la Cofradía. Había pasado años obedeciendo y honrando a aquellos hombres—. Todos nosotros hemos sido traicionados. No puedo probar nada de ello.

Oh, Geraden.

El Maestro Eremis pareció reprimir un deseo de echarse a reír.

—Debes hacer un esfuerzo, Geraden. —Las palabras del mediador eran más firmes que su tono—. El Maestro Eremis probará todo lo que pueda. ¿Estás hablando del Maestro Gilbur, o de alguien distinto?

Geraden asintió sin precisar. Su mirada se clavó en el suelo. Sin embargo, no dijo nada.

A la vista de su dolor, algo dio un vuelco en Terisa. Había sufrido demasiado, resistido demasiado. Y, ahora, su hermano le dañaba de aquel modo..., personalmente, deliberadamente. Al fin estaba desmoronándose bajo la tensión.

—En realidad, es simple —dijo Terisa con una voz que apenas pudo reconocer—. *Tiene* que haber un traidor. Alguien más..., no simplemente el Maestro Gilbur.

El Maestro Quillón se volvió hacia ella. Su nariz pareció estremecerse

ansiosamente, pero el resto de su rostro permaneció inmóvil.

—En realidad, es simple —hizo eco Geraden como un fantasma—. Tiene que haber un traidor. Alguien más...

Entonces alzó la cabeza.

—Tiene que ser alguien de aquí.

Terisa contuvo el aliento, rezando por lo que podía venir a continuación.

—Ella ha sido atacada cuatro veces por Gart. —El tono de Geraden era un poco incierto, pero el velo en sus ojos parecía estarse desvaneciendo—. La tercera vez fue fuera, en el bazar. Eso no prueba nada. Pero la cuarta vez Gart entró por un pasadizo secreto que hay en sus aposentos. Alguien tuvo que hablarle de ese pasadizo.

Se detuvo.

—Eso es cierto —observó el Maestro Eremis, como si estuviera de acuerdo con Geraden—. Alguien tuvo que habérselo dicho. Yo estaba allí y presencié su ataque. Es posible, supongo, que yo fuera su proyectada víctima.

—Maestro Eremis —dijo el mediador con inesperada fuerza—, tendrás todo el tiempo que necesites para hablar. Defiéndete entonces. Ahora debemos dejar que el Apr diga lo que desee.

Un Maestro con una enorme barriga y casi apenas cejas interpuso:

—¿Estabas tú allí, Maestro Eremis? ¿Cómo sobreviviste? ¿Cómo sobrevivisteis todos vosotros?

Sonriendo, Eremis hizo un gesto deferente, reclamando silencio.

Sin vacilar, el Maestro Quillón animó a Geraden:

—Prosigue, Apr. ¿Quién sabía del pasadizo secreto?

Inmediatamente, Geraden dijo:

—El Castellano, por supuesto. El Rey Joyse. Sus hijas. Terisa. Su doncella. Y el Maestro Eremis.

Terisa dejó escapar un leve suspiro de alivio porque no había mencionado al Maestro Quillón ni al Adepto Havelock. Tenía aún el bastante sentido común como para mantener aquello en secreto.

El mediador, sin embargo, no dio ninguna señal de haber observado la contención de Geraden.

—¿Y qué prueba esto?

—Todo el mundo sabía la existencia del pasadizo desde un principio. Excepto el Maestro Eremis. Éste lo averiguó recientemente. Poco después de que lo averiguara, Gart lo utilizó.

—¡Eso no significa nada! —protestó de inmediato el Maestro Eremis—. ¿Qué oportunidad he tenido de conferenciar con el Monomach del Gran Rey? He estado fuera de Orison, como todos sabéis. He estado visitando Esmerel.

Geraden envaró la espalda.

—Pero no es eso lo crucial. —Finalmente empezaba a sonar más seguro de sí mismo. Respiraba con más facilidad, y su mirada se había enfocado—. Es el segundo ataque el crucial. Ocurrió inmediatamente después de que el Maestro Eremis y el Maestro Gilbur se reunieran con el Príncipe Kragen y los señores de los Cares.

Una expresión de ultraje cruzó el rostro del Castellano Lebbick cuando sus antiguas sospechas se vieron confirmadas.

—¿Se reunieron...?

Geraden ignoró al Castellano.

—Eso deja fuera a todos los demás. A todo el mundo que no sabía nada de la reunión. Pero el Maestro Eremis llevó a Terisa a ella. Cuando la reunión terminó, la dejó con el Príncipe Kragen. Gart surgió de un espejo con cuatro de sus hombres para atacarles. El Perdon y Artagel los salvaron. Sólo el Maestro Eremis podía haber arreglado eso. Él es el único que sabía que ella estaría allí. Él es el único que tenía algún control sobre dónde estaría ella después de la reunión.

Una expresión de burlón horror dilató los ojos del Maestro Eremis y curvó su boca.

—Y él —insistió Geraden— puede que sea el único Maestro que sabía dónde estaba ella la primera noche, cuando Gart penetró en sus aposentos para matarla. Él es el amante de Saddith. Ella se presentó voluntaria a ser la doncella de Terisa porque él se lo pidió.

»El Maestro Eremis es el único hombre en Orison que pudo haberle dicho a Gart dónde y cuándo atacar a Terisa.

Como si tuviera dificultades en mantener el equilibrio, Geraden se sentó y se sujetó las rodillas con las manos.

El Castellano Lebbick se puso en pie, peligrosamente tranquilo.

—Sospechaba algo como esto. Háblame de esa reunión.

—¿Es eso *todo*, Apr? —quiso saber un Imagero de rojiza complexión y mala dentadura—. ¿Esperas que lo *creamos*?

—Siéntate, Castellano —aconsejó el Maestro Quillón—. Esto no te concierne.

—¿Qué dice Artagel? —preguntó alguien.

—Sigo sin comprender por qué el Monomach del Gran Rey desea matar a dama Terisa. ¿Qué amenaza constituye ella para Cadwal?

—¿Por qué no se nos informó del segundo ataque?

—No ha hecho nada a derechas desde que lo conozco. Creo que debemos dar por sentado que, si dice algo, tiene que estar equivocado.

—¡Cojones de toro y mierda de cerdo! —rugió el Castellano Lebbick por encima del parloteo—. *¡Háblame de esa reunión!*

El silencio creó ecos tras su grito.

—Has llegado a una conclusión apresurada, Castellano —indicó el Maestro Eremis, sin levantarse de su asiento—. El Perdon sugirió una reunión entre los señores de los Cares y la Cofradía, a fin de discutir nuestros problemas mutuos..., la inacción de nuestro buen Rey. Él arregló la venida de los señores a Orison. El Maestro Gilbur y yo fuimos escogidos para representar a la Cofradía..., yo porque alenté la reunión, él porque se opuso a ella. Yo tomé por mi cuenta la decisión de invitar al Príncipe Kragen, creyendo que su misión de paz era sincera.

Se encogió elocuentemente de hombros.

—Nada salió de ella. El Fayle y el Termigan se mostraron demasiado obstinados, el Tor estaba demasiado borracho, el Armigite era demasiado cobarde. Sólo el Perdon y el Príncipe Kragen mostraron alguna comprensión mutua.

»Incidentalmente, si estoy aliado con Alend, es poco probable que sea un servidor de Cadwal. ¿No estáis de acuerdo en eso?

»Creo —concluyó— que la sangre que hallaste pertenecía a los hombres de Gart. Sus cuerpos desaparecieron del mismo modo que aparecieron..., por medio de la Imagería. Sólo podemos suponer que el Maestro Gilbur escapó del mismo modo, como aliado del archi-Imagero Vagel.

Su explicación estaba tan cerca de la verdad que hizo estremecer a Terisa. El aire de la habitación parecía estarse enfriando. Se preguntó si alguna vez volvería a sentir calor.

—Eso fue traición —jadeó el Castellano Lebbick entre dientes—. Complotasteis traición.

—En absoluto —suspiró el Maestro Barsonage, hablando por primera vez. Su debilidad era profunda—. La verdad es que esperábamos que los señores nos proporcionaran razones sólidas que nos permitieran no correr el riesgo de trasladar a nuestro campeón. Solamente corrimos el riesgo de esa traslación porque los señores nos convencieron de que no tenían ninguna respuesta a las dificultades de Mordant.

—En cualquier caso —dijo el Maestro Eremis más secamente—, la reunión terminó en nada. No hay causa para tu ultraje, Castellano, porque no se produjo ningún daño. En retrospectiva, resulta claro que el peligro más evidente surgió simplemente de la presencia de tantos señores, y del Príncipe Kragen, en un mismo

lugar y momento. Si el campeón hubiera elegido abrirse camino en alguna otra dirección —el Maestro Eremis hizo girar humorísticamente sus ojos, pero su voz no perdió su afilado tono—, hubiera podido derrumbar Orison sobre la cabeza de todos los hombres importantes del reino.

El Castellano Lebbick murmuró unas cuantas y tenebrosas maldiciones.

—¿Podemos seguir con el asunto? —preguntó Terisa, hablando aún con una voz que apenas reconocía—. Quiero oír por qué Nyle piensa que Geraden es un traidor.

El Maestro de la enorme barriga restalló:

—Mi dama, lo que deseas no es de gran importancia para nosotros en estos momentos.

Con un gesto, el Maestro Quillón exigió silencio. Miró fijamente a Lebbick e inquirió con tono acerbo:

—Castellano, ¿podemos continuar? ¿O deseas seguir importunándonos porque vemos nuestras circunstancias y la necesidad de Mordant de una forma distinta a la tuya?

El Castellano Lebbick escupió otra maldición, luego cerró apretadamente la boca. Como un muelle siendo tensado, se sentó de nuevo.

El mediador se frotó la nariz, intentando detener sus fruncimientos.

—Apr Geraden, ¿has terminado ya con lo que deseabas decir?

Geraden asintió bruscamente.

—¿Dispones de alguna corroboración? ¿Hay algo que puedas mostrarnos o decirnos que apoye tus afirmaciones?

Geraden negó con la *cabeza*.

Un extraño pensamiento cruzó la mente de Terisa. Se dio cuenta de que Geraden había hecho lo que el Rey Joyse deseaba que hiciera: había usado la razón. Su acusación contra el Maestro Eremis estaba basada en razones antes que en pruebas.

Desgraciadamente, lo que los Maestros querían eran pruebas.

—El Maestro Eremis era el único que sabía que yo iba a asistir a aquella reunión —dijo Terisa—. Yo estaba allí. Todos los demás se mostraron sorprendidos de verme.

—No, mi dama —intervino inmediatamente el Maestro Eremis—. Eso es incorrecto. No puedes estar segura de que yo no le mencionara mi intención al Maestro Gilbur..., o incluso al Príncipe Kragen. No puedes estar segura de que la sorpresa que viste no pudiera tener otra causa.

»Pero, aunque tu afirmación fuera cierta, ¿qué significa? El Maestro Gilbur y yo abandonamos la habitación juntos para ir, como muy bien sabes, a informar de lo ocurrido a nuestros colegas Maestros. Pero él se separó de mí casi al momento,

diciendo que tenía una urgente necesidad de visitar sus aposentos. Sabiendo ahora que él, al menos, es un traidor, ¿cómo puedes creer que no aprovechó esa oportunidad, por imprevista que pueda parecer, para trasladar a Gart contra ti?

—Porque —observó incisivamente alguien a quien Terisa no conocía— un ataque así no pudo ser llevado a cabo sin preparación. El espejo necesario no podía construirse a voluntad en unos momentos. De hecho, la localización del encuentro pudo ser elegida para que encajara con la proximidad al espejo. ¿No fuiste tú quien elegiste la localización del encuentro, Maestro Eremis?

Casi instantáneamente, todo el mundo en la estancia se inmovilizó. La atención concentró la atmósfera. Geraden inspiró profundamente, y algo de su innatural color abandonó su rostro.

El Maestro Eremis, sin embargo, no pareció preocupado.

—Por supuesto que lo fue —restalló—. Esa responsabilidad recayó sobre mis hombros porque ni el Perdon ni el Príncipe Kragen conocían lo suficiente Orison como para elegir por sí mismos. Pero supones que el espejo fue creado con el único fin de lanzar el ataque de Gart contra la dama. Sólo transcurrieron seis días desde la planificación del encuentro y el encuentro en sí. ¿Crees que un espejo así puede ser concebido y probado y modelado en sólo seis días? ¿No es más probable que el espejo fuera creado con una finalidad completamente distinta, quizá para proporcionarle a Gart el acceso a Orison siempre que lo deseara, y que la oportunidad de atacar a la dama fue meramente fortuita, un accidente circunstancial que el Maestro Gilbur se apresuró a aprovechar?

Varios de los Imageros agitaron los pies; pocos de ellos cruzaron su mirada con la de Eremis. La facilidad con la que había rechazado la acusación hizo que los pensamientos de Terisa giraran.

—Muy bien, Maestro Eremis —murmuró el mediador, tras una larga pausa—. Presumo que Geraden no tiene nada más que decir. Puesto que ya has empezado a defenderte, por favor, prosigue.

—Gracias, Maestro Quillón —dijo Eremis, como si estuviera reprimiendo deliberadamente su desdén. No se molestó en levantarse—. Os daré mis razones. Sólo si no os persuaden llamaré a Nyle para que pruebe lo que digo. Comprensiblemente, se muestra relucante a condenar a su propio hermano.

Aquella afirmación podía ser cierta. Nyle se mostraba realmente relucante: se mostraba relucante incluso a seguir viviendo.

—Me sentí curioso acerca del Apr Geraden desde el momento en que trajo a dama Terisa hasta nosotros desde un espejo que no podía haber realizado una traslación así. —El Maestro permanecía sentado tranquilamente, con las piernas

extendidas. Mientras hablaba, sus dedos jugueteaban con los bordes de su casulla. Su actitud era tan negligente que Terisa tuvo que estudiarlo con atención para darse cuenta de que no dejaba de escrutar toda la estancia—. La relación entre él y el Maestro Gilbur convirtió mi curiosidad en sospecha. Cuando el Maestro Gilbur demostró finalmente su falsedad, mis peores dudas se vieron confirmadas.

Nadie le interrumpió mientras recitaba los argumentos que había presentado ya a Terisa. Ésta tuvo que admitir que sonaban plausibles, casi inevitables. Era el Maestro Gilbur quien había modelado el espejo que mostró por primera vez al campeón, el Maestro Gilbur quien guió cada paso del intento de Geraden de duplicar aquel espejo. En consecuencia, si las habilidades de Geraden habían hecho un espejo que podía hacer cosas que ningún otro espejo había hecho nunca antes, el Maestro Gilbur hubiera debido apreciarlo. O, de otro modo, el Maestro Gilbur era el responsable de los misterios de ese espejo, guiando a Geraden a realizar cosas que el Apr jamás hubiera podido conseguir por sí mismo. En cualquiera de los dos casos, los dos hombres estaban aliados. Las dificultades de Geraden siempre habían sido de talento antes que de conocimiento: el Maestro Gilbur no podía haberle empleado para hacer algo sin precedentes sin que el Apr fuera consciente de ello.

—No —murmuró Geraden—. No tenía la menor idea. —Pero nadie le prestó la menor atención.

El Maestro Eremis explicó también su teoría acerca de por qué Cadwal avanzaba hacia Mordant. Sobre esta base, afirmó, el resto era evidente. ¿Quién era el único hombre que siempre había sabido exactamente dónde estaba dama Terisa? El Apr Geraden, por supuesto, que primero dispuso que sus aposentos fueran custodiados, luego persuadió a su hermano Artagel que la siguiera. ¿Quién era el hombre que tenía más probabilidades de ayudar al Maestro Gilbur a trasladar a Gart después de la reunión de los señores? El Apr Geraden, por supuesto, el aliado del Maestro Gilbur. ¿Por qué era que la aparente lealtad de Geraden al Rey Joyse se había visto reducida siempre a nada? Porque era sólo un hábil disfraz para ayudarlo a golpear a aquéllos que más confiaban en él. Estaba confabulado con Gart y el Gran Rey Festten.

Escucharle hizo que Terisa se sintiera enferma.

El dolor en los ojos de Geraden era agudo, pero no dijo nada.

Cuando el Maestro Eremis hubo terminado, el resto de los Imageros fueron lentos en hablar. Algunos de ellos parecían impresionados. La mayoría, sin embargo, parecían más bien aliviados, como si hubieran sido rescatados de creer que un miembro de la Cofradía les había traicionado. Y algunos se mostraban claramente alegres ante la perspectiva de librarse finalmente de Geraden.

Al cabo de un momento, sin embargo, un joven Maestro ligeramente estrábico exclamó:

—Pero todo esto carece de consistencia, Maestro Eremis. Si he comprendido bien, es Geraden quien ha mantenido con vida a la dama proporcionándole defensores.

—Tonterías —respondió secamente el Maestro Eremis—. Los guardias que primero dispuso para ello eran incapaces de enfrentarse con éxito al Monomach del Gran Rey. Y, desde entonces, su duplicidad ha sido más profunda de lo que te das cuenta. Puso a Artagel al lado de la dama para que el mejor espadachín de Mordant fuera eliminado también, librando así a Cadwal de dos importantes enemigos con una sola traición.

—¡No puedes creer esto! —La protesta de Geraden fue como un gemido. De inmediato, sin embargo, volvió a cerrar la boca.

—No, Geraden. —El Maestro Barsonage se levantó. Su mirada se detuvo unos instantes, tristemente, en Terisa—. No creo eso. —Su rostro tenía el color y la textura de una prolongada tensión—. La verdad es que no creo nada de lo que he oído aquí. Tú y el Maestro Eremis os denunciáis mutuamente como si no pudiera dudarse de lo que decís, pero ninguno respondéis a la cuestión más importante, la cuestión sobre la que reposa o se hunde todo lo demás. No explicáis *por qué*.

»¿*Por qué* el Monomach del Gran Rey se toma tantas molestias en atacar a dama Terisa? ¿*Por qué* desea el Maestro Eremis verla muerta? —Por encima del hombro, preguntó—: Maestro Eremis, ¿*por qué* desea matarla Geraden? —Luego se dirigió a la Cofradía—. Nada de lo que han dicho estos dos hombres tiene significado alguno a menos que puedan explicarnos *por qué*.

Antes de que ninguno de los dos acusadores pudiera contestar, Terisa se puso en pie.

—Yo os diré por qué. —Un estremecimiento recorrió su voz..., un estremecimiento de furia antes que de frío. No tenía frío: estaba segura de ello. La frustrante certeza que había sido incapaz de nombrar se hizo repentinamente clara—. Yo os diré exactamente por qué. —*Si él no hubiera sido rescatado...* No estaba respondiendo a la pregunta del Maestro Barsonage; no tenía respuesta a eso. Pero le permitía decir lo que deseaba.

»Geraden no tenía ninguna razón para desear mi muerte. Ha pasado conmigo el tiempo suficiente desde que llegué aquí como para saber que no soy ninguna amenaza para nadie. Si estuviera confabulado con Gart, yo nunca hubiera sido atacada. Él no hubiera corrido el riesgo de lanzar al Monomach del Gran Rey contra alguien como yo.

»Pero el Maestro Eremis tiene una razón.

El Maestro se envaró en su asiento. Parecía tomado por sorpresa.

—Mi dama —dijo interrogadoramente—, he salvado tu vida. He hecho todo lo que un hombre puede hacer para ganar tu amor. ¿Cómo puedes pensar que te deseo algún daño?

Ella sentía deseos de vomitar.

—Porque yo sé que estás mintiendo.

Ante aquello, la expresión del Maestro se ensombreció. Oyó el suave silbar del aliento contenido de los Imageros a sus espaldas cuando Eremis se puso ominosamente en pie.

—Asegúrate de lo que dices, mi dama —murmuró, como una advertencia.

—Estoy segura —le respondió firmemente. La presión ascendió en su voz. No deseaba gritar, pero necesitaba pasión para controlar su miedo, para mantenerse en su lugar pese al hecho de que nunca antes había desafiado a nadie de aquella manera y no creía que pudiera hacerlo ahora, ciertamente no con el Maestro Eremis, era demasiado para ella, era como su padre, había hecho demasiado por ella desde un principio—. Tú lo sabes todo acerca del ataque después de la reunión de los señores. Yo te lo conté. He cometido un montón de errores. Pero tú te marchaste sin venir a verme de nuevo. —*Si él no hubiera sido rescatado...*—. Nunca tuve oportunidad de contarte los ataques contra Geraden. ¿Quién te habló de ellos?

»Podías saber lo del ataque de aquellos jinetes en el bosque. Ahora es del dominio público. Todo el mundo pudo habértelo contado. —*Rescatado como lo fue, te aseguro*—. Pero tú lo sabías todo del anterior también.

El Maestro Eremis la miró como si hubiera sido tomado completamente por sorpresa.

—Nadie sabía nada acerca de él, excepto Artagel, Geraden y yo. Y el Adepto Havelock. *Él* no te lo dijo. —El Maestro Eremis había cometido un error. Bajo la presión de las acusaciones de Geraden, había cometido un error—. Ninguno de nosotros te lo dijo. Tú no estabas *aquí*. Pero pese a ello dijiste que ese ataque fue simplemente un plan. Lo sabías todo acerca de él. Dijiste: «Si no hubiera sido rescatado como lo fue, te aseguro que hubieran hecho retirarse a sus insectos antes de que acabaran con él».

»Dijiste: “sus insectos”. ¿Cómo sabías que fue atacado por insectos?

Una luz de sorpresa y vindicación cruzó el rostro de Geraden.

Luchando por mantener el autocontrol, Terisa concluyó:

—Estás intentando acusar a Geraden por la misma razón que quieres mi muerte. Porque somos peligrosos para ti. Sabemos que eres el traidor.

Sólo por un momento, el Maestro Eremis siguió boquiabierto. Luego empezó a

reír suavemente.

Su risa no parecía particularmente alegre.

—Mi dama —dijo—, eres ultrajante. Tú misma me hablaste de ese ataque.

—Eso es otra mentira —respondió ella, furiosa.

—No, mi dama. La mentira es tuya. Obtuve la historia de tus propios labios, entre beso y beso.

—No lo creo así, Maestro Eremis. —Geraden se puso en pie al lado de Terisa. La audacia de ella lo había galvanizado: estaba preparado para la batalla, y sus ojos ardían—. Ella no tiene ninguna razón para mentir. No tiene nada que ganar aquí.

—¿De veras? —La boca del Maestro Eremis se curvó burlescamente—. Eres un ingenuo, muchacho..., o un estúpido. Tú eres su razón. Te tiene a ti que ganar.

Aquel argumento detuvo a Terisa: la hizo anclarse sobre sus talones, como si acabara de recibir un jarro de agua fría contra su rostro. Era cierto...

Era lo bastante cierto como para hacerla parecer como una estúpida.

Sin embargo, fue un error de cálculo. Antes de que Eremis pudiera seguir, varios de los Maestros estallaron en carcajadas.

—¿Con *tu* reputación con las mujeres? —dijo el Imagero de la mala dentadura—. ¿Tú nos pides que creamos que ella prefiere a Geraden pies torpes?

—No hubiera creído ninguna otra prueba —añadió otro Maestro—, pero ésta sí la creo. Si el Maestro Eremis se ve reducido a proclamar que no puede ganarse a una mujer ante el Apr, entonces no hay verdad en su boca.

—Al contrario —respondió otro, riendo a carcajadas—. Si el Maestro Eremis se ve reducido a admitir que no ha podido ganarse a una mujer ante el Apr, entonces tiene que estar diciendo la verdad.

—¡*Ya basta!* —ladró el Maestro Eremis. Flageló el aire con sus manos, reclamando silencio—. ¡Ya he soportado *demasiado!*

Su grito hizo que las paredes resonaran fuertemente. La furia en su voz y el brillo de sus ojos inmovilizó la estancia, exigiendo la atención de todo el mundo.

—Es intolerable que todo mi servicio a Mordant y a la Cofradía sea recibido con desconfianza. Es *intolerable* que alguno de vosotros crea a este débil muchacho cuando soy acusado. Ahora probaré lo que digo. Pediré a Nyle que hable.

Los Maestros miraron. Geraden abrió la boca, volvió a cerrarla; el color desapareció de su piel. En lo más profundo de su ser, Terisa se estremeció más violentamente que nunca.

El Maestro Quillón inclinó reflexivamente la cabeza hacia un lado. Al cabo de un momento, comentó, en un tono que casi sonaba amenazador:

—En bien de todos los que estamos aquí, Maestro Eremis, espero que estés seguro de lo que él va a decir.

—Estoy seguro. —La certeza de Eremis era absoluta, tan incommovible como su sonrisa.

Todo el mundo miró a Nyle.

El hermano de Geraden no parecía darse cuenta de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Su hundida postura no varió: su cabeza no se alzó. La mueca que distorsionaba sus rasgos era tan profunda como su desesperación.

Bruscamente, se volvió y susurró algo al oído del Castellano Lebbick.

El Castellano escuchó, frunció el ceño... y dijo:

—Maestros, Nyle desea hablar en privado con Geraden.

Nyle volvió a mirar al suelo.

Nadie se movió. El corazón de Terisa golpeaba fuertemente contra la base de su garganta. Geraden agarrotó sus puños y mantuvo alta la cabeza; su mandíbula se proyectó hacia delante. El Maestro Eremis volvió una mirada evaluadora hacia Nyle, pero no dijo lo que estaba pensando. Los Imageros se miraron inseguros entre sí, y el Castellano al Maestro Quillón.

Finalmente, el mediador preguntó con curiosidad:

—¿Por qué?

El Castellano Lebbick se encogió de hombros.

—Quizá piense que puede persuadir a Geraden de que confiese.

—¿Tienes tú alguna objeción?

Lebbick negó con la cabeza.

—La estancia está custodiada. —Luego añadió sarcástica-mente—: Cualquier cosa que Geraden tenga que confesar, será fascinante.

Una vez más, pareció como si el Maestro Quillón deseara echar a correr y ocultarse. Sin embargo, dijo:

—Entonces sentémonos. Nyle y Geraden pueden ir al extremo de la sala.

El Maestro Eremis se encogió de hombros y aceptó la decisión. Los demás Maestros ocuparon sus asientos.

Terisa se volvió hacia Geraden. ¿Qué quería decirle Nyle? Oh, Geraden, ¿qué es lo que ocurre?

Pero Geraden no aceptó su mirada. Todo en él estaba enfocado en su hermano..., el hermano al que había intentado salvar de cometer traición; el hermano al que había humillado hasta los huesos.

—Ve con cuidado —jadeó Terisa. Podía captar el desastre acumularse a su alrededor. No había ninguna forma de preverlo—. Por favor.

Con la sorpresa doliéndole hasta lo más profundo de su cuerpo, se sentó.

Rígidamente, Geraden avanzó hasta detenerse frente a Nyle.

Cuando vio las botas de Geraden cerca de las suyas, Nyle se puso trabajosamente en pie. Sin dejar de apretar su capa en torno a su cuerpo, avanzó hacia el fondo de la estancia..., tan lejos como le fue posible de los Maestros; el punto más alejado de Terisa.

Allá aguardó a que Geraden se reuniera con él.

Los Maestros observaban sin moverse. Las mandíbulas del Castellano Lebbick masticaban pensamientos indigeribles; su mirada no se desviaba ni un milímetro de los dos hermanos.

Permanecieron de pie, con Geraden de espaldas a la estancia. Terisa podía ver el rostro de Nyle: era crispado y salvaje, más implacable —y más desesperado— de lo que había sido cuando se alejó cabalgando de ellos para traicionar a Orison. Parecía a la vez homicida y abrumado, como si estuviera implicado en un crimen que hacía que cada milímetro de su cuerpo se estremeciera.

Con voz susurrante, le dijo algo a Geraden.

Debió ser algo doloroso: Geraden reaccionó como si hubiera sido golpeado. Retrocedió unos pasos; luego se lanzó hacia delante. De espaldas, pareció como si sujetara la capa de Nyle.

Entre los dos hermanos, una daga de hierro cayó al suelo, resonando metálicamente sobre las piedras.

Estaba cubierta de sangre.

Nyle se apoyó contra la pared. Sus ojos giraron, luego se cerraron. Sus rodillas se doblaron. Geraden intentó sujetarle, pero cayó de espaldas. Su capa se abrió, dejando al descubierto la horrible herida que el cuchillo había causado en su abdomen.

Como la daga, las manos de Geraden estaban cubiertas de sangre.

Fratricida

En el abrumado silencio de su mente, Terisa empezó a gritar. Afortunadamente, no lo hizo en voz alta.

Por un momento, nadie dijo nada. Nadie hizo absolutamente nada. Todo el mundo se limitó a mirar boquiabierto a Geraden y Nyle.

Entonces Geraden emitió un sonido estrangulado como un sollozo, y la Cofradía entró en erupción.

Los Maestros saltaron de sus asientos y corrieron en todas direcciones. El Castellano Lebbick se puso en movimiento en un estallido, lanzándose como un proyectil destructor hacia Geraden. Geraden se apretó contra la pared, como si estuviera rodeado.

Por encima del caos, Terisa gritó:

—¡Geraden! ¡Corre!

Como si ella hubiera encendido una mecha, Geraden se lanzó hacia la puerta.

Demasiado tarde, demasiado lento: se hallaba en estado de shock, y no podía equipararse al instinto del Castellano para la acción. Pero algunos de los Maestros corrían también hacia él, quizá con el deseo de capturarlo, quizá con la esperanza de ayudar a Nyle. Uno de ellos era el Maestro Quillón.

Tan rápido como un conejo, fue tras Geraden..., y tropezó.

Cayó directamente delante del Castellano Lebbick, enredándose accidentalmente entre sus piernas. Lebbick cayó de bruces sobre las losas de piedra.

Geraden alcanzó la puerta y la abrió de golpe.

—¡Detenedlo! —rugió el Castellano Lebbick a los guardias de fuera—. ¡Detened a Geraden!

La puerta se cerró de golpe a tiempo para cortar su grito.

El Maestro Barsonage permanecía de pie, solo, en medio de la confusión. Mientras los Imageros se gritaban unos a otros e intentaban decidir hacia dónde correr, unió apretadamente sus manos y miró boquiabierto hacia ningún lugar en particular. Incluso su tic involuntario se había paralizado.

Aún rugiendo, el Castellano saltó en pie, apartó violentamente a los Maestros que le rodeaban y cargó hacia la puerta.

El Maestro Eremis no fue el primero en llegar junto a Nyle. Sin embargo, apartó a un lado a todos los demás, cogió la sangrante forma en brazos y echó a andar hacia la

salida del fondo.

—¡Un médico! —ladró, aunque nadie le escuchaba—. ¡Necesita un médico!

Automáticamente, Terisa siguió al Maestro Eremis y Nyle.

Sin advertencia previa, alguien la sujetó del brazo. Obligada a volverse, se halló frente al Maestro Quillón.

Sus ojos brillaban intensamente; su nariz se fruncía de una forma extravagante.

—¡Ven! —exigió, con una voz que pareció atravesar toda la confusión hasta alcanzar directamente lo más profundo de ella—. ¡Tenemos que ayudarlo!

Inmediatamente echó a andar, tirando de ella, hacia la puerta por la que el Maestro Eremis acababa de salir.

Los dos guardias asignados a aquella puerta estaban en la habitación, gritando en petición de órdenes y respuestas. El Maestro Quillón pasó junto a ellos. Hicieron un esfuerzo por detener a Terisa, luego la dejaron pasar: la barahúnda de la Cofradía exigía su atención.

Con su ropa gris aleteando contra sus rodillas, el Maestro Quillón echó a correr.

Terisa no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo el hombre: simplemente, le siguió porque había utilizado la palabra ayudar. Pero de pronto empezó a reconocer aquella parte del laborium. Hasta el fondo del corredor, luego a lo largo de un corredor lateral, el Maestro Quillón la llevó hasta una puerta tan pequeña y recia como para ser la puerta de una celda.

Aquella puerta también estaba custodiada.

—¡Rápido! —gritó el Maestro a los guardias—. ¡Alguien ha sido asesinado! —Señaló en la dirección de la que habían venido él y Terisa—. ¡El Castellano os necesita!

Su urgencia era tan convincente que los dos hombres abandonaron su puesto a toda velocidad, extrayendo sus espadas de la vaina mientras corrían.

Inmediatamente, el Maestro Quillón abrió la puerta, empujó a Terisa a través de ella, y la cerró de nuevo a sus espaldas.

Habían entrado en la antecámara de la red de celdas que había sido reconstruida para el almacenaje y exhibición de los espejos de la Cofradía.

—¿Va a venir él aquí? —preguntó ella. Jadeaba afanosamente.

Con no deliberada brutalidad, el Maestro Quillón respondió:

—No tiene ningún otro lugar donde ir. —Cogió de nuevo su brazo, la empujó a través de la más cercana entrada hacia la madriguera de estancias llenas de espejos.

Pero él no la acompañó.

Cuando se detuvo, ella se volvió para interrogarle.

—¡Ve! —restalló él—. ¡Ayúdale! Ganaré tanto tiempo como pueda. Me creerán cuando diga que no vino aquí..., al menos por uno o dos minutos.

Ella le miró.

—¿Ayudarle?

—¡Ve, te digo! —La empujó de nuevo.

Ella trastabilló, recuperó el equilibrio, y huyó de la antecámara.

¿Ayudarle? ¿A Geraden?

Nyle estaba muerto. Su vientre había sido abierto de parte a parte.

¿Por qué?

Para que no pudiera hablar a la Cofradía. Para que no pudiera apoyar las acusaciones del Maestro Eremis.

¡Geraden!

Tan pronto como encontró la estancia donde se exhibía el espejo que la había traído a Orison, le vio. Estaba intentando ocultarse más allá de una entrada, pero no fue lo suficientemente rápido para eludirla.

El espejo original del Maestro Gilbur había sido destruido por el campeón, por supuesto: este espejo era la copia de Geraden. Estaba cubierto, de modo no podía ver la escena que reflejaba.

—¡Geraden! —susurró. Tenía miedo de gritar—. Soy yo, Terisa.

Al cabo de un momento, él salió de su escondite y se acercó a ella.

Se había convertido en una persona distinta. Su rostro era de hierro; sus ojos puro acero. Habló como si pudiera reclamar autoridad sobre ella en cualquier momento.

—¿Has venido a persuadirme de que me rinda?

—No. —Apenas pudo forzar sus palabras fuera de su boca. Algo dentro de ella se estaba rompiendo—. Él me dijo que te ayudara.

—¿Él?

—El Maestro Quillón.

—Hubiera debido venir él personalmente.

El sonido de una puerta creó débiles ecos en las estancias. Terisa oyó un distante murmullo de voces.

—Si eres una Imagera, mi dama —dijo Geraden—, tal vez puedas ayudarme. De otro modo, no tengo escapatoria.

—Sabes que no soy una Imagera. —¡Oh, amor mío!—. ¿Qué fue lo que te dijo

Nyle?

Parecía inalcanzable..., demasiado duro e inhumano para ser tocado. Sin embargo, algo en la voz de ella, o en su rostro, o en la forma en que estaba allí de pie, debió penetrar en él. Sus defensas se cuartearon.

—Nada —dijo, como si hubiera llegado sin transición al borde de las lágrimas—. Nada en absoluto. Es un truco. Algo que el Maestro Eremis preparó contra mí.

»Terisa, yo no maté a mi hermano.

Ella pudo oír claramente la voz del Castellano Lebbick:

—¡Dispersaos! Ha entrado aquí dentro. Lo quiero vivo.

—¡No soy una Imagera! —exclamó—. ¡No puedo ayudarte!

Sintiéndose miserable, rodeó el cuello de Geraden con sus brazos.

Él se aferró a ella hasta que ambos oyeron el sonido de duras botas acercándose desde una de las otras habitaciones. Inmediatamente, se separaron.

Geraden volvía a ser de nuevo todo hierro.

Sin vacilar, se volvió hacia el espejo y arrancó su cubierta.

El cristal mostró el deprimente paisaje alienígena donde el campeón y sus hombres habían fracasado.

—¡No, Geraden! —jadeó ella—. ¡Estarás perdido! Nunca podrás volver.

Él no la escuchó.

—Tan pronto como haya sido trasladado, mi dama —dijo, como si ella fuera una desconocida—, por favor, cambia el enfoque del espejo. Si soy visible en la Imagen, seré perseguido.

Dijo algo más, que ella no pudo comprender. Sus dedos acariciaron el marco de madera al partir; sus manos hicieron un gesto de adiós.

Luego, penetró en el espejo y la dejó sola.

Pero no apareció en la Imagen.

Ella escrutó febrilmente la escena: no había el menor signo de él. Una vez más, su cristal había efectuado una traslación imposible. Lo había llevado a un lugar que no mostraba.

Esta vez, sin embargo, nadie sujetaba su pie. No tenía forma alguna de volver. Estaba completamente perdido.

El Castellano Lebbick apareció junto a ella tan bruscamente que hubiera gritado de no sentirse tan abrumada.

Miró a su alrededor, registrando toda la habitación; miró al cristal. Luego, apoyó sus manos en los brazos de ella, y clavó sus dedos en la débil carne. Un feroz triunfo

ardió en su rostro.

—Ahora lo has hecho, mujer —dijo, casi alegremente—. Has hecho algo tan vil que nadie va a protegerte. Has ayudado a un asesino a escapar.

Ella hubiera debido decir algo para defenderse. Una negativa no hubiera perjudicado en nada a Geraden. Estaba más allá de todo posible daño. Pero se limitó a alzar la cabeza y enfrentarse a la llameante mirada del Castellano tan firmemente como pudo, dentro de su aflicción, y no dijo nada.

—Ahora —murmuró el Castellano entre dientes apretados— eres *mía*.

FIN DEL SEGUNDO LIBRO DE
LA NECESIDAD DE MORDANT



STEPHEN R. DONALDSON.

Nació en Cleveland, hijo de James R. Donaldson, un médico misionero, y Mary Ruth Reeder, especialista en prótesis. Desde los tres a los dieciséis años vivió en la India, donde su padre se encargaba del tratamiento a leproso. Donaldson se tituló como Master of Arts en inglés en la universidad de Kent State en 1971.

A menudo se le ha comparado con J. R. R. Tolkien por su magnífica construcción de mundos y culturas, además de su espléndida escenificación de batallas y prodigios. Por otro lado se señalan influencias de William Shakespeare, Mervyn Peake y las óperas de Richard Wagner. Tanto las Crónicas de Thomas Covenant, el Incrédulo como La necesidad de Mordant hacen uso del paradigma del «otro mundo» ya usado por C.S. Lewis.

Su serie *The Gap Cycle*, no traducida aún al castellano, es una ambiciosa incursión de Donaldson en el género de la ciencia ficción. Como en Las crónicas de Thomas Covenant, el autor muestra la debilidad y la crueldad humanas ante situaciones de supervivencia y brutalidad.

Obras traducidas al castellano

Crónicas de Thomas Covenant el Incrédulo

La ruina del amo execrable (1977)

La guerra de Illearth (1977)

El poder que preserva (1977)

Segundas crónicas de Thomas Covenant

El reino herido (1980)

El árbol único (1982)

El portador del oro blanco (1983)

La Necesidad de Mordant

Espejo de sus Sueños (1986)

Los Muros de Orison (1986)

El Acoso de Mordant (1987)

El Jinete a través del Espejo (1987)

Obras no traducidas al castellano

Últimas crónicas

Las runas de la tierra (2006)

Fatal Revenant (2007)

The Gap Cycle (ciencia ficción)

The Gap into Conflict: The Real Story (1990)

The Gap into Vision: Forbidden Knowledge (1991)

The Gap into Power: A Dark and Hungry God Arises (1992)

The Gap into Madness: Chaos and Order (1994)

The Gap into Ruin: This Day All Gods Die (1996)